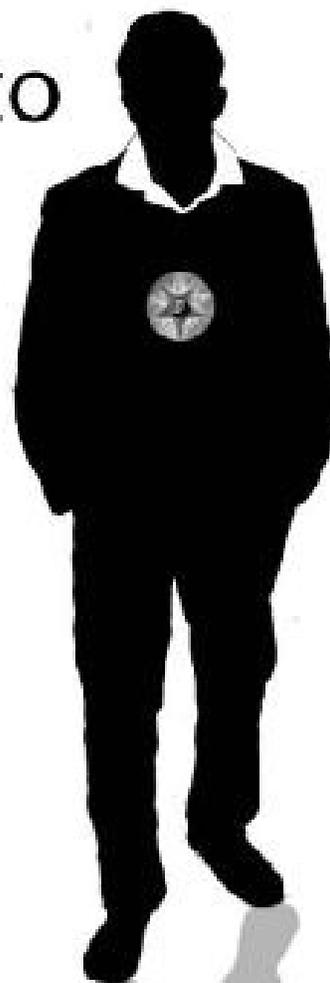


Quarabel

Gabriel Nieto



GABRIEL NIETO

Quarabel



El secreto mejor guardado de la humanidad está a punto de ver la luz

QUARABEL

Quarabel

Gabriel Nieto

COPYRIGHT

Título: Quarabel

Autor: Gabriel Nieto

Web: www.quarabel.com

Diseño de Cubierta: Gabriel Nieto

© Del Texto, 2012 Gabriel Nieto

© De esta edición Gabriel Nieto

Primera edición: Abril 2012

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en modo alguno o por ningún medio sin permiso
del editor.

ISBN

Deposito Legal.

DEDICATORIA

A mis tres chicas.

A mi hija Marta, a la que empecé a contar esta historia, casi como un juego, por haberme animado a que la convirtiera en el libro que ahora es.

A mi hija Sara. Porque me hizo pensar en la importancia de nuestras decisiones a la hora de construir nuestro destino.

A mi mujer Marisa. Por haberme ayudado a depurar este libro, que al principio no creyó que acabara escribiendo y del que luego se convirtió en una lectora incondicional.

...Y a mi padre y a mi madre por haberme traído al mundo para darme la oportunidad de escribirlo.

EL REGALO

Pablo era el típico ejecutivo, a punto de llegar a la cuarentena, dedicado en cuerpo y alma a su trabajo, en una importante multinacional de telecomunicaciones, líder en el sector de la telefonía móvil, que día tras día consumía su existencia en un absurdo festival de tareas sin sentido que ponían continuamente a prueba su capacidad y su espíritu de resistencia.

Tenía un bonito chalet adosado en las afueras de Madrid, una posición acomodada y una familia compuesta por su mujer y sus dos hijas, a las que quería y dedicaba los pocos momentos libres que le dejaba su trabajo.

Pero esa vida que llevaba le resultaba vacía. Sin saber por qué siempre se había sentido una persona muy distinta a los demás y había crecido y madurado en la idea de que había venido a este mundo para hacer algo importante, muy distinto al papel que le ofrecía su posición como director de Marketing.

Como casi siempre, otro día más se encontraba pernoctando en su despacho tratando de ordenar el trabajo que el resto del día no podía atender, cuando se vio interrumpido por la visita de su secretaria Susana, que acababa de recoger sus cosas y pasaba a despedirse, como ya era costumbre todos los días, una vez más de él.

—Si no necesitas nada de mí me voy.

—Gracias Susana, que descanses.

Susana abandonó el despacho y se dirigió a la puerta de salida, pero su camino se vio interrumpido por la voz de su jefe que reclamó su atención.

—Susana, perdona, se me había olvidado, mañana no vendré a la oficina, tenemos una reunión en Londres para la presentación del nuevo teléfono. No te he avisado antes porque ya sabes que este es un tema Top Secret.

—Así que por fin vas a ver la “joya de la corona”, espero que no sea una decepción, ya sabes qué pasa con estas cosas, imaginamos mucho más de lo

que luego es en realidad. Pues que tengas buen viaje, el martes nos vemos.

Susana salió del despacho pero interrumpió de repente su camino al recordar que se le había olvidado decirle algo a su jefe:

—Se me olvidaba, te he dejado en la mesa un paquete que han traído a tu nombre esta mañana. No sé quien lo manda, en el remite decía algo así como “Gael”

—¿Ga...qué? —exclamó él extrañado.

—Gael —le aclaró ella mientras finalmente abandonaba la oficina despidiéndose con la mano con un gesto de intriga.

Pablo miró hacia la mesa de reuniones y vio sobre ella un paquete rectangular de pequeño tamaño, envuelto en papel de regalo repleto de parejas de estrellas entrelazadas con la letra “Q” en el centro, sobre un fondo azul celeste. Lo cogió y volvió a su mesa con el paquete, mientras lo agitaba tratando de vislumbrar el contenido y escuchó una especie de sonido metálico. En el remite efectivamente venía escrita la palabra “Gael”, que repitió en voz alta tratando de comprender a quién podía referirse.

—Gael...

Finalmente abrió el envoltorio y descubrió un pequeño cofre forrado de tela con apariencia oriental, con una pulsera que parecía de cristal con dos esferas del mismo color en cada extremo y dentro de cada una de ellas imágenes de dos figuras representando a dos gemelos.

—“Parece el símbolo de Géminis” —que era su signo del zodiaco, pensó.

Pero sin entender bien el verdadero significado y sin darse cuenta al principio, abstraído en sus pensamientos, que ambas imágenes emitían un extraño fulgor que parecía iluminarlas desde dentro hacia fuera. Cuando se dio cuenta, clavó su mirada en ellas hasta el punto de llegar a perder por un instante la noción de la realidad.

El trance momentáneo se vio de repente interrumpido por el sonido de alguien llamando a la entrada de la oficina. Pablo se dirigió hacia la puerta que se encontraba en la sala contigua a su despacho y la abrió.

—Buenas noches—dijo la persona que había llamado—. ¿El señor Pablo?

—Sí soy yo —contestó Pablo mientras observaba sorprendido al personaje que tenía delante de él, un hombre mayor con aspecto oriental, ataviado con una extraña vestimenta que le recordaba a los mandarines de la antigua China.

—Soy el mensajero que le trajo un paquete a su nombre esta mañana —dijo aquel personaje—. He venido porque a la señorita que lo recogió se le olvidó firmar el recibo de entrega.

Tras decir estas palabras, sacó un libro de una bandolera que colgaba sobre su hombro, cuyas tapas llevaban unos grabados con dos estrellas entrelazadas con la letra “Q” en el medio, idéntica a los que aparecían en el papel que envolvía aquel extraño regalo, abriéndolo por una de las páginas del libro, en cuya cabecera aparecía la palabra Quarabel.

Pablo lo miró extrañado al principio, pero después cogió la pluma que le ofreció el mensajero y se dispuso a plasmar su firma en el documento.

—Muchas gracias señor—dijo el mensajero cerrando el libro lentamente— que disfrute de su paquete.

—Un momento por favor—le inquirió Pablo interrumpiendo la marcha de aquel personaje—. ¿Sabe usted quién me envía este paquete?

—Sí—contestó tras observar a Pablo unos instantes—. Lo envía usted.

—¡Yooo...!—exclamó Pablo sorprendido por la respuesta—. Está usted de guasa. Cómo voy a enviarme un paquete a mí mismo.

—Usted—dijo en un tono más serio el mensajero para acabar repitiendo—. Su otro yo.

Después abandonó aquel lugar pausadamente pero sin volver la cabeza en ningún momento.

Pablo cerró entonces la puerta muy sorprendido por la respuesta y por todo lo que estaba ocurriendo y se dirigió pensativo a su despacho. Una vez dentro, centró toda su atención en el paquete que se encontraba sobre la mesa con aquella extraña pulsera. ¿Por qué se la habían enviado? ¿De dónde provenía aquel regalo? ¿Por qué le dijo el mensajero que se la enviaba él mismo? Entre tantas preguntas de repente vio la luz: seguro que se trataba de alguna broma que le estaban gastando sus amigos y que todo acabaría en una fiesta sorpresa el día de su cumpleaños, para el que quedaban tan sólo unos días. Más relajado, con lo que él pensaba que era la solución a aquel enigma, recogió el paquete y se dispuso a volver a casa con su familia, ya era tarde y sus hijas le estarían esperando para acostarse.

Una vez en su vehículo se dirigió hacia su casa abandonando el parking de la empresa. Conducía relajado pensando sobre todo lo que acababa de ocurrir. Seguro que Susana, su secretaria, en realidad estaba también detrás de la organización de toda aquella pantomima... y su mujer... y sus amigos.

Había dejado la caja con la pulsera en el asiento del copiloto y pensó mientras se alejaba de la oficina que sería mejor seguir con el juego como si no sospechara nada. Paró un momento el coche, abrió la caja y cogiendo la

pulsera se la puso. Después continuó su camino llegando a un cruce que le permitía llegar hasta su casa por dos caminos distintos, a veces cogía uno u otro dependiendo del tráfico, pero a esas horas daba igual uno que otro, pensó, optando finalmente por el de la autopista.

Estaba tan cansado, deseando llegar a casa y centrado en conducir su vehículo, que no se percató de que la pulsera y los dos personajes grabados en ella se iluminaron con potente fulgor durante un instante, el mismo en el que tomó la decisión de ir por uno de los dos caminos y aunque él no podía percatarse de lo que estaba ocurriendo, si hubiera podido ver la imagen de su vehículo desde una vista aérea, hubiera observado cómo se dividía en dos idénticos, tomando cada uno de ellos un camino diferente.

Pablo se encontraba en la habitación de sus hijas, Sonia de diez años y María de ocho, haciendo la ritual despedida de todos los días antes de dormir. Las arropó y les dio un beso a cada una, tras lo cual apagó la luz.

—Buenas noches —susurró mientras se dirigía a la puerta.

—Buueenas noocheees —contestó Sonia bastante adormecida.

—¿Por qué tienes una luz en el brazo?—preguntó la más pequeña al ver en la oscuridad la luz que resplandecía de la pulsera que llevaba puesta.

Pablo, que no se había percatado, observó que efectivamente la pulsera brillaba con un extraño resplandor, pero sólo en una de las dos figuras (la de la izquierda), y tras observarla unos instantes contestó:

—Es una pulsera que me han regalado, es mágica, mañana os la enseñaré.

—¿Y por qué te la han regalado? —preguntó Sonia, la hija mayor, mientras bostezaba.

—Mañana os lo contaré. Ahora a dormir. Buenas noches.

Tras decir esto salió de la habitación y cerró la puerta. Después se dirigió al salón donde se encontraba su mujer, Mónica, leyendo una revista. Mónica era una atractiva mujer, muy activa, dedicada a la restauración de objetos antiguos que compaginaba su trabajo, que realizaba en un estudio que tenía en su casa, con el cuidado de sus hijas.

—¿Qué tal el día?—preguntó Mónica

—Como siempre—contestó Pablo mientras dejaba caer su cuerpo cansado en el sillón, sentándose al lado de su mujer—. Trabajo, trabajo y más trabajo, la misma aburrida vida de todos los días.

—¿Y no te ha pasado nada especial? —volvió a preguntar ella.

Pablo miró su pulsera mientras trataba de relacionar la última pregunta de su mujer con el extraño regalo que había recibido. Seguro que ella estaba refiriéndose a él, pensó, convencido de que su mujer estaba detrás de todo aquel extraño suceso.

Siguiendo el juego y tratando de disimular, se arremangó la camisa y mostrándole la pulsera la dijo:

—Sí, me han regalado esta extraña pulsera, pero no sé quién ha sido. En el paquete no figuraba ningún remitente.

Mónica le cogió el brazo y miró con curiosidad la pulsera, tras lo cual se dirigió nuevamente a él.

—A lo mejor tienes una admiradora secreta por ahí.

—Como no hayas sido tú —contestó sonriendo y haciéndose el interesante—. Sabes que eres mi única admiradora.

—Yoooo —dijo ella con cierta sorpresa— no es de mi estilo. Yo te hubiera regalado algo más misterioso. Probablemente con algún símbolo ancestral egipcio, pero esto, parece de otro mundo, de otra galaxia.

Pablo pensó que su mujer estaba tratando de disimular, seguía pensando que ella estaba detrás de todo aquello, aunque tenía razón, la pulsera parecía de otro mundo.

—Tienes algo de cenar en la cocina—dijo Mónica—Yo me voy a la cama, estoy cansada y mañana tengo que madrugar para llevar a las niñas al colegio ¿Por cierto tengo que llevarte al aeropuerto?

—Sí, cuando vuelvas de dejar a las niñas. El vuelo no sale hasta las once de la mañana.

Su mujer le dio un beso y subió a la habitación. Pablo tenía el viaje con la empresa el día siguiente, para asistir a una reunión en Londres, donde se iba a presentar un nuevo producto de la compañía, sobre cuyo lanzamiento existía un total hermetismo, ni siquiera él sabía bien de qué se trataba, algo poco normal teniendo en cuenta que era el responsable de toda la campaña de publicidad.

Cansado después de un nuevo día agotador se metió en la cama junto a su esposa, que ya estaba dormida. Dejó su misterioso regalo sobre la mesilla y cayó rápidamente en un profundo sueño. En la oscuridad las figuras de la pulsera empezaron a brillar de forma intermitente, primero una, luego la otra, de forma acompasada y precisa, empezando con intervalos más largos, que se iban acortando cada vez más, hasta convertirse en flases de microsegundos, que hacían presagiar una actividad frenética dentro de aquel extraño objeto,

como si algo especial estuviera ocurriendo.

EL VIAJE A LONDRES

A la mañana siguiente, ya en Londres, Pablo se encontraba sentado en una enorme mesa en la sala de presentaciones junto al resto de sus compañeros, procedentes de las principales delegaciones europeas de su empresa, asistiendo a la presentación del nuevo producto de la compañía, que tenía lugar en un castillo que habían alquilado para la ocasión en las afueras de Londres.

Al fondo una gran pantalla mostraba un nuevo modelo de teléfono, mitad de color negro y mitad de color blanco, pequeño con dos antenas cada uno de los respectivos colores. Extraño, muy extraño. Nada habitual, que tuviera que ver con los diseños más avanzados de otras compañías de la competencia.

—Señores—dijo con cierto tono misterioso el presidente de la compañía— les presento nuestro teléfono “Q”, el teléfono móvil que va a cambiar nuestra industria. ¿Y por qué? Porque nuestro nuevo y revolucionario teléfono, nos permitirá producir un retardo temporal de los mensajes que viajan a través de las ondas, en función del número de llamadas que se produzcan simultáneamente, consiguiendo que una persona conteste por ejemplo tres llamadas distintas una a continuación de otra desde el lado del que las recibía, pero que serán recibidas a la vez al otro lado del teléfono. Podrás mantener tres conversaciones al mismo tiempo aunque se produzcan una a continuación de la otra.

El silencio que había reinado durante toda la presentación se vio bruscamente interrumpido por un murmullo generalizado de todos los asistentes. Aquella revelación había impactado a todos. ¡ Múltiples conversaciones al mismo tiempo ! Eso no era posible, pensaron la mayoría de los asistentes.

—Tranquilidad señores —habló nuevamente el presidente haciendo callar bruscamente el murmullo generalizado—. Sé que resulta difícil de creer, por

eso precisamente se trata de un producto revolucionario.

—¿Pero cómo es posible?—preguntó Pierre—el director de marketing de Francia, que además de colega, era también un gran amigo de Pablo.

—Tecnología, Pierre, tecnología —respondió el presidente—. Muchos años de investigación y al final un resultado que está fuera del alcance de nuestro conocimiento. Pero nuestro objetivo no es conocer el cómo se hizo, nuestro objetivo es vender muchas unidades del producto.

Los asistentes respondieron con sonrisas y nuevos murmullos a la última respuesta, todos los que estaban allí eran responsables de marketing y representantes de las distintas agencias de publicidad con las que trabajaba la empresa, y efectivamente, su cometido era precisamente ese, generar en los usuarios el interés por el nuevo producto.

Ya en el cóctel posterior a la presentación, que se celebraba en los jardines de aquel milenario castillo, los asistentes compaginaban la comida y la bebida con las conversaciones en torno a las expectativas del nuevo teléfono. Al grupo se habían unido algunos representantes de la prensa y algunos personajes influyentes en la industria de la telefonía móvil.

Pablo se encontraba charlando con su amigo Pierre y el director de marketing italiano, Sandro, que dirigiéndose a ellos mientras el camarero llenaba su copa les dijo:

—Creo que esta vez vamos a dar "el pelotazo", tenemos un producto verdaderamente bueno.

—Sí—dijo Pierre—Bueno y misterioso....

—El problema va ser contárselo a esos de ahí —dijo Pablo señalando a un grupo de periodistas que se encontraban en el cóctel —A esos no les va a valer con que les digamos que se trata de tecnología. Querrán saber más.

—Ya sabes Pablo —dijo Sandro—. El mundo de las patentes. Hasta que no tengamos el producto en la calle, nadie dirá ni una sola palabra de cómo está hecho. Puede haber algún "chino" acechando dispuesto a copiarnos el invento.

Todos sonrieron y al hacerlo no se dieron cuenta de que el presidente de la compañía se había acercado hasta ellos, precisamente en compañía de un hombre oriental, al parecer con la intención de presentárselo a los tres.

—Cuidado señores—dijo el hombre de aspecto oriental—Hay un chino cerca de ustedes, que podría estar escuchándoles.

Los tres primero palidecieron y después pasaron a un estado de rubor generalizado ante la evidente metida de pata, al no haberse percatado de la

presencia de su jefe y de su acompañante.

—Señores—dijo el presidente muy serio —les presento al señor Lu Chang, nuestro colaborador en China para este proyecto.

Los tres, todavía estupefactos por la situación, saludaron protocolariamente al personaje, con un gesto serio y algo contrariado.

—Tranquilos señores—dijo Lu Chang—este chino es amigo.

La frase relajó bastante la tensión que habían vivido los tres hasta ese momento. Todos sonrieron y bebieron de sus copas.

—Lu Chang —dijo el presidente—, ha sido un gran colaborador en este proyecto. Sin él, llevarlo a cabo hubiera sido imposible.

Todos volvieron a sonreír mientras continuaban bebiendo y comiendo de las bandejas que traían los camareros, en una animada charla tras el shock inicial.

La jornada matinal continuó su curso, entre animadas y esperanzadas conversaciones de los asistentes por el nuevo producto de la compañía.

Ya cerca del mediodía, cuando la mayoría de los asistentes empezaban a abandonar el lugar, Pablo se dirigió a la sala donde se había realizado la presentación para recoger su maletín. Mientras se dirigía al lugar, por un largo pasillo, pasó junto a una sala que parecía una biblioteca y cuya puerta se encontraba entreabierta.

Al hacerlo escuchó las voces de unas personas hablando en un idioma extranjero, que por el sonido parecía oriental. Se acercó discretamente y vio en la sala a Lu Chang, que parecía bastante menos afable que antes, hablando con otros dos orientales de aspecto tosco y corpulento, en un tono bastante menos amigable que el que había empleado en todo momento con ellos durante el cóctel.

Parecía estar muy enfadado con ellos y recriminándoles por alguna razón, que por supuesto Pablo no era capaz de entender en aquel idioma desconocido para él. Evitando que su presencia fuera detectada por aquellos personajes, continuó su camino casi de puntillas en busca de su maletín. Sus motivos tendría aquel extraño chino para estar tan enfadado.

Últimamente, pensó mientras miraba su pulsera y recordaba al extraño mensajero que se la trajo, se cruzaba con demasiados individuos de aspecto oriental en su vida.

Más tarde Pablo y Pierre regresaban al hotel en un vehículo con chófer que había puesto a su disposición la compañía durante su estancia en Londres, para llevarles a todas partes, conversando en un tono mucho más relajado y

coloquial, como correspondía a dos buenos amigos.

—Vaya metida de pata —dijo Pierre—. Lo que hubiera dado porque alguien nos hubiera sacado una foto cuando apareció aquel chino.

—Si, yo también —dijo Pablo—, pero al final, ni él, ni el "presi" parecieron tomárselo mal.

—Pues menos mal —dijo Pierre—, ya sabes que éste tiene poco de gracioso, yo pensé que nos pondría en su lista negra.

—¿Tú crees que tiene una lista negra? —preguntó Pablo.

—¿Este? Seguro —contestó Pierre—. ¿Te acuerdas de Jean Louis, el director de I+D en Francia? Dicen que discrepaba de algunas de las ideas de Alberto y que eso no le debió hacer mucha gracia. Pues bien, no volvió a trabajar. Nos dijeron en un comunicado que había abandonado la empresa por razones personales, cuando todo el mundo sabía que el trabajo que hacía era toda su vida.

—De buena nos hemos librado —dijo Pablo mientras miraba por la ventanilla del coche —Por favor, para aquí, tengo que hacer unas compras.

—¿Quieres que te esperemos?—preguntó Pierre.

—No, vosotros seguid —dijo Pablo mientras abría la puerta del coche—. Voy a tardar un poco, tengo que buscar un regalo para Mónica en esta calle que es famosa por sus antigüedades.

—Pues nada—dijo Pierre sonriendo—que se te dé bien. Ah y cuidado no te encuentres con otro chino por ahí.

Pablo se adentró en la calle por la acera y el coche prosiguió su camino, no sin que antes el conductor "chino" del coche girara la cabeza con gesto despectivo hacia Pierre, que enseguida entendió que haría bien el resto del día cerrando un poco más la boca.

QUARABEL

La calle por la que Pablo paseaba estaba repleta de curiosas tiendas de antigüedades con vistosos escaparates, libros, muebles, monedas y todo tipo de objetos que hacían sumergirse a los que las contemplaban en otras épocas y en lejanas civilizaciones. Un clima de misterio muy propio de películas de ficción lo envolvía todo en aquel curioso lugar, sólo hubiera faltado la niebla, pensó. Pero la verdad es que hacía una espléndida tarde para estar en un Londres primaveral.

Ensimismado en tan sugerente y curioso panorama, Pablo no se fijó al principio en una pequeña tienda de aspecto oriental, quizás porque entre tanta oferta, esta no destacaba especialmente de las demás. Sin embargo de repente, al fijar su mirada en su escaparate, algo le llamó poderosamente la atención: una figura colgada del techo de la tienda, con dos estrellas entrelazadas y la letra “Q” en medio. Exactamente la misma figura que aparecía en el envoltorio de su pulsera y el membrete del papel del mensajero que se la trajo.

Sorprendido por el hallazgo, decidió después de observarla unos instantes entrar en aquella tienda. Él siempre había pensado que lo de la pulsera se trataba de una broma que le habían preparado para su cumpleaños, pero le picaba la curiosidad saber qué relación existía entre ese papel de regalo y la figura que se balanceaba en el techo de aquel lugar. A lo mejor se trataba de una cadena de tiendas y había sido en una de ellas donde le habían comprado su misterioso regalo, pensó.

Al entrar sonó una campanilla, que avisaba de la llegada de un nuevo cliente al lugar. Avanzó unos pasos hacia un mostrador observando los objetos que allí se hallaban y especialmente la figura con las estrellas que ahora se balanceaba algo más por la llegada de la corriente de aire, que se había producido al abrir la puerta.

Detrás del mostrador apareció súbitamente un hombre mayor, de aspecto

oriental, que se dirigió a él en un tono muy afable.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes —dijo Pablo señalando a la estrella—. Pasaba por aquí y vi a través del escaparate esa estrella que cuelga del techo, que me llamó la atención.

—¡Oh! la estrella—exclamó el hombre con cierto gesto de sorpresa porque se hubiera fijado precisamente en aquel objeto—. Es una antigua reliquia que perteneció a una civilización ya extinguida, pero no está en venta. Puedo ofrecerle cualquier otro objeto de la tienda. Pero ese no.

Pablo, que había quedado algo sorprendido por la exclusión rápida y radical de aquel objeto entre todos los enseres a la venta en la tienda, trató de aclarar su interés.

—No, en realidad mi intención no era comprarlo, lo que ocurre es que esa estrella aparecía en el envoltorio de un regalo anónimo que me hicieron ayer mismo y en el membrete de la mensajería que me lo trajo, por eso llamó mi atención.

El gesto del hombre oriental cambió radicalmente, su gesto afable, se volvió defensivo, como si no pudiera dar crédito a lo que Pablo le estaba diciendo. Le observó descaradamente de arriba abajo como si quisiera extraer de él con una sola mirada cualquier información oculta.

—¿Un regalo? —preguntó con cierto tono misterioso—¿Qué clase de regalo?

—Esta pulsera —contestó Pablo extrañado por el tono de su voz, mostrándosela a aquel hombre.

El anticuario palideció al ver la pulsera, agarró la mano de Pablo observándola con cierto descaro y bastante sorprendido por lo que estaba viendo. Tras lo cual soltó su mano de la de Pablo y salió del mostrador para dirigirse a él y volver a fijar su mirada en él unos instantes. Después volvió a coger impulsivamente su mano y dijo:

—Quarabel.

—¿Qué? —preguntó Pablo, que no entendía aquellas palabras.

—Quarabel —repitió aquel hombre.

—Quaraaabell —dijo Pablo tratando de repetir aquellas extrañas palabras.

Sí —dijo el hombre, que no dejaba de observarle de arriba abajo como si fuera un bicho raro.

Tras lo cual soltó nuevamente su mano y se dirigió a una estantería que se encontraba detrás del mostrador, cogiendo un libro antiguo con tapas marrones, algo polvoriento, que puso sobre el mostrador mientras trataba de

limpiar con su mano la portada. Al hacerlo apareció sobre ella la misteriosa estrella doble con la “Q” grabada en el centro.

No le entiendo—dijo Pablo—¿Qué tiene que ver esa palabra con mi pulsera? ¿Qué es Quarabel? ¿Por qué aparece en ese libro la imagen del envoltorio de mi regalo?

—Demasiadas preguntas sin respuesta —dijo el hombre sonriente y ahora con un tono mucho más afable—. Aquí en este libro están todas las respuestas que busca.

Tras decir estas palabras, abrió el libro y buscó una página y le mostró un dibujo en ella con la réplica exacta de su pulsera.

—Es mi pulsera —exclamó Pablo bastante sorprendido—. Eso significa que alguien me ha regalado una copia de una reliquia que aparece en un libro antiguo.

—No es una copia —dijo el hombre—. Es la auténtica, la que aparece en el libro.

Al escuchar aquellas palabras Pablo empezó a no entender absolutamente nada. ¿De qué estaba hablando aquel hombre? Tenía que ser parte de la broma, pero, ¿cómo iba a ser una broma? Estaba en Londres, a miles de kilómetros de su casa y nadie sabía que iba ir a esa calle y a entrar en esa tienda, se trataba de buscar un regalo sorpresa para su mujer. Y entonces, si no era una broma, ¿que relación existía entre su regalo y aquel libro polvoriento? A lo mejor su mujer, que era una experta en antigüedades, conocía aquel libro y había conseguido comprar en algún sitio la pulsera, para la broma.

Aturdido y confuso, volvió a dirigirse a aquél hombre y le preguntó:

—Seguramente, mi mujer la ha comprado en alguna de sus tiendas, para hacerme un regalo sorpresa. Es mi cumpleaños dentro de unos días.

El hombre le miró fijamente, como tratando de entender la confusión en la que se hallaba inmerso.

—¿En alguna de nuestras tiendas? ¿Un regalo sorpresa? —Repitió sus palabras—. Esta tienda es única. No existe ninguna otra en otro lugar y yo diría mejor que se trata de un regalo muy especial, pero no es un regalo de su mujer.

Parecía que aquel personaje misterioso y parco en palabras, parecía conocer el origen de aquella pulsera. Por fin alguien podía desvelarle el misterio.

—Y entonces —preguntó Pablo tratando de que le diera algún tipo de explicación—. Se supone que usted sabe quién me lo ha regalado.

—Sí —dijo el hombre con total seguridad—. Es un regalo de su otra mitad,

que llega a usted desde otra dimensión tal y como estaba previsto.

Otra vez con eso —dijo con tono jocoso e incrédulo Pablo—. Es lo mismo que dijo aquel mensajero. Parece que se han puesto ustedes de acuerdo para contar la misma historia. A lo mejor, incluso ha sido usted mismo el que me lo ha enviado. Y si no. ¿Por qué iba a tener colgado de la pared esa estrella y ese libro, con la imagen de mi paquete? Si es una broma hay que reconocer que está muy bien pensada, pero si no, no le veo la gracia.

El hombre de la tienda, que en parte empezaba a entender la angustia y la confusión que recorrían la mente de Pablo, le miró en esta ocasión con una cierta complacencia, como buscando tranquilizarle entre tanto mar de dudas y nuevamente se dirigió a él con el libro en la mano, invitándole a sentarse en una pequeña sala repleta de objetos antiguos, que se encontraba a la derecha del mostrador.

—He estado durante mucho tiempo esperando que usted atravesara la puerta de esta tienda —le dijo como si supiera por anticipado que él fuera a entrar allí, mientras le mostraba fugazmente algunas páginas del libro —Sé que se encuentra aturdido, confuso, que no entiende nada de lo que está pasando.

Pablo asintió con la cabeza.

—Le voy a contar una historia —prosiguió—. Este libro habla de Quarabel, un hermoso lugar que habitó en un tiempo muy lejano una raza de elegidos, lo que hoy desde nuestra perspectiva podríamos denominar, seres sobrenaturales. Estos seres tenían la facultad de dividirse en dos y lo hacían cada noche, separándose y volando hasta alejarse a millones de kilómetros de distancia y a pesar de ello permanecer unidos, en una sola mente, que pasaba de un cuerpo a otro.

“Imagínese estar aquí a la vez en una lejana galaxia y poder pasar a su otro cuerpo, que vuela sobre un planeta desconocido, en milésimas de segundo.

“Las noches para ellos eran toda una fiesta, recorrían el firmamento de un extremo a otro hasta el amanecer. Sus continuos movimientos e intercambios, cubrían el firmamento de haces de luces que lo iluminaban todo, como cometas incandescentes desplegados por el firmamento. Después, al amanecer, regresaban al hogar, rendidos por la intensa actividad y descansaban para coger fuerzas y volver a surcar el espacio a la noche siguiente.

“En lo alto de su hermosa ciudad existía una especie de templo milenario y en su interior una enorme estructura dorada formada por dos estrellas entrelazadas y en medio una puerta con la letra “Q”, la inicial de Quarabel. La puerta de Quarabel, era la fuente de su energía, la que les permitía realizar

aquella proeza cada noche cuando la atravesaban para surcar los confines del espacio. Era la puerta del universo.

“Sin embargo también era un lugar prohibido durante el día, que bajo ningún concepto deberían de tratar de atravesar. Pero como siempre ocurre en la mayoría de las historias, aquello que nos es prohibido acaba convirtiéndose en una obsesión para alguien. Ese alguien se llamaba Zoviel y era uno de los guardianes del templo, junto con Arisa, Mika, y Aviz.

“Un buen día, en ausencia del resto de sus compañeros sintió la fuerte tentación de atravesar aquella puerta antes de que llegara la noche. De repente, al hacerlo, sintió cómo su cuerpo flotaba por un corredor de luz y se desplazaba a una gran velocidad hasta aparecer de repente en un extraño lugar muy distinto a su mundo, que pareció ser para él, todo un descubrimiento. La luz procedía de una estrella amarilla y lo inundaba todo, miles de colores distintos desconocidos para él, que conformaban lo que parecía un maravilloso mundo por descubrir.

“Tras aquella impactante experiencia, cuando la luz de aquel lugar lleno de colores empezaba a perder intensidad en algo parecido a lo que ocurría cada noche en Quarabel, decidió volver a la puerta para regresar a su mundo antes de que los demás notaran su ausencia.

“Como cada noche Zoviel junto con el resto de sus compañeros, se dirigió nuevamente a la puerta para iniciar su particular viaje por las estrellas. Pero esa noche, cuando los demás comenzaron a dividirse y a surcar la galaxia, Zoviel no pudo atravesarla, ni dividirse como el resto de sus compañeros.

“Al principio se preocupó por aquello, pero pronto se olvidó de ello. Había demasiadas cosas que ver durante el día en su nuevo mundo, como para perder el tiempo con esos pensamientos, así que decidió irse a descansar al lugar donde vivía con sus otros compañeros.

“Al final de la noche, cuando todos los demás volvieron una vez más, vieron a Zoviel dormido y en un gesto de complicidad decidieron no hacer ruido para no despertarle, aunque sin comprender por qué esa noche no lo les había acompañado en su viaje nocturno, sobre todo teniendo en cuenta que aquella experiencia era para todos ellos la culminación de su existencia y cada día, el momento más esperado por los habitantes de aquel peculiar planeta.

“Una vez más ese día, cuando le llegó su turno de guardia, decidió nuevamente tratar de repetir la experiencia del día anterior y así lo hizo. Viajó otra vez a aquel hermoso lugar y en esta ocasión decidió ir más lejos. Empezó a caminar, hasta que cansado trató de saltar en un intento de iniciar el vuelo

como lo hacía cada noche, pero sus pies apenas se separaron del suelo y cayó rodando por un pequeño terraplén. Tampoco podía volar, pensó, pero no le importaba demasiado y decidió continuar su camino a pie.

“Atravesó un bosque, trepó por los árboles, se bañó en un río, recorriéndolo todo y sintiendo continuamente nuevas sensaciones, hasta que la luz empezó a ocultarse nuevamente y decidió atravesar de nuevo la puerta para volver a su mundo. Y otra vez mientras los demás volvían a su festival nocturno, él se dedicaba a descansar, sin ni siquiera intentar de nuevo ya, atravesar la puerta durante la noche.

“Así trascurrieron varios días, en los que Zoviel regresó una y otra vez a explorar aquel nuevo y desconocido mundo para él. Pero se encontraba solo, necesitaba gente a su lado y sintió la necesidad de que sus compañeros conocieran su experiencia.

“El día siguiente Zoviel no pudo por menos que contarles al resto de sus compañeros lo que estaba ocurriendo. Todos escucharon con gran asombro los detalles de su aventura, sin pestañear hasta el final de su narración. Y algunos de ellos se ofrecieron a acompañarle ese día. Eso sí, no les contó que si atravesaban la puerta durante el día, ya no podrían volver a hacerlo durante la noche.

“Con el tiempo, cada vez eran más los adeptos a la causa de Zoviel y en la noche cada vez menos los que viajaban por el espacio, la mayoría había perdido, sin saber por qué, sus poderes, y dormían en vez de surcar el firmamento cada noche, algo que no parecía preocuparles mucho.

“Así, casi sin quererlo aquellos viajes diurnos se fueron extendiendo como una epidemia por aquel mundo hasta el punto de llegar a formarse dos grupos: los que viajaban de día y los que lo hacían de noche.

“Arisa, Avid y Mika, el resto de los guardianes, ya nada podían hacer por evitar la avalancha de aquéllos que decidieron sin tapujos atravesar la puerta de día. Sobre todo teniendo en cuenta que incluso los propios miembros del consejo que regía aquel planeta habían sucumbido a la tentación.

Tan solo ellos tres permanecieron firmes en su decisión de no seguirles en su locura, convirtiéndose con el tiempo en los únicos habitantes de aquel mundo que podían viajar de noche, junto a Gael, el hijo de Ariel, jefe del consejo, que profundamente enamorado de Arisa, siempre había permanecido junto a ella.

“Los cuatro, como cada noche surcaban el firmamento junto a sus dobles, mientras el resto de los habitantes descansaba de sus viajes diurnos a aquel

lejano planeta.

“Hasta que un día, cuando una vez más los que habían elegido saltarse la prohibición de atravesar la puerta de día, decidieron regresar, se encontraron con que la puerta ya no estaba allí. Al principio se sintieron desorientados, pero al final decidieron que tampoco pasaba nada, al fin y al cabo a ellos les gustaba aquel nuevo mundo y pensaron que no sería tan malo quedarse allí permanentemente.

“Pero aquella felicidad pronto se tornaría en infelicidad. Empezaron a disgregarse por el nuevo planeta, a sentirse cansados, a enfermar, discutían, sufrían y se peleaban entre ellos, tratando de dominarse unos a otros. Llegó la codicia, empezaron a envejecer y a morir. Muchos de ellos trataban cada noche de volver a su estado anterior, buscando desesperadamente la puerta de regreso sin conseguirlo.

“Gael, Arisa, Mika y Avid estaban solos en su mundo y tampoco podían volver cada noche a dividirse y surcar el espacio, porque la puerta de Quarabel ya no estaba en el templo, ahora se encontraba flotando en su estratosfera. Se sentían muy tristes.

“Reunidos, trataron de buscar una solución que les permitiera traer de nuevo a los suyos. Gael, que quería ayudar a su pueblo, le contó a los demás que quería viajar hasta la puerta para buscar una respuesta. Al principio no hubo consenso, el joven Avid pensaba que se merecían lo ocurrido y que era una misión demasiado arriesgada. Ahora más que nunca, después de todo lo ocurrido, la estrella que guardaba la puerta de Quarabel era para ellos un lugar prohibido. No obstante Gael convenció a sus amigos y se ofreció, a pesar de la preocupación de Arisa, para llevar a cabo la misión.

“Gael aquella noche partió hacia la estrella, una estrella doble unida por la puerta Quarabel, de la que ahora emanaba una intensa luz, como si permaneciera siempre abierta.

Pablo en ese momento, mientras escuchaba la historia, miró de nuevo la estrella que se encontraba en la tienda suspendida del techo y que fue la causa de que hubiera entrado en aquel misterioso lugar.

—Una vez allí —prosiguió el hombre— atravesó con arrojo y sin pensárselo dos veces la puerta luminosa. Al hacerlo se vio envuelto en un espectacular remolino que lo absorbió súbitamente hasta el interior de un lugar de la estrella. Sin saber cómo había llegado hasta allí, de repente se vio frente a una

inmensa luz cegadora sobre la que parecían rebotar a una enorme velocidad dos esferas que se cruzaban de un lado a otro continuamente, desde todos los ángulos de aquella gran bola luminosa y cuando más absorto se encontraba observándola escuchó una voz que le dijo:

“—Gael. ¿Cuál es el motivo por el que has osado profanar este templo?”

“Gael todavía cegado por la inmensa luz respondió:

“—Perdón mi señor, pero mi pueblo sufre desde hace tiempo una especie de maldición, que le impide dividirse para surcar el firmamento cada noche y ahora se encuentra prisionero en un extraño planeta donde sufre, enferma, envejece y muere. He venido a buscar ayuda.

“La luz pareció perder algo de intensidad al principio mientras Gael esperaba la respuesta, hasta que nuevamente comenzó a brillar con más intensidad y volvió a hablar.

“—Gael, tu pueblo ha sido contaminado por la luz de un planeta llamado Tierra, eligió el camino erróneo y ahora sufre por ello. No es que no puedan dividirse por la noche, es que ahora cada uno de ellos se ha dividido en cientos de miles de copias de sí mismos. Cada vez que hacen una elección durante el día, ir hacia un lado o hacia otro, caminar más rápido o más lento, salir de un lugar antes o después o toman cualquier otra decisión, se dividen continuamente formando multitud de universos paralelos. Antes eran dos y ahora son millones de copias de sí mismos vagando por distintas realidades. Por eso ya no pueden dividirse en su alma gemela y por eso no pueden regresar a Quarabel.

“Gael agachó la cabeza contrariado por la respuesta y volvió a hablar en tono sumiso.

“—Mi señor, tú eres el origen de nuestro mundo. Podrías hacer que volvieran.

“La voz entonces le preguntó.

“—¿Estaríais dispuestos a sacrificaros tú y tus compañeros por ellos, para que volvieran?.

“Sin pensarlo, Gael contestó que sí y que convencería a sus compañeros para que le siguieran. La voz le dijo que si era así, que regresara nuevamente a la estrella en compañía de sus amigos, transcurridas tres noches.

“Gael regresó y contó a sus amigos lo ocurrido, hablaron y hablaron durante las dos noches siguientes hasta estar finalmente todos de acuerdo. Y la tercera noche viajaron a la estrella doble para ofrecer su sacrificio, sin saber en lo más mínimo en qué consistiría.

“Cuando los cuatro estuvieron frente a la luz esta habló nuevamente.

“—Habéis venido hasta aquí para sacrificaros por vuestro pueblo, lo cual demuestra vuestro valor. Pero el camino de regreso no será fácil. Vuestro pueblo, que ha elegido su propio camino, ha sido desterrado a uno de los planetas del sistema solar, la Tierra. Allí nacerán sin recordar para nada de dónde provienen, viviendo su vida mortal, hasta que lleguen al final de sus días, y volverán a nacer para rencarnarse en otras criaturas que a su vez harán lo mismo poblando la tierra. Una y otra vez se repetirá este mismo ciclo. Y vosotros, mientras todo esto ocurre, permaneceréis dormidos en un profundo sueño de siglos, hasta que un día despertéis. Ese día vuestra alma gemela viajará a la tierra y nacerá de mortal, sin recordar tampoco nada, mientras vosotros permaneceréis en la eterna noche de Quarabel. El día de vuestro nacimiento surgirá en algún lugar de la tierra la semilla que albergara el lugar donde nuevamente se alzará la puerta de Quarabel, allí deberéis dirigiros el día señalado los cuatro. Ese día se abrirá nuevamente la puerta interestelar que permitirá vuestro regreso y el de vuestro pueblo. Una vez que la puerta se cierre nunca más podrán regresar.

“La voz calló en ese momento y Gael, sumiso nuevamente, preguntó.

“—¿Y cómo sabrán nuestras almas terrenales que ha llegado el momento, si no recordarán quienes son en realidad ni de dónde proceden?

“La voz volvió a hablar.

“—Cada uno de vosotros le enviará una de estas cuatro pulseras a vuestras almas gemelas para que les guie y les proteja en su misión en la Tierra.

“Cuatro pulseras aparecieron flotando en el aire frente a cada uno de ellos, todos las cogieron y las pusieron en sus muñecas.

“Después regresaron a la aldea, donde por última vez, Gael y Arisa contemplaron una vez mas, juntos de la mano las estrellas de aquel hermoso universo, mientras una hermosa melodía llegaba hasta sus oídos proveniente de la estrella de Quarabel, que les hizo caer sumidos en un profundo sueño que duraría siglos.

Pablo, que había estado escuchando absorto la historia de aquel libro, rompió su silencio.

—Más que una explicación del origen de la humanidad —dijo Pablo con cierto tono sarcástico—, resulta una historia propia de película de Hollywood ¿Me está insinuando que esta pulsera es una de esas cuatro?

El hombre se levantó de la silla, entró en la parte trasera del mostrador de la

tienda y mientras depositaba nuevamente el libro en el lugar donde lo había cogido, le contestó:

—Así es, es la pulsera de Gael.

—Así que yo soy el alma gemela de ese tal Gael —dijo entre sonrisas Pablo—. Y esta pulsera me conducirá al templo de Quarabel. Qué divertido. Veo que tiene usted una imaginación prodigiosa. Muchas gracias por su conmovedora historia. Insisto que sería sin duda un buen guion para una película, pero ahora tengo que irme, se me ha hecho un poco tarde.

Pablo, que se había levantado de la silla para dirigirse a la puerta, vio interrumpido su camino por la entrada de una mujer joven morena, muy atractiva.

—Buenas tardes—dijo.

—Buenas tardes—dijo él apartándose para dejarla pasar.

—Espere un momento—le dijo el hombre del mostrador mientras se dirigía hacia a él con un objeto en la mano—. Es un regalo para usted, me dijo que iba a ser su cumpleaños y quiero además agradecerle su paciencia escuchando mi historia.

Pablo miró el regalo, era una especie de tablet tipo iPad, pero con lo que parecía el anagrama de Quarabel como marca. Empezaba a creer que estaba frente a un montaje casi perfecto, hasta en los más mínimos detalles.

—Se lo agradezco, pero no tiene por qué molestarse. Ha sido agradable escuchar su fantástica historia.

—Insisto —dijo el hombre, que metió el regalo en una bolsa que también tenía impresa la estrella de Quarabel—. Acéptelo, por favor.

Pablo lo cogió y dijo.

—Muchas gracias.

Tras lo cual se dirigió hacia la salida y abandonó aquel curioso y extraño lugar.

Cuando salió, continuó por la acera junto al escaparate de la tienda y observó que el hombre y la mujer, que parecían viejos conocidos, hablaban entre ellos. Ella parecía sorprendida por lo que estaba escuchando, no parecía creer lo que el hombre le decía. De repente miró hacia fuera a través del escaparate y su mirada y la de Pablo se cruzaron unos instantes antes de que éste prosiguiera su camino.

Una extraña sensación invadió a Pablo en ese momento. Era como si ya conociera o hubiera visto antes a aquella mujer.

REACCIÓN EN CADENA

Absorto y algo abrumado por todo lo ocurrido se dirigió caminando hacia el centro de Londres. Miró su pulsera otra vez mientras pasaban por su cabeza como destellos las imágenes de la historia que había escuchado.

Sacó de la bolsa el regalo del anticuario y al encenderlo apareció una imagen que parecía la portada de un periódico antiguo de la época victoriana, con referencias a la coronación de la reina de Inglaterra. Comenzó a tocarla, como si de un verdadero tablet se tratara, tratando de buscar otras opciones, pero sin conseguirlo, por lo que finalmente lo apagó y continuó su camino.

De repente volvió a esbozar una sonrisa, pensando en lo absurdo de todo aquello. Así permaneció unos instantes, hasta que volvieron a su mente nuevamente las dudas de siempre: ¿De dónde procedía en realidad aquella pulsera? ¿Cuál era la conexión que existía entre aquel hombre de la tienda de antigüedades y aquella pulsera? ¿Y si existía alguna, cómo había acabado en aquel lugar, si en ningún momento había hablado a nadie de sus intenciones?

Muchas preguntas sin respuestas para él, quizás una coincidencia del destino, prefería pensar cualquier cosa antes que creer en aquella absurda historia.

Decidió entonces quitarse la pulsera, en un gesto instintivo de tirarla a una papelera, pero algo se le impidió en el último momento y decidió meterla finalmente en el bolsillo de su chaqueta.

Llegando casi al centro, se fijó en un cartel en la calle que anunciaba una conferencia sobre Física Cuántica. Su mente en ese momento asoció esa palabra; “Cuántica”; con la teoría de los universos paralelos, pensando que a lo mejor en ese lugar alguien le podría ofrecer una explicación científica a la absurda historia del viejo anticuario. Como le picaba la curiosidad y todavía disponía de algo de tiempo, decidió entrar un momento para ver de qué iba aquello.

Entró con la conferencia ya empezada, por lo que la sala se encontraba a

oscuras. El conferenciante era un profesor de Física Cuántica, con aspecto de genio despistado. Todos los allí presentes, que tenían un aspecto muy parecido al del profesor, escuchaban atentamente su disertación. Pablo buscó entre la penumbra un sitio donde sentarse, y atisbó a lo lejos un lugar al lado de lo que, en la oscuridad podía ver, parecía una bella mujer, que desentonaba claramente entre tanto genio. Se sentó junto a ella y se dispuso a escuchar lo que quedaba de conferencia.

—Las partículas tienen la posibilidad de estar en más de un sitio a la vez— explicó el conferenciante mientras proyectaba en una pantalla un video con esferas moviéndose al unísono por el firmamento—. La única explicación que se puede dar a esto es que las partículas no sólo existen en nuestro universo. Parecen existir en otros universos entre los que se desplazan rápidamente. Y existe un número infinito de esos universos paralelos, cada uno de ellos ligeramente diferente. En efecto, existe un universo paralelo en el que Hitler ganó la Segunda Guerra Mundial... Y otro en que los Estados Unidos no logró su independencia del Imperio Británico. Y otro en el que usted ni siquiera ha nacido.

Pablo, al escuchar aquellas palabras, rápidamente las relacionó instintivamente con la historia que le había contado aquel hombre de la tienda: mundos paralelos, distintas realidades, estar en dos sitios a la vez, aquello se parecía mucho a Quarabel, pero ahora se trataba de una teoría científica, no de la historia de un viejo chiflado.

Continuó escuchando con mucho interés la conferencia, viéndose sólo interrumpido momentáneamente, por el cruce de miradas a su compañera de asiento, que fue correspondido por ella en algunas ocasiones. Igual que le había ocurrido con la mujer que entro en la tienda de antigüedades, había también algo familiar en su rostro, incluso una extraña sensación en forma de energía eléctrica recorría su cuerpo si se aproximaba lo más mínimo a ella.

La conferencia terminó y las luces se encendieron. Pablo pudo observar mucho más claramente a su compañera de asiento, era una mujer muy atractiva de su edad, vestido, con mucho estilo, que como él, desentonaba completamente con el resto de los asistentes.

Los dos se miraron en un gesto de complicidad, ella sonrió y le dijo.

—Ha sido muy interesante. ¿Verdad?

—Sí —dijo él agradeciendo que ella hubiera roto el silencio—. Si lo ha sido. La verdad es que no sabía, ni que existiera la física cuántica.

—Debí suponerlo—dijo ella mientras se dirigían los dos hacia la salida de

la sala—No tenías pinta de físico. Seguro que eres periodista ¿No?

—Frío...frio —contestó él—. Trabajo en una multinacional en el departamento de marketing. Nada que ver con la física. ¿Y tú? Tampoco tienes pinta de física.

—Tampoco acertaste, soy física —le dijo ella sonriente—. Trabajo en una multinacional en el departamento de I+D, investigando aplicaciones de la física cuántica para los productos de la compañía.

—Bueno, al menos los dos trabajamos para una multinacional —dijo él— aunque sea en departamentos distintos.

Conversando llegaron hasta la salida y una vez allí llegó el momento de la despedida.

—Me alegro de haberte conocido —dijo él— aunque no nos hemos presentado, me llamo Pablo.

—Encantada Pablo —dijo ella—. Mi nombre es Alicia. Quizás algún día volvamos a coincidir en otra conferencia como ésta.

—Seguro que sí —dijo—. Ahora que me ha picado el gusanillo de lo cuántico seguro que profundizo mucho más en el tema.

Los dos rieron y estrecharon sus manos. Al hacerlo, Pablo volvió a sentir un intenso hormigueo eléctrico que recorría todo su cuerpo y lo más raro de todo, notó como si a ella le estuviera ocurriendo lo mismo. Después continuaron su camino por direcciones opuestas.

Él se dirigió hacia la Plaza de Picadilly Circus en el centro de Londres, mientras reflexionaba sobre todo lo que había escuchado ese día. Un teléfono que sin saber cómo, se saltaba las leyes del tiempo, la historia de Quarabel, la física cuántica y aquella mujer, que le resultaba tan familiar y que provocaba en su cuerpo tan extraña sensación cuando estaba cerca de ella.

Habían ocurrido muchas cosas desde que la noche anterior recibió aquella extraña pulsera, que volvió, ya casi llegando a Picadilly, a sacar del bolsillo para contemplarla de nuevo y no poder resistir la tentación de volver a colocarla nuevamente en su muñeca.

Al llegar a la Plaza, vio que estaba a punto de partir el autobús que pasaba por la puerta de su hotel y pensó si cogerlo ó ir caminando hasta él, momento en el cual la pulsera de su muñeca volvió a emitir ese extraño fulgor, como si se activara. Hacía una buena noche, algo poco habitual en Londres, y el hotel no estaba demasiado lejos, por lo que decidió finalmente continuar a pie.

Lo que Pablo no pudo ver entonces, igual que había ocurrido la noche anterior, es que mientras que él se dirigía hacia el hotel, una especie de imagen

translúcida separándose de él mismo, hasta convertirse en real, lo hacía hacia el autobús.

Lo que sí vio mientras tomaba el camino del hotel, fue a los orientales que discutían con el socio chino cruzarse en su camino. Los dos iban en dirección opuesta a la suya, uno de ellos con una bolsa en la mano y el otro con lo que parecía una especie de GPS, que le iba indicando alguna dirección hacia el lugar de donde él provenía.

Más tarde, ya en la habitación del hotel, Pablo acababa de salir de la ducha, cuando llamaron a la puerta. Abrió y vio a su amigo Pierre que venía a buscarle para ir a la cena que tenían con los compañeros de la empresa esa noche.

—Pero vamos—dijo Pierre—Todavía no estás vestido, llegaremos tarde a la cena. Y eso no le va a gustar a tu Jefe.

—Tenemos tiempo, queda casi una hora—contesto él.

—¡Ah! ¿pero no te has enterado? —le dijo— Ha explotado una bomba en un autobús en Picadilly, hace una hora y está todo Londres revolucionado. Creen que ha sido un grupo terrorista.

—¿En Picadilly? — preguntó él sorprendido—. ¿Hace una hora? Yo estaba allí, hace aproximadamente una hora y estuve a punto de coger un autobús.

—Pues has vuelto a nacer, amigo mío—le dijo Pierre—porque si llegas a subir a ese autobús y hubiera sido el mismo de la explosión no lo hubieras contado.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Pablo, que se encontraba encima de la cama junto con el tablet que le habían regalado en la tienda y la pulsera.

—Si... —dijo Pablo—... hola Mónica me lo acaba de contar Pierre y me he quedado muy impactado, yo estaba en esa plaza sobre esa hora y estuve a punto de coger el autobús.... no, no te preocupes... estoy bien. Al final algo me iluminó y preferí ir al hotel andando... tranquila... sí de verdad que estoy bien. Mañana hablamos ahora tenemos que ir a la cena... No te preocupes, ahora Londres seguro que está tomado por la policía.

Pablo colgó el teléfono y se dirigió a su amigo.

—Vaya día más ajetreado, voy a acabar de vestirme, no tardaré nada.

Pablo se dirigió al vestidor para acabar de vestirse mientras Pierre, que le estaba esperando, se sentó en la cama y cogió el tablet.

—¿Qué es esto?—preguntó—. ¿Un nuevo modelo de iPad?

—Eso —contesto Pablo mientras acababa de vestirse—, es un regalo que me

hizo un viejo chiflado en una tienda de antigüedades.

Pierre, que no entendía mucho lo que le decía su amigo, miraba extrañado aquel tablet, que más bien parecía uno de esos de última generación. Lo encendió y vio que mostraba una pantalla retro iluminada con la imagen de la web del Times, muy distinta a la que vio Pablo cuando lo abrió, y una noticia que hablaba de la fusión de dos bancos muy importantes. ¿Qué pintaba semejante artilugio en una tienda de antigüedades? Definitivamente, pensó que su amigo había tenido verdaderamente un día muy estresante.

A la mañana siguiente Pablo, Pierre y Sandro se encontraban en el aeropuerto, esperando sus respectivos vuelos.

—Ha sido terrible —dijo Sandro mientras leía un periódico que acababa de coger—. Y según parece nadie ha reivindicado aún el atentado.

—Seguro que se trata de algún grupo islámico—dijo Pierre mirando el periódico por encima del hombro de Sandro.

—No lo saben —replicó Sandro— normalmente suelen ser kamikazes y entre los cuerpos no se han encontrado restos de ningún islámico.

Pablo, que escuchaba la conversación de sus dos amigos, se percató en ese momento de la presencia de los dos orientales, que había visto en el cóctel y también en Picadilly, situándose en la puerta de embarque del vuelo de Pierre. Parecía estar destinado a encontrárselos en todos los sitios.

—Nuestro embarque —dijo Pierre a Sandro, que viajaba con él a la delegación de Paris—. Vamos.

—Buen viaje —dijo Pablo—. Nos veremos en la reunión de Roma.

—Toma, para que leas algo mientras llega tu embarque —dijo Sandro dándole el periódico—, yo cogeré otro en el avión.

Los dos se pusieron en la cola, mientras hacían un gesto con la mano despidiéndose de Pablo, que se sentó en una silla a leer el periódico, motivo por el que no pudo ver cómo la mujer que entró en la tienda de antigüedades también se ponía en la cola del embarque para el vuelo con destino a Paris.

Pablo ojeaba el periódico cuando una pequeña noticia llamó especialmente su atención.

"Dramático incendio en una tienda de antigüedades en la calle de Portobello. No se han hallado supervivientes."

No podía creerlo, se trataba de la tienda del viejo oriental en la que había estado la tarde anterior.

LA REALIDAD ES UN SUEÑO

Pablo se dirigió al aparcamiento del aeropuerto donde se encontraba el coche de su mujer, que había venido a recogerle.

—He estado muy preocupada —dijo ella— pensando que podías haber sido una de las víctimas del atentado de Londres.

—Yo tampoco he podido dejar de darle vueltas a este tema durante toda la noche —contestó él— ha sido un milagro que al final decidiera no subir al autobús.

Los dos llegaron al vehículo, un todo terreno familiar de color negro, tras depositar Pablo su maleta en el maletero del coche.

En el trayecto no hablaron demasiado, los dos estaban pensativos, hasta que Pablo se sacó del bolsillo la pulsera y se quedó mirándola fijamente. Entonces su mujer, que se dio cuenta de cómo la miraba se dirigió a él.

—Sigues sin saber quién te regaló la pulsera ¿No?

—Mi otro yo —contestó.

—¿Tu qué?

—Mi otro yo —repitió— eso fue lo que me dijo un viejo oriental en una tienda de antigüedades de Londres donde vi una estrella igual que el dibujo que llevaba el envoltorio.

—Eso significa que viene del futuro —dijo ella sonriendo— entonces tendrá poderes ocultos. A lo mejor si te la pones podrás cambiar nuestro futuro.

Pablo se quedó pensando sobre lo que acababa de decir su mujer mientras se dirigían hacia su casa. Si ella supiera todo lo que había ocurrido el día anterior, la historia de Quarabel, que le habían dicho que él era la reencarnación humana de un tal Gael... Demasiado fantástico para ser verdad, pero había una pregunta que seguía sin tener respuesta: si no creía nada de lo que le habían dicho, ¿quién le había mandado aquella pulsera y por qué? La teoría de que habían sido su mujer y sus amigos, podía ser cierta, pero ¿qué

pasaba con la tienda de antigüedades y la historia de aquel hombre? Quizás una coincidencia caprichosa del destino y alguien que conocía la leyenda le había regalado una pulsera que era réplica de la que aparecía en aquél libro. Al fin y al cabo su mujer era una experta en objetos antiguos.

Cuando llegaron a casa subió a su habitación para deshacer la maleta, mientras su mujer se había ido a buscar a las niñas al colegio. Cuando estaba sacando las cosas se encontró con el tablet que le había regalado el viejo de la tienda, lo miró y al hacerlo se dio cuenta de que algo había cambiado, ahora mostraba una noticia muy distinta a la que aparecía en la portada original, no tenía nada que ver con aquélla que había visto la primera vez que lo encendió y que hablaba de la coronación de la reina Victoria de Inglaterra hace cincuenta años, ahora hablaba de un atentado terrorista en París , al pie de la torre Eiffel en el que habían muerto varias personas y que se había producido a última hora de la tarde del día de hoy.

No entendía nada por qué estaba esa noticia allí, quizás era una broma en forma de libro electrónico que cambiaba caprichosamente la portada y el viejo aquel sólo pretendía tomarle el pelo. Giró el marco que contenía la página, tratando de buscar una forma de abrirlo, allí solo había un círculo en forma ovalada que sobresalía del resto de la estructura y que ¿cómo no? llevaba impreso el logo con la estrella, pero no encontró nada, ni tornillos, ni pestañas, ni bisagras, estaba herméticamente cerrado.

Pensó entonces que seguro que era una broma y que más tarde buscaría la forma de abrirlo para buscar el truco que escondía en su interior. Lo dejó sobre la cama, se quitó la ropa y la pulsera que se había puesto en el coche, cuando venía con su mujer, depositándola sobre la mesilla, para dirigirse a continuación al cuarto de baño con la intención de darse una ducha.

Cuando salió del baño entraron en ese momento arrollándolo todo como un ciclón en forma de niñas, sus hijas acompañadas de su mujer y gritando mientras le abrazaban y le llenaban de besos:

—¡ Papi, papi! ¿Nos has traído un regalo?

—¿Un regalo? —preguntó él haciéndose el despistado—. ¿Por qué tenía que traer un regalo? ¿Acaso habéis sido buenas?

—Si, si muy buenas —respondió su hija Sonia— que te lo diga mami.

Fue entonces cuando su otra hija María, se percató del objeto que se encontraba sobre la cama y corrió hacia él diciendo:

—Mira, mira, allí encima de la cama hay algo.

Las dos corrieron despavoridas hacia la cama y tras agarrar el marco, se

miraron la una a otra con evidente cara de frustración:

—Un iPad —dijo Sonia con un tono apagado de voz—. Pero si ya tenemos uno.

—¿Un iPad? —dijo él—. Nooo. Dejad eso ahí, eso es para mí. Para vosotras tengo un paquetito en la maleta.

—Bieeen —gritaron las dos al unísono— mientras corrían hacia la maleta y sacaban el regalo.

—Venga niñas, abridlo en vuestra habitación —les dijo su madre— y bajad a comer rápidamente que tenéis que volver al colegio.

Las dos niñas abandonaron la habitación enzarzadas en una pequeña discusión sobre quién sería la que abriría aquel regalo, a la vez que trataban de adivinar el contenido del mismo.

—Fue entonces cuando la mujer, cogió el tablet y le preguntó a Pablo.

—¿Y esto? ¿Es otro regalo del futuro? Ah, no. Este es del presente —dijo mientras lo encendía para verlo—. No sabía que te interesaba la historia de Inglaterra.

Al oír sus palabras Pablo se acercó rápidamente hacia ella, sorprendido por el comentario y al hacerlo pudo comprobar que otra vez aparecía la noticia sobre la Reina Victoria.

—No puede ser —dijo sorprendido— antes de entrar en la ducha aparecía otra noticia muy distinta.

—¿Otra noticia? —Exclamó sorprendida ella— Esto no es una noticia, esto es historia.

—No lo entiendo —le explicó algo confundido— pero hace un momento hablaba de un atentado terrorista en París que se iba a producir esta misma tarde.

—Yo creo que estás todavía bajo los efectos del shock de lo que pasó ayer —dijo ella— deberías de tomarte el día libre y descansar.

—No puedo —dijo él con un tono contrariado por la incredulidad de su mujer— tengo una presentación después de comer con la agencia de publicidad.

Recuerda que esta noche tenemos una cena en casa de Carlos, no llegues tarde —dijo su mujer mientras abandonaba la habitación y se dirigía a la de las niñas, a las que se escuchaba gritar a lo lejos emocionadas con los regalos que les había traído su padre.

Pablo se quedó solo pensativo y sorprendido, sentado sobre la cama mientras sujetaba el tablet en sus manos y volvía a observarlo desde todos los ángulos

tratando de buscar la forma de abrirlo.

Tras haber asistido a una comida con su jefe y los responsables de la agencia, todos ellos se dirigieron a ésta para la presentación.

La empresa de Pablo estaba preparando minuciosamente el lanzamiento al mercado del nuevo teléfono móvil que les convertiría en líderes del mercado y la agencia había tenido que trabajar duro en las últimas veinticuatro horas, desde que se había hecho público las características del nuevo modelo.

Una vez en la sala se encontraban todos sentados en una enorme mesa de reuniones con los encargados de la presentación, mirando a la pantalla donde se estaban pasando las diapositivas de la campaña de publicidad.

—Nuestro lema de campaña será "Estarás en dos sitios al mismo tiempo" — dijo el joven presentador mostrando cierta complacencia con la frase— mientras proyectaba una diapositiva de una persona hablando con un grupo de gente al mismo tiempo. Este es el concepto, física cuántica, a precio de electrónica de consumo.

Desde que tuvo conocimiento del nuevo producto en la presentación de Londres, Pablo siempre había pensado que aquello era algo realmente complejo, él no era ingeniero, su especialidad era el marketing y por eso había preferido optar por obviar los detalles del desarrollo del producto para centrarse en el resultado de ventas, que al fin y al cabo era lo que a él le importaba. Pero el escuchar aquellas palabras, "Física Cuántica", hizo que su perspectiva del producto, teniendo en cuenta todo lo que había acontecido en su vida en los últimos días, cambiara radicalmente,

—¿Física cuántica? —Interrumpió al presentador— ¿A qué se está refiriendo?

Este hizo una pausa, como haciéndose el interesante y contestó a Pablo:

—Física cuántica, la que trata los universos paralelos, la mecánica de ondas. No es que yo sepa mucho de este tema, ni tampoco sé cómo ha sido desarrollado vuestro producto, pero pensé que podía ser bueno relacionarlo con la mecánica cuántica. Es un tema que despierta un cierto halo de misterio entre los usuarios.

—De momento obviemos la frase —zanjó la cuestión Roberto, el jefe de Pablo— podríamos confundir a la gente, o peor aún que no entendieran de qué estamos hablando.

Efectivamente, pensó Pablo, él tampoco entendía en qué consistía la

tecnología que ocultaba el teléfono, éste siempre había sido un secreto muy bien guardado por la compañía y siempre que había preguntado por el tema la respuesta había sido la misma: "Nos gusta la Coca—Cola ¿para que queremos saber cuáles son sus ingredientes?". Esto había servido hasta hoy, pero al escuchar la palabra cuántica, se agolparon en su cerebro todas las imágenes relacionadas con la tienda de Londres, Quarabel, la conferencia sobre física cuántica.... la pulsera...

La presentación continuó su curso y aunque él trató de seguirla con atención en repetidas ocasiones, no podía dejar de traer a su mente todo lo ocurrido en los dos últimos días.

Después de abandonar la presentación, él y su jefe regresaron a la oficina. Una vez allí, en su despacho, Pablo llamó a su secretaria que acudió rápidamente. Cuando entró, Pablo se encontraba buscando afanosamente algo, entre unos papeles, que no parecía encontrar.

—¿Qué se te ha perdido esta vez? —Preguntó mientras se acercaba a su mesa.

—¿Recuerdas el informe que enviaron de la central —preguntó Pablo— que hablaba de la nueva planta de desarrollo de la compañía en Suiza?

—Siii —dudó un instante Ana tratando de hacer memoria —no está en papel, lo tienes en una carpeta en tu ordenador que pone confidencial.

Pablo se sentó frente a la pantalla de su ordenador y comenzó a buscar precipitadamente el fichero hasta dar con él y soltar un pequeño resoplido en señal de alivio, por el hallazgo.

—¿Qué pasa? —Preguntó Ana— ¿Es importante? ¿Tenemos que hacer algo con él?

—De momento no —contestó, tras lo cual preguntó—. ¿Quién es el encargado en nuestra empresa de I+D?

—¿I+D? Creo que Jaime —contestó Ana tras pensar un instante.

Gracias Ana —dijo Pablo levantándose de su silla y dirigiéndose a la puerta de su despacho— voy a verle un momento.

Está en la planta de Proceso de Datos —dijo ella siguiendo tras sus pasos— le han puesto un despacho allí para él solo.

A Pablo le sorprendió el comentario, no era normal que los técnicos tuvieran su propio despacho, tras lo cual se dirigió a la planta donde se encontraba Jaime.

Al llegar a la planta de Proceso de datos preguntó por Jaime al personal de informática y le indicaron la dirección donde se encontraba su despacho.

Estaba al final de la sala, por lo que tuvo que atravesarla completamente. Mientras lo hacía observó que todos los técnicos de aquella sala tenían sobre su mesa un modelo del nuevo teléfono que iban a poner a la venta. Era curioso que todos tuvieran uno, cuando ellos apenas disponían de un par de modelos para enseñar a los clientes.

Al llegar junto al despacho de Jaime, asistió fortuitamente al final de lo que parecía una pequeña discusión entre Carlos, el Jefe de Informática, que además era buen amigo de Pablo y Jaime.

Carlos abandonó precipitadamente el despacho chocando en su huida prácticamente con Pablo.

—Cuidado —dijo Pablo mientras hacía un quiebro tratando de sortearle—. Que vas como loco.

—Perdona Pablo —dijo su amigo— continuando su camino precipitadamente.

Pablo no le dio demasiada importancia al hecho, los locos de la tecnología solían discutir a menudo cada vez que alguno de los sistemas informáticos fallaba, algo que ocurría más a menudo de lo que era deseable.

Entró en el despacho de Jaime, con el que había coincidido en varias reuniones en la sede central y en la oficina.

—Hombre Pablo. ¿Cómo tú por aquí? —dijo Jaime sorprendido por su visita.

—Hola Jaime, venía a hacerte una pregunta. ¿Tienes idea de qué tipo de tecnología estamos utilizando en el nuevo teléfono?

—Pero bueno —exclamó Jaime—. Esto sí que es una sorpresa, "un hombre de letras" interesándose por la tecnología. ¿Y a que debemos tan repentino interés?

Pablo le miró fijamente algo molesto por el comentario y por la falta de respuesta a su pregunta y dijo:

—Siempre es más fácil vender el producto si sabes cómo funciona. Además, estoy interesado en la mecánica cuántica y este aparato aparentemente tiene ciertas similitudes con esta ciencia.

Jaime no podía dar crédito a las palabras de Pablo. Un experto en marketing hablándole de mecánica cuántica. Le miró con gesto de sorpresa y tras sentarse en su silla le invitó a sentarse frente a él.

—Hay muy poca gente —le dijo— que conozca la mecánica cuántica y mucho menos aún si además provienen como tú del mundo del marketing. Tengo una duda. ¿Te importaría decirme por qué piensas que nuestro teléfono tenga que

ver con el mundo cuántico?

Pablo se quedó por un instante callado sin saber qué decir, la verdad es que él sabía muy poco sobre aquella ciencia, salvo una historia de un viejo chiflado que parecía tener alguna relación con ella y aquella conferencia a la que asistió cuando estaba en Londres. Pero algo recordaba de todo aquello y quiso utilizarlo para tratar de sorprender a Jaime:

—Esta es la única ciencia que explica la posibilidad de estar en dos sitios al mismo tiempo y la forma en la que se comportan las ondas. Nuestro teléfono hace algo que aparentemente sería imposible pensando en términos de física tradicional y sin embargo lo hemos hecho. Mi pregunta es. ¿Cómo es posible si hasta hora nadie lo había conseguido?

—¿Se lo has preguntado a Alberto, el gran jefe? —replico Jaime, que no salía de su sorpresa.

—Él nunca quiere hablar de ello —dijo Jaime—. No sé por qué. A lo mejor es que estamos ante el gran secreto del universo.

Jaime se levantó y se dirigió lentamente hacia una estantería llena de libros técnicos que jamás Pablo osaría leer y tras coger uno de ellos, se aproximó hacia el lugar donde se encontraba Pablo y le susurró al oído:

—La realidad es un sueño.

Después le dejó sobre su regazo un libro que se titulaba exactamente así, tras lo cual prosiguió hablando:

—Y alguien en nuestra compañía ha encontrado la clave que describe este libro. ¿Cómo? No tengo ni idea. Hace un año estuve en Suiza haciendo un cursillo, nos enseñaron todas las instalaciones que había en la planta de desarrollo. Bueno, todas no. Había una sala con un letrero en la puerta que ponía “Quarabel”. Y esa nunca la llegamos a ver. Pero estoy seguro que fue allí donde se creó nuestro nuevo modelo de teléfono “Q” la primera letra de la palabra “Quarabel”.

Otra vez esa palabra, la leyenda del viejo oriental, una nueva tecnología, un secreto que nadie conocía, todo resultaba extraordinariamente confuso y estaba empezando a aturdir a Pablo. Y ahora resultaba que el nuevo modelo de teléfono respondía a la inicial de un nombre que tenía que ver mucho con aquella pulsera que había llegado misteriosamente hasta sus manos. ¿Pero qué tenía que ver su empresa con aquella leyenda?

LA CENA

Pablo aparcó su todoterreno frente a la casa de su amigo Carlos, donde vivía con su mujer Ana en un chalet, en una urbanización privada, en las afueras de la ciudad.

Mónica y él se dirigieron a la puerta de la casa, iban a cenar con ellos y con otros amigos para celebrar el cumpleaños de Ana.

Durante todo el camino hasta allí, Pablo había hablado poco, su mente estaba bastante confusa después de la revelación de Jaime y de haber escuchado de sus labios la palabra "Quarabel". No había comentado nada de lo ocurrido a Mónica, pensó que le tomaría por un loco y más ahora que la única conexión con aquella historia que le quedaba, había desaparecido en el incendio de la tienda de antigüedades.

Necesitaba saber si la pulsera que llevaba en su muñeca, y que por alguna extraña razón no podía dejar de ponerse, a pesar de haber intentado abandonarla en varias ocasiones, era un simple adorno o verdaderamente servía para algo más. También necesitaba descartar que se tratara de una broma de su mujer, que se había complicado con una broma macabra del destino. Quizás Carlos que trabajaba en el departamento de I+D de la compañía, conocía lo que le contó Jaime de aquella puerta con la palabra Quarabel y el libro del mismo nombre y también estaba detrás de aquello.

—¿Has oído alguna vez hablar de Quarabel? —le preguntó a Mónica— mientras llamaban a la puerta.

—¿Qua..? ¿Qué? —respondió ella extrañada.

—Quarabel— repitió él.

—No —respondió con cierto gesto de sorpresa—. ¿Qué es, algún sitio nuevo para ir de vacaciones?

En ese momento Ana abrió la puerta de la casa.

—¿Qué pasa con vosotros? —dijo Ana—. Como siempre, llegando los

últimos.

—Éste—dijo Mónica—. Que le cuesta siempre dejar su trabajo. Felicidades.

Los dos felicitaron a Ana y le dieron un paquete con su regalo.

En el jardín de la casa, Pablo se acercó a Carlos, que se encontraba preparando la barbacoa.

—¿Qué te pasaba esta tarde? —le preguntó—¿Tenías algún problema con Jaime?

Carlos le miró con un gesto que denotaba claramente que no tenía demasiadas ganas de hablar del tema y le dijo:

—Desde tu despacho Pablo, hay muchas cosas que no ves y que ocurren todos los días en esta empresa. Es como la sala de máquinas de un lujoso yate, arriba los viajeros se divierten, abajo en la sala de máquinas se genera la energía para que el barco se mueva a costa de lo que sea. Pero a nadie le importa cómo, lo importante es que el barco siga su camino.

Pablo se quedó sorprendido por aquella repuesta filosófica nada habitual en su amigo, ambigua y que parecía ocultar algo que escapaba a su entendimiento. ¿Qué quería decir? ¿Qué estaba ocurriendo en el interior de Leivoz que tanto preocupaba a Carlos?

Antes de que le diera tiempo a volver a preguntarle sobre aquellas enigmáticas palabras de su amigo, llegaron a las inmediaciones de la barbacoa el resto de los invitados y comenzó el ritual de los aperitivos y el de las típicas y animadas charlas en este tipo de eventos: fútbol, política, mujeres....

—Conocí a una mujer preciosa en Londres —contaba Pablo a sus amigos—. Y además parecía muy inteligente, era experta en física cuántica.

—Nada que ver con mi mujer —dijo Francisco en un tono jocoso—, que lo único que sabe de física es la tabla de Pilates que hace todos los días.

—¿Y qué hacías tu con una experta en Física cuántica? —preguntó Carlos—. Eso no es lo tuyo.

—Es una larga historia —respondió Pablo mientras picaba algo de una de las bandejas—, algún día te la contaré.

Como solía ser típico en este tipo de reuniones siempre antes de la cena, los hombres formaban un grupo en el fondo del jardín y las mujeres otro. Pablo se fijó que en el grupo de las mujeres, acababa de llegar Ana con alguna noticia que las había revolucionado un poco.

Acto seguido se dirigió hacia ellos para hacerles partícipes también de

aquella noticia, acaban de decir en la TV que había habido otro atentado terrorista en París con varias víctimas.

Pablo cambió de repente su semblante por otro bien distinto, que mostraba una mezcla de sorpresa y preocupación por aquello que estaba escuchando.

—¿No habrá sido cerca de la Torre Eiffel? —preguntó.

—Sí, eso han dicho —contestó Ana con cierta sorpresa por la pregunta—
¿por qué lo preguntas?

Pablo durante unos instantes pareció enmudecer, no podía creer lo que estaba ocurriendo, un atentado terrorista en París al lado de la torre Eiffel, exactamente lo que ponía en aquella noticia que había leído, en aquel extraño artilugio.

—Había soñado algo así —contestó tratando de dar alguna explicación a su pregunta por absurda que pareciera. Cualquier cosa parecería más creíble que lo de verdad había ocurrido.

Todos entraron precipitadamente a la casa para ver la noticia en TV. Todos menos Pablo, que apuraba compulsivamente el vaso de cerveza que sostenía en su mano y su mujer Mónica, que abandonando el grupo de las chicas se había dirigido al lugar donde él se encontraba con evidente signo de preocupación.

—Pablo, no entiendo nada. Tú me hablaste esta mañana de que iba a haber un atentado en París por la tarde. ¿Cómo es posible que lo supieras? ¿Qué está ocurriendo?

—No lo sé, Mónica —contestó con cara de preocupación—. No lo sé.

Tras el impacto inicial de la noticia, que hablaba de un nuevo atentado muy similar al de Londres y que tampoco había sido reivindicado por nadie, la cena transcurrió dentro de los cauces habituales, conversaciones intrascendentes, risas, bromas, "cumpleaños feliz" y copas para todos. Todo normal, menos Pablo, que había permanecido bastante callado y preocupado durante toda la velada. Sus amigos no le dieron importancia a su silencio, sabían que él había estado muy cerca del atentado de Londres y pensaban que este nuevo atentado le había recordado aquello. Pero Mónica sabía que tras la actitud de su marido se ocultaba algo que no acababa de entender y que no le permitió disfrutar demasiado de la cena, esperaba ansiosa el regreso a casa para escuchar lo que su marido había prometido contarle cuando abandonaran aquel lugar.

Durante el trayecto de regreso Mónica conducía el vehículo, como solía hacerlo siempre que su marido tomaba algunas copas. Mientras lo hacía escuchaba atentamente, punto por punto, la increíble historia que su marido le estaba contando. Y cómo desde el principio había pensado que se trataba de una broma de su mujer.

Ya llegando a su casa, cuando el vehículo se paró, se quedó mirándole sin saber qué decir. En otras circunstancias, hubiera pensado que se trataba de una broma, pero lo del haber predicho el atentado con tanta exactitud, no parecía precisamente una broma.

—¿Cómo pudiste pensar que yo te había regalado esa pulsera? —le preguntó.

—¿Y qué podía pensar? —contestó él todavía consternado por todo lo ocurrido— ¿Que la enviaba yo mismo del futuro? ¿Que en realidad no soy Pablo, que soy la representación mortal de un tal Gael? ¿Qué hubieras pensado tú?

Mónica guardó silencio y cogió sus manos, intentando tranquilizarle y a la vez comprender cómo se sentía. Y aunque no entendía nada de todo aquello, trató de poner un poco de luz en aquella historia.

—Tratemos de pensar con la cabeza —dijo ella en un tono conciliador—. Han llegado a tus manos dos objetos extraños, que no sabemos quién los envía y que hacen cosas raras, por lo menos el tablet, porque con la pulsera, que sepamos, no ha ocurrido nada extraño, salvo la relación que pueda tener con la historia de aquel viejo chiflado de Londres. A lo mejor el mismo que inventó ese teléfono vuestro, que juega con el tiempo, inventó también ese tablet, que se anticipa a él. Parece absurdo, imposible de creer, pero es evidente, que salvo que tú seas un terrorista camuflado, es lo único que se me ocurre.

Pablo y Mónica entraron en la habitación y se dirigieron los dos, casi instintivamente, como un resorte, hacia la cama sobre la cual estaba aquel misterioso tablet. Lo cogieron, lo miraron y allí lo único que aparecía una vez más era la noticia original sobre la reina Victoria. Lo agitaron, voltearon, revisaron minuciosamente y nada, allí no ocurría absolutamente nada extraño. Al final Pablo, enfadado por aquella situación, lo arrojó con ira sobre la cama nuevamente.

—No lo entiendo. ¿Por qué ahora no ocurre nada? ¿Y cómo se abre este cacharro?

De repente abandonó precipitadamente la habitación, en lo que su mujer interpretó como un intento de buscar alguna herramienta que le permitiera

abrir aquel artilugio. Ella se quedó sentada sobre la cama, observándolo, parecía un marco de tantos con una página de un periódico en su interior. ¿Cómo era posible que aquel objeto inerte hubiera sido capaz de predecir aquel monstruoso atentado?

Mientras mil ideas pasaban por su cabeza a la velocidad del relámpago, apareció su marido con un martillo en la mano, dispuesto a acabar por las buenas con el secreto que se escondía en su interior.

Lo agarró con su mano izquierda, mientras lo golpeaba con la derecha. Primero con cierto cuidado, como intentando no deteriorarlo y luego progresivamente con más y más fuerza, al ver que no conseguía de ningún modo romperlo. Finalmente lo arrojó nuevamente sobre la cama y volvió a golpearlo con más fuerza una y otra vez, sin lograr hacerle al cristal el más mínimo rasguño.

Exhausto y rendido por la evidencia se sentó en la cama, ante la mirada atónita de su mujer, que había contemplado sin poder dar crédito a lo que veía cómo su enfurecido marido, con aquel martillo y todas sus ganas golpeaba aquel cristal infructuosamente.

—A lo mejor es un cristal blindado —dijo ella tratando de apaciguarle y de buscar una explicación a lo ocurrido.

—Y la carcasa ¿de qué es? —dijo él enfurecido—. De una aleación desconocida, la he golpeado también y ni siquiera se ha rayado.

Mónica se puso frente a él, que seguía sentado en la cama sujetando su cabeza frente a su vientre, mientras trataba de calmarle masajeando con sus dedos su cabello.

—Vamos a dormir, ha sido un día duro —le susurró—. Seguro que todo esto tiene una explicación, aunque no tengamos ni idea de cuál es. Mañana tienes que viajar a Milán, necesitas descansar.

Pablo se quitó la pulsera en un gesto de rabia, mientras su mujer le esperaba en la cama. No entendía, si tantos problemas le causaba, por qué siempre acababa poniéndosela en su muñeca. Era como si ejerciera una poderosa influencia desconocida sobre él, que tampoco alcanzaba a entender. Pero esta vez, pensó, se iba a librar definitivamente de ella, la cogió y la dejó sobre el tablet, que volvió a golpear con cierta ira, esta vez con la pulsera.

Después se metió en la cama con su mujer, la dio un beso, apagó la luz e intentó conciliar el sueño, pensó que sería más difícil, pero el cansancio surtió enseguida su efecto.

En la oscuridad de la noche ninguno de los dos se percató que el marco que se encontraba sobre una pequeña mesa, se iluminó de repente, como cuando Pablo, por la mañana, vio en él aquella noticia que tanto le había impresionado.

Pablo cayó en un profundo sueño en el que desfilaban sin cesar por delante de él todas las imágenes de los últimos días: la pulsera.. la tienda... Gael... su imagen golpeando el marco... el atentado de Londres... el de Paris... la mujer de la conferencia.... y.... sin saber bien por qué, la de los dos personajes que discutían con aquel chino de la presentación, con los que también se había cruzado momentos antes del atentado.

Fue una noche muy movida, con esas imágenes repitiéndose una otra vez, como si su subconsciente estuviera tratando sin parar de analizar toda la información para intentar encontrar alguna pista que le condujera finalmente a la resolución de aquel misterioso enigma.

LA REUNIÓN DE MILAN

Pablo bajó las escaleras de la casa para dirigirse al porche donde se encontraba su mujer esperándole para desayunar y se sentó junto a ella. Hacia una espléndida y soleada mañana de primavera, que invitaba a disfrutar de aquel hermoso día.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó Mónica a la vez que servía zumo de naranja en el vaso de Pablo.

—Un poco revuelto —contestó él mientras se servía el café—. He tenido algunas pesadillas.

—Es lógico, todo lo que está pasando podría volver loco a cualquiera. Creo que debías olvidarte de momento, de todo esto. Ve a la reunión de hoy y céntrate en tu trabajo. —le dijo ella, en un intento de aportar serenidad a la situación—. Mañana cuando vuelvas, pensaremos qué hacemos. Probablemente lo mejor será que nos deshagamos de la pulsera y el tablet, y olvidemos todo lo ocurrido.

Pablo miró su muñeca vacía, liberada de aquella pulsera pensando que estar lejos de ella le aliviaría, pero no sintió esa sensación, más bien lo contrario, como el drogadicto que le dejan sin su droga, notaba que le faltaba algo.

—¿Sabes? —le dijo a su esposa—, cuando estoy sin la pulsera me siento vacío. Noto una extraña sensación, es como si me hubieran arrancado algo dentro de mí.

—Eso es fruto del shock que te ha producido todo lo ocurrido —dijo ella mientras se dirigía hacia su espalda y masajeaba su nuca—. No te preocupes, olvídate de ella, además no te sentaba nada bien.

Pablo esbozó una leve sonrisa y agarrando su mano la dijo:

—Tienes razón. Voy a centrarme en mi trabajo, la reunión de hoy es importante. Vamos a ver el nuevo teléfono por fin en funcionamiento.

Mónica entonces cogió su maleta, que estaba en la silla de al lado, se la dio y

después de darle un beso le dijo:

—Por cierto, te llamó Pierre cuando estabas durmiendo, me dijo que no era importante, que como tenía que verte hoy en Milán ya hablaría contigo.

Pablo atravesó el hall de las oficinas de Milán arrastrando su equipaje de mano, en dirección a la sala de reuniones donde le estaba esperando el resto del equipo. En su camino se cruzó con la secretaria de Sandro, que al verle le dijo:

—Hola Pablo. ¿Qué tal el viaje?

—Bien, afortunadamente sin retrasos. ¿Han llegado todos ya? —preguntó mientras se dirigía a la puerta de la sala.

—Falta alguno todavía —contestó—, y el gran jefe, que llamó diciendo que tenía un problema y que se retrasaría, así que hemos retrasado la reunión una hora. Pierre está con Sandro en su despacho, me dijeron que si llegabas fueras allí.

—Gracias Ángela —le dijo a la vez que cambiaba de dirección para dirigirse al despacho de Sandro, que se encontraba en el otro extremo de la planta.

—Pablo, deja que te abrace —le dijo Pierre abalanzándose sobre él y abrazándole muy efusivamente—. Bienvenido.

—Vale, vale —le dijo tratando de desembarazarse de semejante dosis de cariño repentino—... que sólo hace un día que no nos vemos.

—“MI AMIGO” —insistió en una nueva muestra repentina de cariño descontrolado—. Explícame, cuál es la página a la que entraste con tu tablet, que filtró aquella información.

—¿De que tablet y de que página hablas? —dijo Pablo, que no entendía absolutamente nada de lo que estaba diciendo su amigo.

—Oh —exclamo Pierre dirigiéndose a Sandro —Pablo no quiere compartir su secreto con nosotros. "Mais NO" Estoy hablando de ese extraño tablet que tenías encima de la cama, en Londres, cuando fui a buscarte. Allí leí noticia de la fusión de Nettone y Lambert. Por eso pensé que sería bueno comprar algunas acciones de Lambert para aprovechar, aunque algo tarde, el rebote de las acciones. Y eso hice. Pero cuál fue mi sorpresa cuando comprobé que la fusión no se había producido, en ese momento me sentí un estúpido al tirar mi dinero por la borda ¡eH Voilà! de repente se anuncia la fusión y gano un montón de dinero. Y dices que no sabes de que hablo, dime por favor ¿Cuál es

esa página donde entraste, que es capaz de predecir el futuro? Tu wikileaks particular.

Ahora lo entendía todo. Otra vez aquel tablet, que parecía tener vida propia, se cruzaba en su camino. Lo que había visto accidentalmente su amigo en su habitación del hotel, era un anticipo del futuro, que sin saber de qué modo, como si aquel artilugio respondiera a un deseo caprichoso y descontrolado, mostraba cuando quería aquello que iba a ocurrir.

Oh no, pensó unos instantes, a lo mejor existía un mecanismo que lo activaba, algo que lo hacía funcionar. ¿Pero qué? No tenía respuesta para esa pregunta, pero debía de encontrar una convincente para la que le había hecho su amigo Pierre, que por su puesto no sabía que desgraciadamente esa no había sido la única noticia que había anticipado.

—No lo sé —dijo él—. Quizás la metió aquel viejo de la tienda que me lo regaló, apenas lo he usado. Tu debiste tocar algo al cogerlo que seguro que activó esa página de la que hablas. Tendré que mirarlo cuando regrese a casa.

—Claro que sí —dijo Pierre pasándole su brazo por el hombro—, pero cuando lo averigües tienes que compartirlo con tus amigos.

—Por supuesto, Pierre, por supuesto —asintió Pablo.

LA TIENDA DE ANTIGUEDADES

Mientras tanto en Madrid, Mónica había salido con su amiga Ana a buscar un regalo para ella, con el dinero que había sacado para su cumpleaños. Estaba interesada en adquirir una fuente antigua para su jardín y como Mónica, además de su mejor amiga era una experta restauradora, se ofreció a acompañarla para asesorarla.

Había recorrido varias tiendas en la zona del rastro madrileño sin encontrar lo que buscaba, hasta que finalmente llegaron a una que por el escaparate parecía tener buenas ofertas.

Entraron en aquel lugar, que se encontraba aparentemente vacío. Al abrir la puerta una campanilla sonó avisando de la presencia de nuevos clientes. Caminaron unos pasos sin ver a nadie hasta llegar a una fuente que llamó la atención a Ana.

—¿Que te parece ésta? —preguntó Ana señalando una fuente—. Parece muy antigua.

—Tiene buena pinta —dijo Mónica en la confianza de que por fin su amiga encontrara lo que buscaba y acabara su peregrinar de tienda en tienda.

—Es la fuente de la energía —dijo una voz que provenía del fondo de la tienda.

Las dos volvieron su mirada hacia aquel lugar y vieron a un viejo anticuario que lentamente y de un modo protocolario se aproximaba hacia ellas.

—Se llama así —prosiguió él poniendo su mano sobre el grifo dorado con forma de águila de la parte superior—, porque según la leyenda, quien bebía de ella recuperaba al instante sus fuerzas.

—Una especie de "Redbull" a la antigua —dijo Ana tratando de hacer un chiste que rompiera la sobriedad con la que hablaba el anticuario.

Este la miró un instante con semblante serio y a continuación, esbozando una leve sonrisa la dijo:

—Muy ocurrente señorita. A lo mejor prefiere usted algo más sencillo.

—No —dijo Ana—, está bien. Me gusta. ¿Cuánto cuesta?

—Enseguida se lo digo —dijo el hombre dirigiéndose al otro lado del mostrador para consultar un libro con un catálogo de precios.

Mientras lo hacía, Mónica dio una vuelta por la tienda para ver qué encontraba por ahí. Estaba llena de objetos antiguos de todo tipo, por el suelo, las paredes y algunos colgando del techo. Y cuál no fue su sorpresa cuando fijó su atención de repente en uno de ellos, que llamó especialmente su atención, una estrella doble colgante con una puerta en medio y la letra “Q” impresa sobre ella, exactamente como se la había descrito Pablo, cuando le contó su historia.

—Quinientos noventa y nueve euros —dijo el anticuario.

—Es un poco cara —contestó Ana tras meditar unos instantes—. Si me hiciera alguna rebaja... Digamos cuatrocientos cincuenta euros.

El hombre se lo pensó unos segundos y contestó:

—Por cuatrocientos noventa y nueve es suya.

Ana, con evidente gesto de satisfacción por el nuevo precio, cerro la compra:

—De acuerdo, le daré la dirección donde tiene que enviármela. Ah y puede incluir algún papelito con la leyenda escrita, para contárselo a las visitas cuando vengan.

Tras decir estas palabras se dirigió al mostrador donde estaba el anticuario para darle una tarjeta con su dirección. Entre tanto, Mónica seguía dando vueltas en círculo alrededor de la estrella que colgaba del techo, intentando buscarle una relación con la que le había descrito su marido.

El hombre, que de reojo la observaba, se dio cuenta del interés que había despertado en ella aquel objeto y tras cobrar su compra a Ana, salió del mostrador hacía el lugar donde se encontraba ella y le dijo:

—Es una estrella muy antigua.

—¿Cuánto cuesta? —preguntó Mónica.

—Lo siento, no está en venta —contestó rápidamente.

La respuesta sorprendió a Mónica, que trató de indagar algo más sobre el asunto.

—¿Por qué? ¿No es un objeto más de los muchos que tiene aquí?

El hombre mirándola fijamente a los ojos en un intento de averiguar su interés, le contestó:

—Digamos que tengo un interés sentimental en ese objeto, lleva muchos años haciéndome compañía. Además, exceptuando el cariño que le tengo, tampoco

tiene un valor especial.

—Se parece mucho a una estrella que aparecía en una leyenda que me contaron una vez —dijo Mónica sin dejar de observarla extrañada.

—¿Una leyenda? —preguntó muy sorprendido el anticuario—¿Y qué es lo que decía aquella leyenda?

Mónica notó que sus palabras habían despertado un inusitado interés en aquel hombre frío y distante.

—Habla de un lugar llamado Quarabel y de las personas que habitaban ese mundo, unos seres muy especiales y felices que vivían de noche surcando las estrellas.... Y como en todas las historias, algo acabó con su felicidad.

—No sabía que fueras aficionada a las leyendas mitológicas —interrumpió Ana, mientras que Mónica observaba al viejo esperando su reacción.

Tardó un poco en reaccionar, como si estuviera meditando mucho su respuesta, hasta que finalmente dijo:

—Interesante historia, pero no creo que mi estrella tenga nada que ver con ella.

—Quizás no —dijo ella a la vez que sacaba su móvil del bolso—¿Le importa que la haga una foto?

El anticuario se quedó mudo unos instantes sin saber cómo responder, hasta que ella dijo al verle tan dubitativo:

—Es para mi marido —fue él quien me conto la historia.

—Pablo —volvió a interrumpir Ana—. No sabía que a Pablo le gustaran ese tipo de historias.

El hombre, al que seguía observando atentamente Mónica, pareció variar totalmente su actitud, que apuntaba claramente a prohibir sacar la foto, al oír el nombre de su marido.

—Si, por supuesto que puede hacerla —la dijo.

Mónica entonces sacó un par de fotos, totalmente convencida de que de no haber escuchado aquel nombre, jamás la hubiera dejado sacar aquellas imágenes. ¿Pero por qué? Pensó. ¿Acaso conocía a su marido o había oído hablar de él?

—Gracias —dijo Mónica mientras se dirigía a la puerta de la tienda con Ana.

—No hay de qué —contestó el hombre acompañándolas a la salida—. Dígale a su marido que si desea hacer alguna foto más a la estrella, puede venir cuando quiera.

—Gracias otra vez —dijo Mónica, sorprendida por el repentino cambio de

interés del anticuario y por aquella clara invitación para que Pablo visitara su tienda—. Se lo diré.

Las dos mujeres abandonaron la tienda mientras eran observadas atentamente desde la puerta por el viejo anticuario.

—Qué tipo tan raro —dijo Ana—. Pero le he rebajado cien euros.

LA PRESENTACIÓN

Pablo y sus amigos entraron en la sala de reuniones de la compañía, a la que ya había llegado Alberto, el director general de Leivoz. Había algunas personas ya dentro: los representantes de la agencia de publicidad con la que estaban trabajando los últimos días, el director de marketing europeo, los de Alemania y Holanda, el señor Lu Chang y dos personas aparentemente desconocidas, un hombre y una mujer, que les fueron presentados a todos los allí presentes por Alberto.

—Señores, les presento a la doctora Alicia Laínez, experta en Física Cuántica y el doctor Frank Marso, nuestro jefe de investigación. Están aquí para ayudarnos en la presentación.

Pablo no salía de su asombro, Alicia era la mujer que tanto le había llamado la atención y con la que coincidió en la conferencia de Londres sobre Física Cuántica. Los dos se miraron sorprendidos y en un gesto de mutua complicidad decidieron no hacer comentarios sobre su anterior encuentro.

La presentación se desarrolló dentro de la línea de este tipo de reuniones, diapositivas con cifras, gráficos, situación de la competencia, análisis del público objetivo. Lo típico y lo tópico de cualquier presentación de marketing para un nuevo producto.

La parte interesante comenzó cuando Alberto se levantó y dijo:

—Bien señores, hasta aquí la parte de mercado. Ahora nuestros invitados responderán a la pregunta que se hacen todos ustedes desde hace tiempo. ¿Cómo es posible que nuestro teléfono haga lo que hace?

Efectivamente era la gran pregunta, pensó Pablo, que observaba muy atento cómo Alicia se dirigía a la posición del presentador para ofrecer a los allí presentes su explicación.

Mientras la miraba seguía sintiendo la sensación de que la conocía desde hacía mucho tiempo. Había algo en ella, cercano, familiar, algo que le hacía

vibrar, como cuando uno está profundamente enamorado, pero era absurdo, apenas la había visto una vez, durante unos minutos.

—Sé que lo que voy a decir, a la mayoría de ustedes les resultará totalmente nuevo, aunque quizás alguno haya tenido algún encuentro con la teoría cuántica —explicó, Alicia.

Todos se miraron con cara de no tener ni idea del tema, excepto el joven presentador que en la exposición en la agencia el día anterior, relacionó el nuevo teléfono con la física cuántica, que sonrió pensando que era claro que él era el único con algún conocimiento sobre el tema, y Pablo que sabía a ciencia cierta que se estaba refiriendo a su persona.

—Lo que conocemos hoy como computación cuántica —prosiguió—, surge en 1981, con la teoría del físico Paul Benioff que pensaba que en vez de trabajar a nivel de voltajes eléctricos, se debía trabajar a nivel de “cuanto”. Me explico. En el mundo de los ordenadores convencionales, un bit sólo puede tomar dos valores: 0 ó 1, pero para la mecánica cuántica, la partícula puede estar en lo que se denomina superposición coherente. Es decir puede ser 0 y 1 a la vez, lo que no permitiría poder realizar varias operaciones a la vez.

Los allí asistentes quedaron estupefactos, aunque eso de los bits les sonaba del mundo de los ordenadores, lo de los Qubits les sonaba a ciencia ficción, no tenían ni idea de qué iba aquello.

La cantidad de bits que pueden estar en superposición, nos es indicada por el número de qubits —continuó con su explicación Alicia en el absoluto convencimiento de que la mayoría no se estaba enterando de nada—. Esto nos lleva a pensar, que si dispusiéramos de un vector de tres qubits, podríamos realizar ocho operaciones simultáneas, como consecuencia de la superposición cuántica que mencionábamos antes. Para hacerse una idea de lo que esto significa, estamos hablando de una potencia hasta ahora desconocida y cuya aplicación podría revolucionar todo lo que conocemos actualmente.

Ahora la confusión era todavía mayor, ¿de qué estaba hablando esa hermosa mujer, que ninguno de los presentes alcanzaba a entender?

—Pues bien, señores —dijo Alicia tratando de llegar un poco más a la perpleja audiencia—. Nosotros hemos conseguido implantar por primera vez un procesador de este tipo en un dispositivo, nuestro teléfono “Q”. Algo que parecía imposible hasta la fecha para la ciencia.

—Ahora es su turno —dijo Alberto dirigiéndose a los asistentes—. Hasta aquí la explicación que nos pedían, si alguno tiene alguna pregunta por favor que la haga ahora.

Alberto, por su puesto dijo esto en la confianza de que ninguno de los presentes se había enterado de nada y que en el caso de hacer alguna pregunta ésta sería intrascendente o rutinaria. Y así ocurrió con la primera pregunta, que hizo la joven promesa de la agencia de publicidad, en un alarde de protagonismo inoportuno:

—Siii. Yo quería preguntar, si nuestro sistema es totalmente novedoso, ¿nos hemos asegurado de que será exclusivo y de que nadie podrá copiarnos?

—Excelente pregunta —dijo Alberto complacido—. Digna más de un directivo de esta empresa que de un representante de nuestra agencia de publicidad. Respondiendo a su pregunta, le diré que nuestra tecnología es imposible que sea copiada por nadie.

Las palabras de Alberto, sonaron como una crítica frontal al consejo directivo de marketing allí presente. Más de uno pensó que aquel inoportuno joven se había ganado con su pregunta un puesto en la empresa. La mayoría pensó apuntarse un tanto, haciendo la siguiente pregunta inteligente, pero era realmente complicado, teniendo en cuenta que no se habían enterado de nada.

Pero este no era el caso de Pablo, su mente estaba trabajando sin cesar, tratando de analizar toda la información recibida y de buscar una relación con la experiencia personal vivida. Sin saber bien por qué, algo le decía que podía existir alguna relación entre todo lo acontecido en los últimos días y aquel proyecto de su empresa. Recordó entonces una información que había leído en el libro que le prestó Jaime y decidió lanzar su pregunta:

—Mi pregunta es para Alicia. Según tengo entendido, para conseguir un procesador cuántico, sería necesario reducir su tamaño considerablemente, algo que sólo podríamos conseguir a muy bajas temperaturas, lo que provocaría múltiples errores. Esto sólo sería posible de evitar empleando una fuente de energía, que a pesar de la temperatura, pudiera mantener un flujo constante energético para garantizar el proceso. Y según mi información, no existe ninguna fuente de energía en todo el planeta capaz de hacerlo. ¿Dónde hemos encontrado nosotros esa energía?

Todos se miraron atónitos, sobre todo sus compañeros, que ni por asomo esperaban esa pregunta de Pablo. Alberto y Lu Chang cruzaron miradas llenas de complicidad, intentando preguntarse el porqué de aquella pregunta. Y Alicia, a la que iba dirigida, pareció enmudecer, miró a Alberto, esperando su reacción y que de alguna manera la librara de tener que responder. Así lo hizo.

—Vaya —dijo Alberto en un tono falsamente amigable—. Ninguno de los aquí presentes conocíamos tu faceta de científico. Me alegra que nuestro

departamento de marketing siempre rebase sus atribuciones y quiera llegar más lejos. Pero por ahora, creo que la información que hemos dado, es más que suficiente para trabajar.

Tema zanjado, estaba claro que a Alberto no le había hecho gracia la pregunta. Lo que Pablo no entendía era por qué, ni tampoco la actitud de Alicia que había enmudecido cuando la hizo, como si fuera consciente de que un secreto oscuro se ocultara detrás del desarrollo del peculiar teléfono.

EL DESCUBRIMIENTO

Mónica y Ana, después de su ajetreada mañana se encontraban comiendo en una terraza del centro de la ciudad. No había demasiada gente, y la mayoría eran extranjeros, a pesar de que era un día soleado de primavera que invitaba a disfrutar de sitios como éste.

—Que tipo tan curioso, el anticuario —comentó Ana después de dar un trago a su cerveza.

—Sí —le dio la razón Mónica—. Parecía un personaje sacado de un libro.

—De un libro misterioso —dijo Ana haciendo gestos intrigantes con sus manos—. A lo mejor bebemos de la fuente y nos convertimos en extraterrestres.

Las dos mujeres rieron, mientras bebían de sus copas de cerveza. Tras hacerlo, Ana abrió su bolso y rebuscó algo dentro de él que no parecía encontrar.

—¿Se te ha perdido algo? —preguntó Mónica intrigada por la infructuosa búsqueda de su amiga.

Ana hizo un nuevo intento de búsqueda y al final encontró el papel que buscaba.

—Aquí está el recibo del anticuario. ¿Has visto? —dijo mostrándole un recibo a su amiga.

Mónica lo miró, sin entender bien a qué se estaba refiriendo su amiga y la preguntó sorprendida:

—¿Qué es lo que tengo que ver? Es un recibo de una tarjeta de crédito.

—No —insistió ella señalando el logo de la tienda—. Aquí. Al principio no me di cuenta. ¿No te resulta familiar?

—Bueno, sí —contestó un poco dubitativa—. Parece la silueta de la estrella que colgaba de la pared. Pero teniendo en cuenta lo que significaba para él, parece lógico que la haya utilizado para el logo de su tienda.

—Noo —dijo ella a la vez que cogía un papel y trataba de reproducir la estrella doble con la “Q” en el centro—. Sabía que había visto esa silueta en algún sitio, pero al principio no me di cuenta.

Mónica observó, atenta el dibujo de su amiga y cómo ésta una vez que lo finalizó, borró los lados superior izquierdo y derecho de la silueta de la estrella.

—Mira, si quitas esto —le dijo mostrándola el resultado—. Es el logo del nuevo teléfono que vamos a sacar en Leivoz, Carlos me lo enseñó esta mañana. ¿No te parece gracioso?

El semblante de Mónica palideció por momentos, evidentemente no le parecía nada gracioso. Su amiga le estaba insinuando que existía una relación entre el logo de la tienda, que supuestamente a la espera de la confirmación de su marido, debía de ser el mismo, de la tienda de Londres, del albarán del mensajero y del paquete en el que venía la pulsera, y del nuevo y secreto teléfono que había desarrollado la empresa de Pablo.

—¿Estás segura? —preguntó Mónica a su amiga, que todavía permanecía en estado de excitación por su fina perspicacia.

—Claro que lo estoy —contestó segura de su hallazgo—¿Pero tú no lo has visto?

Efectivamente, Mónica no lo había visto, porque Pablo apenas hacía un día que había sido informado de la existencia del teléfono y casi no había tenido tiempo de verlo él.

—No —contestó—. Ya sabes que los de marketing y sus mujeres siempre son los últimos que se enteran de los nuevos proyectos de la compañía.

El día había amanecido lleno de sorpresas, el anticuario, el descubrimiento de Ana, pero no iba a acabar aquí. Después de comer, las dos amigas abandonaron el restaurante y cruzaron la plaza donde se encontraba, en dirección al aparcamiento en el que habían dejado el vehículo. Lo cogieron y Mónica llevó a Ana hasta su casa para dirigirse después a la suya.

Al llegar a las inmediaciones de su chalet observó la presencia de un extraño vehículo aparcado en la calle de afuera, con dos personas dentro que parecían estar esperando o incluso vigilando a alguien. Al principio no le dio mucha importancia, en la zona vivían algunos políticos y empresarios que solían llevar escolta, quizás estaban acompañando a algunos de ellos. Lo que no le gustó es que fuera su casa al lugar donde dirigían sus miradas todo el tiempo. Algo que pudo observar al mirar desde una de las ventanas del salón.

En ese momento se vio sorprendida por Berta, la chica que servía en su casa, que se dirigió a ella y la dijo:

—Señora, yo ya me voy. Hoy es jueves y salgo antes, ya les he preparado la merienda a las niñas para cuando vengan del colegio, está en la cocina.

—Gracias Berta —dijo Mónica mientras seguía observando de reojo en el exterior al coche aparcado—. Que te lo pases bien.

—Gracias señora —contestó Berta mientras se dirigía a la puerta de la calle para abandonar la vivienda—. Encima de la mesa tiene la correspondencia que ha llegado hoy.

La empleada abandonó el lugar, mientras era observada atentamente por los dos hombres de afuera. Mónica se sentó en el sillón frente a la mesa donde estaba toda la correspondencia y la prensa del día. Abrió algunas cartas del banco y después cogió el periódico para ojearlo, como hacía casi todos los días.

Y quedó helada al ver la noticia que aparecía en la portada.

"Roban de la comisaría de Londres la misteriosa pulsera que apareció en los restos del atentado de Picadilli. La policía investigaba la relación de este objeto con la autoría del atentado."

La pulsera que aparecía en aquella portada era exactamente la misma que le habían regalado a su marido. No podía creerlo, tenía que haber más como la suya, porque Pablo había vuelto de Londres con ella.

¿Pero qué hacía allí y por qué la policía estaba investigando aquella pulsera? Pensó de repente que podía existir alguna relación entre el que envió el regalo a su marido y los autores del atentado. Pero ¿qué sentido tenía todo aquello? Estaba empezando a sentirse, por momentos, cada vez más confusa, cuando instintivamente se dirigió como una flecha a la habitación, donde Pablo había dejado la pulsera y el tablet.

Una vez allí, hizo una rápida inspección visual en busca de la pulsera. Al principio no la encontraba, porque estaba tapada por una revista, encima de la mesa pequeña. La retiró y allí vio el tablet y la pulsera encima de la pantalla.

Y cuál no fue su sorpresa al ver, que ahora sí, la imagen del marco había cambiado y nuevamente hablaba de un atentado, esta vez en la plaza de Milán, donde estaba el hotel en el que se alojaba su marido, que se produciría el día de hoy a la siete de la tarde.

Excitada y muy nerviosa por lo que allí aparecía, cogió el tablet y retiró la pulsera que estaba sobre él y que ahora había pasado a un segundo plano para ella, con la intención de leer más detalladamente la noticia. Pero al hacerlo,

desapareció la noticia del atentado y volvió la imagen original. No comprendía lo que estaba ocurriendo, por qué de repente había cambiado. Lo agitó entre sus manos tratando de algún modo de hacer volver aquella noticia, sin conseguirlo. De repente, pensó que a lo mejor sería una buena idea dejarlo nuevamente sobre la mesa donde lo había encontrado y al hacerlo volvió a aparecer la noticia.

Como la mesa era pequeña, apenas cabía el tablet, por lo que lo había dejado encima de la pulsera. Para que no la molestara, ni diera reflejos mientras se disponía a leer la noticia, cogió la pulsera y la retiró de la mesa, dejándola encima de la cama. Y nuevamente la noticia desapareció, siendo sustituida por la original.

No comprendía que estaba ocurriendo, lo único que había hecho era retirar la pulsera de la mesa. De repente lo entendió, la pulsera... quizás tuviera alguna relación con aquel tablet, la cogió y la movió muy despacio hacía la mesa nuevamente, esperando que ocurriera algo. Al aproximarse al tablet las esferas de la pulsera se iluminaron un instante y la noticia volvió a aparecer.

La retiró y la acercó un par de veces más observando que siempre ocurría lo mismo, había encontrado accidentalmente la forma de activar aquel misterioso tablet que era capaz de mostrar un adelanto del futuro.

Mónica seguía preocupada por la presencia del vehículo, con aquellos dos hombres, que estaba aparcado en frente de su casa. Volvió a asomarse a la ventana y observó cómo uno de ellos había salido del coche y merodeaba alrededor del chalet.

Rápidamente corrió hacia la cocina en la planta baja, allí estaba el teléfono que comunicaba su vivienda con la garita de seguridad de la urbanización, para llamarles.

—Seguridad dígame —contesto una voz de hombre al otro lado del teléfono.

—Buenas tardes —dijo Mónica con voz un tanto nerviosa—. Les llamo porque desde hace un buen rato hay un vehículo aparcado en frente de mi casa con dos hombres muy raros, que están merodeando alrededor del chalet. A lo mejor no es nada, pero estoy un poco asustada.

—No se preocupe —dijo el empleado de seguridad—. Ahora mismo envío un coche para ver de quién se trata.

—Gracias —contestó Mónica.

Después colgó el teléfono y subió nuevamente a su habitación en la planta de arriba para intentar observar lo que estaba ocurriendo fuera, sin ser vista.

El vehículo de seguridad, no tardó mucho en llegar. Cuando lo hizo se paró

frente al chalet, detrás del vehículo que se encontraba allí estacionado desde hacía algún tiempo.

Dentro de él se hallaba sólo uno de los ocupantes, el otro estaba recorriendo en ese momento los alrededores de la vivienda.

Mónica observó desde la ventana cómo el empleado de seguridad bajó de su vehículo y se dirigió al conductor del coche estacionado para hablar con él. Apenas unos segundos después, vio cómo el segundo hombre, el que estaba merodeando por los alrededores de la casa se acercó al guarda por la espalda y sin mediar palabra le golpeó brutalmente primero en el estomago y más tarde en la nuca. El coche entonces arrancó y salió rápidamente de allí mientras se incorporaba a él en marcha, el agresor.

El pánico se apoderó de ella, dejándola inmobilizada durante algunos segundos sin poder dar crédito a lo que acababa de ver, después reaccionó y corrió nuevamente a la cocina para llamar a la garita y contarles muy nerviosa lo que acababa de pasar.

—Le han golpeado, le han golpeado... —repetía una y otra vez—. Por favor hagan algo, está tirado en el suelo.

Después soltó el teléfono, dejándolo descolgado y corrió a coger su móvil para llamar a Pablo. La señal del teléfono sonó una y otra vez sin que nadie lo cogiera. Su marido se había dejado el teléfono olvidado encima de la mesa donde se había celebrado la reunión y se había ido a comer con sus compañeros sin darse cuenta de que no lo llevaba.

Desesperada porque nadie contestaba el teléfono le envió un mensaje esperando que en algún momento él pudiera verlo.

“Lláname urgentemente, necesito hablar contigo. No se te ocurra pasar esta tarde por la Plaza Duomo, va a haber otro atentado.”

En medio del shock, Mónica reaccionó de repente y pensó en la pulsera y el tablet, estaba convencida de que la presencia de aquellos hombres tenía mucho que ver con ellos. Por eso corrió precipitadamente a la habitación, los cogió y decidió esconderlos en un lugar más seguro.

Unos minutos más tarde los compañeros del guarda agredido llegaron para socorrerle. Este se incorporó lentamente, bastante dolorido por los golpes recibidos, ante la mirada atónita de Mónica que observaba la escena desde la ventana, después de haber puesto la pulsera y el tablet a buen recaudo.

El guarda malherido, subió a uno de los dos vehículos que había venido a socorrerle y el que venía en el otro, se dirigió hacia la casa de Mónica, para

comprobar que todo estaba en orden y para ver si la mujer que les había llamado, podía aportar algún dato para identificar a los agresores.

—Pase por favor —le dijo Mónica tras abrir la puerta de la calle.

—Gracias señora —dijo el guarda mientras se adentraba unos pasos dentro de la casa—. Venía a comprobar que todo estaba bien y si no le importa a hacerla algunas preguntas, para ver si puede ayudarnos a identificar a las personas que merodeaban por su vivienda.

—Por supuesto —dijo Mónica invitándole a sentarse en el sillón del salón.

El guarda se sentó y sacó una libreta y un bolígrafo.

—¿Había visto antes en alguna ocasión a esas personas? —la preguntó.

—Jamás las había visto —contestó muy segura de lo que estaba diciendo.

—¿Habían recibido algún tipo de amenazas en los últimos días, usted o su marido? —continuó con el interrogatorio.

—No —volvió a contestar aseverando la respuesta con un movimiento de cabeza.

—¿Guardan algo de mucho valor en su casa que pudiera ser objeto de un intento de robo? —volvió a preguntar mientras hacía algunas anotaciones en su libreta.

Mónica en ese momento pensó en la pulsera y el tablet, ella estaba convencida de que aquellos objetos eran el auténtico motivo de la visita de aquellos hombres, pero no sólo no podía afirmarlo, sino que también consideró que sería una imprudencia hablar de ellos, antes de que tuviera ocasión de hablar con su marido, para tomar una decisión al respecto.

—Que yo sepa no tenemos nada especial —contestó para salir del paso—, alguna joya de poco valor, dinero en efectivo y lo que ve usted a simple vista.

—¿Anotó usted la matrícula del vehículo? —preguntó el guarda.

—Sí —contestó ella tras lo cual se levantó, fue hacia la mesa y cogió un papel que entregó a aquel hombre.

El guarda también cogió el papel, lo miró y después se levantó entendiendo que poco más le iba a poder decir aquella mujer.

—Muchas gracias señora por todo —le dijo—, probablemente la matrícula sea falsa y no sirva para mucho, pero bueno, es lo que hay. Entregaremos la información a la policía para que sean ellos los que investiguen lo ocurrido. Y ya sabe, si vuelve a verlos por aquí llámenos inmediatamente.

—Espero no tener que hacerlo—le dijo mientras le acompañaba a la salida—. Por cierto, ¿que tal está su compañero?

—Algo dolorido —la contestó mientras abandonaba la casa—. Pero se

pondrá bien.

—Dele las gracias de mi parte —dijo ella aliviada por la información que le acababa de dar.

El hombre asintió con la cabeza, se dirigió a su vehículo y abandonó el lugar. Mientras tanto Mónica, que estaba un poco aturdida, intento nuevamente llamar a su marido, pero como éste continuaba sin contestar le envió un nuevo mensaje.

Con todo el jaleo, no se había dado cuenta que se le había echado la hora encima para ir a recoger a las niñas, por eso salió precipitadamente a coger su vehículo, para ir a buscarlas.

Los nervios y el retraso la hicieron circular más rápido de lo normal, derrapando incluso en algunas curvas de la urbanización. Cuando se dio cuenta de que ir a esa velocidad no le aportaría nada bueno redujo su marcha y trató de serenarse. Sobre todo teniendo en cuenta que a la salida de la urbanización donde vivían había una carretera estrecha y con algunos terraplenes que recomendaban cierta prudencia a la hora de conducir.

Durante unos instantes pareció recobrar la tranquilidad, pero al mirar por el retrovisor, la angustia volvió a recorrer su cuerpo de nuevo, el coche con aquellos dos hombres que vigilaban su casa se encontraba tras ella.

LA HISTORIA SE REPITE

Pablo y sus compañeros habían estado comiendo con la gente de la agencia de publicidad tras la reunión matutina. Fue una reunión de trabajo para planificar la estrategia a seguir en la campaña de publicidad, que debían comenzar con urgencia, porque el hecho de haber mantenido el proyecto en secreto tanto tiempo, les había dejado muy poco margen para trabajar.

Al final de la comida pensó en llamar a su mujer y fue entonces cuando se dio cuenta de que se había dejado el móvil en la oficina. Como tampoco tenía nada especialmente importante que hablar con ella, pensó que podría esperar a su regreso a la oficina para llamarla.

Una vez allí se dirigió a la sala de reuniones en la que había dejado su maletín y su teléfono móvil. Entró en la sala y vio que además del suyo sobre la mesa, se encontraban algunos de los maletines del resto de los asistentes a la reunión. Cogió su móvil y cuando se disponía a marcar el número de su mujer se dio cuenta que se encontraba sin batería. De repente, algo llamó su atención. Del maletín de Lu Chang, que estaba entreabierto, sobresalía el pico de algo que parecía una fotografía. Sintió un irrefrenable deseo en ese momento de abrirlo para ver de qué se trataba. Antes de hacerlo fue hasta la puerta de la sala y miró al exterior para asegurarse de que nadie iba a entrar. Después la cerró sigilosamente y corrió hacia el lugar de la mesa donde se encontraba el maletín para abrirlo. Cuando lo hizo, su semblante cambió de repente, la fotografía que se había quedado pillada entre las tapas del maletín era de la tienda del viejo anticuario de Londres, el mismo que le había dado el tablet y le había hablado de Quarabel. Siguió mirando debajo de la foto y nuevamente quedó sorprendido al encontrar entre los papeles una foto de Alicia y un hombre mayor junto a ella, le dio la vuelta y vio escrito los nombres de Jean Louis y Alicia Laínez.

La cara de aquel hombre le sonaba conocida, pero por más que intentaba

hacer memoria no recordaba dónde le había visto anteriormente.

Tampoco lograba entender qué hacían esas fotos en el maletín del misterioso oriental que últimamente acompañaba siempre a Alberto, ni su relación con Alicia y con el viejo anticuario de Londres. Todo un rompecabezas, difícil de resolver, que estaba empezando a ponerle muy nervioso.

De repente, al escuchar un ruido en el exterior de la sala donde se encontraba, cerró rápidamente el maletín y se dirigió al lugar donde se encontraba el suyo.

La puerta se abrió y entró en la sala Ángela, la secretaria de Sandro.

—Hola Pablo —le dijo—, te estaba buscando. Alberto está en el despacho de Sandro y ha preguntado por ti.

—Gracias Ángela, había venido a buscar mi teléfono, me lo dejé olvidado en la reunión de esta mañana.

Pablo entonces se dirigió al despacho de Sandro. No sabía muy bien por qué el gran jefe requería su presencia, no estaba prevista ninguna reunión, al menos que él supiera, quizás, pensó, quería decirle algo sobre su intervención en la reunión, pero para eso probablemente le hubiera citado a él solo, cuando llegó al despacho. Allí estaban además de Sandro y Alberto, Pierre y Lu Chang, manteniendo lo que a priori parecía una animada conversación. No parecía que las sospechas de Pablo tuvieran ningún fundamento.

—Hola Pablo —dijo Alberto haciéndole una señal con la mano para que se incorporara junto al resto de los asistentes—. Pasa, quería hablar contigo también.

Todos dejaron de hablar, tomaron asiento donde pudieron y esperaron expectantes que Alberto les explicara el motivo de aquella improvisada reunión. Por fin se dirigió a ellos:

—Señores, el señor Lu Chang y yo, hemos estado hablando sobre lo que ha pasado en la reunión. La verdad es que nos han sorprendido tus preguntas Pablo, y aunque yo en principio no era partidario de dar el paso, Lu me ha convencido. Hemos decidido invitarles a los tres a nuestro centro de I+D en Suiza, para que conozcan más de cerca los detalles de nuestro nuevo producto, pensamos que esta visita les puede ayudar en su trabajo de promoción del teléfono.

Los tres se miraron sorprendidos, les iban a permitir entrar en el centro de desarrollo de Leivoz, un lugar secreto, prohibido para la mayoría. Aunque el más sorprendido de todos era Pablo. No entendía lo repentino del cambio de actitud de su jefe. Estaba claro, como el mismo había explicado, que aquello

tenía que ver con las preguntas que había hecho durante la reunión, pero ¿por qué en vez de alejarle de las respuestas ahora pretendía acercarle a ellas? ¿Y por qué había sido precisamente Lu Chang, el hombre que llevaba una foto de la tienda quemada en Londres y de Alicia, el que les hubiera abierto las puertas de aquel lugar?

—Será un honor para nosotros visitar el cuartel general, antes de la batalla —dijo Pierre intentando ser ocurrente.

Alberto le miró con un gesto que denotaba que lo que acababa de decir le había parecido un poco estúpido.

—Pues no se hable más, señores —dijo Alberto—. Ya he dado instrucciones para que preparen sus respectivos viajes, será pasado mañana. Espero que les sea muy productiva. Gracias.

Tras pronunciar estas palabras salió del despacho seguido por su colega oriental.

—No me lo puedo creer —dijo exaltado Pierre dirigiéndose a Pablo—. Has conseguido una visita al templo sagrado de la compañía. Eres mi héroe.

Pablo miró a su amigo, pero no dijo nada, estaba todavía bajo los efectos del contrataque sorpresa de su jefe.

—Alberto y Lu Chang, iban en coche camino del aeropuerto, este último estaba hablando por el teléfono móvil.

—Sois unos estúpidos —dijo—. Solucionadlo inmediatamente. Ya sabéis cómo.

Tras decir esto colgó su teléfono.

—¿Estás seguro de que ha sido una buena idea? —preguntó Alberto.

—Ahora más que nunca —dijo Lu señalando su teléfono—. Mis hombres han seguido la señal que te dije que habíamos descubierto y les ha llevado hasta una casa en una urbanización en Madrid, que según parece pertenece a un tal Pablo González. ¿Te suena de algo?

Alberto le miró sorprendido, porque aunque pensaba que Pablo podía saber algo más, hubiera preferido estar confundido, siempre le había tenido cierta simpatía.

—Ha habido algún problema. Parece ser que cuando estaban vigilando la casa, se presentó un guardia de seguridad de la urbanización —prosiguió Lu—. Pero no te preocupes, mis hombres ya lo están solucionando.

—No quiero errores, Lu —le dijo Alberto con gesto contrariado—. Estamos muy cerca de conseguirlo y ahora hay que tener más cuidado que nunca.

—Lo sé —contesto Lu—. Confía en mí.

Alberto miró a su amigo, más tranquilo, sabía que Lu era un especialista en limpiar rastros, aunque fuera con métodos muy poco ortodoxos.

Pablo abandonó las oficinas junto con Pierre. Sandro les acercó en su coche al hotel donde se alojaban, que estaba cerca de la Plaza Duomo. Como la plaza era una calle peatonal, les dejó cerca de ésta porque a los dos les apetecía dar un paseo andando hasta el hotel.

Los dos iban caminando por la plaza, que estaba, como era habitual, llena de turistas visitándola, cuando de repente algo llamó poderosamente la atención de Pablo. Cerca de la estatua ecuestre situada en el centro de la Plaza observó la presencia de los dos orientales que había visto anteriormente en la presentación de Londres y en la Plaza de Picadilly antes del atentado.

No podía creerlo, otra vez se cruzaban en su camino. Al principio pensó que quizás acompañaban a Lu Chang en su viaje y que estaban haciendo turismo, pero luego sintió una especie de escalofrío interno, como si algo en su interior le estuviera avisando de un inminente peligro.

—Vamos a ver la tienda de relojes de allí en frente —dijo Pierre señalando al otro extremo de la plaza—. Y de paso me sacas unas fotos al lado de la estatua.

Pablo se quedó un momento pensativo, algo le decía que esa no era una buena idea.

—No, Pierre —le contestó—. Vámonos mejor al hotel, me he quedado sin batería y tengo que llamar a Mónica.

—Yo te dejo mi móvil —le dijo Pierre sacándolo del bolsillo.

—No, de verdad —dijo él tratando una vez más de persuadir a su amigo de su plan—. Estoy un poco cansado. Necesito darme una ducha.

—Te estás haciendo viejo —le dijo—.Tú ganas, vamos al hotel.

Los dos amigos cambiaron su rumbo y se dirigieron hacia el hotel. Mientras lo hacían Pablo miró hacia atrás hacia el centro de la plaza donde se encontraba la estatua, ya no estaban los dos orientales, ahora había un grupo de turistas tratando de hacerse una foto, que hacían señas desde lejos a un compañero del grupo que parecía haberse quedado rezagado en una de las tiendas del lateral de la plaza.

Todo parecía tranquilo. Pensó mientras entraban en el hotel que a lo mejor estaba empezando a estar desbordado por todo lo que le había ocurrido

durante estos días.

Mientras tanto en la plaza, los turistas que había visto Pablo ya estaban colocados para hacerse la foto, y el rezagado del grupo salía de la tienda en la que acababa de hacer algunas compras. Sus compañeros le llamaban para que se apresurara, un poco cansados de esperarle.

—Vamos Iván, te estamos esperando —gritó uno de ellos.

El tal Iván sonrió desde el lateral de la plaza a la vez que hacía una señal a sus amigos desde la puerta de la tienda, disculpándose por su tardanza.

De repente, se escuchó un estruendo atronador en toda la plaza, seguido de una tremenda explosión que hizo saltar por los aires al grupo de turistas que esperaban junto a la estatua, ante la mirada atónita y aterrorizada del compañero rezagado.

Pablo, que ya estaba en la habitación del hotel, escuchó el estruendo que provenía de la plaza, pero no se sorprendió, acababa de encender su teléfono móvil y de leer un mensaje de su mujer que decía:

"Va a haber otro atentado en la Plaza Duomo, esta tarde a las siete, no se te ocurra pasar por allí."

Cerró la ventana y trató inútilmente una y otra vez de comunicarse con su mujer. El teléfono no respondía.

De repente llamaron a la puerta, la abrió y dejó pasar a Pierre, que estaba bastante excitado por la explosión.

—¿Lo has oído? —dijo bastante nervioso—. Parece que ha sido una explosión, en la Plaza Duomo. No me lo puedo creer. Y tú y yo estábamos allí hace nada. Si me hubieras hecho caso y hubiéramos ido a la tienda, probablemente nos hubiera pillado en la plaza.

—Tranquilo, Pierre —le dijo mientras sujetaba sus brazos para que dejara de moverlos como las aspas de un molino—, tranquilo. No estamos allí, eso es lo importante.

—Eres mi ángel de la guarda —le dijo mientras se soltaba de sus brazos y agarraba a su amigo dándole besos en la frente.

Después se sentó en una silla de la habitación y sacó su teléfono móvil.

—¿A quién llamas? —le preguntó.

—A Sandro, para decirle que estamos bien.

—No te molestes. Acaba de producirse un atentado. En estos momentos creo

que será difícil comunicar con cualquier teléfono móvil. Imagino que reinará el caos más absoluto.

—Seguro que ha sido otro atentado —le dijo abandonando su intención de llamar a Sandro—. Primero Londres, luego París y ahora Milán. ¿Qué es lo que está ocurriendo? Y nadie ha reivindicado ningún atentado.

Pablo miró a su amigo con un cierto gesto comprensivo, efectivamente todo aquello era muy raro, incluso para él. Su tablet le había avisado del atentado de París y ahora su mujer le avisaba del de Milán. Pero cómo lo había sabido, solo había una forma: que el tablet hubiera vuelto a anticipar el futuro. Necesitaba hablar con su mujer para ver lo que había ocurrido, pero seguía sin contestar a sus llamadas. El teléfono de Mónica sonaba sin parar en algún lugar de la cuneta, a varios metros de distancia de su coche, que se encontraba completamente volcado y con ella dentro.

LA FIESTA

La cena de la compañía, para festejar la presentación del nuevo modelo de teléfono, estaba transcurriendo con relativa normalidad, a pesar de la noticia del nuevo atentado que había sobrecogido a todos los allí presentes. Otro atentado, no reivindicado que acababa con la vida de inocentes y nadie sabía por qué. Fue el tema estrella de las conversaciones entre los invitados. Hasta que Alberto subió al atril que habían preparado para que pudiera dirigirse a los allí presentes.

—Buenas noches señores —dijo—. Lo primero, manifestar nuestras solidaridad con las víctimas del cruel atentado que se ha producido esta tarde y manifestar la repulsa y el asco que nos producen este tipo de actos sin sentido.

Estas palabras y el silencio momentáneo del interlocutor acabaron por acallar los últimos murmullos de la sala, produciéndose un silencio general que trataba de reivindicar el dolor y la consternación de todos los invitados a la cena.

—Pero la vida sigue, y estamos aquí para presentarles a todos ustedes el teléfono que marcará una nueva era en el mundo de las comunicaciones —prosiguió Alberto tras la leve pausa—. Les presento, señores, nuestro teléfono “Q”.

En ese momento se proyectó en la gran pantalla que se encontraba detrás de Alberto, mientras sonaba uno de los temas musicales que más sonaba en ese momento, la imagen en 3D del nuevo teléfono girando sobre sí mismo y posteriormente el espectacular spot que habían preparado para la campaña de TV.

Los asistentes irrumpieron tras ver esas imágenes en clamoroso aplauso que inundó toda la sala. Todos, menos una persona, Pablo, cuya mente, lejos de aquella pomposa presentación, trataba de buscar las respuestas a todas las

preguntas que se había hecho, con respecto a lo que se ocultaba detrás del desarrollo de aquel nuevo teléfono de su empresa.

Entre la multitud, pudo observar que en una de las mesas de la sala, próxima a la que él se encontraba, había otra persona que tampoco estaba aplaudiendo. Se trataba de Alicia.

Le llamó especialmente la atención, teniendo en cuenta su involucración directa en el proyecto, que no mostrara una especial alegría al contemplar los resultados de su trabajo. Pensó que quizás su extraña actitud tuviera algo que ver con la fotografía de ella y aquel hombre que parecía su padre, que había descubierto en el maletín de Lu Chang. ¿Pero por qué?

Tras la cena los asistentes se dirigieron a la discoteca del hotel, donde un conocido grupo de moda, deleitaba a los invitados, que bailaban a un ritmo frenético, al compás de su música, entre risas y alborozos.

Como Pablo estaba para pocas fiestas, salió de la sala y se dirigió a la terraza con su copa en la mano, para tratar de encontrar un poco de paz entre tanto bullicio. Estaba preocupado porque no conseguía localizar a Mónica ni en casa, ni en el teléfono móvil.

Intentó hacer una nueva llamada sin éxito y cuando se disponía a guardar su teléfono, se dio cuenta de que tenía un mensaje sin abrir, de ella. Lo abrió y lo leyó:

"Busca en nuestro observatorio astronómico particular".

¿A qué venía esa especie de mensaje en clave? Pensó. ¿Qué quería decir su mujer? Algo importante estaba ocurriendo y cada vez se encontraba más angustiado por no saber el qué.

Abstraído por esos pensamientos, no se percató al principio de la presencia en la terraza de Alicia, que se encontraba apoyada en la barandilla observando las estrellas. Se acercó sigilosamente hasta ella intentando no romper su momento de ensoñamiento estelar y la dijo en voz baja:

—Hace una noche estupenda. Y el cielo está lleno de estrellas.

Alicia le miró algo sorprendida al principio por su presencia repentina y le contestó:

—Siempre está lleno de estrellas, aunque algunas veces las nubes y otras las luces de nuestra superpoblada civilización, no nos dejen verlas.

—Intuyo por tus palabras —la dijo—, que no te llevas bien con la civilización. Y es extraño. Al fin y al cabo eres un científica y se supone que tu trabajo es hacer que nuestra civilización avance a no se sabe bien dónde, pero eso sí, que avance.

—Parece que no te gustan demasiado los científicos —le dijo interpretando sus últimas palabras como una pequeña crítica—, sin embargo eres hombre de marketing que lee libros y asiste a conferencias de física cuántica. Eso si que parece extraño.

—Digamos —dijo esbozando una sonrisa—, que he tenido que aprender a la fuerza. Buscaba respuestas a muchas preguntas, sin encontrarlas. Y me pareció que esa ciencia podía hallar algunas de ellas.

—¿Y las has encontrado? —preguntó.

—Todavía no —contestó él—, pero estoy cerca, sólo necesito averiguar qué relación existe entre un lugar llamado Quarabel y la compañía donde trabajo. Cada vez que menciono este nombre siento que algunas personas se ponen muy nerviosas.

Alicia le miró sin pronunciar palabra alguna durante unos instantes, como si algo especial significara también para ella ese nombre, sobre el que parecía saber mucho más de lo que aparentaba.

—Quarabel —dijo fingiendo cierta ignorancia—, extraño nombre. ¿Qué es? Un planeta lejano, quizás de otra galaxia. ¿Y qué tiene que ver con nuestra compañía? Nosotros hacemos teléfonos.

También él la miró unos instantes, en silencio, tratando de sacar con su mirada, lo que no era capaz de sacar de ella con sus palabras. Intuía que esa aparente ignorancia era sólo una fachada y que en realidad ella conocía ese nombre.

—Quizás que los dos empiezan por “Q”, quizás porque en nuestro centro de I+D en Suiza hay una puerta a la que nadie tiene acceso en la que está escrita esa palabra. No lo sé. Dímelo tú.

Alicia quedó muy sorprendida por las palabras de Pablo, no entendía como podía conocer la existencia de aquel lugar, sobre todo teniendo en cuenta que ninguna persona de la empresa, que no fuera de su departamento había estado allí nunca.

—¿Quién te ha hablado de ese lugar? —le preguntó sorprendida—. Muy poca gente sabe de su existencia. Yo que tú no haría demasiadas preguntas sobre este tema, vivirás mucho mejor, te lo aseguro.

El gesto de Alicia, había cambiado, ahora estaba muy seria y con sus palabras parecía querer protegerle impidiendo que llegara más lejos en todo este turbio asunto. Lo que no acababa de encajarle, es por qué, si éste era un tema "tabú", su jefe le había invitado a conocer precisamente el centro de desarrollo. No tenía ningún sentido.

—Pues es extraño que me digas eso, porque precisamente Alberto nos ha invitado esta tarde a conocer el centro de I+D en Suiza.

Alicia no daba crédito a sus últimas palabras, tampoco entendía en absoluto el motivo de aquella invitación, pero intuía que si la aceptaba, Pablo iba a correr un serio peligro.

—Si eres listo —le dijo con evidente gesto de preocupación—, no aceptarás esa invitación.

Pablo no tuvo tiempo de contestar, al ver cómo se aproximaban hacia ellos Alberto y su eterno acompañante, el señor Lu Chang.

—Vaya quién está aquí. Nuestra más prometedor científica y nuestro más prometedor director de marketing. Veo que no os atrae mucho el espectáculo de dentro.

—La verdad que no es un día muy propicio para la música —le dijo en un tono manifiestamente crítico—. La noticia del atentado nos ha sorprendido a todos.

—Sí —le dijo—. Pierre me ha dicho que estuvisteis muy cerca de la explosión y que os librasteis por muy poco.

—Me han dicho que es la segunda vez que se libra de algo así —dijo Lu Chang—. Estuvo usted también muy cerca del atentado de Londres.

—Así es —le contestó Pablo un poco molesto por recordárselo—. Estuve a punto de coger el autobús que explotó en Picadilly. Pero en el último momento cambié de opinión, lo mismo que hoy. Es como si alguien o algo me estuviera protegiendo.

—Resulta curioso —insistió Lu Chang—, que siempre esté usted cerca de los atentados.

—No de todos —le contestó nuevamente molesto por sus apreciaciones—. El día de Paris estaba en mi casa. Por cierto, a quien sí vi, el día de Londres y esta tarde antes del atentado, fue a las dos personas con las que hablaba usted en la biblioteca el día de la presentación. Es curioso. ¿Le acompañan también en este viaje?

Si las miradas fueran rayos láser, aquella mirada de Lu Chang hubiera atravesado el corazón de Pablo. Estaba claro que no le había hecho ninguna gracia aquel último comentario. Incluso Alicia, le miró temerosa de que se estuviera metiendo con sus insinuaciones en un territorio lleno de minas explosivas.

—La verdad es que es una coincidencia —le contestó intentando aparentar una tranquilidad claramente inexistente—. Efectivamente estuvieron conmigo

en Londres y ahora me acompañan en este viaje. Y afortunadamente como usted. Abandonaron la plaza antes del atentado, ha sido una suerte también para ellos.

—Creo que le estaba buscando Pierre —dijo Alberto tratando de romper la tensión que allí se respiraba.

—Iré a verle gracias —dijo dirigiéndose después a Alicia—¿Me acompañas Alicia? . A lo mejor al final, después de todo no nos viene mal un poco de música.

—Me parece una buena idea —asintió con la cabeza mientras se dirigía junto a él hacia el interior de la sala.

—Te lo dije —le dijo Lu Chang a Alberto con gesto contrariado. Este tipo puede complicarlo todo. Hay que eliminarlo.

—Sí —dijo Alberto—. Pero antes tenemos que averiguar qué es lo que realmente sabe y de dónde ha sacado la información.

—Y también por qué el "localizador", nos ha llevado hasta su casa —añadió Lu.

Ya en la sala con el resto de los invitados, Pablo trató de integrarse entre la multitud pero sin dejar de pensar en lo que le había dicho Alicia. Intentó en varias ocasiones acercarse nuevamente a ella, pero siempre estaba rodeada de otras personas. La música sonaba atronadora, la gente bebía desenfrenadamente y no había quién se entendiera allí dentro. Al principio entre tanto jaleo, no escuchó el sonido de su móvil pero sí sintió la vibración. Era Ana, la mujer de Carlos. Salió fuera de la sala otra vez para tratar de hablar allí, lejos del atronador ruido.

—Sí —contestó—... Hola Ana... ¿Qué pasa?...

Enseguida supo qué pasaba, Ana le contó que Mónica había tenido un accidente con el coche y que se encontraba grave en el hospital.

Su cara palideció.

EL HOSPITAL

Pablo entró como una flecha en el hospital, había adelantado su vuelo al primero de la madrugada para volver cuanto antes a Madrid.

Ana le explicó durante su llamada, que Mónica había tenido un accidente, pero que no se sabía mucho más. La habían tenido que operar de urgencia y se encontraba en la UCI.

Atravesó a toda velocidad las salas del hospital hasta llegar a la sala de espera donde estaba su mujer. Allí estaba Ana, que al verle se abalanzó llorando y muy nerviosa sobre él fundiéndose en un entrañable y compungido abrazo.

—Pablo —dijo entre sollozos—. Es horrible. Habíamos estado juntas toda la mañana y de repente, pasa esto.

—¿Cómo está? —preguntó muy nervioso.

—El médico anoche no nos explicó mucho —dijo—. Le han intervenido con éxito de las heridas pero parece ser que el peligro está en el fuerte impacto que recibió en la cabeza. El médico no nos dijo mucho más.

Pablo soltó a Ana y se dirigió al mostrador donde estaban las enfermeras.

—Por favor soy el marido de una de las pacientes que se encuentra en la UCI, acabo de llegar de viaje y necesito hablar urgentemente con el médico.

—Está a punto de salir —dijo la enfermera de modo protocolario—. Enseguida podrá hablar con él. Mire... precisamente viene por allí.

Pablo salió a su encuentro y prácticamente le abordó.

—Doctor —dijo muy excitado—. Soy el marido de Mónica Sandoval, la mujer que ha tenido ayer un accidente. ¿Cómo está?

El doctor le miró con un gesto que trataba de ser comprensivo dentro de la rutina habitual de este tipo de casos y trató dentro de lo posible, de tranquilizarle.

—Ha salido bien de las heridas y contusiones, hemos tenido que reparar

algunos huesos, afortunadamente sin demasiadas complicaciones. Pero el problema está en la cabeza, recibió un fuerte impacto que le ha afectado la región occipital. Se encuentra muy inflamada y no podemos hacer nada, salvo esperar que remita la inflamación. Para evitar problemas la hemos sometido a un coma inducido. Y ahora sólo podemos esperar a que evolucione.

—¿Cuál es el riesgo? —preguntó con la moral por los suelos.

—Si evoluciona bien, la sacaremos del coma y en poco tiempo volverá a la normalidad. Si la inflamación no remite podría perder su vida.

Las últimas palabras del doctor resonaron en su cerebro con la fuerza de un terrible impacto, como si él hubiera sido, en vez de su mujer, el que hubiera recibido el golpe. Trató de reaccionar y se dirigió nuevamente, sacando fuerzas de su interior para no derrumbarse, al doctor:

—¿Puedo verla?

—Sí —contestó—, pero sólo unos instantes, necesitamos tenerla vigilada permanentemente.

Pablo entró en la sala y se acercó hasta la cama donde se encontraba Mónica, llena de cables y monitores que vigilaban permanentemente sus constantes vitales. La miró, con mucha ternura y lágrimas asomando a sus ojos, cogió su mano y la apretó, esperando alguna reacción, pero sin ningún resultado.

Pensó en lo caprichosa que era la vida, él había estado a punto de ser víctima de dos monstruosos atentados, sin que le pasara nada, y su mujer se encontraba en esa situación por un absurdo accidente de tráfico.

¿Pero qué había ocurrido? Con el shock de la terrible noticia, no se había puesto a pensar en ningún momento, cómo había sido el accidente, lo único que sabía es que Mónica se había salido de una carretera por la que pasaba diariamente varias veces y que conocía a la perfección.

No encajaba. A lo mejor estaba nerviosa al no recibir respuesta de él, por el mensaje que le había enviado, sobre el atentado. No lo sabía, pero algo extraordinario debería de haber ocurrido para que ella perdiera el control.

Después de la visita, abandonó el hospital con Ana. Cuando los dos salieron a la calle para dirigirse al aparcamiento, Pablo se dio cuenta de que no la había dado las gracias por haber estado allí todo el tiempo.

—Gracias Ana —le dijo—. Te agradezco mucho que hayas estado aquí junto a ella.

—Sabes que no me ha costado ningún trabajo —le dijo esbozando una leve y

tierna sonrisa, mientras agarraba sus dos manos—. Ella hubiera hecho exactamente lo mismo por mí. Es mi mejor amiga.

Pablo la abrazó y después los dos continuaron su camino.

—¿Sabes algo de cómo fue el accidente? —preguntó mientras entraban en el parking.

—No mucho —contestó—. Según parece se salió de la carretera por exceso de velocidad.

—¿Exceso de velocidad? —preguntó el muy extrañado—. Ella nunca va rápido con el coche. ¿A dónde iba con esa prisa?

—No lo sé —dijo Ana también extrañada—. Iría a buscar a las niñas, espera...creo que esta mañana me dijo que tenía que recoger un material para restaurar la mesa en la que estaba trabajando, a lo mejor iba a por él.

—Es muy raro —insistió él—. Algo debió pasar que la pusiera nerviosa. ¿Hablasteis de algo?

—Cuando yo la dejé —le explicó Ana—, estaba muy tranquila, habíamos estado en una tienda de antigüedades, comprando mi regalo de cumpleaños y después comiendo en una terraza en el centro. Estaba contenta, te hizo incluso unas fotos con su móvil, en la tienda en la que estuvimos, de una estrella que colgaba del techo, porque dijo que se parecía mucho a la de una leyenda que le habías contado y estuvimos comentado lo gracioso que era que se pareciera al logo de vuestro nuevo teléfono.

—¿Una estrella? —preguntó él muy extrañado por las palabras de su amiga —¿Que se parecía al logo de nuestro teléfono?

—Sí, una especie de estrella doble, con una “Q” en el medio, le hice un dibujo quitando dos lados de la estrella y era igual.

La mente de Pablo empezó de repente a funcionar a toda velocidad, no era capaz de asimilar toda la información que le estaba proporcionando Ana de golpe. Habían visto una estrella que se parecía a la de Quarabel... en una tienda de antigüedades... tenían fotos... se parecía con algunas modificaciones al logo del nuevo teléfono...

—Mira —dijo Ana mientras sacaba unos papeles del bolso—. Creo que lo tengo todavía aquí. Este es el recibo de la tienda —le dijo mientras se lo mostraba—. ¿Ves? con el logo de la estrella que vimos colgando. Y éste —le mostró el otro papel con el dibujo—,es vuestro logo, sólo hay que quitarle dos aspas a la estrella.

Pablo observó atónito los papeles, que corroboraban el descubrimiento de Ana. Pensó que cómo no se había dado cuenta antes y en lo que habría pensado

Mónica al ver aquello.

Instintivamente anotó en su mente la dirección del recibo que le había mostrado Ana. Estaba convencido de que en aquel lugar probablemente encontraría respuestas a algunas preguntas.

—Qué curioso. Seguro que es una coincidencia.

Ana se paró al llegar al lugar donde estaba aparcado su vehículo. Dio un beso a Pablo para despedirse y le dijo:

—Por favor, tenme informada de todo lo que sepas de Mónica, y si necesitas que me quede con las niñas dímelo.

—No te preocupes —dijo él—, ya he hablado con Berta para que se ocupe de ellas, prefiero que sigan en casa y se acostumbren a la nueva situación. Gracias de todas formas. Si veo que te necesito te lo diré.

Ana subió al coche, lo arrancó y cuando había avanzado unos metros, frenó de repente, bajó la ventanilla y llamó a Pablo.

—Pablo, se me olvidaba, ayer por la noche vino al hospital un señor que me dijo que era inspector de policía y que quería hablar contigo sobre el accidente. Le dije que estabas fuera y me preguntó cuándo volvías.

—¿Un inspector de policía? —exclamó Pablo extrañado—¿Y qué pinta un inspector de policía en un accidente de tráfico?

—No lo sé —dijo ella también extrañada—. Eso mismo pensé yo.

Después cerró su ventanilla y continuó su camino, dejando a Pablo tras de sí, pensativo por la última sorpresa de una mañana que estaba resultando sorprendente en todos los sentidos.

DE VUELTA A CASA

Pablo volvía a casa en su coche, triste y pensativo por todo lo ocurrido. Mientras, su cabeza daba vueltas continuamente buscando una explicación a todo aquello.

Lo que más le intrigaba, es la presencia de aquel inspector de policía en el hospital. No le encontraba ningún sentido. Si había sido un accidente ¿que pintaba aquel hombre en esta historia? Pero ¿y si no había sido un accidente? . No era lógico que su mujer fuera a esa velocidad, ella nunca corría con el coche, salvo que estuviera huyendo de alguien. ¿Pero de quién?

Metido en sus pensamientos llegó a su chalet. Dejó el coche en el aparcamiento y subió a la casa.

Cuando entró en ella, sintió una enorme y repentina depresión, todo le pareció extraño y vacío, sin Mónica.

Subió a la habitación y se sentó en la cama, donde cogió entre sus manos una foto de los dos, mientras seguía dándole vueltas a su cabeza. De repente, se acordó de la pulsera y del tablet, y miró instintivamente a la mesa donde los había dejado el día anterior. No estaban allí. Probablemente, pensó, su mujer los hubiera puesto en algún otro sitio, de hecho tuvo que coger el tablet para ver la noticia que hablaba del atentado de Milán.

Buscó por la habitación, abrió los cajones, miró bajo las almohadas de la cama, en los armarios, sin éxito. Mónica había salido de casa el día anterior, y sabiendo lo que aquel extraño tablet era capaz de mostrar, no podía haberlo dejado en cualquier sitio, a la vista de cualquiera. Tenía que haberlo escondido.

Salió de la habitación y recorrió algunos de los lugares de la casa donde pensaba que podía estar, pero no encontró nada. De repente llamaron a la puerta. Se dirigió a ella y miró por la mirilla, a través de la cual vio a un hombre de aspecto serio y trajeado. No le conocía de nada, a pesar de lo cual

decidió abrir.

Cuando lo hizo aquel hombre se dirigió a él en un tono afable:

—Buenos días. ¿Es usted el marido de Mónica Sandoval?

—¿Por qué lo pregunta? —le dijo un poco extrañado de que le preguntara en estos momentos por su mujer.

—Soy el inspector López —le dijo enseñándole la placa que le identificaba como policía—. Quería, si no tiene inconveniente, hacerle unas preguntas sobre el accidente de su mujer.

—Pase... —dijo Pablo sorprendido por la presencia de aquel hombre pero a la vez aliviado porque le permitiría conocer la versión de la policía sobre el supuesto accidente.

Le invitó a que le acompañara hasta el salón y los dos se sentaron en el sillón.

—Me va a perdonar —dijo Pablo tratando de averiguar el motivo de su presencia—, pero no entiendo mucho qué tiene que ver la policía con el accidente de mi mujer.

—¿Tuvo usted ocasión de hablar con su mujer ayer por la tarde? —le preguntó.

—No, no pude —contesto él todavía intrigado por su interés—. Se dieron una serie de circunstancias que me lo impidieron. Primero me dejé el teléfono en la oficina, después, cuando intenté llamar, me di cuenta de que estaba descargado y finalmente cuando pude llamar ya no me contestaba.

—Entonces no sabe —le explicó—, que su mujer alertó ayer por la tarde, muy asustada, a los guardias de seguridad, sobre la presencia de dos hombres que vigilaban su vivienda.

—No tenía ni idea —dijo Pablo, perplejo por la revelación del inspector.

—Parece ser que su mujer se extrañó por su presencia y pidió ayuda a los guardias de seguridad. Uno de ellos se acercó a su casa y cuando trato de identificarles, fue golpeado brutalmente por ellos, tras lo cual se dieron a la fuga.

—¿Y han averiguado de quién se trataba? —preguntó muy intrigado—¿Y qué es lo que hacían aquí?

—Es lo que estamos intentando hacer —le dijo—. Hemos encontrado algunas huellas de neumáticos en el lugar donde se precipitó su mujer que no pertenecían a su vehículo.

—¿Está diciendo que pudo no ser un accidente? —le preguntó sorprendido.

—Todo apunta a que ese vehículo estaba persiguiendo a su mujer.

Pablo se levantó como un resorte del sillón y de espaldas al inspector, tratando de ocultar el sentimiento de rabia y desesperación que se había apoderado de él, le dijo:

—Tienen que encontrar a esos "cabrones".

—Para eso necesitaremos su ayuda —le dijo, tras lo cual Pablo se dio nuevamente la vuelta hacia él—. No sabemos qué es lo que estaba buscando esa gente, ni porque vigilaban su casa.

—¿Para robar? —le dijo como si pareciera algo obvio.

—No podemos descartarlo, pero no parece lógico que para hacerlo se pasearan delante de su casa a plena luz del día y luego, cuando la casa estaba vacía, persiguieran a su mujer. Más bien pensamos que estaban interesados en algo que ella tenía.

En ese momento, Pablo pensó en la pulsera y el tablet. Quizás los llevaba su mujer en el coche y por eso aquellos hombres la perseguían. Pero ¿como podía explicarle al inspector su existencia? Jamás le hubiera creído.

—¿Han encontrado algo en su vehículo que pudiera ser lo que estuvieran buscando esos mal nacidos? —le preguntó tratando de averiguar que más sabía la policía.

—No —contestó—. Pero hemos estado "peinando" la zona y hay huellas que demuestran que ellos estuvieron merodeando por allí después del accidente. Quizás encontraron lo que buscaban. ¿No tiene idea de qué pueda ser?

—No —respondió—. Mi mujer se dedica a la restauración de antigüedades. Como no fuera algo en lo que estuviera trabajando que para ellos significara algo más.

—Podría ser —dijo sin demasiada convicción el inspector—¿Sabe usted en lo que estaba trabajando?

—Ahora mismo no —le dijo mientras se dirigía al armario del salón y cogía una tarjeta que entregó al inspector—. Esta es la empresa para la que suele trabajar, quizás ellos puedan decirle algo más.

—Muchas gracias por su ayuda —le dijo mientras se levantaba y se dirigía a la salida—. Si recuerda cualquier detalle que pueda ayudarnos, llámeme por favor.

Pablo abrió la puerta y el inspector le dio su tarjeta.

—Por cierto —dijo antes de irse—. No hemos encontrado su teléfono móvil, imagino que no saldría sin él. Quizás lo encontraron ellos, pero por si acaso me gustaría que lo buscara por la casa, a lo mejor con los nervios, se lo dejó. Podría sernos de ayuda.

—Por supuesto, si lo encuentro, se lo diré. Y por favor, infórmeme usted si averiguan cualquier cosa más.

—Lo haremos. Gracias.

El inspector abandonó el lugar y Pablo cerró la puerta dirigiéndose después a una de las ventanas para comprobar como se alejaba del lugar.

Cuando Pablo se quedó solo, sintió por unos momentos como si todo se derrumbara a su alrededor. Además de no poder apartar de su cabeza a Mónica y el estado en el que se encontraba, le seguían asaltando un montón de dudas sobre todo lo que en realidad había ocurrido.

No alcanzaba a comprender por qué vigilaban su casa aquellos hombres y qué les había llevado hasta allí. Nadie, excepto él y su mujer, conocían la existencia de la pulsera y del tablet. Sin embargo, las sospechas sobre su propia empresa cada vez eran más evidentes: el nuevo teléfono con tecnología cuántica, el extraño personaje oriental que acompañaba siempre a su jefe, las fotos de la tienda de antigüedades de Londres en su maletín, la palabra Quarabel en la puerta de una de la salas de los laboratorios Leivoz, las palabras de Alicia sobre el peligro que corría, el logo del nuevo teléfono... demasiadas coincidencias. Y además la presencia de esos dos hombres que siempre estaban cerca de los atentados. ¿Y por qué ocurrían esos atentados? Ningún grupo los había reivindicado, ¿cuál era el objetivo entonces de aquella barbarie sin sentido? ¿Y qué tenía que ver, si es que tenía algo que ver, con todo aquello que le estaba pasando últimamente?

Abstraído en sus pensamientos llegó hasta el despacho que tenía habilitado en su casa y en el que se encontraba su ordenador, lo encendió y buscó entre las noticias de la web las relacionadas con el atentado.

Su asombro llegó al punto máximo cuando leyó un titular que para él destacaba de todos los demás, con una imagen que le resultaba tremendamente familiar:

"Continúa el misterio de las pulseras robadas. Primero fue en Londres, después en Paris. En ambos casos desaparecieron misteriosamente las pulseras que habían sido encontradas entre los restos del atentado. Ambas idénticas en su forma, pero de distinto color. La policía sospecha que pueden ser una importante clave para averiguar el origen de los atentados."

Ahora sí que ya, no entendía absolutamente nada, una pulsera idéntica a la suya había sido primero hallada entre los restos del atentado y luego robada de la comisaría. ¿De quién podía ser y qué hacía en ese lugar?

Su cabeza empezó a dar vueltas, tratando de buscar una explicación

coherente que fuera atando todos los cabos sueltos que circulaban por su mente. Hasta que de repente, recordó aquel pasaje de la historia que le contó el viejo anticuario, en el que hablaba de las cuatro pulseras de distintos colores que recibirían Gael y sus amigos. Delante de él tenía dos de ellas. En el caso remoto de que su mente admitiera por un momento la veracidad de aquella historia ¿cómo era posible que si sólo había cuatro, una fuera idéntica a la suya?

Aturdido por sus pensamientos, se dio cuenta de que estaba completamente solo en esta historia, no tenía la pulsera ni el tablet, ni tenía ni idea dónde podían estar. Quizás la teoría del inspector pudiera ser cierta y estaban en poder de aquellos hombres que perseguían a su mujer. Y sin esos objetos, ni testigos, ¿quién iba a creer su historia? Además, se estaba relacionando las pulseras con el atentado, lo cual de contárselo a alguien podía meterle en un lío todavía mayor.

No tenía muchas opciones. Si al menos supiera, pensó, lo que había averiguado su mujer. Sólo disponía del mensaje que le había enviado, que en caso de caer en manos de la policía, además también podía comprometerla a ella. ¿Cómo explicarles que hubiera enviado un mensaje sobre un atentado antes de que este ocurriera?

En ese momento, se dio cuenta, ese mensaje no había sido el único. Mónica había enviado otro después de aquél que en el momento de recibirlo no tuvo mucho sentido para él:

"Busca en nuestro observatorio astronómico particular"

¿Qué quería decir? Parecía un mensaje en clave, como si presintiera el peligro que corría y quisiera que nadie supiera excepto él a qué se estaba refiriendo.

"Busca en nuestro observatorio astronómico particular" . Repitió en voz alta esas palabras y de repente lo vio claro, había un banco en el jardín de la casa desde el que ambos contemplaban las estrellas algunas noches, era como su observatorio particular. Corrió hacia allí y levantó el asiento del banco bajo el cual se ocultaba una especie de compartimento oculto, que normalmente utilizaban para guardar libros, revistas y algunos objetos.

Cuando lo abrió, se sintió aliviado, al comprobar que Mónica había sido más lista que sus perseguidores y que previendo una inminente situación de peligro había decidido poner a buen recaudo el tablet y la pulsera, metiéndolos en un sobre que llevaba escrito el nombre de Quarabel en el anverso.

Los cogió, cerró el compartimento y se sentó en el banco, tras lo cual sacó

del sobre esos dos aparentemente inofensivos objetos, que sin embargo tantos problemas le habían ocasionado desde que llegaron a sus manos. Pero no era lo único que había allí, también encontró una nota manuscrita de Mónica, que decía:

"Si estás leyendo esta nota, probablemente quiere decir que habrá habido algún problema. Están vigilando nuestra casa y estoy asustada, creo que están buscando el tablet o la pulsera, o quizás las dos cosas, por eso he decidido guardarlos en este lugar. He descubierto que el tablet sólo se activa cuando acercas a su pantalla la pulsera. Utilízalos con cuidado para que te ayuden. No sé qué habrá sido de mí, pero sea lo que fuera, quiero que sepas que te quiero y que no me gustaría que en realidad fueras ese tal Gael, él quería a otra mujer. Cuida de nuestras hijas."

Pablo se sintió profundamente triste. Él no quería ser Gael, ni ningún otro personaje mitológico, él quería a su mujer y a sus hijas y lo único que le importaba en esos momentos era poder volver a abrazar a Mónica.

Pensó por un instante activar el tablet con la pulsera, pero se arrepintió en el último momento. No le apetecía conocer el futuro, porque quizás tenía demasiados motivos en ese momento para temerlo. Prefería vivirlo, con su respectiva incertidumbre y esperar a que los acontecimientos se desarrollaran escribiéndolos en cada renglón del libro de su vida.

Guardó el tablet nuevamente en el sobre y dentro del compartimento del banco. Después se puso la pulsera, tras decidir que no se separaría de ella, ni de noche, ni de día. Si de verdad alguien se la había enviado para ayudarlo, por qué renunciar a su protección, además con ella se sentía mejor.

A Pablo le gustaba salir a correr a menudo, era algo que le liberaba del estrés y de las preocupaciones, y aquel día tenía demasiados motivos para hacerlo, por eso se puso su ropa deportiva y salió a correr por el sitio que habitualmente lo hacía, en los alrededores de la urbanización.

Corría, con rabia, más rápido de lo que lo había hecho nunca, sin sentir ninguna fatiga al hacerlo, como si quisiera escapar de todo aquello, despegarse del cielo y volar. Mientras lo hacía, la pulsera empezó a emitir una luz continua e intensa que la recorría de un extremo a otro, rebotando continuamente y haciendo que las esferas de cada lado emitieran una luz cada vez más intensa, y en su interior empezó a escuchar una bella melodía, que nunca antes había escuchado, mientras en el cielo una especie de estrella parecía emitir un intenso fulgor que la diferenciaba claramente de las demás. De repente, casi sin darse cuenta, cuando corría más rápido, sintió que sus

pies se separaban del suelo, ya no corría sobre la superficie, lo hacía sobre el aire, en una especie de vuelo raso que hizo que incrementara vertiginosamente su velocidad, hasta confundirse su cuerpo con una estela que recorría el lugar, hasta el punto de no poder distinguir entre ésta y la forma de su propio cuerpo.

Ahora sí que empezaba a creer aquella historia que hablaba de un lugar llamado Quarabel.

EN EL CUARTEL GENERAL DE LEIVOZ

El cuartel general de Leivoz se encontraba a las afueras de Zúrich, en medio de un poblado bosque de pinos, rodeado de montañas y lo suficientemente aislado como para impedir la llegada de intrusos al lugar sin ser interceptados por los expeditivos cuerpos de seguridad de la compañía.

Allí, en un lujoso despacho lleno de comodidades y con un enorme ventanal, con preciosas vistas al exterior, que lo rodeaba por tres de los cuatro costados, se encontraban reunidos Alberto, su inseparable Lu Chang y Frank Leivoz, el fundador y principal accionista de la compañía de móviles. Un hombre solitario, poderoso y rico, que ocultaba siempre su rostro a la prensa y que no se prodigaba en asistir a reuniones sociales de ningún tipo.

—De momento no lo hemos conseguido —dijo Alberto contrariado por tener que ser portavoz de malas noticias—. Las dos pulseras que conseguimos en Londres y en París no han dado los resultados que esperábamos.

Frank Leivoz miró a Alberto con cara de muy pocos amigos y le dijo:

—¿Pretendes decirme, que hemos hecho explotar tres bombas en las principales capitales europeas, que tenemos a toda la policía de Europa detrás de nosotros y todo para nada? . Espero que se trate de una broma.

—Lamentablemente —dijo Lu Chang tratando de socorrer de las iras de Frank a Alberto—, las dos pulseras sustraídas parecen desactivadas, a pesar de los intentos no conseguimos activar el campo de energía que conseguimos con la primera. Es como si fueran vulgares copias del original.

—¿Y estamos seguros que no hemos robado copias? A lo mejor las originales siguen en poder de la policía y éstas eran sólo un cebo.

—Es imposible —dijo Alberto—.Las robamos antes de que ellos ni siquiera las analizaran. Hasta que desaparecieron, no tenían ni idea de la relación que tenían con los atentados.

—Pero ahora sí lo saben y reforzarán las medidas de seguridad para

custodiar la de Milán —afirmó Frank con gesto contrariado.

—Ya nos hemos ocupado de eso —dijo Lu Chang—. Hemos pagado a un policía para que la recogiera en el mismo lugar del atentado y ya se encuentra de camino hacia aquí. Pero me temo que obtendremos los mismos resultados que con las anteriores.

Frank miró a Lu Chang encolerizado, no daba crédito a sus palabras, habían alertado a todas las fuerzas de seguridad de Europa y no esperaban conseguir ningún resultado. Lu entonces, consciente del tremendo enfado de Frank, intentó ofrecerle nuevos datos que le calmaran un poco:

—Pensamos que las pulseras encontradas podían pertenecer a los “Otros Yo Desdoblados” de nuestros amigos, que estaban en el lugar de los atentados y que el verdadero tomó una decisión en el último momento que salvó su vida. Por eso las pulseras auténticas siguen en su poder.

—Si cuando llegue la pulsera de Milán descubrimos que también está desactivada —añadió Alberto—, se confirmará la teoría de que siempre que llevan la pulsera prevalece en nuestra dimensión el yo que tomó la decisión que le permitió sobrevivir a la inminente situación de peligro.

—¿Pero eso les haría indestructibles? —comentó sorprendido Frank—. Nunca podríamos conseguir sus pulseras.

—Sólo podríamos hacerlo si sabemos quiénes son sus propietarios y se las arrebatamos directamente.

—¿Y cómo vamos a hacerlo? —Comentó con cierta ironía Frank—¿Ponemos un anuncio diciendo “Sí tiene usted una pulsera como ésta, por favor llámenos, para que podamos quedarnos con ella”? . Es absurdo, con nuestros sistemas sólo podemos saber dónde va a estar la pulsera, en un radio aproximado, pero no quién la va a llevar. Y el tiempo se nos acaba.

—Tengo dos buenas noticias. —dijo Lu—. Ahora sabemos que una de las personas que buscamos estuvo en el atentado de Milán y que sobrevivió. Y con casi toda probabilidad ya tiene que haber visto la noticia de la desaparición de las pulseras. Estará preocupado y tratando de buscar una explicación. Incluso podría acudir a la policía.

—Y si lo hace, sabremos quién es —dijo Alberto.

—¿Y la otra buena noticia? —preguntó Frank.

—Creemos que hemos localizado el tablet —contestó Lu Chang—. Y aunque todavía no está en nuestro poder, pronto lo estará.

—¿El Tablet que no encontramos en la tienda de Londres? —preguntó con cierta incredulidad en su rostro Frank.

—Sí —contestó Lu—. La pista nos llevó hasta una tienda de antigüedades de Londres, allí tratamos de sacar al viejo anticuario todo lo que sabía, lamentablemente se nos fue un poco la mano y no aguantó el interrogatorio, pero registrando la tienda encontramos un curioso aparato, que al principio no sabíamos bien para qué servía, pero que resultó ser un localizador que nos indica las coordenadas donde se encuentra el tablet, como si alguien estuviera muy interesado en no perderle nunca la pista.

—Conseguimos activarlo con la pulsera de nuestra doctora en física cuántica y nos llevó hasta una casa en Madrid, que resultó ser la vivienda de Pablo, nuestro director de marketing de España —le explicó Alberto.

—Tuvimos una pequeña complicación con su mujer, pero ya no nos molestará más —dijo Lu regodeándose de su hazaña—. Sabemos que el tablet sigue allí.

Frank, que había escuchado con mucha atención y claros signos de satisfacción las buenas noticias, respiró con más calma, su gesto se tornó incluso sonriente.

—Así que por fin hemos encontrado el Oráculo de Quarabel, la llave que nos llevará hasta la Puerta, lo que toda su vida buscó mi padre —dijo, tras lo cual cambió su tono por uno mucho más autoritario—. Lo quiero aquí ya.

—Lo tendrás —le dijo Alberto en tono complaciente—. Solo tenemos que arreglar algún pequeño contratiempo. Además necesitamos saber qué sabe nuestro director de marketing de todo esto y cómo ha llegado el tablet hasta él.

—Podría incluso tratarse de uno de los propietarios de la pulsera —añadió Lu.

—Una pregunta —dijo Frank—¿por qué estáis tan seguros de que el tablet es el que buscamos?

Lu sacó de su bolsillo el teléfono móvil de Mónica y le enseñó a Frank el mensaje que había enviado sobre el atentado que iba a haber en Milán.

Frank sonrió con evidente gesto de satisfacción.

—Ese muchacho sabe demasiado, espero que cuando averigüemos lo que queremos, no tengamos que preocuparnos nunca más de él.

—Por supuesto —afirmó Alberto mientras cogía el teléfono de la mesa de su despacho, que acababa de sonar—. Me dicen que la pulsera de Milán ya está aquí.

Alicia colocó la pulsera que acababa de llegar de Milán en un dispositivo con forma de medio tubo que tenía dos especies de generadores láser a cada

lado, junto con las otras tres. Se trataba de activar el generador de la izquierda y que la energía atravesara los bornes de las cuatro pulseras y que saliera amplificada depositándose en el generador de la derecha.

Encendió el interruptor ante la miradas expectantes de Alberto, Lu Chang y Frank, ocultas tras unas gafas protectoras, que se encontraban allí presenciando el experimento. Una fuente de energía atravesó la primera pulsera (la de Londres que supuestamente pertenecía a Pablo), pero sin que ésta se activara, luego la segunda que si se activó y más tarde la tercera y la cuarta, que fueron las encontradas en París y Milán respectivamente, con el mismo resultado de la primera.

La decepción se apoderó una vez más de los allí presentes, la última de las pulseras tampoco funcionó.

—Lo siento señores —dijo Alicia—. Esta tampoco funciona.

—Parece que se alegra, doctora —replicó Lu Chang—. No creo que a su padre le convengan este tipo de fracasos.

Alicia miró a Lu Chang con un claro gesto mezcla de odio e indignación y le contestó:

—Usted dijo que si colaboraba, le dejarían en libertad y yo lo he hecho. Cumplan su promesa.

—Lamentablemente para usted y su padre —dijo Lu—, sólo existe una posibilidad, que el experimento funcione. Y la única pulsera que funciona es la suya. Mala suerte.

—Maldito seas —gritó Alicia en un impulso de rabia abalanzándose sobre Lu Chang con intención de golpearle.

Rápidamente fue interceptada por uno de los guardas de la sala, que la sujetó para impedir que le agrediera.

—Tiene usted carácter —dijo sonriente Lu—, pero no malgaste su energía, guárdela para hacer que funcione el experimento. Muy pronto tendremos aquí de visita a su amiguito y a lo mejor nos aporta nuevas pistas.

Alicia, que se había soltado del brazo del guarda, comprendió que se estaba refiriendo a Pablo. Ella no sabía bien qué es lo que su amigo sabía de todo aquello, si bien era cierto que conocía la existencia de Quarabel, pero trató de minimizar su papel en este asunto para protegerle.

—¿Pablo? —dijo—. ¿Y qué puede saber él? Estoy segura de que en realidad no sabe nada, se trata sólo de un director de marketing curioso.

Alberto, que había asistido como espectador a la disputa entre Lu y Alicia, intervino al escuchar aquellas palabras:

—Antes también pensábamos como usted, Alicia. Pero digamos que hemos encontrado en su casa un objeto muy valioso para nosotros, del que incluso empezábamos ya a dudar de su existencia. El Oráculo de Quarabel.

—¿El Oráculo de Quarabel? —. Repitió extrañada Alicia—. Eso es sólo una absurda leyenda.

—No lo es, doctora, no lo es —intervino Frank—. Mi padre siempre supo de su existencia. Y su presencia sólo indica una cosa, en algún lugar de nuestro querido planeta se ha abierto la puerta de Quarabel. Y vamos a averiguar por qué ha llegado a manos de su amigo.

Alicia se quedó pensativa, no daba crédito a sus palabras, ahora resultaba que Pablo tenía en su poder el Oráculo, que según contaba la leyenda, no sólo era un artilugio para predecir el futuro, sino que además tenía el poder de mostrar el camino hacia la puerta que comunicaba con el mundo de Quarabel. ¿Pero quién era Pablo en realidad? . Cuando estrechó su mano a la salida de la conferencia de Londres, sintió un extraño escalofrío que recorrió todo su cuerpo y cada vez que lo veía le resultaba una persona tremendamente familiar.

Sabía que había estado en Londres muy cerca del atentado, del lugar donde debía estar el “Yo Humano” de Gael. ¿Sería él? Lo fuera o no tendría que hacer algo para ayudarlo, antes de que resultara demasiado tarde.

—La doctora debería volver a su habitación —dijo Lu dirigiéndose a uno de los guardas—, allí podrá meditar sobre la búsqueda de una solución a su fallido experimento que resulte buena para ella y para su maltrecho padre.

Alicia intentó zafarse inútilmente del brazo del guarda que la había agarrado, sabía que tenía que inventar algo, para ayudar a Pablo, pero sin poner en peligro la vida de su padre, que permanecía prisionero en algún lugar escondido de aquellas instalaciones, y que era el motivo que la obligaba a colaborar con aquellos indeseables.

El guarda a trompicones la obligó a abandonar la sala para acompañarla a su habitación, mientras Lu Chan descolgaba su teléfono móvil, que acababa de sonar.

—Sí... —contestó—... Excelente noticia.

Colgó el teléfono y con evidente gesto de complacencia se dirigió a Frank y a Alberto.

—Señores —dijo—. Parece que estamos de suerte. Nuestro contacto en la policía de Milán nos ha informado de la presencia en la comisaría de uno de los supervivientes del atentado, que curiosamente lleva una pulsera en su

muñeca, igual que la que apareció en la prensa.

Los tres se miraron con un gesto de complicidad. Por fin estaban en el buen camino.

EL ROBO

Pablo se encontraba en un chalet apartado a las afueras en un lugar recóndito de la sierra de Madrid junto con Susana y la madre de ésta. Sus dos hijas correteaban por el jardín, jugando a perseguirse entre gritos y alborozos.

—No te preocupes —dijo la madre de Susana—. Aquí estarán bien atendidas.

—Espero que pueda venir a recogerlas en unos días —dijo Pablo mientras se dirigían a su coche.

—Mi madre tiene muy buena mano para los niños —dijo Susana.

—Gracias otra vez —le dijo a la madre de Susana mientras subían al vehículo—. Llamaré de vez en cuando para ver cómo va todo.

La madre de Susana asintió con la cabeza comprendiendo lo duro que debía ser para Pablo, tener que separarse de sus hijas, con su mujer en el hospital.

Los dos iban en el coche de regreso a Madrid, no habían cruzado ni una palabra desde que dejaron la casa de la madre de Susana, hasta que ella decidió romper aquel agobiante silencio:

—Estás haciendo lo correcto —le dijo con gesto contemporizador—. Es el mejor lugar donde podrías haberlas dejado.

—No me atreví a dejarlas con Berta, ni con ninguna amiga —dijo él preocupado—. Prefiero que nadie sepa dónde están. Presiento que estoy en peligro y no quiero que se repita lo de Mónica. ¿Averiguaste algo de lo que te pedí?

—Sí —contesto Susana—. Louis Laínez, es un conocido científico que trabajó con nosotros durante algún tiempo. Según cuentan no estaba muy de acuerdo con algunas decisiones de la compañía, lo cual puso de manifiesto en una de las reuniones de Alberto con el equipo de I+D, después desapareció misteriosamente, dijeron que había decidido abandonar la compañía, pero lo

extraño es que no se despidió de nadie. Una semana después entró a trabajar en su puesto su hija Alicia, física también y gran conocedora de la labor de su padre.

Pablo comprendió enseguida que se trataba del mismo científico del que le habló su amigo Pierre cuando regresaban al hotel en Londres. Toda una coincidencia. Lo que no acababa de entender es por qué Alicia le había sustituido, y por qué nadie había vuelto a ver a Louis Láinez. Y lo más extraño de todo, aquellas fotografías de los dos en el maletín de Lu Chang. Algo muy raro estaba pasando que tenía que ver con su misteriosa amiga y pensó que su viaje a Suiza, serviría para despejar todas sus dudas. A pesar del claro peligro que presentía y de las advertencias de Alicia.

—¿Tienes los billetes para el viaje? —le preguntó.

—Sí, sales mañana por la tarde a las seis —contestó Susana.

—Perfecto —dijo él—. Mañana por la mañana no iré a la oficina, voy a ver a Mónica y después tengo que hacer unas gestiones importantes.

Continuaron su camino y tras unos momentos donde nuevamente reinó el silencio en el habitáculo del vehículo, Pablo se dirigió nuevamente a su secretaria:

—Susana, ¿qué sabemos de Frank Leivoz, el fundador de nuestra compañía? ¿Existe alguna información sobre él?

—No mucha —contestó—. Es un personaje muy reservado, nunca va a fiestas, ni a actos públicos y no da entrevistas a nadie. Heredó la empresa de su padre, otro personaje curioso, al que según cuentan se le relacionó en los últimos años de su vida con el experimento de Krakow, que produjo un pequeño desastre nuclear, pero no se pudo demostrar nada.

—¿Sabes en qué consistió aquel experimento? —preguntó él intrigado por la revelación de Susana.

—Nunca se supo exactamente, pero los rumores hablan de que estaban experimentando con una nueva fuente de energía que procedía de un pequeño meteorito encontrado en algún lugar de nuestro planeta. Pero son sólo eso, rumores.

Un nuevo misterio que resolver, pensó Pablo, mientras acompañaba a Susana hasta su casa.

Después de dejarla, Pablo continuó el camino de regreso hacia su solitario hogar. Era de noche y la oscuridad contribuía a acentuar de algún modo su bajo estado de ánimo. Su mujer en el hospital, sus hijas escondidas en un lugar

perdido de la sierra y él consciente del peligro que corría. Y sobre todo, un tanto aturdido por la experiencia vivida esa misma mañana, cuando se encontraba corriendo y contempló atónito cómo sus pies se separaban del suelo. De dónde provenía la energía que hizo posible aquella proeza. Sólo podía partir de un sitio, la pulsera. La miró y observó cómo en la oscuridad parecía brillar con un fulgor especial.

Ensimismado en sus pensamientos, llegó a las proximidades de su casa. Al hacerlo observó cómo una de las cortinas de la ventana del salón, atravesaba la ventana impulsada por el viento, como si alguien la hubiera abierto.

Intuyendo una posible situación de peligro y la posibilidad de que los hombres que provocaron el accidente de su mujer hubieran vuelto, pensó unos instantes qué hacer, si acercarse a la ventana o directamente entrar en la casa por la puerta principal. Finalmente optó por la primera opción. Como había ocurrido en ocasiones anteriores, al hacerlo se separó en dos proyecciones de sí mismo: la que se dirigió a la ventana y la que abrió la puerta.

Cuando estaba frente a la ventana, a la que se había acercado sigilosamente, escuchó de repente un par de disparos, que provenían de la puerta principal de su casa, y vio salir precipitadamente a dos hombres corpulentos, uno de los cuales llevaba en su mano una pistola.

Los dos cruzaron rápidamente el jardín y se subieron a un vehículo de color negro, saliendo a continuación precipitadamente por la calle a toda velocidad, haciendo que el vehículo derrapara en varias ocasiones.

Pablo estaba confuso, estaba claro que aquellos hombres habían ido a buscar el tablet, pero ¿a quién habían disparado? La casa estaba vacía, ni sus hijas, ni Berta la chica que les atendía, a la que había dado unos días libres, estaban allí.

Lentamente se acercó hacia la puerta, que había quedado abierta tras la salida precipitada de los dos intrusos. Pensó que la llegada de su vehículo les podría haber alertado de su presencia, pero ¿por qué esos disparos?

Llegó a la puerta, la abrió y su rostro palideció como nunca antes le había ocurrido. No podía creerlo, no era posible, tendido sobre el suelo con un par de disparos en el pecho, estaba alguien exactamente igual a él.

¿Qué había ocurrido? Se tocó el pecho, la cabeza, como pensando que ya no estaba vivo, que en realidad ya era una representación espiritual de sí mismo. Pero sentía su cuerpo, su rostro y de repente el cuerpo que permanecía tendido junto a él se desvaneció hasta desaparecer completamente.

No entendía absolutamente nada. La casa estaba revuelta y había algunas

cosas tiradas por el suelo. Rápidamente se dirigió hasta el jardín, al banco en el que había dejado el tablet, lo abrió y vio que estaba revuelto y que el tablet ya no estaba allí. Se había confirmado su teoría.

Tras haber avisado a la policía de lo ocurrido, estos no tardaron mucho en personarse en su casa y una vez más lo hizo personalmente el inspector López.

Mientras uno de los policías buscaba algún tipo de huellas por la casa, el inspector y Pablo se encontraban hablando nuevamente, sentados en el sillón frente a frente.

—Hemos hablado con algunos vecinos —dijo el inspector—. Y nos han dicho que escucharon algunos disparos.

—Sí, yo también los escuché, pero afortunadamente no estaba delante de ellos cuando los hicieron —dijo Pablo, mientras pensaba que efectivamente él no, pero que sí alguien idéntico a él, se encontraba allí en ese momento.

—Lo que no acabo de entender —prosiguió el inspector—, es contra qué dispararon, usted estaba en la ventana y según ha declarado ellos no pudieron verle.

—Así es —dijo Pablo, que estaba más confuso que el propio inspector—. Yo tampoco lo entiendo muy bien.

—Y además ¿no ha notado que haya desaparecido nada? —preguntó todavía más extrañado.

—No —dijo sabiendo que estaba mintiendo, pero convencido de que era lo único coherente que podía hacer para que no le tomaran por loco.

—Me reconocerá que todo esto es muy extraño —le dijo un tanto molesto y pensando que le estaban ocultando algo—. Vigilan su casa, persiguen y provocan el accidente se su mujer, entran en su casa pistola en mano y todo para nada. Me temo que usted sabe algo que nosotros no sabemos y que su mujer sabía algo que puede comprometerles a ambos.

Ahora sí que Pablo no entendía a qué estaba refiriéndose el inspector.

—No entiendo qué quiere decir —le dijo.

—Me pareció muy raro que no apareciera el móvil de su mujer —le explicó—, en el lugar del accidente, hoy en día nadie sale sin él, por eso pedí a la compañía telefónica que me pasaran una relación de sus últimas llamadas y una transcripción de los mensajes. Y encontré estos dos.

El inspector le enseñó los dos mensajes que había enviado Mónica a Pablo, que enmudeció de repente.

—El primero es sorprendente —le dijo el inspector mientras observaba

detenidamente a Pablo, como esperando cualquier gesto que desvelara alguna pista sobre lo que sabía realmente—. Y además implica a su mujer en un gravísimo atentado que está investigando toda la policía de este continente. Y el segundo parece un mensaje en clave. ¿Entiende ahora de qué estoy hablando?

Pablo necesitaba una respuesta rápida e ingeniosa que no le comprometerá ni a él, ni a su mujer. Decir la verdad en esta ocasión sólo serviría para complicarlo todo más aún.

—No tengo ni idea de lo que quería decir mi mujer —dijo él tratando de ofrecer una explicación convincente—. Yo fui el primer sorprendido por el mensaje. Si lo comprueba verá que a la hora que abría el mensaje el atentado ya se había producido y que intenté llamarla en varias ocasiones para que me explicara de dónde había sacado esa información, sin conseguir hablar con ella. Algo que puede comprobar en el registro de llamadas.

—¿Y por qué no nos contó nada la primera vez que hablamos con usted? —Le preguntó.

—¿Y qué hubiera pensado? —le contestó él empleando una cierta ironía en su respuesta—¿Que mi mujer era una peligrosa terrorista?

El inspector López le volvió a mirar fijamente a los ojos, estaba seguro de que Pablo sabía más de lo que decía, pero no tenía ninguna prueba de ello y la única persona que podía aclararlo todo estaba en coma en el hospital.

—Mire —le dijo—. No sé bien qué está ocurriendo, ni por qué su mujer sabía que se iba a producir ese atentado. La hemos investigado minuciosamente y sinceramente, no creemos que tenga que ver con los terroristas. Lo que es evidente es que ella, por alguna extraña razón, sabía lo que iba a ocurrir y alguien decidió quitarla de en medio. Estamos investigando todos sus movimientos de los últimos días y a las personas con las que estuvo en contacto para intentar averiguar de dónde o de quién obtuvo la información. Sabemos que lo que sabía ha estado a punto de acabar con su vida y que la prueba de todo esto, estaba en su casa. Al principio creímos que sus agresores lo habían encontrado en el lugar del accidente, pero está claro que no, por eso volvieron a su casa para encontrarlo.

—Si su teoría es cierta —le dijo Pablo, tratando de desviar su atención sobre el temor que había despertado sus últimas palabras—, presiento que mi mujer podría correr un serio peligro y que alguien podría tener interés en que no saliera del coma.

—Ya lo habíamos previsto, desde esta tarde está siendo vigilada día y noche

por nuestros agentes. Para nosotros es un testigo muy valioso.

Pablo experimentó en ese momento cierto alivio por el hecho de que su mujer ahora se encontrara vigilada, pero a la vez seguía preocupado porque si como sospechaba, su empresa y aquel siniestro personaje oriental estaban detrás de todo esto, iba a resultar muy complicado garantizar su protección. Si habían sido capaces de cometer tres sangrientos atentados, ¿qué les impediría entrar en un hospital?

Sin embargo, él sabía que el objetivo de ellos no era ella sino él y que la única forma de acabar con todo esto era viajar a Suiza, para intentar averiguar lo que estaba ocurriendo y desenmascararlos.

—Una última pregunta. —le dijo el inspector—¿Qué puede decirme del segundo mensaje?. Creemos que le estaba indicando el lugar donde había escondido algo, que posiblemente fuera lo que esos hombres estaban buscando.

Pablo pensó que, aún sin poder decirle nada al inspector, debería darle alguna muestra que acabara por convencerle de su voluntad de colaborar y a la vez, pensando en que pudiera ocurrirle algo a él, acercarle a quien él consideraba que eran los auténticos culpables. Si su mujer conseguía despertar del coma, como él deseaba fervientemente y él no había conseguido pruebas de sus sospechas, se encontrarían en una situación muy difícil de explicar.

—Sígame por favor —le dijo al inspector haciendo que le siguiera hasta el jardín donde estaba el banco.

Al llegar, levantó el asiento y mostró al inspector su interior.

—Después de llamarles a ustedes, pensé en el mensaje de mi mujer, al que hasta ese momento, la verdad es que no había prestado demasiada atención. Desde este banco nos sentábamos algunas noches a contemplar las estrellas, creí que podría referirse a este lugar. Pero cuando lo abrí estaba todo revuelto, como si alguien ya hubiera estado antes que yo buscando aquí. Y lamento decirle que puede que esta vez sí encontraran lo que estaban buscando.

—¿Tiene usted idea de quién puede estar detrás de todo este asunto? —le preguntó el inspector intentando aprovechar el repentino deseo de colaborar de Pablo.

Pablo meditó unos instantes lo que iba a decir antes de responder. No podía demostrar nada de momento, la pulsera podía comprometerle, la existencia del tablet resultaría una historia increíble para todos, como lo fue para él en su momento, su única y desesperada salida era apuntar en alguna dirección al

inspector.

—No puedo demostrar nada, inspector —le dijo intentando que su tono fuera lo suficientemente convincente—,pero tengo serias sospechas, de que todo esto podría tener que ver con la empresa donde trabajo, Leivoz, y con un nuevo modelo de teléfono que está a punto de salir al mercado. Mañana viajaré a Suiza, a visitar las instalaciones donde se desarrolló, probablemente cuando vuelva, pueda darle mucha más información, pero también es probable que no vuelva y que le digan que tuve un desgraciado accidente. Si eso ocurre, no lo dude, investigue a mi empresa y pregúnteles por un proyecto llamado Quarabel.

El inspector le miró pensando que esta vez sí, aquel hombre estaba colaborando en la investigación, aunque sin entender muy bien la relación entre los atentados y su empresa.

Los policías abandonaron su casa. Desde por la mañana, que había llegado de Milán, el día había resultado agotador y había estado plagado de sorpresas, que necesitaría poder digerir con más calma, pero estaba demasiado agotado y necesitaba descansar.

A pesar de las recomendaciones del inspector de que por prudencia después de lo ocurrido durmiera fuera de casa, él había tomado la decisión de no abandonar su hogar. Nadie le iba a echar de allí, además estaba convencido que donde verdaderamente le iba a acechar el peligro sería en Suiza. Estaba seguro de que Alberto y su siniestro acompañante, habían planeado minuciosamente cómo deshacerse de él. A pesar de lo cual haría ese viaje, sólo de ese modo conseguiría averiguar los verdaderos planes de Leivoz.

Metido en sus pensamientos sobre lo que podía ocurrirle en el futuro, se había olvidado de la impactante experiencia vivida hacía sólo unas horas. Cuando se vio tendido en el suelo con dos balazos sobre su pecho.

Pensó sobre lo que había podido ocurrir realmente y en por qué había allí una persona idéntica a él. Recordó entonces algunas de las teorías que había leído sobre física cuántica, sobre todo aquellas que tenían que ver sobre la existencia de mundos paralelos. Era como si cuando dudó entre dirigirse a la ventana y la puerta se hubiera desdoblado en dos versiones de sí mismo (la que acertó en su elección y la que no). Según las teorías de la ciencia cuántica ambas deberían de haberse separado en distintos planos dimensionales, pero no alcanzaba a comprender cómo ambas podían haber coincidido en el mismo espacio temporal. A no ser pensó mientras miraba la pulsera que llevaba en la

muñeca, que ésta tuviera algo que ver con todo lo que había pasado.

¿Sería él realmente, la representación humana de Gael?, y si lo era ¿cuál era su misión y cómo podría llevarla a cabo? Por primera vez empezó a creer en la veracidad de la historia que le había contado el viejo anticuario. Y sólo había un sitio, que podría arrojar un poco de luz sobre todo esto, la tienda donde habían estado el día anterior Mónica y Ana. Su mujer descubrió allí una estrella como la de Quarabel. ¿Casualidad o destino? Ya era muy tarde para darle vueltas al asunto, se metió en la cama y se durmió mientras contemplaba un óleo con el retrato de Mónica que colgaba sobre la pared de la habitación.

Se había dormido por primera vez con la pulsera puesta y esa noche su subconsciente se metió durante el sueño en el cuerpo de Gael, viajó a Quarabel viviendo una experiencia en la que resultaba difícil separar el sueño de la realidad.

EL ANTICUARIO

Pablo permanecía junto a Mónica en la UCI, con su mano agarrada a la de su mujer, la misma mano en la que llevaba la pulsera. Parecía como si quisiera transmitirle la energía que producía para intentar cambiar su destino y que saliera de aquel estado.

¿Por qué no? ,si había sido capaz de separar sus pies del suelo y de librarle de un terrible destino, ¿por qué no podría tener algún efecto sobre su mujer?

Le pareció ver la pulsera brillar un instante, pero enseguida se dio cuenta de que tan sólo era el reflejo de una de las luces de la sala. La pulsera, definitivamente, no iba a hacer nada que ayudara a cambiar el estado de Mónica. Tendría que confiar en la medicina tradicional.

Unos instantes después el doctor se dirigió a él en la sala de espera:

—De momento todo sigue igual. La buena noticia es que no ha ido a peor, tendremos que esperar 48 horas más y luego intentaremos reanimarla.

—¿Qué posibilidades hay? —preguntó con evidente gesto de preocupación.

—Todas y ninguna. —contestó de forma muy ambigua, como cualquier médico que se precie—. Depende de ella, de su fortaleza, de sus ganas de vivir.

Pablo miró al doctor pensativo, pero no le dijo nada. No sabía por qué, pero estaba convencido que con su pulsera y siguiendo adelante con sus planes podría hacer más por ella, que aquel medico estirado y celoso de no dar más información de la estrictamente necesaria.

Después de abandonar el hospital, cogió su coche y se dirigió hacia la dirección que vio en el recibo de Ana, para intentar descubrir si aquella tienda de antigüedades podría aportarle algo más de luz a todas sus dudas.

Aparcó el vehículo justo en la entrada de la tienda, a esa hora no había

demasiado jaleo por aquella zona, en la parte antigua de la ciudad.

Le sorprendió mucho que el escaparate fuera prácticamente una réplica exacta de la tienda de Londres, pero prefirió pensar, con cierta inocencia inducida por su cansancio, que más que una coincidencia, podría tratarse de una especie de franquicia dedicada al mundo de las antigüedades.

Abrió la puerta, entró y sonó una campanilla. Todo estaba exactamente colocado igual a la tienda de Londres, o al menos eso le pareció a él. Era imposible que nadie hubiera colocado exactamente los objetos en aquella posición.

Alzó la mirada instintivamente a la estrella que colgaba del techo, no había dudas, era exactamente la misma estrella que vio en Londres, la estrella de Quarabel.

Cuando el viejo anticuario salió de la puerta que había detrás del mostrador y le vio, ya no se sorprendió aunque tuviera muchos motivos para hacerlo. Era como una aparición anunciada desde que entró en aquel lugar. A no ser que se tratara de su hermano gemelo, algo que parecía bastante improbable a estas alturas, tenía delante de él, al mismo anticuario que le contó en Londres la historia de Quarabel.

—Sabía que vendría —le dijo el anticuario sonriente—. Le estaba esperando.

Pablo, que ya empezaba a no sorprenderse por nada, se sintió en realidad un poco aliviado. Había venido al único sitio donde alguien le podría arrojar un poco más de luz sobre todo lo que estaba ocurriendo en su vida últimamente.

—Ahora yo debería de preguntarle —dijo él con cierta resignación—¿cómo es posible que esté usted vivo después del incendio de la tienda en Londres o si es usted el hermano gemelo del hombre que conocí allí?

—Entiendo que esté algo confuso por todo lo que está ocurriendo —dijo él sonriente y con un tono que trataba de mostrar cierta comprensión—. Yo, igual que usted, tome la decisión acertada antes de que aquellos hombres visitaran mi tienda y fue mi otro yo el que no lo hizo.

—Así que se trata de eso —dijo Pablo, como si de repente, después de escuchar aquellas palabras, lo viera todo más claro—. Eso fue lo que me ocurrió ayer, cuando me vi tendido en el suelo después de recibir dos impactos de bala sobre mi pecho.

—Sé que resulta complicado de entender —le explicó—. Normalmente usted sólo hubiera sido consciente de una única experiencia, pero el hecho de que llevara puesta la pulsera y la presencia en nuestro planeta de “La Puerta

Estelar de Quarabel”, han hecho posible tan extraordinaria experiencia.

—A ver si lo entiendo —dijo Pablo señalando a la estrella que colgaba del techo— ¿Me está diciendo que el artilugio que cuelga del techo, está aquí a escala real y que además es el responsable de todo el infierno que estoy viviendo en los últimos días?

—Lamento profundamente que su vida se haya visto afectada por todo esto, pero era inevitable que ocurriera. Su vida terrenal sólo es un vehículo para llegar a su destino.

—Eh, un momento —dijo algo enfadado—. Yo era muy feliz con mi vida terrenal y no hacía daño a nadie. Ahora tengo a mis hijas escondidas para protegerlas y a mi mujer en la UCI de un hospital. Y yo no he buscado esto, ni entiendo nada de lo que está ocurriendo. Lo único que quiero es recuperar mi vida y acabar con esta pesadilla. Y he venido aquí para que me diga cómo puedo conseguirlo.

—Lo siento —le dijo tratando de mostrar comprensión e intentando calmarle a la vez—. Probablemente nada de esto debía de haber ocurrido, pero el destino lo escribimos todos cada día con nuestros propios actos y los de otros. Y hay algunas personas, si se les puede llamar de este modo, interesadas en utilizar la Puerta de Quarabel para sus intereses personales. Desgraciadamente estas personas se han cruzado en su vida.

—De acuerdo —replicó si cabe todavía más enfurecido—Efectivamente, esas personas se han cruzado en mi vida, pero si nadie me hubiera enviado la pulsera, ni usted me hubiera regalado aquel tablet, nada de esto hubiera pasado. Por cierto, esas personas de las que habla se han llevado su preciado regalo.

Estas últimas palabras parecieron contrariar al viejo anticuario, parecían tener para él más importancia de lo que Pablo pensaba.

—Por favor sígame —dijo invitándole con un gesto de su mano a pasar a la sala que había detrás del mostrador.

Los dos se dirigieron hacia la sala contigua. Era un lugar en consonancia con el resto de la tienda, lleno de colores, que reflejaban la presencia de objetos variopintos: maquetas de planetas, estrellas y extraños símbolos colgando del techo, cajas, baúles y montañas de libros, con los mismos símbolos estelares por el suelo y una mesa en el centro de la sala con una caja redonda en el centro, que llevaba grabado el símbolo de Quarabel.

El anticuario le invitó a sentarse en una de las sillas que había junto a la mesa y después lo hizo también él.

—El tablet que le regalé es muy importante para usted y para todos nosotros —dijo aparentemente preocupado por su desaparición.

—Pues yo prefiero vivir sin él —no necesito saber permanentemente todas las desgracias que van a pasar antes de que ocurran. Soy de esas extrañas personas a las que le gusta vivir su vida cada día.

—No es solamente eso —dijo el anticuario mientras movía la cabeza en señal de desaprobación por sus palabras—, es mucho más, es el “Oráculo de Quarabel”, el único que es capaz de llevarnos hasta la Puerta.

—A lo mejor no me he explicado bien, pero no tengo ningún interés en ir a esa Puerta. Sí tanto les preocupa, que vayan ellos. Yo sólo quiero recuperar a mi mujer y recuperar mi vida.

El viejo anticuario comprendió que Pablo no había asumido en absoluto su papel en esta historia y que su única preocupación era la de proteger a sus seres queridos, por eso intentó cambiar de discurso para tratar de convencerle.

—De acuerdo no lo haga por Quarabel, usted está preocupado por su familia, lo entiendo. Pues bien, si esos hombres llegan a la Puerta antes que nosotros, ya no tendrá que preocuparse por usted, ni por su familia, ni por ningún habitante de este planeta, porque quedará reducido a cenizas.

—¿Pretende decirme que el destino de la humanidad está en mis manos? —le dijo un tanto incrédulo.

—En sus manos y en la de sus tres compañeros: Arisa, Avid y Mika. Sólo juntos podrán conseguirlo. Sé que usted trabaja para la compañía que dirige un siniestro personaje llamado Frank Leivoz, del que todo el mundo sabe muy poco, pero que para usted y para mí es un viejo conocido.

Ahora ya sí que le había descuadrado todo, estaba diciendo que el misterioso y reservado propietario de la compañía donde trabajaba y al que no había visto en toda su vida era un viejo conocido. Definitivamente, pensó, aquel extraño personaje empezaba a desvariar.

—¿Un viejo conocido, Frank Leivoz? —contestó—. Yo en mi vida me he cruzado con él.

—Tiene razón —dijo el anticuario mientras cogía un papel y escribía el nombre de Leivoz en un papel—. Nunca lo ha visto en su vida terrenal.

Pablo miró el papel tratando de averiguar qué es lo que estaba haciendo el anticuario. De repente empezó a escribir debajo de la palabra Leivoz, lo que parecía la misma palabra pero escrita letra a letra al revés.

Cuando pudo leer la palabra completa, se abrieron sus ojos y muchas de las experiencias vividas y de las sospechas que había tenido en los últimos días

sobre su empresa empezaron a tener sentido.

“Leivoz” escrito al revés era “Zoviel”, el nombre del siniestro personaje que puso el mundo de Quarabel patas arriba y que según la leyenda había desencadenado el destierro de aquel pueblo. También ahora cobraba sentido el descubrimiento de Ana, sobre el parecido del logo de Quarabel con el del nuevo teléfono de su compañía.

Al menos algo de todo aquello que estaba pasando, empezaba a tener sentido para él.

—Frank Leivoz, no es sólo el propietario de una compañía telefónica y uno de los hombres más ricos del mundo, es también el descendiente directo de Zoviel. Él y sus antecesores han estado buscando desesperadamente esa Puerta desde hace siglos.

—¿Y por qué esa obsesión por la puerta? —preguntó Pablo, que no acababa de entender el interés—. Se supone que lo único que hace es comunicarnos con Quarabel y allí Frank, sólo sería uno más.

—El señor Leivoz —le aclaró el anticuario—, no quiere volver a Quarabel, lo que quiere es utilizar la energía de la puerta para desarrollar un arma que le permita poner este planeta bajo sus pies.

—Pero él ya ha conseguido una fuente de energía. — Le replicó Pablo, pensando en el teléfono que había desarrollado su compañía—. Estoy seguro que el teléfono que va a lanzar su compañía ya la utiliza, de otro modo no sería posible conseguir lo que ha conseguido.

El viejo le miró con la complacencia del que escucha a un niño inocente cuando hace algún pequeño descubrimiento en su vida, y le dijo:

—Tiene en su poder una de las cuatro pulseras, la de Arisa. De ella ha logrado extraer la fuente de energía que necesitaba para su teléfono, pero no se ha conformado con ello, quiere las otras tres, porque piensa que uniéndolas aumentará el poder de la energía y sus posibilidades para desarrollar otro tipo de dispositivos que le permitan llevar a cabo sus planes.

—Creo que su teoría no es del todo correcta, seguro que fue él, el que robó las pulseras que se encontraron en Londres y París. Una de ellas idéntica a la mía. Y que además está detrás de los atentados.

El anticuario volvió a mirar a Pablo con cierta complacencia, entendiendo que cada descubrimiento que le hacía, era para él una importante revelación después de varios días de total confusión. Y que la siguiente revelación que le iba a hacer le iba a impactar todavía más.

—La pulsera de Londres no sólo era igual que la suya. Era la suya. Usted fue

víctima de aquella explosión.

—Se confunde —le rectificó—. Yo al final decidí no coger aquel autobús.

—Usted no lo cogió, en una dimensión temporal, pero sí lo hizo en otra. Como le expliqué antes, la presencia de la puerta en nuestro planeta y la pulsera hicieron posible que las dos realidades se mezclaran en la misma dimensión.

La nueva revelación de aquel hombre afectó especialmente a Pablo, que pareció, como en otras ocasiones cada vez que se refería a este tema, enmudecer de repente. Le estaba diciendo que había sido víctima de un salvaje atentado y eso era algo muy difícil de digerir para él. El anticuario, que se dio cuenta de su situación, trató de ofrecerle más información:

—La pulsera le fue enviada por Gael, su otro yo, para protegerle. Su funcionamiento es muy simple, a pesar de los resultados. Siempre que tenga que elegir una opción, sea cual sea prevalecerá la mejor decisión para su futuro.

—¿Y quién decide qué es lo mejor para mi futuro? —preguntó todavía sorprendido.

—¿Y qué más da? —Contestó el anticuario tratando de quitarle importancia a su pregunta—. Gael, su otro yo, Pablo del futuro. Llámelo como más le guste o como más comprensible le resulte. Lo que cuenta al final, es que un segundo en nuestro mundo equivale a un día entero en otra dimensión y que eso da mucho tiempo para elegir el camino correcto. No espero que lo entienda, simplemente acéptelo.

—Supongamos que acepto —dijo Pablo tratando de poner orden a su confundida mente—, que el día del atentado elegí al final la mejor opción para mi futuro, que es otro yo eligió la incorrecta y que ambas realidades se mezclaron, prevaleciendo la mejor para mí. Igual que ocurrió durante el asalto a mi casa. Pero ese día, la que usted llama mi otra realidad, se desvaneció delante de mí, sin embargo la presencia de la pulsera entre los restos del atentado, indica que en Londres debió de ocurrir algo diferente. Y que una pulsera idéntica a la mía podría estar en manos de Frank Leivoz.

—El día de Londres —le explicó—. Su otra realidad se desvaneció también, pero no así la pulsera. Se supone que es indestructible y los autores del atentado lo sabían. Por eso pusieron la bomba, ellos conocían las coordenadas aproximadas donde iba a estar la pulsera y exactamente a qué hora, pero no quién la llevaría en su muñeca. Por eso idearon un plan sencillo, poner una bomba, una gran explosión y luego recogerla entre los restos. Además, de este

modo podrían desviar la atención de la policía, que pensaría que se trataba de un atentado terrorista.

Pablo se quedó atónito, pensando en la crueldad y la falta de escrúpulos de los autores de aquella masacre y que además resultaban ser los mismos con los que había mantenido una relación profesional durante los últimos años.

—Resulta espantoso pensar que nadie pueda hacer algo así y más aún que lo haga para tratar de conseguir una absurda pulsera —dijo mientras miraba aquel objeto que rodeaba su muñeca—. Se supone que el resto de los atentados fue por el mismo motivo.

El viejo anticuario asintió con su cabeza.

—Así es. Pero igual que en su caso, todos los propietarios de cada una de ellas, se salvaron también.

—¿Y el resto de las víctimas? —dijo con voz triste Pablo—. Ellos no tuvieron la suerte de tener una pulsera.

—Lamentablemente, no. Aunque eso no quiere decir que en otro espacio temporal algunos de ellos también hubieran cambiado sus planes y sigan vivos, en una realidad distinta a la que usted y yo estamos viviendo ahora.

—¿Me permite que le haga una pregunta? —dijo Pablo intentando asimilar el ruido de la tormenta de espacios y tiempos que atronaba en su confuso cerebro—. Si es verdad que existen multitud de espacios y tiempos en distintas dimensiones, ¿por qué nos preocupamos por esa Puerta? Aunque evitáramos sus planes, es posible que en otra realidad paralela se salieran con la suya.

—La Puerta sólo existe en esta realidad. La que usted y yo estamos viviendo, por eso la pulsera no desapareció en el atentado de Londres, no sería posible su existencia en otra dimensión, sólo en aquella en la que la puerta ha sido abierta. Frank Leivoz pretende extraer su energía para construir un arma que le permita dominar el mundo, cambiando la historia de este planeta. Pero si lo consigue la Puerta se cerrará definitivamente y la única realidad que existirá a partir de ese momento será la suya, porque el resto de las dimensiones desaparecerán.

—Ahora que tiene el tablet, no le será complicado encontrar la Puerta y extraer su energía, ¿cómo vamos a evitarlo?

El anticuario le miró por primera vez con cierto gesto de alivio, por fin Pablo se había implicado en toda esta historia y estaba dispuesto a luchar por evitar la catástrofe.

—Contamos con alguna ventaja de momento. Las pulseras que pensamos que tiene en su poder el señor Leivoz, exceptuando la de Arisa, no funcionan,

permanecieron en nuestro espacio temporal pero han perdido todo su poder, son simples copias inútiles. Creemos que ya lo saben y que están buscando desesperadamente las originales. La otra buena noticia es que sólo es posible activar el Oráculo de Quarabel, con la pulsera de Gael, la que usted tiene.

Con cada nueva revelación de aquel hombre, Pablo trataba de asimilar lentamente su nuevo rol. Nunca había presumido precisamente de ser un héroe, y ahora el destino le reservaba un papel crucial en la historia de la humanidad. Aunque a él lo que realmente le preocupaba, era desenmascarar y castigar a los responsables de que su mujer se encontrara en ese estado.

—Nosotros necesitamos encontrarle y ellos necesitan mi pulsera. Quizás lo más razonable sería utilizar como cebo la pulsera para intentar recuperarlo.

—Sería muy peligroso. Imagino que el Oráculo estará en estos momentos en algún lugar de Suiza fuertemente custodiado. Nuestra ventaja es que ellos no saben quién tiene la pulsera que lo activa.

—No lo saben, pero podrían imaginarlo. Al fin y al cabo encontraron el tablet en mi casa.

—Hasta ahora han estado un poco perdidos —le explicó—. Sabían que tenían en su poder una especie de detector, digámoslo de esta manera, con fecha de caducidad, que durante cuatro días les señalaría la posición y la hora exacta donde se encontrarían cada una de las pulseras. Y así ocurrió, les señaló la suya en Londres en el autobús, la de París el segundo día y la de Milán el tercer día. Y lamentablemente para ellos, todas se encontraban en espacios públicos con una afluencia importante de personas, por eso lo de las bombas, mejor acabar con todos, esperar que la policía buscara entre los restos y luego robarlas.

Había hablado de tres pulseras, ¿pero dónde estaba la cuarta?, pensó Pablo.

—¿Y la cuarta pulsera? Usted sólo ha hablado de tres.

—La cuarta pulsera ya estaba en su poder, no necesitaban buscarla, lamentablemente supieron fortuitamente de su existencia antes de que ocurriera todo esto.

—¿Y a quién se suponía que pertenecía esa pulsera? —preguntó bastante intrigado.

—A Arisa, o mejor dicho a la doctora Alicia Laínez, a la cual creo que ya conoce.

De repente todas las piezas del misterioso puzzle que había manejado durante esos días empezaron a encajar perfectamente en su cerebro. Alicia era Arisa, por eso debió sentir aquel escalofrío que recorrió todo su cuerpo al

estrechar su mano, por eso había tenido siempre la sensación de que ya la conocía. Pero si era Arisa, ¿por qué trabajaba para ellos y por qué les había dado la pulsera?

—Hay algo que no me encaja en toda esta historia. ¿Cómo consiguieron la pulsera? ¿Y por qué Alicia trabaja para ellos?

—Cada uno de ustedes recibió la pulsera en un momento distinto —le explicó—. La suya fue la última en ser enviada y la de Alicia la primera, hace aproximadamente dos meses, también coincidiendo con su cumpleaños. Como usted, tampoco ellos conocían su procedencia, hasta que un día el padre de Alicia, que trabajaba en su empresa, descubrió accidentalmente mientras realizaba un experimento, que la pulsera de su hija, que se encontraba cerca de donde lo estaba haciendo, estaba creando un campo de energía desconocido hasta ese momento para él, que fue detectado accidentalmente por una de las herramientas de su equipo de investigación. Se encontraba trabajando precisamente, sin éxito, en la búsqueda de una fuente de energía que hiciera funcionar un Chip Cuántico y pensó que quizás aquella extraña pulsera podría ser una alternativa a probar.

“Y finalmente lo consiguió, ante el júbilo y el alborozo de todos sus colegas, en el laboratorio de Leivoz. Ninguno de ellos conocía el origen de aquella pulsera y como era de esperar la noticia llegó a oídos de Frank Leivoz, que se presentó en el lugar del experimento para comprobar personalmente la proeza.

“El sí conocía la historia de Quarabel y sí sabía de la existencia de las pulseras, no en vano, su familia había esperado ese momento durante muchas generaciones, por eso al descubrirla allí, comprendió enseguida que el momento tan esperado había llegado por fin.

“Después de hacer las indagaciones pertinentes sobre la propiedad de la pulsera, descubrió que ni el doctor Laínez, ni su hija tenían ni idea de su origen. Por eso decidió continuar con su plan y creó un proyecto secreto llamado Quarabel, en el que puso a trabajar al doctor ocultándole los verdaderos motivos de la investigación. Lo que en realidad pretendía Frank era activar el localizador en el que habían estado trabajando durante años, primero su padre y después él.

“El doctor Laínez, al principio no sospechó nada, pero cuando avanzó en el experimento, descubrió algo que llamó poderosamente su atención. El artilugio que estaba construyendo producía un campo magnético, que hacía que igual que una brújula señala el norte, señalaba la dirección en la que se encontraba la pulsera de su hija. Pero no era el único campo magnético, descubrió la

existencia de tres campos más, que señalaban hacia otros lugares.

“Comprendió entonces que lo que Frank le había encargado era un localizador para aquella pulsera y otras supuestamente parecidas y que por tanto también conocía el origen de la de su hija. Por eso decidió recuperarla y volver a casa con ella, para contárselo todo a Alicia.

“En su camino de regreso, se percató como usted de la existencia de una tienda de antigüedades con un objeto que le resultó muy familiar: La Estrella de Quarabel. Y no pudo resistir la tentación de entrar en ella.

“Al principio cuando le vi con la pulsera pensé que podía tratarse de usted o de Avid, pero su edad no me encajaba en absoluto, después le conté la historia de Quarabel y él me contó todo lo que había ocurrido. Le pedí que regresara cuanto antes a casa y le devolviera la pulsera a su hija, para evitar males mayores.

“Y así debió hacerlo, pero nunca llegó a casa, en Leivoz habían descubierto la desaparición de la pulsera y le estaban esperando. Después de aquello, le hicieron desaparecer de la circulación y chantajearon a su hija para que continuara con la investigación o matarían a su padre.

“Alicia tuvo que ceder y continuó trabajando en Leivoz. El resto de la historia creo que ya lo conoce.

Efectivamente, pensó Pablo, y ahora sí que todo estaba perfectamente claro y sabía lo que tenía que hacer.

—Creo que la única forma que tenemos de recuperar el Oráculo es aceptar la invitación que me han hecho y viajar a Suiza al cuartel general de Leivoz.

—¿Le han invitado a ir allí? —preguntó el anticuario sorprendido.

—Sí, a mí y a otros compañeros de la empresa, pero presiento que sólo les interesa mi presencia.

—Es peligroso, podrían arrebatarse la pulsera y de ese modo conseguirían activar la Puerta.

—Puedo esconderla, ellos no saben que la tengo —replicó Pablo.

—Sólo llevando la pulsera podrá tener alguna posibilidad de éxito. Sin ella su destino podría seguir un camino poco recomendable.

Pablo entendió perfectamente el mensaje de aquel hombre, era cierto que llevando la pulsera consigo, las probabilidades de acertar en cada elección serían muy altas. Siempre habría una decisión que sería la correcta y por tanto que evitaría el peligro, como ocurrió durante el asalto a su casa. Eso, de alguna manera, pensó, le hacía invulnerable. Tenía que aprovechar esa ventaja para acabar con Frank Leivoz y su pandilla, además con la pulsera puesta

había experimentado sensaciones extraordinarias, como el día que salió a correr.

—Quería hacerle una pregunta. ¿Además de influir sobre mi destino, sería capaz la pulsera de hacer posible cosas que para el resto de los humanos resultarían imposibles?

El viejo anticuario le miró extrañado al escuchar estas palabras, no entendía lo que Pablo quería decirle.

—Cosas imposibles ¿cómo qué?

—El otro día, después del accidente de mi mujer, salí a correr, enfurecido y lleno de rabia, con la pulsera puesta. Sin saber por qué cada vez lo hacía más rápido y sin notar apenas el esfuerzo. Y de repente mis pies se elevaron del suelo. Llegué a pensar que estaba soñando pero era real muy real.

—No estaba previsto que nada de esto ocurriera —dijo pensativo mientras reflexionaba en voz alta tratando de explicarse lo ocurrido—, la pulsera sólo debería actuar sobre su destino, pero por alguna extraña razón la tensión que vivía en ese momento abrió una puerta energética que le comunicó con su otro yo, Gael. Durante algunos instantes usted y él habitaron el mismo cuerpo.

—¿Gael ha estado dentro de mí? —Se preguntó en voz alta.

—Por extraño que parezca, así fue.

—¿Y podría volver a ocurrir? —le preguntó deseoso de que le dijera que sí, no en vano la experiencia había sido única.

—Podría ser. Con la pulsera puesta en una situación de peligro, al hacer algún esfuerzo extraordinario o simplemente en un momento de concentración y paz interior.

Sus palabras confortaron a Pablo, saber que su alma gemela podía acudir en su ayuda, le proporcionaba una fuerza interior que antes nunca había sentido. Sabía que se iba a enfrentar a una peligrosa misión, por eso pensar en la posibilidad de contar con tan extraordinaria ayuda, le tranquilizaba de algún modo y le animaba a seguir adelante.

—Dígame ¿qué es lo que tengo que hacer?

El anticuario se levantó de la silla y abrió una puerta que había al fondo de la sala, una vez allí hizo un gesto para que alguien entrara, y apareció la misma mujer que había visto en la tienda de Londres.

—Le presento a Silvia, o quizás mejor debería decir a la representación humana de Mika. Y él es Pablo, el lado humano de Gael.

Silvia le saludó estrechando su mano. Cuando lo hizo, Pablo sintió también un extraño escalofrío que recorrió todo su cuerpo, aunque no tan intenso como

el que sintió con Alicia.

—Me alegro de conocerte —dijo ella sonriente—. Una se siente muy sola cuando le cuentan por primera vez quién es en realidad, conocer a otros en la misma situación es un pequeño consuelo.

Aquella mujer tenía toda la razón, él también había estado muy solo estos días, la única persona que había hecho un esfuerzo por entender todo lo que estaba pasando, había sido Mónica, y de momento tampoco podía contar con ella. Por eso la presencia de Silvia le confortaba en cierto modo.

—Silvia era el objetivo del atentado de París —le explicó el anticuario—. Igual que usted, cambió sus planes en el último momento, por eso se salvó. Ahora que se conocen deberán encontrar a los otros dos y viajar los cuatro juntos hacia el lugar donde se encuentra la puerta de Quarabel y una vez allí atravesarla juntos, sólo así se cumplirá la profecía.

Pablo recordó que la profecía decía que llegado ese momento volverían a Quarabel, pero él no tenía nada claro que eso es lo que realmente quisiera, era feliz hasta que pasó todo esto, en su vida terrenal, con su mujer y sus hijas y no quería renunciar a ello.

—Y cuando eso ocurra —preguntó—¿Qué pasara con Pablo? ¿Dejará de existir? ¿Y con el resto de los humanos?

—Quarabel y este planeta, quedarán separados para siempre, los humanos continuarán con sus vidas, escribiendo su destino cada día, pero desligados de sus otros yo, que volverán a vivir eternamente en Quarabel, todos, excepto vosotros cuatro, que volveréis a Quarabel y abandonaréis vuestra apariencia humana para siempre.

—¿Y qué será de nuestras familias? De mi mujer, de mis hijas. —preguntó muy preocupado y descontento con las últimas palabras pronunciadas por el anticuario.

—Seguirán con sus vidas, escribiendo como el resto de los humanos su destino y tú sólo serás un recuerdo para ellas y para todos los que un día te conocieron.

—No me gusta nada ese plan —dijo una vez más contrariado.

—No hay otro, es el único plan que existe. La otra opción es la destrucción de este planeta con todos sus habitantes.

Pablo y Silvia se miraron unos instantes los dos, tenían una vida en este planeta y para ninguno era fácil renunciar a ella. Al fin y al cabo, ellos no recordaban nada de su vida en Quarabel, sólo de su vida en la Tierra.

El anticuario que comprendía su angustia, trató de animarlos dentro de sus

posibilidades.

—Cuando atraveséis la Puerta, recordaréis quiénes erais en realidad y vuestra vida terrenal será sólo una pequeña parte de vuestra existencia. Será como si volvierais a nacer.

Para Pablo, aquello no era un consuelo en estos momentos, seguía sin gustarle la idea, pero sabía que tenía que asumir su destino, aunque no le gustara. Se llevó la mano a los ojos, cerrándolos, intentando viajar hacia atrás en el tiempo, hasta momentos antes de recibir aquella pulsera, pensando que cuando los abriera nada de esto habría pasado. Pero cuando los abrió allí estaba Silvia y el viejo anticuario que había transformado su vida y del que ni siquiera sabía su nombre.

—¿Quién es usted? ¿Cuál es su nombre? —le preguntó.

—Mi nombre es Dorel y soy el guardián de la puerta.

Después de decir esto, abrió una pequeña caja que había sobre la mesa y extrajo una esfera con el planeta tierra. Sobre ella había cuatro luces que indicaban la posición de las cuatro pulseras, algo parecido, pero mucho más perfeccionado y preciso, que lo que había desarrollado Frank Leivoz durante años. Había dos luces que señalaban su posición y la de Silvia, y otras dos sobre la ciudad de Zúrich, en Suiza.

—Lamentablemente —dijo contrariado—, la cuarta pulsera y nuestro amigo Avid están ya en poder del señor Leivoz. Tendrán que acudir en su ayuda.

LA PRUEBA

En el cuartel general de Leivoz estaban de enhorabuena, el plan para apoderarse de la pulsera del atentado de Milán y de su propietario había funcionado a las mil maravillas. El policía que estaba en la nómina de Frank Leivoz había hecho su trabajo, facilitando todos los detalles a los secuaces de Lu Chang para que se encargaran de él.

David fue interceptado en plena calle por los ocupantes de un vehículo que tras acercarse a él le golpearon y metieron dentro, dándose posteriormente a la fuga a toda velocidad.

Posteriormente fue trasladado con la cabeza encapuchada, para que no conociera su destino, en un helicóptero hasta las instalaciones de Leivoz, en las afueras de la ciudad de Zúrich.

De nuevo Alberto y Lu Chang se encontraban en la sala donde se trabajaba en el proyecto secreto Quarabel, esta vez con la pulsera auténtica en sus manos, vanagloriándose de su hazaña, mientras esperaban a Alicia, que permanecía recluida en las instalaciones de la compañía desde el último experimento.

—Esta vez sí hemos acertado —dijo Alberto mientras observaba el brillo que se reflejaba de la pulsera que tenía cogida con sus manos.

—Hemos tenido suerte —explicó Lu—. El hecho de que se presentara voluntario en la comisaría con la pulsera nos ha facilitado mucho las cosas.

—¿Y la policía de Milán sospecha algo? —preguntó Alberto.

—No lo creo. Cuando llegó a la comisaría fue atendido personalmente por nuestro hombre, que se ofreció a quedarse con la pulsera para intentar averiguar su procedencia y después nos indicó dónde podíamos encontrarle.

Alberto sonrió satisfecho por lo que le estaba contando su inseparable colaborador. Seguro que esta vez el señor Leivoz estaría contento con su labor. Pero antes había que probar si la pulsera realmente funcionaba.

En ese momento entró Alicia en la sala acompañada de su vigilante, con cara

de muy pocos amigos.

—Bienvenida, señorita Láinez —dijo Alberto intentando ser hipócritamente amable con ella—. La estábamos esperando ansiosos.

Alicia se dio cuenta enseguida observando a Alberto y a la pulsera que sujetaba satisfecho en sus manos, que de algún modo se habían hecho de nuevo con un preciado trofeo.

En ese instante entró también en la sala Frank Leivoz, que tras conocer la noticia no quiso perderse aquel histórico momento, que representaba sumar por primera vez la energía de dos pulseras.

—Llega a tiempo Frank, estamos a punto de empezar la prueba —dijo Alberto dirigiéndose a él con cierto orgullo, porque esta vez podrían agradecerle.

—Espero que esta vez, merezca la pena —dijo Frank lanzando lo que parecía un ultimátum a las andanzas de Alberto y Lu Chang.

Alberto, consciente de lo que se jugaba y un tanto nervioso por lo que pudiera pasar, extendió su mano hacia la de Alicia, ofreciéndole la pulsera para que comenzara el experimento.

Alicia la cogió, se dirigió a la máquina y la puso en el lugar donde se encontraba la que habían recogido anteriormente y que no funcionaba.

Después se puso detrás del cristal que les separaba a ella y a los curiosos observadores del experimento y tras ajustar una serie de parámetros en los controles de la mesa, que estaba delante de ella, pulsó el interruptor que activaba aquel curioso mecanismo, ante la expectante mirada de todos los allí reunidos.

La intensa luz que procedía del cañón de electrones, se dividió en dos y atravesó los bornes de las pulseras desprendiendo un intenso y cegador fulgor, que nunca antes habían visto y que obligó a los allí asistentes, a taparse los ojos durante los pocos segundos que duró el experimento.

Cuando la luz se apagó todos contemplaron sorprendidos que las dos pulseras de en medio, las supuestamente falsas, se habían desintegrado, mientras la primera y la última todavía seguían emitiendo un intenso resplandor, que hacía brillar las esferas que tenían a cada uno de los lados.

—Se han desintegrado —dijo Frank dirigiéndose a Alicia, tratando de encontrar una respuesta lógica o científica—¿Cómo es posible? Esas pulseras estaban hechas de un material que había resistido antes una intensa explosión sin sufrir ni un rasguño.

Alicia, que estaba tan sorprendida como el resto, le miró mientras trataba de

asimilar lo que sobre la teoría parecía un hallazgo sin precedentes para el mundo científico.

—Sería muy difícil de precisar, sin hacer más comprobaciones, pero yo me inclino por pensar que no han sido destruidas, sino que su estructura ha sido transferida a otra dimensión paralela.

A Frank se le iluminaron los ojos y su cuerpo se estremeció por unos instantes. Lo que Alicia estaba insinuando era que habían conseguido encontrar el modo de comunicar universos paralelos, algo que la comunidad científica que estudiaba la física cuántica llevaba intentando sin éxito durante décadas.

—Eso quiere decir —dijo Frank lleno de júbilo por el sorprendente hallazgo—, que si somos capaces de controlar esa energía, podríamos viajar a otros universos paralelos, podríamos cambiar la historia de la humanidad a nuestro antojo.

A Alicia le asustó especialmente este último comentario de Frank. Efectivamente, de ser posible controlar esa energía, las posibilidades de cambiar el destino de la humanidad serían muchas, pero en manos de indeseables podían significar una auténtica pesadilla para todos. Por eso trató de darles largas a su desbordada expectación.

—No creo que sea tan sencillo, tendremos que hacer nuevas pruebas para estar seguros y eso llevará algún tiempo.

—Tiempo —dijo Frank totalmente transformado, con un gesto casi enloquecido y alzando la voz—. Ni usted ni su padre disponen de ese tiempo. Les daré todo lo que necesiten, pero si fracasan, el único universo paralelo al que podrán acceder, se me antoja muy oscuro para ambos.

Alicia tenía claro que las posibilidades de salir de allí para ella y para su padre eran mínimas, por eso intentó nuevamente hacer valer, a pesar del enfado de Frank, sus argumentos.

—Tiene que entender que necesitamos tiempo, se trata de un experimento muy complejo.

En ese momento Lu Chang se dirigió a la puerta de la sala y ordenó a uno de sus secuaces que entrara. Lo hizo acompañado del padre de Alicia, que entró demacrado, con barba de varios días y con síntomas de estar muy agotado.

Alicia corrió hacia él y le estrechó entre sus brazos mientras intentaba sostenerle para que no se desplomara.

—Papá. ¿Qué te han hecho?

—Estoy bien —dijo Jean Paul tratando de no preocupar a su hija a pesar del

lamentable estado en el que se encontraba.

Alicia volvió su mirada llena de odio hacia Frank y le dijo:

—Es usted un miserable sin escrúpulos.

Frank ni se inmutó por sus palabras, estaba demasiado absorto pensando en sus futuros planes, para preocuparse de ella. Hasta que finalmente se dirigió a Lu Chang:

—Intenten recuperarle, tiene una pinta lamentable. Después que se ponga a trabajar con su hija.

Alicia, que todavía trataba de sujetar a su padre, le dijo muy preocupada por él.

—Pero no está en condiciones, se encuentra muy débil.

Frank volvió a mirarla con un gesto enloquecido y las órbitas fuera de sus ojos.

—Señorita, tienen usted y su padre exactamente tres días para acabar su trabajo. O será el último experimento que hagan en su vida.

Tras decir esto, los secuaces de Lu Chang obligaron a ambos a salir de la sala entre las protestas de Alicia.

Después de que se hubieran ido Frank se dirigió esta vez a Alberto:

—¿Qué sabemos del propietario de la pulsera?

—Lo mismo que en el caso de Alicia —contestó Alberto—. Recibió un extraño regalo de repente, sin saber de dónde ni de quién procedía. Aparentemente la misma mensajería, que por supuesto no existe y el mismo envoltorio. Y algo muy curioso, unos días antes de su cumpleaños, lo mismo que ocurrió en el caso de la señorita Laínez.

—Muy interesante —dijo Frank pensativo—¿Sabemos qué día nació su brillante director de Marketing?

Alberto se vio sorprendido por la pregunta, la verdad es que no se le había ocurrido averiguar la relación, pero antes de que pudiera hablar intervino Lu Chang tratando de echarle un cable a su jefe.

—Creo que esta misma semana es su cumpleaños y nos consta, según el registro de entradas, que el lunes llegó un paquete para él a la oficina.

Alberto quedó sorprendido por la revelación de Lu Chang, pero trató de que Frank no se diera cuenta de que no había sido informado de aquello, quizás su fiel discípulo Lu no había podido hacerlo ante lo precipitado de los últimos acontecimientos.

—Está claro, señores quién tiene la pulsera que hemos buscado con tanto ahínco. Pero esta vez deberemos ser más discretos, me consta que la policía

está siguiendo los pasos de Pablo —dijo Alberto tratando de recuperar el protagonismo perdido.

Nuevamente Lu Chang, que parecía tener últimamente el don de la oportunidad, intervino en la conversación:

—Le tenderemos una trampa, utilizando a la señorita Laínez, según parece él confía bastante en ella.

—No sólo confía —dijo Frank—. Entre ellos existe una relación mucho más fuerte de la que ninguno de nosotros pudiera imaginar y tarde o temprano lo descubrirán.

Frank conocía la historia de Quarabel y ahora tenía claro que Alicia y Pablo, eran también Gael y Arisa, y que tarde o temprano descubrirían la íntima relación que les unía a ambos.

EL VIAJE A ZURICH

Pablo llegó al aeropuerto de Zúrich acompañado de Silvia, a la que a última hora había conseguido un billete y una reserva en el mismo hotel donde se iba a alojar él, gracias a la eficacia una vez más de Susana, su secretaria.

Desde que llegaron al aeropuerto y durante todo el vuelo, Pablo observó la presencia de un extraño personaje que continuamente parecía estar vigilándoles a él y a su compañera. Pensó que quizás pudiera tratarse de algún secuaz de Lu Chang, que quería asegurarse de que hacía el viaje hasta Zúrich.

—Será mejor que nos separemos aquí —le dijo Pablo a Silvia cuando llegaron a la salida del aeropuerto—. Coge un taxi y ve al hotel, tienes una reserva a tu nombre, en una habitación muy cerca de la mía, yo me pondré en contacto contigo.

Silvia asintió con la cabeza y se dirigió a la parada de Taxi, mientras Pablo continuaba su camino en dirección contraria hacía un lugar donde se encontraban un grupo de chóferes, que sostenían en sus manos carteles con el nombre de la persona que habían ido a recoger. Al ver el suyo se llevó una enorme sorpresa, se trataba de un viejo conocido, uno de los dos personajes que trabajaban para Lu Chang y al que ya había visto antes en Londres y en Milán. Estaba claro que sus anfitriones tenían un plan preconcebido para él y querían asegurarse que se iba a cumplir.

Lo que le extrañó fue, que cuando se dirigió al vehículo, el personaje que les había estado observando todo el viaje, también lo hizo hacia otro de los coches que esperaban allí.

Durante el trayecto hacia el hotel, el peculiar chófer que le habían asignado no dijo ni una sola palabra, de vez en cuando le miraba por el espejo retrovisor pero nada más.

Ya casi llegando al hotel, se dio cuenta de que aquel siniestro personaje estaba observando continuamente el espejo retrovisor externo del coche, como

si algo le llamara especialmente la atención.

Giró su cabeza para tratar de averiguar qué le preocupaba tanto y vio que les estaba siguiendo el vehículo en el que se había subido el hombre que había levantado sus sospechas durante el vuelo. No parecía que su chófer le conociera, más bien lo contrario, estaba preocupado por su presencia.

Cuando llegaron al hotel y se bajó del coche, por fin habló:

—Vendré a recogerle a las nueve para llevarle a la cena.

—¿Dónde será la cena? —preguntó él.

El chófer ni siquiera le miró y sin atender a su pregunta, como si no la hubiera escuchado, arrancó el vehículo y se marchó.

Pensó que aquel individuo no debía tener muchos amigos mientras entraba en el hotel con su maleta y observaba que el vehículo que les había estado siguiendo se había parado en las proximidades de la entrada del hotel.

Ya alojado en la habitación, recibió una llamada en su teléfono móvil.

—Hola Pablo —dijo su secretaria al otro lado del teléfono—¿Ya estás en Zúrich?

—Sí estoy en el hotel.

—Te llamo porque creí que debías de saber que se han anulado las reservas de Sandro y Pierre para Zúrich. Según parece, se ha convocado una reunión urgente de última hora en Paris, con la agencia para ver la nueva campaña de publicidad y les han pedido a los dos que vayan a ella.

—¿Y no debería de haber ido yo? —preguntó extrañado—. Soy el responsable de la campaña.

—Alguien debió pensar que sería más importante tu presencia en Zúrich.

—Gracias por la información Susana... Ah por cierto. ¿Qué tal las niñas?

—Muy bien, jugando todo el rato, me ha dicho mi madre que te han enviado un mensaje.

—Gracias otra vez por todo. Tú y tu madre me estáis ayudando mucho.

—Tú también lo harías por los demás, estoy segura.

—Nos vemos cuando vuelva. Un beso. —la dijo, tras lo cual colgó el teléfono.

Después miró su buzón de mensajes, como siempre estaba lleno pero vio uno especial para él, con el remite de sus hijas:

—Papi, te queremos ¿Cuándo vendréis mami y tú a buscarnos?

Sus ojos se empañaron por las lágrimas que asomaron fortuitamente sobre su rostro. Sus hijas y su mujer siempre habían sido lo más importante para él y

ahora le pedían que renunciara a todo eso para salvar al mundo, a él que nunca había tenido madera de héroe.

En ese momento llamaron a la puerta, era un empleado del hotel que le entregó un sobre que llevaba escrito su nombre y el anagrama de Leivoz.

Cuando cerró la puerta lo abrió y lo leyó:

“El señor Frank Leivoz tiene el honor de invitarle a la cena que se celebrará en el castillo de Lausen esta noche a las 9. Tras la velada se le proporcionará una habitación donde pasar la noche, con el fin de que pueda partir mañana a primera hora hacia el centro de I+D de la compañía.”

Pablo se quedó muy sorprendido, no solamente le habían invitado al cuartel general de su empresa, sino que además iba a conocer al inaccesible Frank Leivoz en su propio hogar.

Mientras miraba su pulsera pensó que estaba muy claro que a estas alturas ya debían de saber quién era en realidad él y el objeto tanpreciado para ellos que adornaba su muñeca. Le habían dejado solo, aislado de sus compañeros, en lo que parecía una evidente trampa.

Inmerso en sus pensamientos se acercó a la ventana de la habitación y vio que el vehículo con su perseguidor seguía aparcado en el mismo lugar. Parecía que todo se estaba complicando por momentos y era consciente de que iba a resultar muy difícil llevar a cabo su plan, pero no tenía otra opción, por lo que decidió seguir adelante con él.

LA CENA EN EL CASTILLO

En la suntuosa biblioteca del castillo de Lausen, Frank que estaba allí en compañía de Alberto y Lu Chang, parecía muy enfadado, mientras sujetaba en sus manos el tablet que habían robado en casa de Pablo.

—¿Pretenden decirme que no funciona? —dijo casi gritando—¿Que no sirve para nada?

—Con las pulseras que tenemos no ha funcionado —dijo Alberto intentando apaciguarle dentro de lo posible—. Según parece, cada una de ellas emite una frecuencia distinta, podría ser que funcionara con alguna de las otras dos, concretamente con la de Pablo. De hecho sabemos que lo hizo por el mensaje que interceptamos en el móvil de su mujer. De todas formas estamos escaneando su información y probablemente podamos acercarnos con bastante precisión a las coordenadas del sitio exacto.

—Quiero esa pulsera, como sea —dijo en un todo autoritario que no dejaba el mínimo resquicio a la duda.

—Mañana será nuestra y ese tal Pablo dejará de ser un problema para nosotros—dijo Lu Chang.

—¿Y si no la trae?

—Estamos seguros que vendrá con ella, él sabe el valor que tiene, ya le salvó una vez cuando asaltamos su casa, no renunciará a su protección.

—Espero por su bien que todo salga bien —dijo en un tono amenazante—. Saben lo importante que es esa pulsera para mí.

Lu Chang y Alberto cruzaron sus miradas, sabedores de que esta vez no podía haber fallos si querían seguir contando con la confianza de Frank, y de que el hecho de perderla pondría en riesgo su propia existencia.

Mientras esto ocurría en la mansión de Frank, Pablo cruzaba el hall del hotel en dirección a la salida, allí le estaba esperando su improvisado chófer. La

sorpresa fue cuando abrió la puerta y vio en su interior a Alicia.

—Alicia, qué sorpresa —le dijo mientras entraba y se sentaba en el interior del vehículo.

Alicia, que parecía algo tensa y seria, esbozó una leve sonrisa que pareció romper por un instante la tensión que se respiraba en el coche y Pablo comprendió enseguida lo forzado de aquella situación.

—Parece que voy a ser tu anfitriona en este viaje —le dijo.

—Será un placer y un privilegio para mí.

El vehículo continuó su marcha y los dos permanecieron en silencio durante gran parte del trayecto, mientras eran observados por el retrovisor del coche con cierta frecuencia por el siniestro chófer.

Atravesaron la ciudad de Zúrich siguiendo la ribera del río. Era de noche y las luces de la ciudad, mezcladas con los edificios antiguos, mostraban un misterioso y milenario paisaje, propio de otra época. Al pasar por el museo Swis National, Pablo rompió el silencio:

—¿Conoces el museo?

—No, la verdad es que salgo poco del laboratorio. De todas formas ya sabes que los científicos siempre estamos más preocupados por el futuro que por el pasado.

—A mí, más que su interior me llama la atención el edificio. Parece como si estuviéramos en otra época.

—Por aquí vas a ver muchos edificios como ése. El castillo de Frank Leivoz es uno de ellos.

—¿Has estado antes allí?

—No, es la primera vez que voy, imagino que como tú. Pero siempre lo veo desde el laboratorio. Está al otro lado del río.

A Pablo no le sorprendió demasiado la cercanía de la casa de su anfitrión con el del cuartel general de la compañía. De ese modo, pensó, podría controlar mejor todo lo que ocurría allí dentro. La verdad es que tenía curiosidad por conocer a Frank, eran muy pocos con los que solía relacionarse. En otras circunstancias, incluso hubiera sido un gran honor poder asistir a una cena en su casa, pero para él ahora, no era más que el enemigo a batir.

—¿Conoces a Frank Leivoz? —le preguntó.

Alicia miró un instante a Pablo antes de responder. Le estaba dando la falsa impresión, por su insistente interés, de que estaba emocionado por una visita, que ella sabía que en realidad era una trampa para él.

—Sí —contestó sin demasiada emoción—. Suele venir de vez en cuando a visitar el laboratorio.

Pabló notó la tensión en su respuesta y prefirió no continuar con el interrogatorio, resultaba evidente que Alicia no podía hablar con libertad, en presencia del chófer que les acompañaba.

Continuaron el trayecto en silencio hasta llegar a Lausen, un pueblo a las afueras de Zurich, situado a ambos lados de la ribera de un río, donde casi toda la población trabajaba para las industrias Leivoz.

El castillo se encontraba en el recodo del río, en un punto donde la fuerza del agua al bajar provocaba pequeñas corrientes que golpeaban las orillas. Rodeado de un impresionante bosque, se encontraba comunicado directamente por un puente con los laboratorios de la compañía, que estaban en el otro lado del río.

Las puertas de la enorme parcela que rodeaba el castillo se abrieron y el vehículo atravesó el bosque que conducía a la entrada de la impresionante y milenaria mansión.

Ya dentro fueron recibidos por el mayordomo, un personaje a la antigua usanza que les recibió de un modo extremadamente formal, como correspondía al protocolo:

—Les estábamos esperando, por favor síganme y les acompañaré hasta sus habitaciones.

Pablo y Alicia atravesaron el enorme recibidor siguiendo al mayordomo con sus equipajes de mano hasta llegar a unas suntuosas escaleras que conducían hasta la planta superior, donde se suponía estaban las habitaciones.

Dentro del castillo, el entorno no desmerecía en absoluto de lo que habían visto en el exterior. Muros de piedra, cuadros antiguos que debían de tener un enorme valor, estatuas, armaduras medievales, bóvedas que comunicaban las habitaciones y muebles de época coronados por suntuosas lámparas.

Una vez arriba llegaron a un enorme pasillo, con habitaciones a cada lado. Al llegar a una de ellas el mayordomo se paró y señalándola se dirigió a Alicia.

—Esta es la suya, señorita, y la de enfrente la de usted. La cena se servirá dentro de una hora en el comedor, antes habrá un pequeño cóctel en el salón, que se encuentra bajando por las escaleras a la derecha, junto a la biblioteca.

Cada uno de ellos entró a una de las habitaciones, mientras el mayordomo se alejaba por el pasillo, estirado como un palo, desplazando sus pies con una

rigidez casi marcial.

La habitación era exactamente como Pablo esperaba, suntuosa, con muebles renacentistas, una enorme cama con dosel y tupidas cortinas decoradas con ribetes dorados que adornaban los límites de los enormes ventanales que llegaban desde el suelo hasta el techo.

Dejó su pequeño equipaje de mano sobre la cama y tras curiosear unos minutos por la habitación se dirigió a la ventana. Desde allí se observaba el jardín lateral del castillo, que daba a la parte superior del recodo del río donde el agua empezaba a romper su furia antes de atravesar por debajo el puente que supuestamente unía el castillo con lo que debían de ser las instalaciones de Leivoz en la otra orilla.

Por unos instantes pensó en lo arriesgado de su misión y en cómo había cambiado su vida en tan sólo unos días. Acabar con los planes de Frank Leivoz era un acto de responsabilidad, sabía que aquella tecnología puesta en manos de un indeseable suponía un auténtico peligro, pero por otra ¿por qué preocuparse del resto de la humanidad, si a él lo único que le importaba era su familia? Y sabía que si su misión triunfaba nunca volvería a verlos.

Como todavía quedaba algo de tiempo, decidió dar un paseo por el castillo para curiosear un poco más fuera de los límites de su habitación.

Una vez en el pasillo avanzó hacia al fondo de éste en dirección contraria a por donde había entrado con el mayordomo. Encontrando al final un gran ventanal y a la derecha un ascensor.

Desde el ventanal se divisaba desde más cerca las instalaciones de Leivoz y el puente que unía ambos lados. Sobre él vio acercarse un vehículo mercedes todo terreno, con dos personas, que aunque vistas de lejos, parecían Alberto y su inseparable amigo oriental.

El coche se paró delante de una valla de control, a la izquierda de la cual había una especie de garita con un vigilante armado, que al comprobar la identidad de las personas que venían dentro, procedió a abrirla para permitirles la entrada.

Vio desde la ventana que además del control en la casa del señor Leivoz existía otro a la entrada de las instalaciones al otro lado del puente, lo que reforzaba considerablemente las medidas de seguridad y que por tanto limitaría las posibilidades de salir de allí, en caso de que surgieran problemas.

Intrigado por ver a dónde llevaba el ascensor decidió subir a la planta superior para echar un vistazo esperando encontrar, igual que en la planta de

abajo, un corredor con habitaciones a los lados también. En vez de eso lo que encontró fue una puerta de entrada a lo que parecía una enorme sala abuhardillada, herméticamente cerrada.

Trató de abrirla pero estaba cerrada con llave, sin embargo cuando su mano cogió el tirador de la puerta su pulsera de repente empezó a brillar en sus extremos, transmitiendo la intensa luz hacia la puerta y como por arte de magia ésta se abrió sin ofrecer ningún tipo de resistencia.

Pablo no entendía lo que estaba ocurriendo, por alguna razón una extraña fuerza le estaba llevando hacia ese lugar, como si allí hubiera algo que tuviera que ver.

La puerta se abrió lentamente y descubrió delante de sí una inmensa sala del tamaño de todas las habitaciones juntas de la planta inferior donde se alojaba.

El lugar resultaba algo tétrico, parecía una especie de santuario particular formado por un corredor central con una alfombra roja y a los lados una pasarela formada por cuerdas trenzadas y soportes plateados que las sujetaban, en una especie de compartimentos, con un retrato al fondo y el mismo anagrama que aparecía en el nuevo teléfono de la compañía en el centro de cada cubículo, hecho de bronce en color negro con dos iniciales, la primera de ellas distinta en cada caso y la segunda de ellas una “L” que parecían responder a las iniciales del nombre de las personas que aparecían en cada retrato y que por la pinta y el parecido parecían ser todas antepasados del señor Leivoz. En total ocho compartimentos, y el único vacío, el último de ellos situado al final del corredor a la derecha.

Pablo fue recorriendo todos ellos sin entender muy bien el significado de todo aquello. Y aunque al principio no se dio cuenta, al llegar casi al final del corredor y mirar hacia atrás, se percató de que el espacio que dividía cada uno de los habitáculos con la estatua y el retrato de los antepasados de Frank se correspondía exactamente con las habitaciones de la planta inferior.

Entró en el que se correspondía con la suya y al hacerlo las letras de la estatua “HL” comenzaron a brillar a la vez que lo hacían las dos figuras situadas en las esferas del interior de su pulsera, como si de alguna manera ambos objetos se hubieran detectado mutuamente.

Se quedó un instante observando aquel brillo, la estatua no estaba en el centro sino que se encontraba algo desplazada a la derecha, exactamente, pensó, sobre la cama de su habitación en la planta de abajo. Después avanzó sigilosamente hacia el cuadro bajo el cual había una placa con un nombre: Heinrich Leivoz. Un tipo con cara de pocos amigos que debía de ser, por la

fecha que allí figuraba, el abuelo de Frank, el actual representante de tan peculiar estirpe.

Después hizo el mismo recorrido por el habitáculo que se correspondía con la habitación de Alicia, enfrente de la suya. Pero esta vez ni su pulsera ni las letras de la estatua se iluminaron. La inscripción del cuadro pertenecía a Christopher Leivoz, el bisabuelo de Frank.

Finalmente se dirigió al último de los siniestros habitáculos del lugar, el que estaba vacío, intuyendo que debería de tratarse del lugar reservado a su anfitrión.

De regreso a la planta de abajo, Pablo salió del ascensor y se dirigió nuevamente al pasillo donde estaba su habitación. Cuando lo hizo vio su puerta abierta y a Alicia esperando en el pasillo, a alguien que pensó debía de ser el mayordomo que les había acompañado hasta la habitación. Se apresuró rápidamente hacía el lugar con el fin de que no vieran de dónde venía, aunque Alicia se dio cuenta que lo hacía desde el otro lado del pasillo.

—Te estábamos buscando —le dijo—¿Dónde estabas?

Al oír estas palabras el mayordomo salió en su busca rápidamente desde la habitación.

—El señor Leivoz les espera desde hace un rato en la sala —dijo enfadado.

—Lo siento, perdónenme, salí hace un rato para buscar el salón y me perdí.

El mayordomo miró el corredor como tratando de averiguar de dónde venía y sin creer demasiado en sus palabras.

—Será mejor que bajemos cuanto antes —le dijo—. Y si otra vez quiere ir a algún sitio, llámeme y yo le acompañaré.

Alicia también le miró sin decir nada y ambos, en compañía del mayordomo, se dirigieron al salón donde esperaban los invitados a la cena.

Al llegar al suntuoso salón de la casa vieron en el centro del mismo a su anfitrión, su jefe y el siniestro Lu Chang. Había otras personas formando pequeños grupos de conversación que Pablo no conocía en absoluto, pero que por su aspecto deberían de ser personajes influyentes del círculo de amistades de Frank, repartidas por la sala y los sillones conversando y tomando una especie de cóctel.

El mayordomo dio el relevo en la custodia de los invitados a Alberto y se retiró, no sin antes lanzar una nueva mirada de desaprobación a Pablo por su escapada anterior.

Alberto entonces se acercó a Pablo y Alicia y señalando al anfitrión dijo:

—Le presento al señor Frank Leivoz —dijo sonriente Alberto— Señor Leivoz, éste es Pablo Artiaga, nuestro prometedor director de marketing de nuestra filial en España.

Frank, con gesto sonriente, poco frecuente en una persona tan sobria como era él, le tendió su mano, con la curiosidad del que sabía que estaba dirigiéndose con casi toda probabilidad al lado humano de un personaje legendario, Gael.

—Es para mí un placer, señor Leivoz —le dijo Pablo estrechando también su mano y en este caso con la curiosidad del que ve por primera vez al que quiere convertirse en su verdugo.

—El placer es mío Pablo —le dijo—. Es curioso. Se llama usted como un antiguo amigo de mi abuelo, que además tenía su misma nacionalidad.

—Bueno Artiaga, aunque no es uno de los apellidos más comunes en mi país, si está bastante extendido —le explicó Pablo tratando de desvincular su persona y su apellido de semejante individuo.

—Seguro que sí —dijo entendiendo que efectivamente no tenía por qué existir ninguna relación—. Pero es curioso, Juan, el amigo de mi abuelo, era un gran arquitecto, que además se encargó de remodelar este castillo.

Pablo enmudeció entonces, estaba hablando de Juan Artiaga, su abuelo, efectivamente un gran arquitecto, que murió hace ya muchos años en un accidente en Suiza, mientras esquiaba con su mejor amigo que, atando cabos, debió ser Heinrich Leivoz, el del mausoleo que había visto hacía tan sólo unos instantes.

A pesar del impacto de haber descubierto de repente la relación de su abuelo con el de Frank, prefirió no comentar absolutamente nada, no tenía claro si de verdad Frank conocía su parentesco, o simplemente se trataba de una siniestra coincidencia.

—Señorita Láinez —dijo Frank dirigiéndose a Alicia, a la cual también estrechó su mano, esta vez con gesto hipócrita e irónico.

—Bienvenida a mi humilde mansión.

—Muy humilde no parece —contestó ella con un gesto también lleno de ironía.

—Es el castillo de mi familia desde hace varias generaciones, yo sólo me he limitado a mantener el espíritu de mis antecesores en él. Creo que sería muy bueno que todos estuviéramos orgullosos de nuestros orígenes. Usted sin ir más lejos procede de una familia de científicos. Por cierto, ¿cómo está su

padre?

Alicia sintió como si la hubieran atravesado con un puñal y captó la velada amenaza que le estaba haciendo Frank, al recordarla la situación de su padre.

Pablo se dio cuenta de la tensión que se respiró en aquel instante. Sabía, porque el viejo anticuario se lo había contado, la situación de Alicia y que actuaba bajo la presión que suponía saber que la vida de su padre estaba en manos de aquellos indeseables. Por eso decidió intervenir en la conversación mostrando una aparente ingenuidad que despistara a sus anfitriones.

—No sabía que su padre también fuera científico —dijo.

—Sí —intervino Alberto—. Trabajó durante muchos años con nosotros, pero ahora está retirado por problemas de salud, por eso contratamos a Alicia, para que continuara con la obra que él empezó.

Efectivamente, pensó Alicia rabiosa por la situación, los problemas de salud que le habían causado ellos.

—Acompañenme por favor, les voy a presentar a mis invitados —dijo Frank, que se dirigió con ellos hacía las tres personas que se encontraban sentadas en el sillón que había junto a la chimenea.

—Les presento a Ingrid —dijo mientras señalaba a cada uno de ellos—, mi mujer, a Edberg Leivoz, mi hijo, y al señor Arnold Steiberg el responsable de nuestro centro de I+D

Todos intercambiaron saludos protocolarios, sin demasiada emoción sobre todo por parte de Alicia, que era la primera vez que veía a la mujer y al hijo de Frank, es más, hasta ese momento ni siquiera sabía de su existencia, no en vano la vida privada de Frank era un misterio para la mayoría de sus empleados. A quien si conocía para su desgracia era al tercero de los personajes, Arnold, efectivamente el jefe del proyecto y la persona que siempre vigilaba todos sus movimientos dentro del laboratorio.

Lo que estaba claro es que la atractiva y joven mujer de Frank, por su edad y su físico no podía ser la madre de su hijo.

Tras aquella presentación Frank les presentó a algunos de los invitados, un reducido grupo de influyentes personajes de la política y la economía, como no podía ser menos en una reunión de este tipo.

Los comensales se encontraban sentados en la enorme mesa del comedor del castillo conversando, mientras el personal del servicio servía la cena.

Alicia y Pablo se encontraban a la derecha y a la izquierda de Frank respectivamente. Junto a Alicia, Alberto y en frente de él Lu Chang, al fondo,

presidiendo la mesa, la señora Leivoz y junto a ella a cada lado Arnold y el hijo de Frank.

—No sabía que estuviera casado —dijo Pablo tratando de averiguar algo más sobre la señora Leivoz—, ni que tuviera usted un hijo. La verdad es que sus empleados no saben mucho sobre usted.

—La discreción es el arma más poderosa de un empresario —le contestó con el tono del maestro que habla al discípulo—. Mientras más sepan tus enemigos de ti, más vulnerable serás para ellos. Ingrid es en realidad la segunda señora Leivoz, la primera desgraciadamente murió en un accidente.

—Lo siento —dijo Pablo mientras pensaba en lo propensos que eran a los accidentes todos los que se relacionaban con esa familia.

—A lo mejor si somos capaces de acabar nuestro experimento, podemos resucitar a la primera señora Leivoz. Y entonces podrían acusarle de poligamia—dijo Alicia con un tono irónico y tratando claramente de provocar a Frank.

Todos los comensales se vieron sorprendidos por las palabras de Alicia, la tensión se respiraba en el ambiente, el señor Leivoz la miró atravesándola con la mirada unos instantes, después sonrió y la dijo:

—Eso sería ciencia ficción, señorita, y usted es una científica seria. Sabe que eso no sería posible.

Por unos instantes Pablo pensó que por qué no iba a serlo, él mismo vio a su otro yo desplomarse delante de él. Quizás en un mundo paralelo efectivamente la señora Leivoz estaría viva, y también quizás en un mundo paralelo, él podría haber evitado el accidente de su mujer. No quería ni imaginar lo que aquel siniestro personaje sería capaz de hacer con semejante tecnología.

—¿Te imaginas tener dos mujeres al mismo tiempo? . Sería demasiado para cualquiera —dijo Pablo para tratar de acabar con la tensión que se respiraba.

Todos rieron, menos Alicia, y continuaron disfrutando de la exquisita y controvertida cena.

Tras los postres llegó la hora de los cafés y las copas, que tomaron en el salón contiguo al comedor. Allí Lu Chang hizo un gesto a Alicia, indicándola que saliera afuera para hablar con Pablo, precisamente ése era el motivo de su presencia en aquella cena, tratar de corroborar las sospechas que tenían sobre la verdadera identidad de Pablo y averiguar qué sabía de sus verdaderos proyectos.

Hacía una buena noche a pesar de estar en Suiza y Alicia invitó a Pablo a

acompañarla a la terraza contigua desde la que se veía el río.

—Un hermoso lugar —dijo Pablo.

—Sí. —dijo ella—. Lástima que sea propiedad del señor Leivoz. Todo lo que alcanza a ver nuestra vista le pertenece.

—Veo que no le cae especialmente bien. Y sin embargo trabaja para él. —le dijo a pesar de que ya estaba al corriente de su situación para ver su reacción y tratar de averiguar el verdadero motivo de su presencia en aquella cena—. No lo entiendo.

Alicia frunció sus labios mordiéndoselos literalmente para no tratar de decir en ese momento todo lo que pensaba de su anfitrión y sus colegas.

—Tampoco yo entiendo el motivo de tu presencia aquí. No creo que te importe mucho la física en realidad, ni sé de dónde has sacado la información sobre Quarabel, pero ya te dije en Milán que hubiera sido mejor que te hubieras quedado en casa.

En ese momento y antes de que Pablo pudiera responderla, miró rápidamente hacia el salón y al ver que nadie les estaba observando en ese momento, se levantó rápidamente la solapa del vestido señalándole el micrófono que se encontraba debajo.

Como Pablo sospechaba desde el principio, su presencia tenía por objeto sacarle la información que necesitaban, por lo que decidió seguir con el plan.

—Hace unos días me regalaron una pulsera que tiene unas propiedades asombrosas —dijo arremangándose la chaqueta para mostrársela—. Intenté averiguar su procedencia y descubrí una leyenda que dice que me ha sido enviada por mi otro yo, una especie de doble, que según parece habita desde el principio de los tiempos en algún lugar perdido en otro universo llamado Quarabel. Y según parece no es la única, existen otras tres pulseras más, una de las cuales creo que te pertenece.

Alicia nunca había sabido en realidad la procedencia de su pulsera. Para ella Quarabel no era una leyenda, era un experimento que no sabía bien por qué ironía del destino tenía que ver con su pulsera. Su padre nunca pudo llegar a explicarle la historia que le contó el viejo anticuario al caer en las garras de Frank y sus secuaces, pero en cualquier caso no daba crédito a la actitud de Pablo, le acababa de enseñar un micrófono y le soltaba una parrafada contándole lo que aquellos hombres estaban tratando de averiguar sin disimular lo más mínimo.

—Hubiera preferido que no me perteneciera —le dijo sincerándose con él, en vista de que no le veía con ninguna intención de disimular los verdaderos

motivos por los que estaba allí—. Desde que llegó a mis manos no me ha dado más que problemas. No me importa si hay una leyenda o no tras ella, sólo quiero perderla de vista.

—Veo que no la llevas. ¿Dónde está?

—Tú tampoco deberías de llevarla —le recriminó sin importarle ya que pudieran estar escuchándola, al fin y al cabo Pablo ya se había condenado solito, sin ayuda de nadie—. Sólo te traerá problemas. Yo que tú la tirarías al río ahora mismo y después trataría de salir de aquí, aunque probablemente ya sea demasiado tarde para poder hacerlo.

—No has respondido a mi pregunta —volvió a insistir.

—Donde estará la tuya muy pronto, en el laboratorio de Leivoz.

Pablo, tras asegurarse de que nadie le miraba en ese momento, sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y se lo dio disimuladamente a Alicia para que lo metiera en su bolso.

Alicia, sorprendida, así lo hizo, aunque seguía sin entender la actitud irresponsable de Pablo en todo este asunto.

—Creo que deberíamos de volver con el resto de los invitados.

Sí, será lo mejor —le dijo ella sin lograr comprender la supuesta tranquilidad con la que estaba actuando Pablo.

En el salón los invitados habían formado pequeños grupos de conversación. En uno de ellos se encontraba Frank conversando con alguno de sus invitados en animada charla, cuando fue interrumpido por Alberto, que reclamó su presencia un momento para atender lo que parecía un asunto urgente.

Los dos entraron en la biblioteca contigua, donde se encontraba Lu Chang. Al hacerlo se cruzaron en su camino con uno de los secuaces de éste, el mismo que había acompañado a Pablo hasta el castillo.

—Tenemos un pequeño problema —dijo Lu ante la expectante mirada de Frank—. Parece ser que hay un vehículo que se encuentra aparcado en la entrada del castillo, ha seguido a Pablo desde el hotel. Y según parece es el mismo que le siguió desde el aeropuerto.

—¿Sabemos si se trata de alguien relacionado con Pablo? —preguntó Frank.

—Me temo que no. Me acaban de informar que la matrícula pertenece a un vehículo camuflado de la Interpol.

—¿Y qué hace un vehículo de la policía delante de mi casa? —volvió a preguntar Frank, esta vez más enfadado.

—Estamos tratando de averiguarlo. Según parece, en el vuelo en el que venía

Pablo viajaba también un policía español, experto en lucha antiterrorista, que es una de las dos personas que está en el vehículo de fuera. No sabemos cómo pero creemos que la policía española sospecha que existe una relación entre Pablo y los atentados.

—Esto complica especialmente nuestro plan —dijo Frank pensativo y contrariado por lo que estaba ocurriendo—. Tenemos que tener mucho cuidado, nadie debe sospechar de nosotros.

La mente maquiavélica de Lu Chang se había puesto a trabajar una vez más.

—Haremos que parezca un accidente y además que los testigos presenciales de este desgraciado infortunio sean los propios policías. De ese modo estaremos libres de toda sospecha. Mañana de regreso al hotel, cuando tengamos la pulsera en nuestro poder, su vehículo se despeñará por un barranco.

—¿Y nuestro chófer?—preguntó Alberto.

—Conseguir lo que uno quiere a veces implica pequeños sacrificios, aunque a veces el sacrificado no conozca su condición de víctima.

A Lu no le importaba en absoluto tener que prescindir de uno de sus hombres con tal de conseguir sus propósitos. Lo había preparado todo para que de regreso al hotel, el coche que llevaría a Pablo tuviera misteriosamente un fallo mecánico en el momento exacto de tomar una de las curvas más peligrosas del recorrido.

Los tres personajes se miraron complacidos entre ellos, algo que no debía sorprender a nadie, teniendo en cuenta que la catadura moral de los tres era bastante pareja.

—Por cierto —añadió Lu—. Acabamos de confirmar que Pablo lleva la pulsera en su muñeca. Y que la señorita Laínez empieza a ser un problema que deberíamos quitarnos de en medio lo antes posible.

—Lo haremos en cuanto deje de ser útil para nosotros —apostilló Frank.

Una vez que los invitados se retiraron de la casa, Pablo y Alicia fueron acompañados a sus habitaciones por el fiel mayordomo, para evitar que se perdieran accidentalmente por el castillo y asegurarse que estaban a buen recaudo.

—Mañana a las siete y media pasaré a buscarles para acompañarles al lugar del desayuno, antes de su visita a las instalaciones de Leivoz.

—Muchas gracias por su amabilidad —dijo con cierta ironía Pablo.

—Hasta mañana —dijo Alicia.

Los dos entraron cada uno a sus respectivas habitaciones mientras el mayordomo se alejaba por el pasillo.

EL SANTUARIO DE FRANK

Una hora aproximadamente después de aquello, cuando todos en el castillo estaban ya durmiendo, Alicia, siguiendo las instrucciones de la nota que le había dado Pablo, salió de su habitación sigilosamente y avanzó por el pasillo hasta el fondo, después se dirigió hacia la escalera que había en el lado de la derecha y subió a la planta de arriba.

Allí vio una puerta entreabierta y entró al interior. Pablo, que la estaba esperando, la hizo un gesto para que tratara de hacer el menor ruido posible.

—¿Te has desecho del micrófono?

—Sí.

La luz que entraba por las pequeñas ventanas de la sala, en una noche de luna llena y la linterna del móvil de Pablo dejaban entrever lo que había en aquel lugar, ante la mirada asombrada y confusa de Alicia.

—¿Qué significa esto?

—La verdad es que no estoy muy seguro, parece una especie de templo en memoria de la dinastía Leivoz.

Alicia, que miraba con mucha curiosidad las estatuas con las iniciales de los Leivoz y sus retratos le preguntó:

—¿Cómo has descubierto este lugar? ¿Y cómo has podido entrar en él?

—Es como si la pulsera me hubiera traído hasta aquí, se activó cuando toque el pomo de la puerta y me permitió entrar sin dificultades. Lo que no sé es por qué.

—Otra vez la pulsera —dijo ella algo contrariada.

—Sí Alicia, la pulsera. La misma que ellos te han arrebatado y cuyo poder creo que ya conoces de sobra.

—Lo conozco y te aseguro que no tiene que nada que ver con absurdas leyendas, es real, no sé de dónde ha salido, ni por qué llegó hasta mis manos, ni por qué tú tienes otra, pero podría cambiar el concepto de todo lo que

conocíamos hasta ahora. Y en manos de Frank puede ser un auténtico peligro.

—Yo tampoco creía en absurdas leyendas, pero por culpa de ésta, mi mujer está en estado de coma, mis hijas escondidas y yo jugándomelo todo para tratar de impedir que el señor Leivoz se salga con la suya.

Hasta ese momento, Alicia no sabía prácticamente nada de la vida privada de Pablo, por eso al escuchar aquellas palabras tuvo un sentimiento dividido, por un lado de ternura al saber el estado de su mujer y su familia y por otro una pequeña decepción porque sin saber cómo ni por qué, de algún modo siempre había sentido una atracción especial por aquel hombre.

—Lo lamento —le dijo—. Entiendo lo que sientes, yo también tengo a mi padre en peligro, por eso me obligaron a trabajar para ellos.

—Lo sé —dijo ante la sorpresa de ella, que hasta ese momento no había sospechado nunca que conociera su situación—. Por eso he venido hasta aquí, para ayudarte.

—¿Y cómo lo piensas hacer? ¿Como lo hiciste en el jardín, diciéndole a todo el mundo que tienes la pulsera que están buscando?

—Escucha Alicia, tenemos un plan para recuperar las pulseras y rescataros de sus garras a tu padre y a ti, pero sólo funcionará si ellos creen que todo les está saliendo según lo habían previsto.

Alicia le miró todavía más sorprendida, aunque confiaba en él, tenía muchas dudas que necesitaba que le resolviera cuanto antes:

—¿Tenemos? ¿Quiénes están en esto además de ti? ¿Y cómo sabes que tienen en su poder más pulseras?

—Sabemos que ellos provocaron los atentados de Londres, París y Milán, con el único fin de conseguir las pulseras. Están dispuestos a cualquier cosa por conseguirlas. ¿Y quiénes somos? Somos las personas que como tú recibimos una pulsera sin saber de dónde provenía. Algo que no ocurrió por casualidad.

En ese momento sacó de su bolsillo un libro en cuya portada estaba escrito el nombre de Quarabel en letras doradas y en la que aparecía una ilustración con la estrella doble. Se lo dio para que lo guardara y la dijo:

—Tienes que leerlo y comprenderás muchas cosas. Tu padre conocía esta historia, por eso decidió no colaborar con ellos y por eso le han quitado de en medio.

Alicia cogió el libro y le miró algo más tranquila. Aunque le resultaba muy difícil de creer que aquel hombre solo, pudiera ayudarles a ella y a su padre, algo en su interior le decía que tenía que confiar en él.

De repente los dos se vieron sorprendidos por el ruido del ascensor que había cogido alguno de los habitantes de la casa y que se paró en la planta donde estaban ellos.

Pablo cogió de la mano a Alicia y la llevó hasta un lugar cerca de la puerta de entrada situado en el lado hacia donde se abría ésta. Allí trataron de esconderse tirándose prácticamente al suelo y aprovechando la oscuridad de la zona.

Escucharon entonces unos pasos y a alguien que abría la puerta con una llave, algo que nunca necesitó hacer Pablo gracias a la pulsera.

Una persona que al principio no distinguieron entró en la sala, accionó el interruptor de la luz y se encendieron una especie de luces, tipo Led, situadas en el suelo delante de cada uno de las estatuas con el logo de Leivoz, lo que daba al lugar un aspecto mucho más siniestro de lo que ya era de por sí, convirtiéndolo en una especie de santuario.

Desde la posición en la que se encontraba Pablo, trató de incorporarse lo suficiente desde el suelo para intentar ver a la persona que había entrado y que se dirigía pausadamente hacia el fondo de aquella sala, mirando a izquierda y derecha cada uno de los retratos y estatuas, como siguiendo un ritual protocolario.

La silueta de espaldas dejaba claro que se trataba, como por otra parte era de esperar de su anfitrión el señor Leivoz.

Cuando llegó al final, introdujo una especie de llave en una cerradura situada en la pared, que accionó un mecanismo, que hizo que se abrieran unas compuertas y de ellas saliera una esfera luminosa, que agarró con sus manos. Al hacerlo se iluminaron todos los círculos de las estatuas con las iniciales de cada uno de los antepasados de Frank, abriéndose a continuación para dejar salir una esfera iluminada en cada uno de ellos, réplica de la que sujetaba Frank, pero de tamaño más pequeño.

El conjunto de luces, esferas, estatuas y retratos tornó el lugar en una especie de lugar siniestro, cuyo significado no alcanzaban a comprender ni Pablo ni Alicia.

Frank soltó entonces la esfera y se dirigió hacia el cubículo de la derecha, el que supuestamente le pertenecía a él, en el que todavía no había ningún retrato y que completaba la serie de ocho estatuas. Como el resto, tenía abierto el círculo con sus iniciales, pero no había ninguna esfera luminosa en él. Miró la estatua y dijo en voz alta:

—Muy pronto tú también tendrás tu Aulux y entonces nada podrá deternos.

Tras decir estas palabras regresó al lugar de la gran esfera y utilizó su llave para cerrarla y con ella volvieron a su posición el resto de las esferas de cada uno, de las estatuas, después volvió a recorrer el pasillo en dirección a la puerta y apagó el interruptor de la luz, mientras Pablo y Alicia seguían pegados literalmente al suelo para tratar de impedir que el ilustre visitante descubriera su presencia.

Afortunadamente para ellos, abandonó el lugar sin percatarse de su presencia.

Cuando escucharon de nuevo el ascensor ponerse en marcha se incorporaron y salieron hacia el centro del pasillo, cruzando sus miradas con un gesto de asombro por lo que habían presenciado hacía sólo unos instantes.

—¿Que eran aquellas esferas? —preguntó Alicia.

—No tengo ni idea, pero conociendo al personaje, seguro que nada bueno —contestó Pablo, que seguía sin salir de su asombro.

Los dos cruzaron el pasillo en dirección hacia el mismo lugar donde Frank había activado el mecanismo, tratando de hallar algún indicio de qué significaba todo aquello.

Pablo tocó la cerradura con sus manos con la esperanza de que la presencia de su pulsera repitiera lo que había ocurrido cuando abrió sin ninguna llave la puerta de aquella sala en la que se encontraban, pero no ocurrió absolutamente nada.

—Me espanta imaginar lo que estará tramando. Aquellas esferas producían una especie de energía que no había visto nunca antes.

—Lo que sea, tiene que provenir de alguno de los experimentos que se realizan en vuestro laboratorio.

—La única fuente de energía con la que trabajamos proviene de las pulseras y hasta ahora no hemos conseguido canalizarla de ningún modo. Se supone que serían necesarias las otras dos pulseras que faltan, la tuya y la que trataron de conseguir en el atentado de París. Además las esferas emitían un color rojizo que no había visto nunca antes.

—Tenemos que averiguar qué está tramando y sólo se me ocurre una persona que pueda arrojar un poco de luz en todo este asunto —dijo Pablo pensando en el viejo anticuario—. Pero ahora lo importante es sacar de allí a tu padre y a la otra persona retenida. Esta noche lo intentaré. Necesito que me digas cómo llegar hasta el lugar donde se encuentran.

—No va a ser sencillo —le explicó ella con gesto contrariado—. El laboratorio se encuentra en la segunda planta de la zona subterránea y las

habitaciones donde nos retienen están en el tercer piso de la planta exterior. Si logras llegar al laboratorio tendrás que buscar el ascensor interior que conduce a las plantas de arriba. Es un ascensor muy peculiar, con cuatro puertas de espejo a cada lado.

Cada vez que llegas a las plantas superiores —continuó con su explicación—, se abre una de las salidas, nunca sabes cuál. Los empleados de Leivoz llevan un sensor que les abre la puerta que conduce al lugar de su residencia. Los que no disponen de ese sensor no saben realmente dónde están entrando, todas las puertas son idénticas. Tendrás que confiar en tu suerte y si eliges el camino correcto, ir a la derecha y luego tras doblar el pasillo buscar la tercera puerta a la izquierda, allí está mi padre, la mía es la segunda y la de ese tal Iván podría ser cualquiera de los otras tres de ese lado.

—¿Y no podría estar en otro lado? —preguntó él sorprendido por las medidas de seguridad.

—Lo dudo —contestó ella—. Sólo esas habitaciones de la izquierda tienen cristales blindados sellados herméticamente para que sus moradores no sientan la tentación de escapar.

—¿Y cómo lo sabes?

—Hasta que empecé a ser un peligro para ellos, yo también disponía de un sensor de acceso y ocupaba las habitaciones del otro lado, después me trasladaron a éstas.

Los dos abandonaron la sala y se dirigieron sigilosamente a sus habitaciones, una vez llegaron se separaron para entrar cada uno en la suya.

—Ten mucho cuidado Pablo, lo que intentas no va a ser fácil, ya sabes cómo se las gasta esta gente —dijo Alicia preocupada por la incursión que pretendía hacer su compañero de aventuras en las instalaciones de Leivoz.

—Lo tendré, no te preocupes. Todo va a salir bien —contestó mirándola con un gesto de complicidad que además trataba de mostrar una confianza ficticia que ni el mismo se creía.

LA INCURSIÓN EN LEIVÓZ

Una vez en su habitación, a oscuras para que todos pensaran que ya estaba durmiendo, Pablo recorrió la estancia un tanto nervioso, yendo de un lado a otro para tratar de serenarse. No sabía bien cómo él, que precisamente no tenía alma de héroe, había llegado a esta situación, pero ya no había marcha atrás.

Se dirigió a la ventana, miró la hora de su reloj y vio que se le había hecho un poco tarde, tenía que ir a dormir y despertarse transcurridas exactamente tres horas.

Ya en la cama cerró los ojos y pensó en las palabras del viejo anticuario cuando le explicó el plan que debían de llevar a cabo:

—“Justo un instante antes de dormir, con la pulsera puesta deberás de intentar comunicarte con tu “doble” en Quarabel, para pedirle que se fusione contigo durante el sueño. Igual que ocurría cada noche en Quarabel, vuestros dos “YO” estarán unidos pero tendrán la posibilidad de estar en dos partes al mismo tiempo. Como no estáis en Quarabel, sino en la Tierra, uno de ellos permanecerá dormido y el otro abandonará su cuerpo, permaneciendo separados hasta que llegue la primera luz del día, momento en el cual el despierto regresará al cuerpo del dormido.

Pablo, que estaba bastante cansado, pensó en todo aquello y trató de comunicarse con Gael mientras caía en un profundo sueño.

Mientras soñaba, Pablo sintió cómo viajaba a la velocidad de la luz desde la tierra hacia un planeta que parecía Quarabel y luego volvió de nuevo a la tierra, para él fue sólo un viaje que duro apenas unos instantes, pero en tiempo real habían transcurrido algo más de tres horas, momento en el cual su cuerpo dormido se desdobló levantándose uno de ellos de la cama.

Pablo no entendía lo que estaba ocurriendo, sentía la sensación de seguir dentro de un sueño, miró a la cama y se vio a sí mismo allí, pero él estaba de

pie, sentía que aquello era real y es más, se sentía especialmente bien, mejor que nunca, relajado, descansado, como si hubiera dormido durante siglos y ágil, tremendamente ágil, como si cuerpo apenas pesara.

Unos instantes después salió de la habitación, iba vestido todo de negro de pies a cabeza, con un gorro negro, una pequeña mochila colgada a su espalda y una especie de brújula digital que le había dado el viejo anticuario y que servía para indicarle la dirección donde se encontraban el resto de las pulseras y el codiciado tablet.

Lo primero que tenía que hacer era buscar el tablet, que por las indicaciones de aquel aparato se encontraba en algún lugar del castillo.

Recorrió el corredor hasta el fondo en la misma dirección que lo había hecho anteriormente para llegar a la sala secreta de Frank, pero esta vez el aparato le indicó que bajara por la escalera al piso de abajo. Todo estaba en silencio y completamente a oscuras y aunque al principio no se percató de ello, se dio cuenta que era capaz de ver perfectamente en la oscuridad como si llevara puesto un visor de infrarrojos puesto delante de sus ojos.

Al llegar al piso de abajo vio de nuevo un largo pasillo con puertas a los lados y al fondo lo que parecían las escaleras principales de la casa, por las que habían subido con el mayordomo la tarde anterior.

El aparato le indicó la dirección que conducía hacia el ascensor, al lado contrario, lo cual desconcertó a Pablo, no entendía bien cómo le indicaba que entrara en el ascensor después de haberle hecho bajar por las escaleras.

Al llegar al ascensor vio en el lateral de la puerta una placa que parecía una especie de escáner. Abrió el ascensor y volvió a revisar el cuadro de mandos digital que marcaba como ya había visto anteriormente los pisos 1 y 2. Sin embargo, una vez dentro el localizador le indicaba que bajara. Pablo no acababa de entender cómo hacerlo, afuera no había ninguna escalera y dentro del ascensor sólo existía la posibilidad de ir hacia arriba.

Volvió a salir para percatarse nuevamente de que no había ninguna escalera secreta que condujera a una supuesta planta sótano.

Entonces se fijó en el escáner cuya utilidad no había entendido bien al principio, parecía un artilugio destinado a abrir un acceso para usar el ascensor, pero él había subido anteriormente sin necesidad de utilizarlo. A pesar de ello decidió poner su mano sobre el supuesto escáner.

Cuando lo hizo, vio cómo su pulsera se iluminó nuevamente, igual que cuando le permitió abrir la puerta de la sala secreta de la planta superior y cómo una serie de leds recorrieron el marco del escáner realizando un giro

completo.

Retiró su mano de la placa esperando que ocurriera algo, pero no ocurrió nada extraordinario, el ascensor y todo lo demás seguía allí, inmutable, ni siquiera se abrió la puerta automáticamente del ascensor, nada de nada.

Finalmente decidió entrar de nuevo en el ascensor por ver si allí encontraba algo que fuera diferente, pero aparentemente todo parecía igual, hasta que se fijó en la pantalla digital y vio que ahora además de los pisos 1 y 2, había un nuevo indicador junto a ellos que ponía —1.

Lo pulsó y el ascensor comenzó a descender hacía una planta inferior, pero haciendo un recorrido más largo que el necesario para subir a los pisos de arriba, como si le estuviera conduciendo a algún lugar secreto bajo el castillo, en las entrañas de la tierra.

De repente pareció llegar a su destino y se paró. Cuando abrió la puerta se encontró en una sala repleta de ordenadores a cada lado y al fondo una enorme pantalla con una imagen proyectada del globo terrestre que giraba continuamente iluminando a su paso unas luces intermitentes, que iban cambiando de color según iba girando el planeta.

Parecía una especie de sofisticado centro de mandos desde el que se controlaba algo, que Pablo no acertaba a entender de qué se trataba.

Frente a él había una pequeña escalera que conducía a dicha sala, que se encontraba a un nivel un poco inferior. Su localizador en ese momento le indicaba que se dirigiera hacia aquella enorme pantalla, bajo la cual había un mueble de cristal con una puerta en el centro con el anagrama impreso de Leivoz, tras la cual se vislumbraba una intensa luz.

Al acercarse a ella, Pablo pudo ver que era el tablet digital el que desprendía aquella intensa luz. Nuevamente la pulsera se iluminó y una vez más le permitió abrir sin problemas la puerta que le separaba de su objetivo.

El tablet se encontraba sobre una plataforma y en él aparecía la misma imagen que se proyectaba en la pantalla gigante. Pablo lo desconectó cuidadosamente. Una vez en sus manos lo giró, se quitó su pulsera e introdujo las esferas de ésta en los orificios situados sobre el anagrama de Quarabel, girando la esfera a continuación, como si se tratara de una llave.

Al hacerlo la esfera se desprendió del marco, dejando visible en su parte posterior lo que parecía el origen de la intensa luz que emitía el marco, una pantalla con infinidad de puntos luminosos que iban variando su intensidad rápidamente.

Pablo sacó entonces de su mochila una esfera que parecía una réplica de la

que había extraído del tablet, que colocó cuidadosamente en él, con el fin de que nadie se diera cuenta del cambio.

Al hacerlo apareció nuevamente en la pantalla el globo terráqueo girando pero en esta ocasión sin las luces intermitentes que había visto antes.

Tras realizar el cambio, Pablo volvió a utilizar el localizador, esta vez para que le indicara el lugar donde se encontraban las pulseras que estaban en poder de Frank.

El localizador en esta ocasión le llevó hasta la puerta lateral que se encontraba a la izquierda de la salida del ascensor, se dirigió hacia ella y la abrió con la misma facilidad con la que lo había hecho antes con el resto de las cerraduras que había encontrado a su paso, sin lugar a dudas pensó, la pulsera era entre otras muchas cosas, una excelente llave maestra.

La sorpresa fue encontrar al otro lado de la puerta una sala con railes y una especie de vehículo sobre ellos, en la entrada de un corredor subterráneo que por la posición en la que se encontraba pensó que debía de ser un acceso secreto que comunicaba la casa con las instalaciones de Leivoz, por debajo del puente y del río. Toda una obra de ingeniería al servicio de los oscuros planes de Frank.

Sin dudarle, aún a sabiendas de que se iba a meter directamente en la boca del lobo, se subió al vehículo y lo puso en marcha, pulsando lo que parecía un interruptor de encendido.

El vehículo empezó a moverse por el túnel a una velocidad constante y no demasiado rápido, lo que le dio tiempo a pensar en lo que se encontraría al otro lado. Sin embargo se dio cuenta de que lo que en otras circunstancias le hubiera producido un evidente temor, ahora no le afectaba en lo más mínimo. Era como si una fuerza interior desconocida para él hasta ahora rigiera sus actos. Una sensación muy parecida a la que sintió el día que fue a correr y vio cómo sus pies se elevaban del suelo. Era como si siguiera siendo él pero metido en un envoltorio distinto.

Al final del recorrido el vehículo llegó, a través de una especie de andén con una plataforma a cada lado, hasta una enorme sala de gran altura en la que se avistaban en la parte superior tres corredores a distintos niveles, con algunas puertas en sus pasillos que parecían estar comunicados con un ascensor situado justo al fondo del lugar donde paró su improvisado transporte.

El silencio de aquel lugar sólo se vio roto por el sonido del vehículo, no había nadie vigilando la sala, seguramente, pensó, por la hora que era y porque probablemente no tendría sentido controlar un lugar al que sólo era

posible acceder desde la sala secreta del castillo de Frank.

Se dirigió despacio hacia el ascensor siguiendo las instrucciones del localizador, mientras observaba con su mirada cuidadosamente todo cuanto le rodeaba.

Dentro del ascensor el localizador le indicó que subiera, pero entonces le surgió la duda de la planta a la que debía hacerlo, por lo que decidió ir probando de una en una.

Llegó a la primera y el localizador siguió señalándole que subiera, por lo que decidió seguir a la siguiente, donde le indicó que avanzara por el corredor hasta una de las puertas, que abrió para llegar al otro lado.

Nuevamente encontró frente a él otro corredor con varias salas a cada lado. Avanzó por él intentando no hacer ruido, porque presentía que la soledad en la que se había movido hasta llegar allí, no iba a tardar mucho en llegar a su fin.

Y así fue, de repente escuchó un ruido al fondo del pasillo, que le obligó a esconderse en la primera sala que encontró en su camino y que resultó ser un pequeño almacén con algunas cajas.

Permaneció inmóvil en aquel lugar mientras escuchaba fuera lo que parecían dos vigilantes de las instalaciones recorriendo el pasillo, mientras hablaban de sus cosas en animada charla.

Al llegar al final del corredor abrieron la puerta por la que él había entrado y continuaron su camino hacia otro corredor, en lo que debía de ser una ronda rutinaria de vigilancia.

Antes de abandonar el lugar observó que las cajas que se encontraban allí tenían impresa la versión del logo de Leivoz que se había utilizado para el lanzamiento del nuevo teléfono, por lo que no pudo resistirse a abrir una de ellas y hacerse con uno de aquellos modelos, que tan celosamente había guardado la compañía, metiéndolo a continuación en su mochila. Se sentía como un goloso encerrado en una pastelería.

Tras aquello salió nuevamente al pasillo y continuó su camino siguiendo las indicaciones del localizador a través de un laberinto de pasillos que le llevaron finalmente a una sala con una puerta que tenía impresa la palabra Quarabel, aquella de la que le había hablado su compañero Enrique, durante su visita al departamento de I+D.

Igual que el ascensor, la sala disponía de una placa con un escáner de acceso. Volvió a poner su mano en él y volvió a comprobar la efectividad de su pulsera como llave maestra.

Por fin estaba en el laboratorio secreto de su compañía, el lugar donde se

habían gestado parte de sus desdichas. Estaba repleto de instrumental electrónico, pantallas, ordenadores y aparatos con un extraño diseño totalmente desconocidos para él. Y en medio de todo aquello, un artilugio con lo que parecían dos cañones láser uno en frente de otro y en medio de ellos su objetivo, las dos pulseras que había venido a buscar.

Como había hecho con el marco procedió a sustituirlas por dos imitaciones y metió las originales en su mochila.

Su objetivo estaba casi cumplido, pero faltaba algo más, rescatar a Iván y al padre de Alicia.

Tenía poco tiempo antes de que amaneciera, momento en el cual, tal y como le explicó el anticuario, volverían a fusionarse sus dos yo en uno solo, lo que no estaba claro era en cuál de ellos: el que permanecía dormido en su habitación o el que estaba ahora realizando la peligrosa misión, por eso sabía que lo mejor para él sería estar de regreso en ese momento en el castillo.

Continuó por el entramado de pasillos buscando un ascensor, que le permitiera llegar al lugar donde se encontraban retenidos Iván y el señor Laínez. Alicia le había comentado que la habitación de ella y su padre se encontraba dos plantas por encima del laboratorio.

En medio de uno de los corredores divisó a lo lejos la puerta del ascensor del que le había hablado Alicia y se dirigió a él, pero su camino se vio interrumpido por el sonido de éste, que parecía estar en movimiento. Se escondió detrás de un carro con cajas apiladas para ser transportadas. Y vio entonces salir a dos hombres del ascensor, ataviados con batas blancas en las que se apreciaba claramente el logo de Leivoz.

Permaneció allí hasta que los vio alejarse y se subió al ascensor con la intención de llegar cuatro plantas más arriba.

El ascensor estaba rodeado completamente de espejos, incluso las puertas en su lado interior. Pablo pulsó sobre un display digital el número seis de un total de ocho, para que le condujera hasta la planta donde debería encontrar a sus amigos.

Mientras subía se vio reflejado en aquellos espejos que le rodeaban, con aquella vestimenta propia de un personaje de videojuego, viviendo una experiencia que jamás hubiera imaginado, él que era un ejecutivo con una vida plácida y confortable. Pensó en su mujer, en sus hijas y en que si finalmente completaba su misión quizás no volviera a verlas jamás. Por un momento sintió la tentación de parar el ascensor, abandonarlo todo y huir de allí para volver con sus seres queridos, pero algo dentro de él le impidió hacerlo,

quizás Gael, que compartía ahora supuestamente su cuerpo, se lo impedía.

Entre sus pensamientos y dudas llegó a la tercera planta y al hacerlo vio como el display se apagaba para permitir la apertura de las puertas por ese lado y aparecía en lo que antes era la puerta principal de entrada.

Salió del ascensor, que tal y como le había explicado Alicia se encontraba ahora en medio de una especie de hall, con cuatro puertas a cada lado que parecían conducir a sitios diferentes, pero de aspecto exactamente idénticas.

No tenía ni idea a cuál dirigirse, pero pensó que la pulsera le llevaría como en otras ocasiones a la elección correcta. Se dirigió a una de ellas y observó cómo de su propio cuerpo salían otros tres Pablos que se dirigían a cada una de las otras puertas. Era la primera vez que asistía atónito y en vivo al desdoblamiento de mundos paralelos.

Se paró un momento delante de la puerta elegida y vio cómo sus otros yo hacían lo mismo. Todos se miraron y sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. De repente, ¿quién era él en ese momento pensó?, ¿alguien real o una posibilidad más en un mundo de posibilidades?

Sin embargo estaba seguro de que si encontraba al profesor y a Iván en aquel corredor sabría que seguiría siendo el portador de la pulsera auténtica, pero sintió de repente una tremenda angustia pensando qué habría sido de los otros Pablos que eligieron las puertas incorrectas, cómo habrían acabado sus historias, quizás prisioneros de un mundo dominado o incluso destruido por Frank Leivoz. Y lo peor de todo, a lo mejor él era en ese momento uno de los que había elegido la puerta y el camino incorrectos.

Llegó a un pasillo más ancho que los de las plantas inferiores y decorado de un modo que le recordaba al acceso a las habitaciones de un típico hotel, con plantas y cómodas con motivos ornamentales a los lados. Pensó que por la altura hasta la que había llegado debía de estar en la parte exterior de aquel edificio, en una especie de planta-residencia para algunas de las personas que trabajaban allí, probablemente que habían venido de otros lugares del mundo para incorporarse al equipo de investigación de Leivoz.

El pasillo hacía un recorrido completo al edificio, tal y como le había explicado Alicia, debía de seguir el camino de la derecha y al doblar el pasillo buscar la tercera puerta de la izquierda, en la que encontraría la habitación de su padre, que como la de Alicia, daba al patio interior del edificio, un buen lugar para impedir que nadie se percatara desde el exterior de la presencia de los que se encontraban retenidos allí.

EL RESCATE

Abrió cuidadosamente la puerta mientras nuevamente se iluminaba su pulsera para darle acceso al lugar. Estaba a oscuras y avanzó por la habitación sigilosamente, sin hacer ruido para ver si la persona que se encontraba allí durmiendo era el señor Laínez. Podía moverse perfectamente en la oscuridad gracias a la visión infrarroja que había heredado supuestamente de Gael, su otro yo.

Miró hacia la cama y allí estaba el padre de Alicia, plácidamente dormido. Sintió un enorme alivio porque al comprobar su presencia, descubrió que estaba en el cuerpo y en el mundo del Pablo que había tomado el camino aparentemente correcto.

Puso entonces su mano sobre la boca del padre de Alicia para evitar que hiciera ruido al despertarse sobresaltado.

Le miró unos instantes y observó un gesto de terror en él, como si su presencia respondiera a la visita de alguien que viniera definitivamente a acabar con él.

—Señor Laínez —le dijo en voz baja tratando de tranquilizarle—. Estoy aquí para ayudarle. Soy amigo de su hija, voy a quitar mi mano de su boca y le pido por favor que no haga ningún ruido.

Pablo retiró lentamente la mano de su boca, mientras aquel hombre le miraba completamente asombrado por su presencia allí, de ese modo y a esas horas de la noche, y por el hecho de le hubiera dicho además que era amigo de su hija.

—¿Quién es usted y qué tiene que ver con mi hija? —le preguntó todavía asustado y sin tener muy claro si debía de creerle.

—¿Le suena de algo esta pulsera? —le dijo mientras se arremangaba el jersey para enseñársela.

—¿Cómo tiene usted esa pulsera? —le preguntó todavía más sorprendido

que antes.

—Es una larga historia, que creo que ya conoce. Igual que su hija, recibí este regalo hace unos días y desde entonces no he tenido un momento de respiro. Pero eso ahora no importa, lo que importa es que ahora tenemos en nuestro poder las cuatro pulseras y eso no le va a gustar nada al señor Leivoz —le dijo mientras le mostraba las otras dos.

—Ha dicho “tenemos”. ¿Quiénes? —le preguntó.

—No me he presentado. Mi nombre en este planeta es Pablo, en Quarabel parece ser que me llamo Gael, y a los otros ya los conoce, Mika, Aviz y su hija Arisa.

Jean Louis no sabía qué pensar, aquel hombre le estaba hablando de la leyenda que le había contado el anticuario y que le había hecho acabar en aquel lugar. Podía ser una trampa, pensó, pero ¿qué sentido tendría? . Ya le tenían a él y a su hija a su merced, y además tenía en su poder una de las pulseras, que según sus noticias todavía no había llegado a manos de sus raptos.

—Ha dicho que tenían las cuatro pulseras, pero sólo me ha enseñado tres.

—La cuarta está en la muñeca de la persona que en estos momentos se está dirigiendo a Leivoz para tratar de sacarnos de aquí.

En ese momento una furgoneta de color negro se había parado en la garita de entrada de Leivoz, en su interior estaba Silvia. Uno de los guardas se acercó al vehículo para requerirle que se identificara.

Silvia abrió la ventanilla y le mostró una acreditación que la identificaba como inspectora de industria.

—¿Me puede decir el motivo de su visita? —le preguntó el vigilante, extrañado por la hora que era.

—Vengo a comprobar las normativas de seguridad.

—Es un poco pronto para una inspección, están todos durmiendo —exclamó el vigilante.

—Es lo que ocurre con las inspecciones, se hacen cuando nadie se las espera. Imagino que habrá alguien de guardia, porque de no ser así empezaremos mal.

—Por supuesto, deje su vehículo junto a la entrada y diríjase a la puerta principal, avisaré para que bajen a recibirla.

—Muchas gracias —dijo ella seria, mientras el vigilante no dejaba de observarla sorprendido y algo contrariado.

Silvia entonces se dirigió con su vehículo a la puerta principal, mientras observaba por el retrovisor cómo el vigilante de la garita que le había hecho el control, se dirigía precipitadamente y algo nervioso a la garita para llamar por teléfono.

Después de dejar el coche aparcado tuvo que esperar unos minutos en la puerta, que estaba cerrada, hasta que vio aparecer a lo lejos a una persona que venía con cara de dormido y abrochándose la bata que llevaba el personal de Leivoz, Estaba claro que no venía precisamente de hacer su guardia.

—Buenas noches, soy Gerard, el responsable de la fábrica —le dijo aquel hombre mientras abría la puerta y la invitaba a pasar—. No nos habían avisado que fueran a hacer una inspección y menos a estas horas.

—Digamos que es una visita sorpresa, para asegurarnos de que todo está en orden, según parece su empresa ha sido denunciada por algunos grupos ecologistas de la zona.

—¡Esos parásitos! —exclamó Gerard contrariado—. Siempre causando problemas.

Los dos atravesaron el hall en dirección al ala del edificio donde se encontraba el centro de I+D.

Mientras tanto, Pablo y Louis se disponían a abandonar la habitación, cuando se vieron frenados en su intento por las voces que escucharon en el exterior de dos personas que venían por el pasillo, hablando entre ellas, que parecían ser dos vigilantes del edificio que habían terminado su guardia y se dirigían a sus habitaciones. Estaba claro que las habitaciones contiguas a las del profesor estaban habitadas por el personal de seguridad del centro, lo que dejó más claro aún a Pablo que se había metido directamente en la boca del lobo.

El problema ahora estaba en averiguar cuál era la habitación donde se encontraba el tal Iván. En ese lado, además de la de Louis y la de Alicia había tres más. El profesor le había dicho que había escuchado movimiento en los últimos días en la habitación contigua a la de Alicia, por la que intentaron probar en ella.

Salieron al pasillo cuando se aseguraron de que los vigilantes estaban ya lejos y se dirigieron a la habitación sigilosamente. Cuando estuvieron junto a la puerta el profesor preguntó en voz baja.

—¿Cómo piensa abrir la puerta?

—Como hice con la suya —le dijo mientras ponía su mano en la placa de acceso, ante la sorpresa del profesor al ver como se iluminaba la pulsera y la puerta se abría.

Una vez dentro comprobaron que, efectivamente, la persona que estaba en la habitación era la que buscaban y se repitió la historia de antes con el profesor Láinez, pero esta vez abreviada. Pablo le tapó también la boca y le dijo:

—Escuche atentamente, he venido a ayudarle, no me haga preguntas, su vida está en peligro, vístase rápidamente y péguese a mi espalda como si fuera parte de su propio cuerpo. Tenemos muy poco tiempo para intentar salir de aquí.

—Iván les miró atónito a los dos, no sabía qué pensar, ni siquiera sabía por qué estaba allí, pero entre quedarse a averiguarlo y la propuesta que le hacía aquel hombre, decidió apostar por la segunda, quizás también porque la persona que le acompañaba, el profesor Láinez, parecía un tipo nada peligroso.

Mientras esto ocurría, Silvia se encontraba visitando las instalaciones de Leivoz acompañada en todo momento de Gerard.

Se dirigían por el corredor hacia la sala de control, cuando pasaron por la puerta en la que estaba escrita la palabra Quarabel.

Silvia se paró un momento y preguntó:

—¿Qué hay en esa sala?

Gerard, sorprendido por la pregunta, trató de desviar su atención del lugar.

—¿Ahí? Nada especial, es una sala de reuniones.

—Curioso nombre —dijo ella siguiendo su camino por el corredor.

Gerard respiró un instante, aliviado al ver que seguía su camino. Estaba claro que Silvia conocía perfectamente lo que había dentro de aquella sala, a pesar de lo cual, de un modo algo imprudente por su parte, no pudo evitar la tentación de preguntar por ella, al ver ese nombre impreso que le resultaba tan familiar.

Llegaron por fin a la sala de control, en la que había otras personas trabajando y entonces Silvia sacó de su bolso una especie de tablet, con un cuestionario que comenzó a rellenar, según iba haciendo preguntas a los empleados de Leivoz.

Mientras tanto, Pablo y sus acompañantes habían abandonado la habitación y volvieron por el corredor hacia el lugar por donde había entrado Pablo, hasta

llegar a la sala en medio de la cual se encontraba el ascensor.

Una vez allí se dirigieron hacia éste, pero su camino se vio frenado por Jean Louis.

—No sé dónde vamos, pero no deberíamos cogerlo.

—Vamos a la planta baja, a la entrada ¿Qué problema hay? —preguntó Pablo.

—Lo suponía —contestó Jean Louis—. A la salida del ascensor en esa planta hay cámaras de video conectadas con la sala de control, nos descubrirían inmediatamente. Si queremos salir, tendremos que subir a la planta superior y atravesar por el laboratorio, al final de éste hay una escalera exterior de emergencia por la que podremos salir sin ser vistos.

Pablo asintió con la cabeza al plan del profesor y los tres se introdujeron en el ascensor y subieron hasta la cuarta planta.

Allí se encontraron otra vez en una especie de hall con cuatro puertas cerradas. Pablo miró a Jean Louis, esperando alguna indicación por su parte.

—¿Y ahora qué camino se supone que deberíamos seguir, todas las puertas son iguales? —le preguntó.

Jean Paul se quedó un momento parado y pensativo hasta que por fin respondió.

—No tengo ni idea.

Los tres dieron vueltas en círculo alrededor del ascensor mirando fijamente las cuatro puertas, como si esperaran que surgiera la inspiración que les guiara por el camino correcto, pero sin ningún resultado.

—¿Cómo supo usted la puerta correcta por la que entrar para buscarnos en la planta de abajo? —preguntó Jean Paul.

Buena pregunta, pensó Pablo. Pero muy complicada respuesta. Cómo le iba a explicar que se había dividido en cuatro personas y que simplemente se había quedado con la opción correcta. Él era un científico, pero aquello estaba seguro rebasaría la más descabellada de sus teorías. Además existía un problema, él podía dividirse nuevamente en cuatro opciones distintas, pero... ¿Y ellos?... ¿A cuál de los Pablos seguirían? Si la teoría funcionaba, pensó que ellos elegirían también la opción correcta, de lo contrario su misión fracasaría y por tanto nunca hubiera sido la mejor opción. ¿O sí?

Parecía demasiado complicado para seguir pensándolo, lo mejor era pasar directamente a la acción y rezar para que todo saliera bien, pero no sin darles antes una breve explicación.

—Escúchenme atentamente —les dijo—. Lo que van a ver ahora escapa a

cualquier comprensión humana, incluso científica, profesor. Voy a elegir una de las cuatro puertas y al hacerlo verán a cuatro personas idénticas a mí, dirigirse a cada una de las puertas, tendrán que elegir seguir a una de ellas y confiar en la suerte.

—Eso no es posible —dijo el profesor.

—¿A qué clase de loco estamos siguiendo? —dijo Iván mirando al profesor.

Pablo era consciente de que lo que les estaba contando estaba fuera de toda lógica, al él hace unos días le habría parecido lo mismo, pero no tenía mucho tiempo para explicaciones, por lo que decidió pasar a la acción.

—Está bien —les dijo—. No les pido que me crean, ni que lo entiendan. Simplemente tomen una decisión.

Sin darles tiempo a reaccionar, Pablo tomó la decisión de dirigirse a una de las puertas, o mejor dicho a las cuatro a la vez, dividiéndose en cuatro Pablos exactamente iguales ante la mirada desconcertada de sus dos acompañantes, que no podían dar crédito a lo que estaban contemplando sus ojos. Se quedaron incluso inmobilizados durante unos instantes hasta que escucharon cuatro voces procedentes de cuatros personas distintas, pero iguales, que les invitaban a seguirle.

Los cuatro Pablos volvieron a insistir en su llamada tratando de romper el estado de shock en el que se encontraban el profesor y su acompañante.

—Vamos, no tenemos tiempo —gritaron los cuatro Pablos, mientras sus voces sonaban acompasadamente produciendo una especie de eco en la sala.

Por fin los dos siguieron a uno de los cuatro, mientras continuaban observando atónitos en su camino a los otros personajes copia de Pablo, que empezaron a desvanecerse a medida que ellos se acercaban más hacia el que habían elegido.

Entraron en la sala contigua, que efectivamente resultó, para alivio de Pablo, ser la correcta, todavía impactados por lo ocurrido.

Se encontraban en una rampa de láminas de metal entrelazadas que atravesaba la sala por el medio y que dejaba ver lo que había debajo, unos haces de luces de distintos colores que iban desde cañones en el lado derecho hasta otros situados en el lado izquierdo, formando una especie de parilla luminosa bajo sus pies.

El espectáculo luminoso sorprendió a Pablo, que no entendía muy bien de qué se trataba, pero no así a sus compañeros de viaje, que seguían mirándole como a un bicho raro, mucho más sorprendidos por lo que había ocurrido hacía un momento, que por aquel despliegue de luces y colores.

—¿Cómo ha hecho eso? —preguntó el profesor, todavía conmocionado.

—Es una larga historia profesor, que tiene que ver con el efecto que producen las pulseras que tanto interesan al señor Leivoz y que permiten el desdoblamiento de espacio y tiempo.

—¿Está diciéndome que se han abierto mundos paralelos delante de nuestros ojos?

—Sí.

—Pero eso es imposible, no podrían coexistir en el mismo espacio dimensional.

—Usted ha sido testigo y usted es el científico. No me pregunte cómo es posible, pero ha ocurrido.

—Entonces, la energía que producen las pulseras daría un poder sin límites al que lograra controlarlas.

—Así es. Por eso el interés de Frank Leivoz por ellas.

—¿Están hablando de la misma pulsera que tenía yo? — preguntó Iván, que era el único de los presentes que no tenía ni idea de nada de aquello, ni de cómo había acabado en aquel lugar.

—Sé que no comprendes nada de lo que está pasando —le contestó Pablo—, pero debes de saber que tiene que ver con aquella explosión que ocurrió en Milán. Tú eras el objetivo. Por ahora no puedo explicarte mucho más, lo más importante es abandonar este lugar cuanto antes, después te pondremos al día de todo.

Iván cada vez entendía menos lo que estaba pasando, ahora resultaba que aquella bomba de Milán que acabó con la vida de sus compañeros, iba dirigida a él, por una extraña pulsera de la que ni siquiera sabía su procedencia. Pero entendiendo el riesgo que corría, pensó que lo mejor era seguir a aquel hombre capaz de hacer cosas tan extraordinarias como las que había visto hacia unos instantes y más tarde intentar averiguar lo que estaba ocurriendo.

—¿Sabe que es esto, profesor? —preguntó Pablo señalando los luces que se movían bajo sus pies.

—Me temo que Frank ya tiene listos sus propulsores energéticos, sólo necesita extraer la información de las pulseras que le faltan para completar su obra.

—Pero nosotros vamos a evitar que eso ocurra —dijo Pablo, seguro de llevar a cabo sus planes.

Los tres avanzaron por la rampa hacia el fondo de la sala, mientras Iván no

apartaba su mirada de todo aquello, sorprendido y sin entender nada de lo que estaban contemplando sus ojos.

Al final de la rampa llegaron a una puerta que nuevamente Pablo abrió sin dificultad.

Al otro lado de la puerta había una pequeña plataforma con una escalera de caracol que conducía al exterior, por la que bajaron los tres con la intención de llegar hasta la furgoneta que Silvia había dejado aparcada cerca de la entrada.

La escalera estaba en uno de los laterales del edificio y el vehículo en la entrada principal, por lo que una vez en el exterior tuvieron que caminar unos pasos hasta la esquina pegados literalmente a la pared del edificio para intentar no ser vistos, ni por los vigilantes ni por las cámaras de seguridad.

Finalmente cuando estuvieron seguros de poder hacerlo sin riesgo de ser vistos corrieron tras Pablo hasta la furgoneta y entraron en la parte trasera de la misma.

—Escúchenme bien —les dijo Pablo a los dos cuando ya estaban dentro de la furgoneta—. Quédense aquí sin hacer ningún tipo de ruido. Aproximadamente en quince minutos una persona se subirá al vehículo, es Silvia. Ella les sacará de aquí y les llevará a un lugar seguro. Espero, si todo sale bien, volver a verles.

—¿Qué pasará con mi hija? —preguntó preocupado el padre de Alicia.

—Yo me ocuparé de ella y pronto estarán juntos nuevamente.

—Tenga mucho cuidado.

Pablo asintió con la cabeza tratando de dar confianza al profesor, aún a pesar de que no tenía nada claro cómo acabaría todo aquello. Después sacó de su mochila la pulsera de Iván y se la dio para que se la pusiera.

—Póntela y no te separes nunca de ella.

Iván la cogió y aunque no entendía nada de aquello, hizo lo que le había dicho. Después Pablo le dio la pieza que había extraído del tablet al profesor.

—Coja esto y guárdelo bien —le dijo—. Entréguéselo a Silvia cuando llegue al final del trayecto. Ella sabrá lo que hacer.

El profesor asintió con la cabeza y Pablo cerró cuidadosamente la puerta de la furgoneta intentando apenas hacer ruido. Después se alejó de aquel lugar.

Mientras tanto Silvia, que seguía intercambiando información con los empleados de Leivoz, miró discretamente su reloj y se dio cuenta de que había llegado el momento de abandonar aquel lugar.

—Parece que todo está bien, creo que por mi parte puedo dar por terminada esta visita.

Gerard pareció respirar al escuchar aquellas palabras.

—Ya le dije que la seguridad de las instalaciones ha sido siempre una de nuestras principales preocupaciones —le dijo a Mónica con gesto orgulloso y complacido por el resultado de la inspección.

Después los dos se dirigieron a la salida de las instalaciones. Gerard la acompañó hasta la furgoneta.

—Espero que a partir de ahora no hagan caso de las denuncias de esos parásitos. —le dijo.

—Yo también —contestó ella—. No me hace ninguna gracia levantarme a estas horas de la noche. Pero ya sabe cómo son estos políticos, siempre preocupados por sus votos.

Los dos sonrieron y ella se subió a la furgoneta, tras lo cual arrancó el vehículo y se dirigió a la garita de control que estaba en el otro lado del edificio. Al llegar allí nuevamente salió el guarda y se acercó a la ventanilla, dando unos golpecitos en ella con cierto tono chulesco, para que la abriera.

En ese momento Silvia se estremeció pensando que aunque no lo había hecho a la entrada, ahora decidiera examinar la parte de atrás de la furgoneta, donde se suponía, si todo había ido bien, que debían de estar Iván y el profesor.

—Ya he terminado mi trabajo —le dijo sonriente, tratando de disimular sus nervios.

El sin decir nada, encendió su linterna y recorrió el lateral del vehículo hasta llegar a la puerta de atrás, mientras ella observaba muy preocupada sus movimientos por el retrovisor.

Una vez allí el guarda pudo ver a lo lejos en la esquina del edificio a Gerard, que estaba allí con la intención de asegurarse de que la supuesta inspectora abandonara definitivamente las instalaciones de Leivoz. Desde allí le hizo un gesto al guarda con la mano indicándole que se deshiciera de ella cuanto antes, por lo que volvió rápidamente hasta la ventanilla e indicándole que siguiera le dijo en un tono claramente hipócrita:

—Espero que tenga buen viaje señorita.

—Gracias —dijo ella respirando aliviada mientras abandonaba el lugar dejando atrás la garita y mirando por el espejo retrovisor.

LA HUIDA

Pablo, que había estado observando la escena agazapado en una de las esquinas del edificio, volvió sobre sus pasos, una vez se aseguró de que ya estaban a salvo, para subir las escaleras por las que habían bajado anteriormente y tratar de volver a atravesar la sala para llegar después al nivel inferior hasta el túnel que comunicaba Leivoz con el castillo de Frank.

Pero cuando se encontraba en medio de la sala, alguien abrió la puerta desde el otro lado, era uno de los guardas del edificio.

—Alto —le gritó a la vez que sacaba su pistola y le apuntaba con ella—. No dé ni un paso más.

Sin dejar de apuntarle se fue acercando despacio hasta el lugar donde se encontraba. Pablo en ese momento se había quedado bloqueado sin saber qué hacer. Él no era un hombre de acción, ni tenía espíritu de héroe y le estaban además apuntando con un arma de verdad.

Es cierto que había llegado sin titubear hasta allí, incluso que había cumplido perfectamente uno de los objetivos principales de su misión. Pero aquello era distinto y tenía que hacer algo rápidamente.

Sin saber cómo ni por qué, lanzó instintivamente su pierna derecha golpeando la mano que sujetaba la pistola del guarda, que saltó por el aire, cayendo a uno de los laterales de la rampa entre haces de luz que emitían los cañones situados a cada lado de la sala, produciendo una pequeña explosión tras la cual se desintegró la pistola. El guarda entonces intentó golpearle abalanzándose sobre él, pero Pablo de modo incomprensible para él mismo, le agarró por los brazos y sin apenas esfuerzo, como si fuera un muñeco, le levantó del suelo por los hombros y le lanzó por el aire, haciéndole caer sobre la rampa unos metros más lejos, completamente noqueado.

Pablo se quedó un instante mirando el cuerpo inerte de su agresor sobre el suelo, alternando esa visión con la de sus brazos, sin entender de dónde había

sacado la habilidad y la fuerza para hacer lo que había hecho. Estaba claro que él no era sólo él en ese momento y que Gael tenía mucho que ver en aquella proeza.

Metido en sus pensamientos se vio sorprendido por el sonido del localizador del vigilante, para comprobar seguidamente que los haces de luz que había bajo sus pies habían dejado de emitir ningún tipo de energía. Pensó que probablemente la pistola del vigilante había cortocircuitado los haces de energía de la sala y que el personal de la sala del control central no tardaría mucho tiempo en darse cuenta, por lo que sin dudarle comenzó a correr por la rampa saltando sobre el vigilante hasta llegar a la sala contigua en la que estaba el ascensor.

En el control central, efectivamente, los empleados de guardia habían recibido una señal de alerta.

—Ha habido un cortocircuito en la sala “Q” —dijo el empleado que se encontraba sentado frente al panel de control, mientras lucía intermitentemente un piloto rojo.

—¿En la sala "Q"? —preguntó el supervisor—¿Cómo es posible?

—No lo sé, he tratado de comunicarme con el vigilante y no contesta.

—Compruebe el perímetro de seguridad.

El empleado seleccionó en su ordenador el área que correspondía a la zona Q, para activar las cámaras de seguridad del lugar, descubriendo en una de ellas la presencia de un hombre encapuchado vestido de negro.

—Active la alerta 1. Inmediatamente —le dijo el supervisor mientras descolgaba el teléfono.

En la habitación de Alberto comenzó a sonar el teléfono haciendo las funciones de despertador prematuro. Entre las sábanas asomó la cabeza para comprobar que apenas eran las seis de la mañana. Lo cogió y preguntó bostezando.

—¿Quién es?

Al otro lado del teléfono el supervisor le informó de lo que estaba ocurriendo, tras lo cual, ahora mucho más despierto, volvió a dirigirse a su interlocutor.

—Quiero que le detengan inmediatamente y me lo traigan, vivo, tenemos que interrogarle.

Colgó entonces el teléfono y volvió a hacer una llamada, esta vez a su fiel Lu

Chang.

—Tenemos un intruso en nuestras instalaciones.

El mayordomo de la mansión de Frank recorrió rápidamente el pasillo hasta llegar a la habitación de Pablo. Una vez allí abrió sigilosamente la puerta y se acercó hasta la cama de éste para comprobar que se encontraba plácidamente dormido.

Salió fuera sin hacer ruido y regresó por el pasillo mientras hacía una llamada desde su teléfono móvil a Lu Chang, que ya había sido a su vez alertado por Alberto sobre lo que estaba ocurriendo.

—Aquí todo está bien. Duerme plácidamente.

Las alarmas de Leivoz sonaban por todos los rincones mientras un ejército de vigilantes, muchos de ellos recién despertados y acabando de vestirse, se dirigían a sus respectivos destinos recorriendo todas las salas en busca del intruso.

Dos de ellos entraron en la sala “Q”, y tras descubrir a su compañero inerte en el suelo de la rampa, trataron de recuperarle.

—Avisa al control —dijo al otro vigilante, el que sostenía al compañero aturdido tratando de espabilarle.

Mientras tanto Pablo, que había bajado por el ascensor hasta la planta más baja donde se encontraba el vehículo que había utilizado para llegar hasta allí desde la mansión de Frank, se dirigió rápidamente hacia él, pero fue sorprendido por los guardas, que se encontraban ya en el corredor superior y que comenzaron a disparar delante de él para impedir que se subiera, obligándole a retroceder sobre sus pasos. En ese momento sus perseguidores contemplaron sorprendidos, sin dar crédito a lo que veían sus ojos, como aparecían súbitamente varios Pablos distintos que se dirigían hacia lugares diferentes.

Dejaron de disparar mirándose entre ellos sin comprender qué tipo de truco era aquél.

Uno de los Pablos saltó a la vía donde estaba el vehículo, otro entró en el ascensor, uno se parapetó tras unas cajas y finalmente otro que había avistado en uno de los laterales de aquella sala una puerta metálica, se dirigió rápidamente a ella, la abrió y pasó al otro lado, descubriendo allí un largo pasillo subterráneo.

Los guardas que seguían sin reaccionar, estaban paralizados sin saber bien qué hacer, hasta que uno de ellos gritó:

—Interceptemos el ascensor.

Algunos de ellos se dirigieron a la puerta del ascensor y pulsaron el interruptor para que se parara en aquella planta, mientras apuntaban con sus armas a la puerta. Esta se abrió y apareció uno de los encapuchados en los que se había dividido aquel intruso, que subió sus manos en señal de rendición.

Uno de los vigilantes le indicó mientras le apuntaba con su arma, que saliera del ascensor y en ese momento observó cómo el encapuchado se desvanecía rápidamente hasta desaparecer por completo delante de sus narices.

Todavía impactados por lo ocurrido, un grupo de vigilantes había llegado a la planta baja para descubrir cómo se había desintegrado también el encapuchado que se había parapetado detrás de las cajas y ver cómo otro grupo volvía en el vehículo que recorría el túnel que comunicaba con la mansión, con el mismo resultado, nada.

El último de los grupos se había dirigido por la puerta que conducía al pasadizo, en busca del cuarto encapuchado, que en esta ocasión no se había desvanecido, al tratarse de la mejor elección dentro de las posibles que había tomado Pablo, que había aprovechado la incertidumbre de sus perseguidores para sacarles cierta ventaja.

A través del corredor había llegado hasta el final, descubriendo allí una escalera metálica que parecía conducir al exterior, por la que comenzó a subir lo más rápido que pudo, otra vez sin apenas notar el esfuerzo realizado.

Cuando estaba cerca de la salida, sus perseguidores llegaron también hasta la escalera, descubriendo al encapuchado en la parte más alta del recorrido. Uno de ellos hizo varios disparos que rebotaron en la escalera y en la estructura que recorría ésta, produciendo un desagradable sonido metálico, mientras otro le increpaba por su acción, sujetando su mano.

—Nos han dicho que le quieren vivo.

Tras decir estas palabras cogió su walkie talkie para avisar al control central de su posición.

—Se dirige a la salida “este” por la escalera de emergencia.

Pablo continuó su recorrido abriendo la compuerta metálica y saliendo al exterior. Una vez allí comenzó a correr hacia la valla que se veía a lo lejos, al detectar a sus espaldas la presencia de guardas con perros que se dirigían

hacia el lugar donde él se encontraba.

—¡Alto! ¡Alto! —gritaban mientras soltaban a los perros para que le dieran caza.

Pablo empezó a correr cada vez más rápido y en su camino tomaba continuamente decisiones de dirigirse hacia un lado o hacia otro con el fin de desdoblarse continuamente en múltiples copias de sí mismo para despistar a sus perseguidores y a sus perros, que no sabían hacia dónde dirigirse, persiguiendo a encapuchados que se desvanecían como por arte de magia, nada más darles caza, mientras el verdadero Pablo llegaba a la valla del recinto, de gran altura, y saltaba por ella tras trepar sin apenas esfuerzo por ella, para caer al otro lado cerca del río, ante el asombro de sus perseguidores.

Al llegar al río, se paró un momento junto a él, se encontraba precisamente en el lugar donde la corriente bajaba con más fuerza provocando pequeños remolinos. Sin saber bien qué hacer, observó cómo en el horizonte aparecía un primer destello, que anunciaba la llegada del sol y del día. Su aventura nocturna estaba llegando al final, como ocurría cada día en Quarabel, con la luz terminaría su transformación. Y la pregunta era, en cuál de los dos Pablos se convertiría: en el que estaba plácidamente durmiendo en el castillo o en el que estaba a punto de ser alcanzado por sus perseguidores, que ya estaban cada vez más cerca de él.

Sin pensárselo dos veces, se lanzó al río, siendo arrastrado con virulencia por la corriente y viéndose envuelto en un remolino que le manejaba como una marioneta bajo las aguas.

Sus perseguidores habían llegado con los perros hasta allí y asistieron desde una posición de privilegio al hundimiento de aquel misterioso encapuchado.

Metido en el remolino, Pablo pudo avistar que sobre la superficie del agua aparecían los primeros rayos del sol y de repente sintió cómo su cuerpo era lanzado por una especie de túnel de luz a toda velocidad, hasta chocar con lo que parecía la salida.

EL PLAN OCULTO

En ese momento, el Pablo que estaba durmiendo se despertó sobresaltado, sentándose sobre la cama, confundiendo el sol entrando por la ventana que nublaba su vista con la luz que acaba de ver al final del túnel.

Desde esa posición se tocó los brazos para comprobar que era real y sintió un gran alivio, al comprobar que había despertado de aquella ajetreada noche en el lugar aparentemente más seguro para él.

Se levantó entonces de la cama y se dirigió hacia la ventana. Desde allí vio a lo lejos al otro lado del río a un grupo de hombres, que parecían vigilantes, con sus perros cerca de la orilla, mirando al agua. Entendió en aquel momento que la experiencia vivida no había sido sólo un sueño.

Mientras tanto, en las instalaciones de Leivoz reinaba cierto caos a pesar de que las alarmas habían dejado de sonar y la trepidante actividad nocturna parecía haber vuelto a la normalidad.

Alberto, Lu Chang y el jefe de seguridad de Leivoz se encontraban en el despacho del primero, donde se respiraba un clima de evidente tensión por todo lo ocurrido.

—¿Quién era el encapuchado y cómo es posible que se haya saltado todos los sistemas de seguridad de las instalaciones? —preguntó Alberto enfurecido.

—No era humano, se desdoblaba en múltiples copias de sí mismo y cuando mis hombres les daban caza desaparecían —le explicó el jefe de seguridad—. Era de locos. Y al llegar a la valla saltó sobre ella como si fuera un pequeño obstáculo sin importancia. Insisto, ese hombre no era de este mundo.

—Hay evidencias de lo que me está diciendo —le preguntó Alberto sin que pareciera sorprenderse mucho por lo que aquel empleado le estaba contando.

—Por supuesto, aparecen varias grabaciones donde se ve lo que estoy

contando.

—Revisen inmediatamente todas las instalaciones inmediatamente, tenemos que averiguar qué estaba buscando.

—Así lo hare señor —dijo el jefe de seguridad mientras abandonaba rápidamente el despacho.

Alberto y Lu Chang se miraron un instante con gesto de complicidad, porque aunque tampoco entendían muy bien qué había ocurrido, para ellos estaba claro que tenía que ver con las pulseras y con Quarabel. ¿Pero quién era aquel encapuchado?

—¿Comprobaste que Pablo estaba en el castillo? —le preguntó intrigado.

—Así es, estaba plácidamente durmiendo en su habitación.

—¿Y entonces quién era ese encapuchado y qué quería? —se preguntaba a sí mismo Alberto, pensativo y tratando de encontrar alguna explicación a lo ocurrido—...Pablo está en su habitación... Alicia ni siquiera tiene la pulsera... Ese tal Iván está en nuestro poder, sólo queda una mujer fuera de nuestro control, cuya identidad desconocemos.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Lu Chan que lo descolgó, escuchó atentamente lo que le decían, después lo colgó y dirigiéndose a Alberto le dijo:

—Creo que ya sabemos qué estaba buscando. Han desaparecido de su habitación Iván y el profesor. Y puede que sí conozcamos a la mujer, según parece anoche recibimos una visita de una misteriosa inspectora de medio ambiente del gobierno.

Unos instantes después de aquello, Alberto y Lu Chang entraron al control central de Leivoz, donde estaba Gerard y el personal de la sala, al cuál hicieron salir inmediatamente de allí, después le solicitaron que les enseñara algunas de las grabaciones donde se veía al misterioso encapuchado y sus espectaculares transformaciones.

—¿Y la mujer? —preguntó Alberto —¿Quién era?

—Se acreditó como inspectora de medio ambiente y su documentación parecía en regla.

—Llame al ministerio de Medio Ambiente —le ordenó Alberto—, averigüe si alguien la conoce y envíeme una copia de todas las grabaciones de esta noche a mi despacho. Después destruya los originales. ¿Le ha quedado claro?

—Por supuesto señor, lo haré inmediatamente.

En su habitación del castillo Pablo, que ya había recogido sus cosas, estaba vestido y dispuesto a comenzar un nuevo y ajetreado día. Después de lo ocurrido durante la noche sabía que sus enemigos no tardarían mucho en descubrir el motivo de la visita del encapuchado a las instalaciones de Leivoz y aunque en principio sabía que no disponían de pruebas para relacionarle con aquello, no tardaría mucho en convertirse de cualquier modo en objeto de sus iras.

Salió de la habitación y llamó a la puerta de Alicia, que le abrió enseguida.

—¿Estás preparada? —preguntó Pablo.

—Según para qué.

—Tenemos que salir de aquí cuanto antes. Tengo buenas noticias, tu padre está a salvo, iremos a reunirnos con él.

La cara de Alicia se iluminó al escuchar aquello, y aunque no lograba comprender cómo lo había conseguido suspiró aliviada. Para ella los últimos días habían sido una auténtica pesadilla, preocupada por su padre.

—¿Y cómo vamos a salir?

—Por la puerta —dijo él con cierta ironía—. Es el único sitio por el que podríamos salir.

Después de decir aquello, cogió de la mano a Alicia para que le siguiera. Los dos avanzaron por el pasillo hasta la escalera que conducía al hall de entrada de la casa, la bajaron y fueron después hacia la puerta. Cuando la abrieron se encontraron de bruces con Alberto y Lu Chang delante de ellos.

—¿A dónde se supone que iban? —preguntó Lu Chang.

—Tenemos que volver al hotel —dijo Pablo—. Hemos recibido una llamada de la policía y no entiendo por qué pero parece que quieren hablar con nosotros sobre los atentados de los últimos días.

—Me temo que la policía tendrá que esperar —dijo Lu sacando una pistola y apuntándoles con ella.

Tras aquel encuentro fueron conducidos hasta la biblioteca. Los dos estaban sentados en uno de los sillones vigilados muy de cerca por Lu, mirándose con cierta preocupación sabedores de que se encontraban en una situación muy comprometida, a pesar de lo cual Pablo estaba tranquilo, no en vano últimamente estaba acostumbrado a vivir situaciones de alto riesgo.

—Lamento la situación —dijo Alberto dirigiéndose a Pablo—. Eras un brillante director de marketing.

—¿Era? —preguntó él, con tono irónico—¿Es que me ha despedido?

—Digamos que técnicamente no. Pero mucho me temo que después del accidente tendremos que buscar a otro.

—Ahora resulta que predice el futuro. No deja usted de sorprenderme.

—Dejémonos de tonterías —le dijo mientras se dirigía a él sujetando su brazo para dejar al descubierto la pulsera—. Tienes algo, Pablo, en lo que estamos muy interesados. ¿O debería llamarte Gael?

En ese momento, mientras Lu le apuntaba con la pistola cada vez más de cerca, Alberto le arrebató la pulsera de un fuerte tirón haciéndole algo de daño al quitársela.

Con ella en la mano, mirándola, Alberto volvió a dirigirse a él.

—Este es el penúltimo eslabón que nos separa de la gloria, del poder, de tener el mundo a nuestros pies.

—¿Una vulgar pulsera? —preguntó él tratando de irritar a Alberto mientras Alicia le miraba sin entender por qué estaba provocando a aquel hombre ante el que se encontraban indefensos.

En ese instante acababa de entrar Frank, que había escuchado la última parte de la conversación.

—Quizás vulgar, en manos de un ignorante como usted —dijo mientras se acercaba a Alberto y le cogía la pulsera—. Pero hermosa en manos de un descendiente de Zoviel.

Pablo se quedó mudo unos instantes. Hasta ese momento nunca había pensado en Frank Leivoz, a pesar de conocer su verdadera historia, como en un descendiente directo del desterrado Zoviel, el responsable de todos los males de Quarabel.

—Debí imaginarlo —dijo dirigiéndose a Frank—. Sólo un descendiente de un tipo como ese sería capaz de cargarse este planeta.

Enfurecido al escuchar estas palabras fue hacia él con la clara intención de golpearle en la cara, pero instintivamente se serenó y sonriendo le dijo.

—¿Trata usted de provocarme? . No le servirá de nada, ahora yo tengo su pulsera y nada podrá detenerme.

—Que yo sepa todavía le falta una.

—Cierto —dijo muy seguro de sí mismo—. Pero gracias a una visita que tuvimos anoche, probablemente de algún colega suyo, que yace en el fondo del río, me temo que ahora sabemos quién la tiene. Una de las cámaras de seguridad nos mostró el rostro de una de las personas que más hemos buscado últimamente. Es una lástima que hayamos tenido que acabar con tantos inocentes para que al final ella solita viniera hasta nosotros.

Era evidente que con aquellas imágenes y el inmenso poder de aquel hombre, en efecto no tardarían mucho en dar con la pista de Silvia. Tenía que salir como fuera de allí para reunirse con ella, pero no lo tenía nada fácil.

—No voy a colaborar con usted en esta locura —dijo Alicia dirigiéndose a Frank y sabedora de que su padre ya no estaba en sus manos.

—Eso ya no tiene importancia señorita. Gracias a su colaboración y a la de su padre, sus colegas en el laboratorio ya están más que preparados para seguir sin usted. Ayer por la tarde, mientras usted estaba con su amigo, hemos logrado descifrar los códigos energéticos de las dos pulseras. ¿Y sabe qué? . Hemos construido el arma más poderosa que jamás haya conocido la humanidad.

—¿Qué piensa hacer con nosotros? —preguntó Alicia.

—Gustosamente hubiera acabado con ustedes aquí mismo, pero unos molestos policías que están en la puerta les vieron entrar anoche. Y por supuesto les verán salir de nuevo hacia su hotel, aunque lamentablemente nunca llegarán a su destino.

Tras decir aquello, Frank hizo una señal a Lu para que les sacara de aquel lugar, tras lo cual éste les condujo sin dejar de apuntarles en ningún momento hasta uno de los garajes del castillo. Allí esperaba uno de los secuaces de Lu y el chófer que les conduciría hasta el hotel.

Les hicieron subir al vehículo y una vez allí, escucharon cómo se cerraban herméticamente las puertas traseras.

Acompañados por el chófer y aquel siniestro personaje, separados por una mampara blindada y sin la posibilidad de poder abrir las puertas desde dentro, abandonaron aquel lugar rumbo a una trampa maquiavélicamente planeada por sus enemigos.

A la salida del castillo, el vehículo de la policía que había permanecido allí toda la noche comenzó a seguirles.

Durante el trayecto los dos se sintieron bastante molestos por la posición de las manos esposadas, que no les permitía apenas ningún tipo de movimiento ni recostarse totalmente sobre el respaldo de los asientos.

—¿Cómo saldremos de ésta? —preguntó Alicia.

—Sinceramente, no lo sé. Pero confío en el destino y estoy seguro que mi historia no va a acabar en este coche.

—¿Cómo crees que quieren acabar con nosotros?

—Frank dijo que nunca llegaríamos a nuestro destino. Y teniendo a ese vehículo ahí detrás siguiéndonos no creo que se atrevan a hacer nada que

llame su atención, me temo que tendremos un accidente fortuito.

—Pero estamos esposados —exclamó ella extrañada—. Nadie se creería en estas condiciones la teoría del accidente.

—Por eso estoy seguro de que en algún momento del recorrido, no sé cómo, pero nos quitarán las esposas y esa será nuestra única oportunidad de tratar de salir de aquí.

El vehículo siguió su recorrido a una velocidad constante y seguido siempre a cierta distancia por el coche de la policía, atravesando bosques, puentes y ríos, dirigiéndose hacia Zúrich.

Tras subir un pronunciado puerto de montaña atravesaron finalmente un pequeño pueblo situado cerca de la cima, llegando casi al final de éste pasaron cerca de un mercadillo ambulante bastante concurrido, que les obligó a aminorar la marcha. En ese momento el vehículo de la policía que venía detrás se vio obligado a parar ante el acoso de un grupo de vendedores de ropa que les ofrecían sus productos mostrándoselos de tal forma que les impedían ver el coche que estaban persiguiendo.

Instantes después también paró el vehículo de Pablo, se abrió la mampara y amenazándoles con una pistola el copiloto se dispuso a quitarles las esposas. Después cerró nuevamente la mampara y abandonó el vehículo entre la multitud, mientras éste continuaba su marcha a toques de claxon y esta vez a más velocidad.

Los vendedores que habían rodeado al otro vehículo, dejaron en ese momento de acosarles retirándose inmediatamente, en una operación perfectamente planeada para dejar que continuara su persecución.

En el momento que los dos coches se alejaban en dirección a la salida del pueblo, el hombre de Lu que había abandonado el primer coche sacó un fajo de billetes y se lo ofreció a los vendedores que habían bloqueado el vehículo policial. Después se dirigió a un café del pueblo, se sentó en una de las mesas, pidió algo de beber y sacó del bolsillo un dispositivo GPS con una pantalla en la que aparecía un mapa con la posición del coche que había abandonado.

Entre tanto, el vehículo en el que viajaban Pablo y Alicia empezó a ir cada vez más deprisa.

—Me temo que ha llegado el momento de intentar salir de aquí.

—¿Pero cómo lo haremos? . Estamos encerrados.

Pablo se arremangó su brazo izquierdo para dejar visible por encima del reloj que llevaba, dos de las pulseras de Quarabel, la suya y la de Alicia, que asombrada le preguntó:

—¿Como es posible? . Yo misma vi cómo te la arrebatában.

—No era más que una copia perfecta, como las que encontró la policía en los atentados, pero mucho me temo que no le servirá para nada al señor Frank Leivoz.

Pablo entonces se quitó de su brazo la pulsera de Alicia, se la puso en su muñeca y después colocó la suya en el brazo derecho. Después comenzó a golpear la mampara para llamar la atención del chófer.

—Escúcheme, está usted tan en peligro como nosotros, no sé cuándo pero el vehículo va a estrellarse, tiene que detenerlo.

El chófer, que estaba algo nervioso, les miró de reojo por el retrovisor sin decir nada. Tenía instrucciones de acelerar la marcha una vez pasado el mercado ambulante, para permitir a sus colegas bloquear el paso del coche que les seguía y eso es lo que iba a hacer.

—Es inútil —le dijo a Alicia—. No nos hará caso, tenemos que salir de aquí ahora mismo.

—¿Cómo sabes que vamos a estrellarnos? —preguntó un tanto nerviosa.

—Está claro, nos quitan las esposas, uno de los secuaces de Lu abandona el vehículo... aceleran la marcha y vamos a empezar a descender el puerto, deben de tener algún dispositivo de control remoto que hará que nos salgamos de la carretera de un momento a otro. Tenemos que saltar del coche.

—Pero es una locura, las puertas están cerradas y si saltamos a esta velocidad no tendremos ninguna posibilidad.

—Escúchame Alicia —le dijo mientras sujetaba sus hombros con sus brazos y la miraba fijamente—. Tienes que confiar en mí. Las cerraduras, como ya pudiste observar en el castillo, no son un problema con la pulsera puesta. Vamos a abrir la puerta y esto es muy importante, párate un instante a pensar y elige un momento para saltar. Esto hará que se abran distintas posibilidades y distintos mundos paralelos. Si mi teoría es cierta, una de esas posibilidades nos permitirá seguir con vida.

—¿Y si no lo es?

—Correremos la misma suerte que si nos quedamos aquí sin hacer nada. Es nuestra única oportunidad.

Alicia le miró preocupada y temerosa por aquella descabellada proposición, pero dentro de ella algo nuevamente le decía que debía de confiar en aquel hombre que cada vez que la rozaba la hacía sentir sin saber por qué una especie de escalofrío que recorría todo su cuerpo.

El vehículo empezaba a descender por el inicio del puerto, dejando a un lado

pequeños y empinados barrancos, antes de llegar a la zona más peligrosa del descenso, donde se estrechaba aún más la carretera entre peligrosos precipicios.

Era el momento de intentarlo, ahora o nunca pensó Pablo, mientras abría la puerta de Alicia, que estaba sentada a la derecha. Al hacerlo el aire la abrió bruscamente por completo, lo que hacía sentir desde el interior una mayor sensación todavía de velocidad.

—Piensa en qué momento saltarás, cierra los ojos y lánzate. No hay tiempo.

Alicia se arrimó todo lo que pudo a la puerta, mientras veía pasar delante de ella árboles y acantilados a toda velocidad.

—Tienes que saltar, sólo elige el momento —le gritó Pablo.

Ella cerró entonces sus ojos y saltó precipitándose por el acantilado.

Desde atrás en el vehículo de la policía, sus dos ocupantes vieron cómo se lanzaba Alicia y se estrellaba contra uno de los árboles, sin tiempo para reaccionar volvieron a ver instantes después saltar una y otra vez a Alicia y luego a Pablo repitiéndose la escena, mientras descendían a toda velocidad por el acantilado.

Durante el descenso el chófer del coche de Alicia y Pablo, que había visto por el retrovisor la puerta abierta, no daba crédito al ver cómo saltaban copias de las personas que iban en la parte de atrás, lo que le hizo frenar en algunos momentos su velocidad dando una oportunidad a ambos.

Abstraído por la escena vivida en el coche y ya sin nadie en la parte trasera, empezó a derrapar por las últimas curvas que conducían al puente que atravesaba el enorme precipicio, hasta que finalmente logró reconducir el vehículo cerca del puente, momento en el cual el hombre de LU que estaba sentado en el café del pueblo que habían dejado atrás, accionó un interruptor, que hizo instantáneamente que el coche perdiera definitivamente el control y chocara contra uno de los lados del puente precipitándose al vacío.

Del vehículo de la policía, que había detenido bruscamente su marcha salieron sus dos ocupantes para interesarse por las personas que se habían lanzado de aquel coche.

Los dos comenzaron a subir carretera arriba en busca de los restos o lo que fuera, de los ocupantes, sin tener en absoluto claro lo que habían presenciado sus ojos, encontrando primero el cuerpo tendido de Pablo sobre el acantilado en la cuneta.

Al llegar hasta él tras bajar unos metros por la empinada montaña, el policía español se dirigió a su colega suizo y le dijo.

—Está vivo, tenemos que pedir ayuda.

En poco tiempo el lugar se llenó de policías y ambulancias que trasladaron a Pablo y Alicia, que había sido encontrada unos cien metros más arriba, a un hospital de Zúrich.

RECUPERANDOSE DE LAS HERIDAS

Frank, acompañado de Alberto y Lu Chang había acudido a la base secreta que se encontraba bajo el castillo, alertados por el encargado del lugar de que se había producido un error en el dispositivo que estaba controlado por el tablet que habían robado en casa de Pablo.

Los tres se encontraban viendo la esfera terrestre girando, junto con el supervisor de aquel lugar, que se dirigió a ellos señalando al tablet.

—Alguien ha manipulado el tablet y ha cambiado el controlador por uno falso.

—¿Cómo es posible? —Preguntó Frank—. Nadie excepto ustedes tiene acceso a este lugar.

—Según me han informado —intervino en ese momento Lu Chang—, nuestro encapuchado misterioso tuvo que entrar desde aquí hacia las instalaciones de Leivoz, tenemos registrado, movimientos en el vehículo de transporte a las dos de mañana, cuando supuestamente aquí no había nadie.

—¿Pablo? —preguntó Alberto.

—Es la única explicación —contestó Lu.

—Pero el mayordomo comprobó que estaba dormido —dijo contrariado Frank—. Y hemos registrado todo su equipaje sin encontrar nada.

—Pudo dárselo a nuestra misteriosa inspectora antes de que abandonara las instalaciones. Y aunque les resulte increíble quiero que vean estas imágenes que encontramos en una de las cámaras de la residencia.

Lu se aproximó a uno de los monitores y puso un video en el que se veía al encapuchado abandonando la residencia con la capucha quitada. Paró la imagen y señalándola dijo:

—Es Pablo.

—¿Cómo es posible? —preguntó Frank.

—Nuestros hombres y nuestras cámaras han sido testigos durante la noche en

varias ocasiones de cómo el encapuchado se transformaba en múltiples copias de sí mismo —dijo Alberto tratando de dar una explicación, aunque ni él mismo lo entendiera.

—Pero hay una diferencia —dijo Frank—. Todos los encapuchados desaparecieron a los pocos segundos de dividirse, todos estaban en un espacio y un tiempo que no les correspondía, excepto el auténtico. Pero ahora estamos hablando de que dos Pablos habrían podido permanecer en la misma dimensión durante varias horas. Es algo fabuloso que sólo sería posible en Quarabel.

En ese momento sonó el teléfono móvil de Lu, que atendió la llamada y después se dirigió con gesto contrariado hacia Frank diciéndole:

—Lamento ser portador de tantas malas noticias —dijo Lu previniendo el enfado anticipado de su jefe—. Me informan que han robado las pulseras del laboratorio, que la que arrebatamos a Pablo ha resultado ser también falsa y que él y Alicia han sido trasladados con vida a un hospital de Zúrich. Según parece, lograron saltar del coche antes de que se estrellara.

—Debimos haber acabado con él hace tiempo —dijo Alberto tratando de buscar una justificación a tal cúmulo de contrariedades—. Ahora podrán ser interrogados por la Policía.

—¿Y quién creería su historia? —dijo Frank pensativo pero no enfadado, a pesar de la sucesión de malas noticias que acababa de recibir—. Pablo ha resultado ser mucho más listo de lo que pensábamos, nos ha engañado bien. Pero no está todo perdido. Gracias a la señorita Láinez, hemos logrado descifrar el código energético de las pulseras, en muy poco tiempo dispondremos de la secuencia completa. La segunda pulsera fue la clave para conseguirlo. Ahora tendremos que ocuparnos otra vez de nuestros amigos y esta vez no quiero fallos.

En ese momento uno de los empleados se acercó a Gerard y le dio un documento después de decirle algo en voz baja.

—Estamos de suerte señor Leivoz —dijo el supervisor—. Antes de que nos robaran el marco el sistema hizo un importante hallazgo, no tenemos el lugar exacto pero sí la zona donde se encuentra la Puerta de Quarabel.

Frank sonrió complacido mientras observaba el documento que le indicaba el lugar aproximado donde se encontraba el tesoro más codiciado a través de generaciones por su familia.

Mientras esto ocurría en la mansión de los Leivoz, Pablo se encontraba en

una habitación del hospital, siendo atendido por una enfermera, algo magullado por las heridas que se produjo al caer por la montaña, pero en general bastante recuperado, cuando recibió la visita de los dos policías que le habían encontrado en la cuneta.

—Me alegro de que se encuentre bien —dijo el inspector suizo mientras la enfermera abandonaba la habitación—. Mi nombre es Emile, soy inspector de la brigada especial de la policía suiza y éste es un compatriota suyo el inspector Sánchez. Los dos le hemos estado siguiendo desde que llegó de su país y afortunadamente llegamos a tiempo de salvarles tras sus espectaculares saltos desde el coche en el que viajaban.

—¿Qué ha pasado con Alicia? —preguntó preocupado Pablo sin hacer mucho caso a las presentaciones de los dos hombres.

—La señorita está en observación, pero se encuentra bien —contestó Emile—. Los dos han tenido mucha suerte.

Pablo, más tranquilo por aquellas palabras, ahora sí prestó más atención a sus interlocutores, al fin y al cabo gracias a su presencia en el castillo de Frank habían tenido la posibilidad de salvarse. De no haber estado allí, probablemente hubieran acabado con ellos sin ningún tipo de contemplaciones.

—Debo darles las gracias. Si no hubieran estado ustedes allí no lo habiéramos contado.

Los dos policías se miraron en un gesto de complicidad, todavía desconcertados por lo que vieron durante el accidente y deseosos de que aquel hombre les diera alguna explicación razonable.

—Nos gustaría que nos explicara por qué usted y su amiga saltaron de aquel coche en marcha, que por cierto acabó precipitándose por el puente. ¿Y cómo es posible que viéramos a más personas saltar de las que no hay ningún rastro?

Pablo les miró si saber qué decir, era evidente que habían visto a sus desafortunados otros yo saltar por la cuneta, pero ¿cómo podría explicárselo sin desvelar todo lo que sabía?

—No entiendo de qué habla —le dijo Pablo tratando de desviar la atención—. Las únicas personas que había dentro del vehículo, aparte del chófer, éramos Alicia y yo. Y si saltamos fue porque teníamos claro, que de no haberlo hecho habiéramos acabado en el fondo de algún precipicio.

Emile se sintió todavía más intrigado. Estaba claro que por alguna extraña razón aquel hombre estaba negando lo que era una evidencia para ellos. Estaba seguro de que tanto él, como el inspector Sánchez, habían visto saltar

del coche a más personas, que además se estrellaron contra los árboles del acantilado y de las que a pesar de la intensa búsqueda realizada no habían, inexplicablemente, encontrado ni rastro. A pesar de ello prefirió no seguir su interrogatorio por ahí, al menos de momento.

—¿Pretende decirme que alguien intentó acabar con sus vidas? —preguntó todavía extrañado.

—Sí —contestó categóricamente y muy seguro de su respuesta—. Y ese alguien es el señor Frank Leivoz.

—Está usted haciendo una grave acusación contra una persona muy influyente y de reconocido prestigio. Espero que tenga alguna prueba —le dijo mientras miraba a su colega—. Nuestros técnicos se inclinan por un fallo en el sistema de frenos que finalmente acabó con el vehículo precipitándose por el precipicio.

—Yo no soy quién para enseñarles su trabajo, pero quizás si revisaran bien el vehículo descubrirían alguna prueba de lo que digo.

—Lamentablemente, está en el fondo del río —dijo Emile—. Nos llevará bastante tiempo poder sacarlo de allí.

—¿Por qué piensa que Frank Leivoz estaría interesado en acabar con sus vidas? —preguntó el inspector Sánchez, que hasta ese momento se había limitado a observar—. Tengo entendido que tanto usted como Alicia trabajan para él.

Pablo se dio cuenta de que iba a resultar muy complicado lanzar acusaciones contra Frank, sin desvelar el origen de todo aquel lío. Y que para cuando pudieran examinar el coche probablemente ya fuera demasiado tarde. Por eso decidió desviar la atención nuevamente pero dejando un resquicio a la duda.

—Es sólo una sospecha —dijo tratando de ser lo más convincente posible—. Existe un proyecto secreto dentro de la compañía llamado Quarabel, tanto Alicia como yo tenemos motivos para pensar que están desarrollando en secreto un arma con una potencia desconocida hasta ahora, que mal utilizada podría poner en peligro a mucha gente. Tratamos de averiguar en qué consistía y eso no le gustó nada a Frank Leivoz. Yo les recomendaría que investiguen también qué hay detrás de la tecnología que utiliza el nuevo teléfono que ha presentado la compañía.

—Quizás deberíamos de hacerle una visita —dijo el inspector Sánchez después de hacer unas anotaciones en su libreta.

—Lo haremos —dijo Emile—, pero mientras tanto permanecerán usted y la señorita bajo custodia policial. Es por su seguridad.

—Espero que se recupere pronto —le dijo el inspector Sánchez mientras se dirigía con su colega hacia la puerta.

—Gracias —contestó Pablo—, me encuentro mucho mejor.

Los dos policías salieron de la habitación, saludaron al policía que vigilaba afuera y se alejaron por el pasillo hablando entre ellos.

—¿Usted vio lo que yo? —preguntó Emile.

—Lo vi —contestó el inspector Sánchez—. Y es curioso, todas las personas que vimos saltar iban vestidas igual que ellos. Está pasando algo muy raro y estoy seguro que ese hombre sabe mucho más de lo que cuenta.

Pablo se levantó de la cama y se dirigió al armario ropero en busca de su pulsera. Pensó que se la habrían quitado al llegar al hospital y estaba seguro de que los policías no habían tenido ocasión de verla, de lo contrario le hubieran relacionado con los atentados. Buscó entre los bolsillos y en los cajones sin encontrar nada. Cuando estaba empezando a desesperarse por la pérdida de tan preciado objeto, se le ocurrió mirar en el cajón de la mesita al lado de la cama, y allí estaba, junto a otros enseres de su propiedad.

Se sintió aliviado y se la puso inmediatamente en su muñeca. Se había convertido en una parte más de su organismo y sin ella se sentía muy inseguro. Y no era para menos, en los últimos días le había salvado en varias ocasiones del peor de los destinos.

Más tranquilo, se puso una bata y salió de la habitación en busca de Alicia. Al salir vio sentado en una silla al policía que vigilaba la puerta, que al verle instintivamente se levantó.

—¿A dónde va? —le preguntó.

—Quiero ver a la señorita que tuvo el accidente conmigo. ¿Puede decirme dónde se encuentra?

—Sígame.

El policía le acompañó a la puerta a la derecha de la suya, donde se encontraba su amiga. Entró y la vio tendida sobre la cama con los ojos cerrados y con una vía en su muñeca suministrándole algún tipo de medicamento. Parecía que el accidente la había afectado a ella más que a él. Al llegar junto a la cama ella entreabrió los ojos y le miró esbozando una leve sonrisa de complacencia al verle de pie.

—Pablo estás a salvo.

—Veo que tú también.

—Al final lo conseguimos, pero no entiendo cómo —le dijo con voz cansada

—. Sentí por un momento que era varias personas a la vez, era como un sueño, incluso me vi estrellándome contra aquel árbol. Era yo pero no era yo.

—No lo pienses más. Fue la pulsera —le dijo mientras abría el cajón y comprobaba que efectivamente la suya también estaba allí—. Cada vez que tomamos una decisión abrimos la llave de distintos mundos con distintas posibilidades. Física cuántica. ¿Recuerdas? . Pero por alguna extraña razón se mezclan unos instantes en el mismo universo espacio—temporal, permaneciendo al final la mejor de las elecciones y desapareciendo el resto.

—Pero eso es imposible.

—No, no lo es. En los últimos días mis otros yo, han explotado, han sido tiroteados y se han despeñado por un acantilado. Pero aquí me tienes a tu lado, con sólo algunos rasguños. Cuando estemos fuera te contaré el resto de la historia, una historia que tu padre conocía, por eso quisieron quitarle de en medio. ¿Te ves con fuerzas para salir de aquí?

—Estoy un poco dolorida y algo aturdida, pero creo que podré seguirte.

—Los policías que nos seguían y que nos salvaron tras el accidente me han interrogado hace un rato, están desconcertados. Vieron salir a nuestros otros yo del vehículo y estrellarse contra los árboles, pero como era de esperar no han encontrado ni rastro de ellos. He tratado de despistarles, pero me temo que insistirán en su interrogatorio y querrán hablar contigo.

—Frank ya debe saber que estamos aquí —dijo ella preocupada—. Tenemos que irnos cuanto antes.

En ese momento entró una enfermera que tras examinar a Alicia, le quitó la vía del brazo y dijo:

—Ya no necesita esto. Pronto estará totalmente recuperada, ha sido un milagro que salieran ilesos del accidente. Mañana pasará el doctor y probablemente les den el alta.

—Sí hemos tenido mucha suerte —dijo Pablo.

La enfermera abandonó sonriente la habitación y Pablo entonces cogió la pulsera de Alicia y se la puso.

—Llévala siempre contigo y estate preparada para cuando venga a recogerte. Hay un policía vigilando fuera, imagino que tendrá que ser relevado por su compañero y tenemos que aprovechar ese momento para tratar de salir del hospital.

Alicia asintió con la cabeza, confiaba plenamente en Pablo y estaba segura de que la conduciría hasta su padre.

BUSCANDO UNA SALIDA

Emile y el inspector Sánchez ya anochecido habían llegado a un pequeño pueblo en lo alto de la montaña cerca del castillo de Frank, en el que habían hecho una pequeña parada para tomar algo ligero antes de asistir a la cita que tenían con el señor Leivoz para interrogarle acerca de lo que les había contado Pablo.

—Señorita, por favor, cóbreme —dijo Emile dándole su tarjeta a la camarera y apurando su taza de café.

—Debería de informar a mis superiores de que existe la posibilidad de que Frank Leivoz podría estar detrás de los atentados —dijo el inspector Sánchez.

—Deberíamos esperar a hacerle la visita. Es un hombre muy influyente y tenemos que estar muy seguros antes de hacer ninguna acusación.

—Le pediremos que nos enseñe el laboratorio y que nos hable de ese proyecto llamado Quarabel —dijo el inspector Sánchez mientras leía su bloc de notas—. Ese tal Pablo ha hecho acusaciones muy graves sobre su jefe.

—Quizás sea un empleado resentido.

—Nuestra información dice que se trata de un brillante ejecutivo muy bien considerado en su entorno profesional. Además ¿cree usted que se invita a la casa de uno de los hombres más poderosos y más ricos del mundo a un empleado resentido? . Hay algo muy raro en todo esto y deberíamos averiguar qué es.

—Lo haremos, inspector, lo haremos —dijo Emile mientras recogía su tarjeta de crédito y ambos se levantaban de la mesa.

Tras su improvisada cena, los dos hombres se dirigieron al vehículo que habían dejado aparcado junto a la cafetería, en ese momento sonó el teléfono del inspector Emile, que lo cogió y atendió la llamada.

—Sí... Estamos en Ruswill, cerca del castillo. ¿Está seguro de lo que dice? .

Por supuesto infórmeme en cuanto sepan algo más.

Emile colgó el teléfono.

—Parece ser que tenemos buenas noticias, me comunica uno de mis hombres que se han encontrado los restos del coche y dentro de él una especie de detonador. Ahora está claro que no fue un accidente fortuito. El señor Leivoz tendrá que explicarnos algunas cosas.

Los dos policías se subieron en el coche y continuaron su camino hacia el castillo de Frank descendiendo por uno de los muchos e intrincados puertos de montaña de la zona. Cuando lo hacían observaron tras de sí un camión de gran tonelaje bajando a toda velocidad que les deslumbraba con sus potentes faros.

—¿Que está haciendo ese estúpido? —dijo Emile tratando de ver la carretera lo mejor que podía—. Nos está deslumbrando.

—Parece que quiere adelantarnos.

—¿Adelantarnos? —dijo Emile cegado por el resplandor de los focos del camión sobre su espejo retrovisor, mientras sonaba atronadoramente dentro del vehículo el ensordecedor claxon del camión prácticamente pegado a ellos, pidiendo paso para adelantarles—. Si no tiene apenas espacio para hacerlo.

—Creo que se trata de un loco, será mejor que le dejemos pasar.

Emile hizo caso a su colega y aminoró la marcha para permitirle pasar. El camión lo hizo sin pensárselo dos veces y al pasar junto a ellos en una peligrosa curva el conductor comenzó a dar bandazos contra el vehículo de los policías, que intentaron inútilmente durante unos instantes mantener el coche dentro de la carretera hasta salir despedidos montaña abajo chocando contra los árboles y produciéndose seguidamente una enorme explosión.

El camión paró entonces unos metros más abajo y salieron de él los dos secuaces de Lu, que se acercaron a la cuneta para desde arriba observar su hazaña. Su misión, era la de acabar con los dos policías que empezaban a ser molestos para los intereses de Frank antes de que tuvieran oportunidad de interrogarle y había sido cumplida escrupulosamente.

Uno de ellos cogió su teléfono móvil, hizo una llamada y dijo:

—Misión cumplida. Los pájaros están fritos.

En el hospital, Pablo esperaba, ya entrada la noche, el cambio de guardia del policía para poner en marcha su plan de fuga. Miró su reloj y se acercó a la puerta de la habitación para observar con ella ligeramente abierta la ubicación del policía que seguía allí impaciente, como si esperara de un momento a otro

ser relevado por algún compañero.

En ese momento el móvil de Pablo empezó a sonar, por lo que volvió rápidamente junto a la cama, con el fin de no delatar su presencia en la puerta al policía.

—Sí...—contestó en voz baja.

—Pablo... —dijo su secretaria al otro lado del teléfono— ¿Por qué hablas tan bajo? ¿Dónde estás?

—Es una historia muy larga de contar. Estoy en un hospital de Zúrich. He tenido un pequeño accidente. Pero estoy bien, no te preocupes.

—¿Un accidente? —preguntó ella sobresaltada por la noticia.

—Sí, pero ya te digo que no te preocupes, sólo tengo algunas heridas leves, mañana me darán el alta. ¿Cómo están las niñas?

—Están perfectamente, emocionadas con la vida en el campo, pero preguntan a menudo por vosotros. Les hemos dicho que muy pronto iréis a buscarlas.

—Eso espero. ¿Sabes algo de Mónica? He tratado de comunicar con el hospital, pero no me cogían el teléfono.

—Creo que había una huelga de enfermeras, quizás por eso no te lo hayan cogido. Está igual, hable con Ana, que estuvo esta mañana viéndola.

—Necesito que me consigas un billete para regresar mañana, el de hoy ya lo he perdido.

—Pablo. —dijo cambiando el tono de voz por un gesto evidente de preocupación—. Ha llegado un comunicado esta tarde que decía que habías sido despedido de la compañía, que quedaban canceladas todas tus tarjetas y quedaba prohibido, la entrada a tu despacho a todo el personal. ¿Qué ha pasado?

—Debí imaginarlo —dijo pensativo—. Escucha Susana, mi vida está en peligro, Frank Leivoz está detrás del accidente de mi mujer. Ahora tratará de desprestigiarme a mí para que no pueda acusarle. Utiliza mi tarjeta personal para conseguirme el billete y necesito que me hagas otro favor. Tienes que conseguir entrar mañana en mi despacho sin que te vea nadie, en mi ordenador hay un dossier en una carpeta con el nombre de Quarabel, cópialo y entrégaselo al inspector López. Es peligroso y sé que no debería pedírtelo, entenderé que no quieras hacerlo.

—No sé lo que está pasando Pablo —dijo ella muy preocupada—, ni por qué voy a hacerlo, pero trataré de ayudarte. Ten mucho cuidado.

—Tú también. Y no hables con nadie de todo esto.

Pablo colgó el teléfono, pensativo y preocupado por todo lo que estaba ocurriendo. Estaba en un país extraño, lejos de su familia, viviendo una vida que no era la suya, por mucho que otros se empeñaran en hacerle creer que era uno de los elegidos para salvar el planeta y a un pueblo que después de siglos había olvidado completamente sus orígenes. Nada tenía sentido, pero ya no podía dar marcha atrás, tendría que llegar hasta el final de todo aquello. En el laberinto en el que se encontraba sólo había un pasillo y una sola dirección, aunque en lo más profundo de su ser anhelaba encontrar un camino alternativo antes de llegar al final.

Sumido en sus pensamientos, miró su reloj, eran casi las diez de la noche cuando sonó un teléfono móvil en el pasillo. Se acercó a la puerta de la habitación y escuchó hablar al policía que vigilaba fuera.

—Estoy en la cuarta planta, saliendo del ascensor a la derecha, me acercaré a la entrada para que me veas —dijo el policía a su compañero.

Ese era el momento, pensó Pablo, que agazapado cerca de la puerta esperó a que el policía se alejara por el pasillo hacia la entrada, para salir rápidamente fuera y entrar en la habitación de Alicia.

—Vamos . Tenemos que salir de aquí rápidamente.

Ella sin rechistar siguió a Pablo. Los dos salieron de la habitación y corrieron por el pasillo en la dirección contraria a la del policía hasta llegar a una especie de pequeño hall, en el que había un ascensor que conducía directamente a los quirófanos.

Esperaron unos instantes a que parara en su planta, algo nerviosos por si el policía regresaba y descubría que no estaban en su habitación.

Por fin el ascensor abrió sus puertas y los dos entraron en él, precipitadamente y casi arrollando a una enfermera que se encontraba dentro.

—¿A dónde van ustedes? —preguntó la enfermera cuando el ascensor acababa de cerrar sus puertas.

—A la salida —respondió rápidamente Pablo.

—Se han confundido, éste es el ascensor que lleva a los quirófanos. Tienen que ir al lado contrario del pasillo y coger allí el ascensor que conduce a la salida.

—Muchas gracias señorita —dijo Pablo mientras paraban dos plantas más abajo.

Los dos salieron precipitadamente casi chocando esta vez con un enfermero que esperaba fuera con una camilla para coger el ascensor.

Rápidamente avanzaron por el pasillo en dirección al pasillo que conducía

hacia la salida.

Mientras, en su planta ya se había producido el relevo y el nuevo policía se encontraba sentado realizando su turno de guardia cuando llegó un médico del hospital a hacer lo que parecía una visita rutinaria.

—Buenas noches —dijo el médico mientras se dirigía a la habitación de Pablo.

El policía que acababa de incorporarse a su puesto y que tenía orden de comprobar la identidad de todas las visitas que se produjeran durante la noche le interrumpió en su camino y le dijo:

—Perdone. ¿Quién es usted?

El doctor le señaló la identificación que llevaba prendida a su bata y en la que se leía su nombre.

—Soy el médico de guardia. Vengo a hacer una visita rutinaria.

—Si no le importa entraré con usted.

—Adelante, pase usted primero para comprobar que todo está bien.

Aunque al policía le extrañó que le pidiera que fuera delante, lo hizo pensando que sería mejor comprobar en primera persona quién había dentro, al fin y al cabo no conocía a la persona que tenía que vigilar.

Nada más entrar, el supuesto doctor golpeó fuertemente en la nuca al policía, que se desplomó en el suelo, con una pistola que había sacado del interior de su bolsillo. Después se dirigió rápidamente hasta la cama de Pablo, apuntando con su arma, para comprobar sorprendido que se encontraba vacía.

Sin pensárselo dos veces fue raudo y veloz a la habitación contigua, la de Alicia, pensando en que quizás estuviera ambos allí, comprobando igualmente que también estaba vacía.

En ese momento descolgó su teléfono móvil e hizo una llamada.

—Han escapado, probablemente aprovechando el cambio de guardia, no pueden estar muy lejos, vigilad las salidas.

Tras decir estas palabras colgó su teléfono y abandonó rápidamente la habitación, arrollando en su camino a una de las enfermeras de guardia, a la que ni siquiera pidió disculpas, que se vio sorprendida por los modales del doctor.

Entre tanto, Pablo y Alicia ya habían conseguido llegar a la salida del hospital sin despertar demasiadas sospechas entre el personal, una vez fuera se dirigieron a la parada de taxi que estaba cerca de la salida, pero en su camino fueron interceptados por los ocupantes de un mercedes de color negro,

del que se bajaron dos hombres que a punta de pistola les obligaron a subir al coche.

Otra vez ambos se encontraban en una situación comprometida, subidos en un vehículo al que todo apuntaba, ser propiedad de industrias Leivoz, pero esta vez con uno de sus matones subido en la parte de atrás del coche apuntándoles con una pistola, para evitar una posible nueva huida durante el trayecto.

A toda velocidad abandonaron las inmediaciones del hospital, adentrándose en el centro de la ciudad.

—¿A dónde nos llevan? —preguntó Pablo.

—No haga preguntas o tendré que dispararle antes de tiempo —dijo en un tono bastante desagradable el hombre que les apuntaba con su pistola.

En cierto modo había sido una respuesta, o les disparaba ahora o lo hacía luego, pero de un modo u otro el resultado sería el mismo.

Esta vez se encontraban en una auténtica encrucijada, con muy pocas posibilidades de salir airosos, ni siquiera llevando las pulseras. Quizás en esta ocasión, pensó Pablo, la mejor de las posibilidades de futuro fuera tan mala como la peor.

A lo largo del recorrido Pablo observó por el retrovisor del vehículo la presencia de otro coche que llevaba bastante tiempo siguiéndoles. Al principio pensó que estaba conducido por otros matones de Frank, compañeros de los que les habían obligado a subir al mercedes, pero se dio cuenta de que su presencia estaba poniendo nervioso al hombre que le apuntaba con su pistola.

—Nos están siguiendo —dijo aquel hombre al compañero que conducía el coche—. Tienes que despistarles.

El chofer empezó entonces a acelerar tratando de dejar atrás a sus perseguidores, hasta que repente, al llegar cerca de un puente que atravesaba el río, dejaron de verles detrás

Más tranquilos por haberles despistado cruzaron el río, viéndose obligados a parar al llegar al final del puente, en una zona de obras en la que parecían estar trabajando unos empleados públicos.

Estuvieron un rato parados, mientras Pablo miraba el retrovisor del coche en la esperanza de que el vehículo que les había estado siguiendo y que pensaba que podía ser de la policía volviera a aparecer.

Aquella parada estaba empezando a poner nerviosos a los dos hombres que les habían retenido, hasta el punto de que el conductor no pudo aguantar más la espera y salió fuera para hablar con el que parecía el encargado de la obra.

Este debió de decirle algo que le irritó bastante, iniciándose una discusión entre ambos.

El hombre que apuntaba a Pablo decidió entonces acabar con la discusión por la vía rápida, disponiéndose a salir pistola en mano para desbloquear el camino, no sin antes hacerles una advertencia a Pablo y Alicia:

—Si se les ocurre salir del coche, no dudaré ni un segundo en disparar sobre ambos.

Tras pronunciar estas palabras, se dirigió al lugar de la discusión y apuntó con su pistola al encargado de la obra, que aunque al principio pareció retroceder, lanzó de repente una patada sobre el hombre que le amenazaba haciendo saltar al río su arma.

Acto seguido se inició una pelea entre ellos a la que acudieron de inmediato el resto de los obreros, que por su forma de luchar más que obreros parecían expertos en artes marciales.

Aquellos hombres lograron reducir en poco tiempo a los hombres de Frank y tras hacerlo, ante la sorpresa de Pablo y Alicia, los arrojaron al río sin apenas inmutarse. Ahora sí que no tenían ni idea de qué es lo que estaba ocurriendo.

El supuesto encargado se acercó a ellos escoltado por algunos de sus hombres y les indicó que abandonaran el vehículo. Sin saber qué pensar lo hicieron, y al salir observaron cómo se acercaba hacia ellos desde el fondo del puente el otro coche que les había estado siguiendo.

De él salió un hombre vestido de negro, que llevaba una insignia en su solapa con el anagrama que representaba al planeta Quarabel, el mismo que había visto en la tienda del anticuario, que les invitó amablemente a subir al vehículo.

Los dos estaban totalmente desconcertados, pensaron que quizás esta vez fueran amigos los que les invitaban a subir en su coche, pero no lo tenían nada claro, hasta que arrancaron y tras despejar los supuestos operarios de la obra el camino para dejarles pasar, el hombre que estaba junto al chófer se dirigió a ellos y les dijo:

—Señorita Laínez, señor Sandoval, mi nombre es Josef, he venido a rescatarles, en unas horas estarán con sus amigos y usted, señorita, podrá reunirse con su padre.

Los dos parecieron respirar más tranquilos, después de todo lo pasado por fin alguien que parecía ser amigo. No sabían en realidad quién era, ni para quién trabajaba, pero a estas alturas eso era lo que menos importaba.

Atravesaron rápidamente la ciudad y se dirigieron hacia lo que parecía un

helipuerto. Allí el vehículo en el que iban los dos paró junto a un helicóptero en marcha que parecía estar esperándoles y que llevaba impreso también el anagrama de Quarabel, igual que el resto del personal que se encontraba en las inmediaciones de la pista, todos ellos ataviados de negro, con lo que parecía una especie de uniforme.

Pablo no entendía nada de aquello, tan sólo hacía unos instantes pensaba que era una de las pocas personas que sabían de la existencia de Quarabel y su leyenda, y ahora resultaba que había una especie de pequeño ejército uniformado portando el símbolo del misterioso planeta.

Subieron al helicóptero acompañados de Josef y se elevaron sobre la ciudad de Zúrich rumbo a algún lugar desconocido para ellos.

—¿A dónde nos dirigimos? —preguntó intrigado Pablo.

—A Brasil.

—¿Y mi padre? —preguntó Alicia.

—Ya se encuentra allí, trabajando para nosotros.

Alicia no sabía si aquello era bueno o malo, últimamente trabajar para otros se había convertido en una profesión arriesgada para ella y su padre.

—¿Y quiénes son ustedes? —preguntó Pablo, todavía más intrigado que antes tras conocer el lugar al que viajaban.

—Entiendo que les extrañe todo esto. Una vez en nuestro destino les explicaremos todos los detalles de lo que está ocurriendo, aunque tengo entendido que usted está ya bastante familiarizado con este logo —les explicó intentando ser lo más tranquilizador posible, mientras señalaba el anagrama de Quarabel que llevaba prendido en su traje.

—Por supuesto —respondió—. Últimamente mucho más de lo que me gustaría.

—Quiero que sepan, que están en buenas manos, es un honor tener con nosotros a Gael y Arisa. Hemos esperado este momento mucho tiempo.

Salvo el viejo anticuario, nadie se había dirigido a él con ese nombre, que en los últimos días había resonado en su mente una y otra vez, a pesar de sus intentos por olvidarlo. Y ahora ya directamente les llamaban por aquel nombre a él y a su compañera, como si hubieran perdido ya totalmente su identidad humana.

Alicia le miró confusa, ella no disponía de tanta información como los demás sobre la leyenda de Quarabel, ni entendía por qué la habían llamado de aquel modo. Pero Pablo sí, y miró con cierta ternura a aquella bella mujer, mientras cogía su mano tratando de darle confianza, pensando que en otro tiempo y en

otro lugar, aquella leyenda decía que había sido el gran amor de su vida.

Alicia sintió un gran escalofrío otra vez al contacto con su mano y a la vez se sintió más tranquila. Desde que lo había conocido en la conferencia de Londres, sus vidas se habían cruzado en muchas ocasiones, como si el destino les estuviera conduciendo, sin que ellos lo supieran y por algún extraño motivo, hacía algún lugar que ella desconocía.

El helicóptero continuó su camino surcando los cielos de Francia, hacia el atlántico, con rumbo a Pernambuco en Brasil. Dejando atrás las industrias Leivoz y al siniestro propietario. Pero algo le decía a Pablo que el destino volvería a ponerle delante de Frank y sus despiadados planes. Aquel siniestro personaje había acabado con la vida de muchas personas y había puesto en peligro la de su propia mujer, que luchaba por su vida en un hospital, mientras él se dirigía a cumplir una misión, a miles de kilómetros de distancia, sabedor de que su éxito le separaría definitivamente de su familia.

EL ARMA DEFINITIVA

Lu Chang, Alberto y Frank se encontraban reunidos en el despacho de este último, en su castillo, tras conocer la noticia de que Pablo y Alicia habían logrado escapar.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó Frank, bastante enojado con la noticia que le acaba de dar Lu.

—Otra vez “Los guardianes de Quarabel” —contestó Lu Chang.

—Malditos. —dijo todavía más enfadado Frank—. Tendríamos que haber acabado con ellos hace mucho tiempo. Desde hace siglos han estado molestando a mi familia y han intentado ser un obstáculo en nuestros planes. Pero esta vez no va a servirles de nada.

—No es fácil acabar con ellos —intervino Alberto—. Son una secta muy bien organizada y sus miembros están infiltrados en todas las capas de la sociedad, incluidos algunos gobiernos de países influyentes.

—Pronto habrá un único gobierno —dijo Frank mientras se dirigía pensativo al enorme ventanal que daba al bosque que rodeaba las instalaciones de Leivoz—. Y entonces de nada les servirán sus influencias. No tendré ninguna piedad con ellos.

Frank se dirigió pausadamente y todavía pensativo hasta el enorme cuadro que colgaba de la pared, que representaba el destierro de Zoviel, su antepasado y en el que se veía a un personaje algo siniestro con gesto de dolor que parecía ser arrojado de un planeta luminoso, junto a otras personas que formaban una estela tras de él rumbo a otro planeta, la Tierra.

—Yo te devolveré al lugar que te corresponde —dijo Frank con voz siniestra dirigiéndose a la imagen de su antepasado—. Y destruiré Quarabel, para que no quede rastro de su existencia.

Lu y Alberto miraban a su Jefe, sabedores de que sus palabras no eran sólo una amenaza, sino la constatación de un plan cuidadosamente elaborado

durante siglos por él y por sus antepasados, que ahora había llegado el momento de poner en práctica.

Durante unos instantes reinó el silencio en el despacho, hasta que llamaron a la puerta y apareció tras de ella Arnold, el jefe del laboratorio, con una caja alargada y sin decir nada se la entregó personalmente en mano a Frank, tras lo cual abandonó el despacho nuevamente.

Frank entonces la puso encima de su mesa y la abrió cuidadosamente como si quisiera imprimir un tono ceremonial a su apertura, ante la mirada expectante de los dos hombres que le acompañaban.

La caja era negra y llevaba impresa el anagrama de Leivoz en color dorado. En su interior había dos moldes en color rojo que contenían dos objetos, lo que parecía una especie de arma alargada, con cuatro cañones, cada uno con los colores de las cuatro pulseras de Pablo y sus amigos, y una pulsera parecida a las de ellos, pero con cuatro bolas, dos a cada lado, también con cada uno de esos colores.

Frank cogió el arma en sus manos y acariciándola lentamente, puso su mano en un interruptor, que la activó, haciéndose que se encendieran unos led luminosos de colores que la recorrían de un lado a otro. Después cogió el gatillo, haciendo el ademán de que iba a disparar apuntando a Lu y a Alberto, que permanecieron inmóviles unos instantes, dudando si su jefe sería capaz de dispararles con aquel artilugio.

Frank sonrió, consciente del susto de sus dos hombres y giró el arma apuntando a la ventana y dijo:

—Con esta arma destruiré ese maldito planeta, sólo tengo que apuntar a la Puerta de Quarabel cuando esté abierta y “Boom”, en pocos segundos se desintegrará.

Tras decir estas palabras volvió a la mesa donde se encontraba la caja, apagó el interruptor del arma y la depositó nuevamente en su lugar.

—¿Cómo encontraremos la puerta? —preguntó Alberto todavía con el susto en el cuerpo—. Ya no tenemos el localizador.

—Pero tenemos la última información que nos suministró antes de que la robarán, que señalaba la zona del Archipiélago de Fernando Noronha —contestó Frank sin dejar de mirar la pulsera que había sacado de la caja y se había puesto en su muñeca—. El lugar donde con toda probabilidad encontraremos a Pablo y a sus amigos. Sólo tenemos que localizarlos y después dejar que nos lleven hasta la Puerta de Quarabel.

—Me ocuparé de todo —dijo Lu Chang.

—Espero que esta vez lo hagas de verdad —dijo con ironía Frank—. Porque no vas a tener más oportunidades de fallar.

Lu entendió perfectamente el mensaje y la amenaza de su jefe, consciente de que si fallaba efectivamente no tendría otra oportunidad. Mientras, Alberto, tratando de quitar tensión al momento y de justificar los errores de Lu, dijo:

—Sabemos que ellos tienen con la pulsera una especie de salvoconducto, que siempre les ofrece una salida en las situaciones de máximo riesgo. No será fácil acabar con ellos.

—Error, querido Alberto —le dijo sonriente mirando otra vez la pulsera que lucía en su muñeca—. Eso era antes de que yo tuviera esta pulsera, que sincronizada con el arma que habéis visto, les impedirá dividirse en sus otros yo, haciéndoles tremendamente vulnerables.

Esta vez Lu Chang también esbozó una sonrisa, ahora tendría carta blanca para acabar con los enviados de Quarabel que hasta hoy se habían mostrado esquivos a todos sus intentos por quitarles de en medio.

—No fallaré esta vez —le dijo mientras iba hacia la puerta del despacho—. Voy a organizarlo todo para partir hacia Brasil.

—Yo también iré en este viaje —dijo Frank.

Estaba claro que Frank no iba a dejar el arma en manos de nadie que no fuera él, por lo que Lu asintió con la cabeza y abandonó rápidamente el despacho.

Tras hacerlo, Frank se quitó la pulsera, la depositó en la caja y después cerró cuidadosamente ésta.

—Lu es un hombre fiel —dijo Alberto tratando de justificar los fracasos otra vez de su amigo—. Estoy seguro que esta vez no fallará.

—No te preocupes por Lu, Alberto. Él es sólo una pieza más en nuestro tablero de juego, y estará en él mientras nos sea útil. Lo importante es que dentro de muy poco, cuando no exista Quarabel, ya nada impedirá que manejemos el tiempo a nuestro antojo. Podemos resucitar a Napoleón, a Hitler, a Julio César y ponerlos a trabajar para nosotros, o cambiar el curso de la historia a nuestro antojo, para convertir este planeta en nuestro feudo. Mi familia ha esperado este momento durante siglos. Nunca debieron echarnos de Quarabel, pero ahora ya no importa, después de muchas generaciones estamos a gusto aquí y lo estaremos más cuando moldeemos el mundo a nuestro antojo.

—Quizás a sus antepasados les hubiera gustado volver a Quarabel.

—Quizás. Pero ellos ya no están y yo sí. Por eso haremos las cosas a mi manera.

Frank, desligado de todo sentimiento familiar y de toda referencia a su

historia, había decidido quedarse en el planeta Tierra, pero no como un mortal más, sino como el dueño de ella.

EL DOSIER

Susana aprovechó un momento en el que nadie la observara para entrar al despacho de Pablo y tratar de buscar el dossier que él le había pedido que entregara al inspector López.

Mientras lo hacía no apartaba la vista de la puerta pensando que alguien podría descubrirla.

Por fin, en una de los cajones apareció la carpeta, la cogió y la metió entre unos papeles que llevaba con el fin de ocultar su presencia.

Después salió rápidamente del despacho y al hacerlo se chocó de frente con Adrián, la persona que venía a ocupar provisionalmente el puesto de Pablo hasta que encontraran un sustituto para él, lo que hizo, que los papeles cayeran al suelo.

Nerviosa, intentó recogerlos rápidamente para que nadie viera que ocultado entre éstos estaba la carpeta con el dossier que le había pedido su exjefe.

Adrián hizo un ademán de intentar ayudarla, pero ella se apresuró a recogerlos antes de que pudiera hacerlo.

—Siento lo de Pablo —dijo Adrián—. Su cese nos ha sorprendido a todos, algo grave debió pasar durante su visita a Zúrich para que decidieran que abandonara la compañía.

—Si —dijo Susana mientras acababa de colocar los papeles—. A mí también me ha sorprendido, ninguno lo esperábamos.

—Te voy a necesitar mientras esté sustituyéndole, hasta que encuentren una persona para su puesto.

—Por supuesto, puedes contar conmigo para todo lo que necesites —le contestó mientras volvía a su mesa y él entraba en el despacho.

Una vez allí puso el dossier en un sobre y lo cerró, después descolgó el teléfono, llamó a Adrián y le dijo:

—Perdona Adrián, necesito salir un momento al banco para arreglar un

problema con un recibo.

—Por supuesto. Cuando vuelvas, si no te importa ven a verme un momento, tengo que preguntarte algunas cosas.

—Gracias. En cuanto vuelva pasaré a verte. No creo que tarde mucho.

—Tranquila, no me corre prisa.

Susana cogió su bolso, se puso la chaqueta y salió precipitadamente de la oficina con el sobre en la mano.

Cuando salió por el hall de entrada de la empresa hacia la calle se cruzó con Ana y Carlos, que entraban en ese momento.

—Susana —la llamó Ana.

—Hola Ana —le dijo ella—¿Cómo tú por aquí?

—Pues venía precisamente a verte a ti —le dijo—¿Podemos hablar?

—Ahora iba al banco a arreglar unos papeles.

—Si no te importa, te acompaño hasta la puerta y hablamos por el camino.

Susana se pensó un momento la respuesta, por supuesto no quería contarle para nada adonde iba en realidad, pero tampoco quería levantar sospechas, por lo que accedió a que la acompañara simulando dirigirse al banco.

—Voy a una agencia que está cerca de aquí.

—Yo os dejo, tengo que volver al trabajo —dijo Carlos mientras se despedía.

Las dos salieron a la calle y avanzaron unos metros por la acera sin decir una palabra, hasta que Ana rompió el silencio.

—Susana. ¿Qué está pasando? Mónica está en el hospital muy grave, Pablo desaparece para asistir a una reunión en Zúrich y de repente y sin ningún motivo aparente ni explicación le despiden. He intentado comunicar con él y no me coge el teléfono. Tampoco sé nada de las niñas, no me las ha dejado y no me ha dicho con quién están. ¿Sabes tú algo?

Susana era consciente de que no debía de dar demasiadas explicaciones, pero también entendía la preocupación de Ana.

—Yo hablé con él ayer por la noche, me dijo que había tenido un pequeño accidente, pero no te preocupes. Estaba en observación, pero se encontraba bien. Me pidió que le sacara un billete para regresar hoy mismo. De las niñas lo único que sé, es que las dejó con alguien de su confianza, pero no tengo ni idea de con quién.

—Es todo muy extraño —dijo ella sin tener demasiado claro que Susana no supiera más de lo que estaba contando—. Siempre que han tenido algún

problema me han dejado a las niñas a mí y ahora dices que se las dejó a alguien de su confianza. No entiendo nada. ¿Y tú no sabes nada de por qué le han despedido?

—No tengo ni idea, imagino que nos darán alguna explicación en algún momento, pero por ahora lo único que tenemos es un comunicado interno informando de su cese.

En eso la verdad es que no le estaba mintiendo, nadie sabía absolutamente nada de los motivos de su despido.

—¿A qué hora vuelve?

—No lo sé. Como estaba en el hospital y no sabía cuándo le darían el alta, me pidió que le sacara un billete abierto. Imagino que a lo largo del día de hoy en cualquier momento. Me llamará cuando lo sepa.

—Por favor, avísame cuando te llame, necesito hablar con él.

—No te preocupes, en cuanto tenga noticias tuyas te avisaré.

Las dos se despidieron en ese momento y Susana continuó su camino hasta ver que Ana estaba fuera de su vista, momento en el cual llamó a un taxi para que la llevara a la comisaría.

Allí el inspector López estaba reunido con uno de sus ayudantes, bastante afectado por la noticia que acababa de recibir sobre el terrible accidente que había acabado con la vida del inspector Sánchez, al que él mismo había mandado a Zúrich para seguir a Pablo.

—Parece ser que el vehículo con el que chocaron se dio a la fuga tras el accidente. La policía suiza lo está investigando —le dijo el ayudante.

—Nos había informado mediante un mensaje que se dirigían a casa de Frank Leivoz para interrogarle y pedirle que les mostrara el laboratorio. Y de repente tienen un misterioso accidente que acaba con sus vidas. Es todo muy extraño. ¿No le parece?

—Hemos estado investigando a industrias Leivoz, pero no es sencillo conseguir información. Ese tal Frank parece que tiene contactos en todos los sitios que están dificultando que avancemos en la investigación. Es un personaje muy influyente.

—¿Y de Pablo? ¿Qué sabemos?

—El y la chica han desaparecido misteriosamente del hospital. El policía que los vigilaba fue golpeado al parecer por un falso doctor, es todo lo que

recuerda. No hay ni rastro de ellos.

—Presiento que estamos ante algo muy “gordo”, tenemos que averiguar qué. No creo que lo del inspector Sánchez fuera un accidente.

En ese momento llamaron a la puerta y entró un policía con el sobre de Susana en la mano, que entregó al inspector.

—Lo ha traído una señorita, que según parece es la secretaria de Pablo Sandoval, viene a su nombre.

El policía se retiró del despacho del inspector López, que cogiendo el sobre en sus manos dijo a su ayudante:

—A lo mejor en este sobre, tenemos algunas de las respuestas a nuestras preguntas.

EL REENCUENTRO

Pablo, que hacía un rato que se había levantado de la cama, tras su largo viaje hasta la costa brasileña, se encontraba en uno de los chalets—Bungalós de un hotel enclavado en un jardín tropical, en alguna de las islas del archipiélago de Fernando, a unos trescientos metros de la costa y con vistas al mar. Un lugar paradisiaco ideal para intentar recuperarse de su ajetreada vida de los últimos días.

Habían llegado de madrugada a la isla y fueron conducidos directamente a sus alojamientos en un lujoso complejo, tomado totalmente por hombres armados vestidos de negro y con el anagrama de Quarabel impreso en su vestimenta.

Abrió la ventana de la habitación y contempló frente a él un hermoso paisaje lleno de vegetación y con el mar al fondo. Después salió al porche que había fuera y pudo ver con la luz del día el resto de los bungalós que se encontraban unidos por unas pasarelas de madera las cuales confluían todas en el centro, donde había una enorme esfera que parecía representar un planeta, que desde luego no era la Tierra.

Desde ese lugar pudo divisar a lo lejos en el porche de uno de los bungalós, a Alicia vestida con lo que parecía una especie de mono, curiosamente del mismo color de su pulsera, en compañía de un hombre que parecía su padre, con el que por fin y tal y como le prometieron los hombres que les habían traído hasta allí, había podido reunirse. Los dos estaban abrazados contemplando desde la barandilla de madera del porche el precioso paisaje que tenían en frente, donde confluían mar y vegetación.

También pudo ver algunos hombres armados vigilando la zona que rodeaba a los chalets, lo que le hizo recordar que aunque en un entorno paradisiaco, el peligro no había desaparecido. Seguía estando allí para completar su misión y la presencia de aquellos hombres, anunciaba de algún modo la posibilidad de

que Frank Leivoz y sus secuaces pudieran aparecer en cualquier momento.

Volvió al interior del chalet y al hacerlo observó que él también tenía, sobre un sillón que había junto a la cama, una especie de mono—traje, también del color de su pulsera, con una nota encima que decía: “Por favor, póngaselo y vaya a reunirse con el resto de sus compañeros al pabellón central”.

Alguien estaba empeñado, por alguna razón que no alcanzaba a comprender, a vestirles con aquellos curiosos atuendos con pinta de disfraces ceremoniales.

Después de todo lo vivido, tampoco suponía para él un gran problema hacerlo y además tenía una gran curiosidad por saber qué había detrás de todo aquello, por lo que se lo puso y después se dirigió a buscar el pabellón central, que no tenía ni idea de dónde se encontraba.

Una vez fuera avanzó por la pasarela de madera hacia el lugar donde se encontraba la esfera con el planeta, allí estaba uno de los vigilantes del complejo, al que se dirigió para preguntarle la ubicación del lugar que estaba buscando.

—¿Sabe usted dónde se encuentra el pabellón central?

El hombre no le contestó inmediatamente, por lo que Pablo pensó que a lo mejor no entendía su idioma.

—¿Entiende usted mi idioma? —le preguntó.

El hombre, sin decir una palabra, le señaló una de las pasarelas de madera.

Pablo no tenía claro si le había entendido o no, pero de lo que no había duda es que le estaba señalando el único camino al que debería dirigirse.

—Muchas gracias —le dijo con cierta ironía.

Tras decir esto continuó por el camino que tan amablemente le habían indicado. Aquella pasarela se adentraba por un conglomerado de caminos a través de una colorida y exuberante vegetación tropical, repleta de sonidos silvestres y plantas de enormes hojas.

El paisaje era precioso y al final del recorrido llevaba a un pabellón de madera, situado en una especie de ladera junto a un acantilado que llegaba hasta el mar.

En la entrada había dos hombres armados junto a la puerta que al verle, la abrieron mientras se retiraban para dejarle paso. Tampoco dijeron ni una sola palabra, sólo el gesto de dejarle pasar, era como si todos allí fueran mudos.

Una vez dentro, Pablo quedó sorprendido al encontrarse de repente en lo que parecía un museo del planeta Quarabel. El anagrama con las dos estrellas

unidas pintado en el suelo, cuadros variopintos que representaban distintitos lugares: personajes surcando el firmamento en la estratosfera del planeta, una ciudad de cristal rodeada de luces multicolor y lo que llamó más su atención, cuatro cuadros con los retratos de Gael, Arisa, Avid y Mika.

Se acercó al de Gael, para contemplar atónito cómo parecía estar mirándose en un espejo. Aquel personaje era su vivo retrato, como lo eran el resto de Alicia, Iván y Silvia.

Mientras lo observaba escuchó algunas voces fuera de aquel lugar que le resultaban familiares, en lo que parecía una animada conversación, por lo que se acercó a la puerta al fondo de la habitación y la abrió. La puerta conducía al exterior de una preciosa terraza, que sobresalía a un acantilado que daba al mar, llena de plantas y adornos tipo Zen y en medio una mesa redonda con el mapa de un archipiélago y también el anagrama de Quarabel en el centro, que parecía la del rey Arturo y sentada alrededor de ella Alicia, Iván y Silvia, vestidos con sus respectivos uniformes cada uno del color de su pulsera, un hombre al que no conocía pero que por su atuendo parecía el jefe de esa especie de secta que les había rescatado y para enorme sorpresa de Pablo, Doreel, el viejo anticuario, que con su historia había cambiado su vida, ataviado con una túnica negra y el consiguiente símbolo de Quarabel impreso en ella.

—Le estábamos esperando —dijo el anticuario—. Espero que haya descansado.

Pablo cruzó su mirada con la del resto de sus compañeros, allí sentados como alumnos dispuestos a escuchar las palabras del maestro y en especial con Alicia, con ese traje verde ajustado, que resaltaba todavía más su belleza natural.

Siempre había visto algo en ella que le atraía poderosamente, pero ahora, lejos de la civilización, de su casa y de todo lo que había conocido hasta entonces, sintió como si estuviera mucho más cerca de ella.

Alicia también le miró de un modo distinto, ahora que su padre y aquellos hombres le habían contado la historia de Quarabel y conocía su origen no podía por menos que estremecerse ante la presencia de ese hombre, que en otro tiempo y otro lugar había sido el amor de su vida.

—Tiene usted la facultad de estar en todos los sitios —dijo mientras se sentaba en el lugar que le habían reservado en la mesa, que por supuesto, siguiendo con aquel tono ceremonial, tenía un asiento del color de su traje y de su pulsera.

—Como usted bien sabe —dijo el anticuario—, la facultad de estar en varios sitios a la vez, es algo innato en todos nosotros.

Pablo asintió con la cabeza dándole la razón. En los últimos días había tenido la ocasión de comprobar in situ y en bastantes ocasiones lo que estaba afirmando aquel hombre.

—Sé que para la mayoría de ustedes resulta muy complicado entender qué está ocurriendo —prosiguió Doreel—. Y que en estos momentos es pedirles un sacrificio que atraviesen la puerta de Quarabel y se despojen por completo de todo vestigio humano. Todos tienen familias, amigos y alguno incluso hijos. Pero este sacrificio que hoy les pido es para salvarles a ellos también.

—¿Por qué es tan importante que atravesemos la puerta? —preguntó Pablo— ¿Qué ocurriría exactamente si lo hiciéramos?

—Todos ustedes y todos los habitantes de la tierra, siempre han tenido su doble en Quarabel. Se complementan continuamente con ellos durante sus vidas para esperar después el regreso al lugar del que un día partieron. Hasta el momento en que se abra la puerta y todos tengan que regresar.

—Algo así como el fin del mundo —interrumpió Iván.

—Algo parecido. Religiones y visionarios han hablado siempre del fin del mundo a lo largo de la historia, pero lo que ellos llaman el fin del mundo no es otra cosa que el regreso a Quarabel, la fusión definitiva de sus dos almas en una sola.

—No entiendo —dijo Pablo algo confuso por las palabras del anciano—. Si se va a acabar el mundo tampoco quedaría nadie en la tierra.

—No exactamente. Los habitantes de este planeta seguirán existiendo, pero desligados completamente de su pasado en Quarabel. Serán únicamente humanos.

—¿Y por qué nosotros no? —preguntó Alicia.

—Porque ustedes únicamente vinieron a este planeta para acabar con el destierro de los habitantes de Quarabel, pero nunca para formar parte de él. En realidad nunca han sido humanos, son sólo una representación visual de sus dobles en Quarabel.

—¿Está diciendo que no existimos, que somos una especie de símbolos sagrados? —dijo Pablo algo contrariado levantándose impulsivamente de la mesa y moviéndose con cierto nerviosismo por el jardín—. Yo puedo tocarme, siento, amo, odio y sufro como un humano, eso para mí es totalmente real.

Doreel le miró con algo de ternura dentro de su semblante ceremonioso, comprendiendo lo complicado que era entender aquello y trató de calmarle

con sus palabras.

—Sí, pero con una diferencia, tú puedes convivir con tu otro yo en este planeta. Lo experimentaste cuando viste elevarse tus pies del suelo mientras corrías, o cuando te dividiste en tus otros yo. Eso sólo es posible por tu condición extraterrenal.

—Creí que era posible por la pulsera.

—La pulsera es un medio que produce la misma energía que rodea al planeta Quarabel, por eso te permite hacer cosas que sólo serían posibles de realizar en su órbita planetaria. Pero nada más. Tú eres el único que lo hace posible. Cuando todos vosotros estéis cerca de la Puerta de Quarabel no necesitaréis la pulsera, el campo energético que la rodea producirá el mismo efecto en vosotros pero mucho más fuerte.

—¿Qué papel representa Frank Leivoz en toda esta historia? —preguntó Alicia.

—Frank es el descendiente directo de Zoviel, el causante del destierro. El conoce la historia de su antepasado, porque él se preocupó de transmitirla de generación en generación esperando el día en que se abriera la puerta para poder regresar. Pero a través de los años sus herederos, movidos por la codicia y las ansias de poder decidieron cambiar sus planes. Y ahora que ese día está a punto de llegar, Frank pretende destruir Quarabel, pero no sabe que al hacerlo destruirá la conexión que le une a este planeta, a través de lo que los científicos llaman un agujero negro. Si lo hace la tierra estallará como un globo y no quedará rastro de ella.

—¿Y cómo lo haría? —preguntó Pablo, pensando que ya se había encargado personalmente de obstaculizar sus planes—. Ya no tiene las pulseras para continuar con su plan.

—Creo que nos podría explicar este punto Alicia —dijo Doreel mientras dirigía su mirada hacia ella.

—El día antes de que visitaras el castillo de Frank, descubrimos en el laboratorio la secuencia energética gracias a las dos pulseras que teníamos. Necesitaban las otras dos para corroborar los resultados, pero aún sin ellas resultaba posible reproducir los campos de las otras dos y construir un arma que le permitiera llevar a cabo su plan.

—¿Por qué no me dijiste nada? —le recriminó Pablo.

—El experimento no estaba completo aún. Y además, hablaste de rescatar a mi padre. ¿Lo hubieras hecho de habértelo dicho?

—Su misión, a pesar de ello seguía siendo la misma, recuperar las pulseras y

rescatar a Iván —intervino Doreel—. De otro modo nunca se hubieran salvado y ninguno de ustedes estaría hoy aquí. Eso hubiera dado carta blanca a Frank para llegar hasta la puerta y culminar su maquiavélico plan.

—Todavía podría hacerlo —dijo Pablo—. Seguro que ya tiene su arma.

—Nuestra información es que sí y que en estos momentos se dirige rumbo a la costa brasileña —dijo el hombre que estaba sentado junto a Doreel, que hasta ese momento no había intervenido en la conversación.

—Disculpen que no lo haya hecho antes —dijo Doreel—. Les presento al señor Blake, es el jefe de los Guardianes de Quarabel, un grupo que se constituyó hace varios siglos, cuando conocimos los planes de la familia Leivoz para preservar que llegado el día ustedes pudieran cumplir con su misión.

—Permítanme agradecerles a usted y a sus hombres que nos rescataran de una situación comprometida en Zúrich —le dijo Pablo—. Si no es indiscreción preguntarlo ¿Cómo saben tanto sobre los planes de Frank?

—Tenemos un topo entre sus hombres, que siempre que puede nos informa puntualmente de sus movimientos, aunque lamentablemente no pudo hacerlo en el caso de los atentados. De haberlo hecho hubiéramos podido salvar a las víctimas.

—Pronto estarán cerca de aquí para tratar de impedir que lleven a cabo su misión. Sabemos que la Puerta surgirá entre una de estas veintisiete islas —dijo Doreel mientras señalaba el plano del archipiélago impreso en la mesa—, pero no sabremos exactamente en cuál hasta esta noche a las doce, el momento en el que se abrirá la puerta.

Tras decir esto, sacó de debajo de su túnica la esfera del tablet que había cogido Pablo en la base secreta del castillo de Frank y lo puso en el centro de la mesa, girándolo a continuación. En ese momento empezó a parpadear intermitentemente una luz que iba saltando de isla en isla.

—Llegado ese momento la luz se detendrá al lado de una de las islas y nos dará una coordenada y a partir de entonces dispondremos de veinticuatro horas para cumplir nuestra misión. Mientras eso ocurre me gustaría que acompañaran al señor Blake, que les preparará y les dará todos los detalles. Necesitarán de toda su habilidad para triunfar en esta misión. Les deseo toda la suerte del mundo, de su mundo actual y de su mundo futuro.

Los cuatro abandonaron aquel hermoso lugar en compañía del señor Blake. Mientras lo hacían Pablo volvió su mirada atrás y vio cómo Doreel se levantaba y se acercaba a la barandilla del jardín, perdiendo su mirada en el

conjunto de islas de aquel hermoso archipiélago, él sabía que allí en algún lugar estaba la puerta que le conduciría a casa de nuevo. Para él era su hogar, pero para Pablo la vuelta a Quarabel era el auténtico destierro, porque su vida, sus recuerdos, la gente a la que quería, estaban aquí.

UNA JORNADA AGOTADORA

Durante el resto de la mañana los cuatro llevaron a cabo, por distintos lugares de la isla una especie de entrenamiento, dirigido por Blake, que les enseñó, sobre todo a sus compañeros, porque de alguna forma Pablo ya era una especie de veterano en esas lides, cómo tomar decisiones rápidamente para hacer que sus otros yo se multiplicaran.

Resultaba un juego divertido, corrían entre la vegetación de un lado a otro, saltando, trepando, escondiéndose e incluso simulando una especie de lucha entre ellos. Cada vez que llevaban a cabo una acción motivada por una decisión, su yo se dividía entre las distintas posibilidades, permaneciendo, como le había ocurrido tantas veces a Pablo, la mejor de las opciones y desapareciendo el resto a los pocos segundos.

Multitud de Pablos, Alicias, Ivanes y Silvias aparecían y se esfumaban como por arte de magia por toda la zona de entrenamiento.

Entre risas y continuas sorpresas por lo que estaba ocurriendo transcurrió el entrenamiento y casi sin darse cuenta empezaron a dominar la técnica de dividirse a voluntad en distintos “Yo”.

Alicia, que forzada por la situación ya había experimentado esta sensación cuando saltó con Pablo del coche, se daba cuenta ahora que podía dominarlo a voluntad.

Al final de la sesión Blake intentó enseñarles algunos movimientos de lucha en ataque y defensa, que ellos trataban de reproducir con cierta torpeza, ninguno era experto en esa materia y se notaba, hasta el punto de llegar a frustrarse en algunos momentos.

—No se preocupe —dijo Blake mientras levantaba del suelo a Iván después de haberle noqueado sin apenas esfuerzo—. Lo importante es que conozcan los movimientos de ataque y los movimientos defensivos y luego traten de emplearlos eligiendo al azar uno de los golpes cada vez, eso creará distintas

posibilidades y distintos movimientos que se ejecutarán a la vez, desconcertando al adversario.

Blake entonces se dirigió a Pablo, que parecía el que más dominaba la técnica, quizás por su pasada experiencia, retándole a luchar con él.

Los dos se pusieron en posición de combate y entonces Blake lanzó un golpe con su pierna derecha que impactó el torso de Pablo lanzándole contra el suelo.

—Recuerda —le dijo mientras le cogía de su mano para ayudarle a incorporarse—, piensa muy rápido y toma decisiones.

Acto seguido ambos contendientes se pusieron en posición de combate. Pablo observaba a Blake esperando su ataque y pensando en lo que acababa de decirle.

No sabía si lanzaría los puños contra su cara, en cuyo caso debería de utilizar sus brazos para tratar de desviar el golpe, o si lanzaría la pierna otra vez contra su pecho, cruzando sus brazos para intentar repeler el golpe o a lo mejor el golpe iba directo a su estómago, obligándole a desplazar todo su cuerpo hacia un lado. Eran varias las posibilidades y él debería de tomar una decisión sin apenas tiempo para reaccionar y teniendo en cuenta que no era ningún experto en el arte de la lucha, sus posibilidades de éxito eran realmente limitadas. Por eso decidió cerrar los ojos y simplemente pensar en elegir una de las posibilidades que tenía. Al hacerlo y lanzar el golpe contra su adversario, se ejecutaron simultáneamente todos los posibles golpes de defensa, dividiéndose en varios Pablos cada uno con un movimiento distinto, acertando solo uno de ellos en el golpe elegido y desarmando el golpe de ataque de su rival. Después, una vez más, transcurridos unos segundos desaparecieron los Pablos que habían elegido las opciones incorrectas.

Sus tres compañeros asistieron sorprendidos al espectáculo, mientras Blake, con una enorme sonrisa y un gesto de satisfacción en su rostro, se dirigía a ellos.

—Eso es lo que hay que hacer. Explícales, Pablo, cómo lo has conseguido.

—Simplemente cerré los ojos y pensé en elegir uno de los posibles golpes de defensa —les explicó a sus compañeros que todavía no se creían lo que acababan de ver sus ojos.

—Sí —dijo Blake—. Ese es el secreto, pensar y elegir, sin preocuparse del rival.

Blake mandó venir a algunos de sus hombres y les puso a luchar con cada uno de los cuatro. Poco a poco iban haciendo cada vez mejor y sorprendidos

por los resultados, acabaron incluso logrando noquear sin apenas esfuerzo a sus rivales, empezando verdaderamente a disfrutar del poder que las pulseras les daban y que empezaban a sentir y a dominar cada vez más.

Por unas horas, Pablo había conseguido olvidarse de todas sus preocupaciones y había disfrutado de aquel momento sin pensar para nada en su futuro.

La jornada transcurrió en absoluta armonía entre los cuatro. Comieron juntos y hablaron cada uno de ellos de sus vidas, de lo que habían hecho hasta entonces y de cómo pensaban que sería su vida a partir de ahora en Quarabel, como si poco a poco fueran asumiendo el papel de su otro yo y estuvieran más cerca de Gael, Arisa, Avid y Mika que de sus equivalentes humanos. Quizás el más reticente de todos siguiera siendo Pablo, pero la presencia de Alicia cerca de él, a la que observaba continuamente, estaba empezando a hacerle poco a poco asimilar su destino.

Después de la comida Doreel, satisfecho por el éxito de su entrenamiento, les dio la tarde libre, permitiéndoles que acompañados de sus vigilantes, se dedicaran a recorrer la isla para conocerla.

Recorrieron algunas de sus espectaculares playas viajando en Buggy, el transporte terrestre más popular de aquella isla, entre la espectacular flora tropical. Subieron al mirador de la Bahía de los Delfines, desde cuyo acantilado se podía observar a estos hermosos mamíferos. Después recorrieron la costa en barco con los delfines nadando junto a ellos, buceando en las cristalinas aguas mientras observaban peces de diversas especies, rayas, tortugas, morenas, barracudas, esponjas y algas que circulan por las formaciones rocosas, arrecifes de coral y barcos naufragados.

Tras tanta tensión acumulada, aquel día estaba resultando para todos y especialmente para Pablo, un auténtico soplo de aire fresco en sus vidas. Después de una jornada agotadora regresaron al complejo donde se alojaban para tomar un baño de agua caliente y cambiarse de ropa para asistir a la cena a la que Doreel y Blake les habían invitado.

La cena se celebró en el pabellón central donde habían estado por la mañana en una sala contigua, que daba al otro lado del acantilado, en un porche totalmente de madera decorado con plantas y elementos exóticos.

Los comensales fueron los mismos que habían estado reunidos por la mañana, con la incorporación del padre de Alicia y la cena se celebró alrededor de una enorme mesa de madera tropical llena de viandas a base de

ensaladas, marisco, pescados y salsas variadas.

Los cuatro elegidos, esta vez se vistieron de personas normales, sin uniforme. Sentados a la mesa, Pablo no pudo quitar sus ojos de Alicia, estaba realmente hermosa vestida con un elegante traje negro y una flor en el pelo, iluminada por el reflejo de la luna y con el mar al fondo. Después de varios días con ella y de todas las experiencias vividas, sin saber por qué, ella había despertado en él algo mucho más fuerte que una profunda amistad.

Alicia a su vez también miraba a Pablo, correspondiéndole de alguna manera. Sabía que él era un hombre casado, con una familia, pero tampoco podía evitar la enorme atracción que había despertado en ella.

Doreel, que presidía la mesa, contempló muy complacido el cruce de miradas entre ambos. Sabía lo difícil que estaba resultando para Pablo abandonar su mundo terrestre y el hecho de que encontrara un nuevo aliciente para su nueva vida en Quarabel facilitaba enormemente sus planes.

La velada transcurrió tranquila, en animada conversación sobre lo que habían hecho durante el día y como no podía ser de otra manera, al final llegaron los postres en forma de frutas tropicales.

—Veo que les ha gustado la isla —dijo Doreel.

—Una isla preciosa —dijo Silvia.

—Sí es cierto —añadió Alicia—. Nunca imaginé que pudieran quedar todavía sitios como éste, en este planeta de especuladores.

—Seguro que en Quarabel no existen lugares tan hermosos como éste —dijo con cierta decepción Pablo, que seguía siendo el más reticente de todos a abandonar su mundo.

—Te confundes Pablo —dijo Doreel en un tono algo paternalista—. Quarabel es un hermoso lugar, lleno de sitios que aunque distintos son igual o incluso más hermosos. Te aseguro que una vez allí no tardarás mucho en saber apreciarlo.

—¿Qué ocurrirá con nuestros recuerdos? —volvió a preguntar Pablo—. ¿Nos fusionaremos con nuestro otro yo y olvidaremos nuestra vida en la tierra?

Doreel le miró un instante antes de responder, comprendía las grandes dudas que había en su mente y aunque no fuera posible en esos momentos darle todas las respuestas que necesitaba, sí intentó aclararle algunas de ellas.

—Probablemente con el tiempo sí lo olvidaréis, pero no a causa de vuestra fusión, sino porque las nuevas experiencias acabarán ocupando vuestra mente. La fusión a la que te refieres no será necesaria. En realidad tú y tu otro yo

siempre habéis estado unidos. Aunque en la dimensión en la que vives ahora mismo no hayas podido verlo, estoy seguro que de algún modo le has sentido dentro de ti. Pero contestando a tu pregunta, no olvidarás nada de lo ocurrido aquí, lo que sí ocurrirá es que recuperarás la memoria de lo ocurrido allí.

Aquel juego de palabras sirvió para confundir más a Pablo. Pensaba que si al menos olvidaba su vida actual, no sufriría por aquéllos que iba a dejar atrás. Pero lejos de eso, tendría que convivir con ambos recuerdos en su mente y el amor de dos mujeres.

—Son casi las doce —dijo Blake interrumpiendo la conversación para llamar la atención de Doreel.

—Siempre el tiempo, tan presente en este planeta —se lamentó Doreel—. Señores, creo que ha llegado la hora de conocer la ubicación de la Puerta.

Juntos, acudieron todos ellos al lugar donde habían estado reunidos por la mañana, para contemplar cómo sobre la mesa se continuaba iluminando de modo intermitente cada una de las islas, hasta que dieron las doce en punto y la luz se paró sobre una posición próxima a una de ellas, la situada más al norte del archipiélago y una de las más grandes.

Todas las islas, excepto la principal en la que se encontraban ellos, se encontraban deshabitadas y sólo se accedía a ellas para hacer excursiones o incursiones de buceo cerca de los arrecifes que las rodeaban.

—Ya conocemos nuestro destino —dijo Doreel señalando un punto del mapa que había quedado iluminado. Tendremos que prepararlo todo para poder atravesar la puerta, algo que sólo podremos hacer a las doce en punto de la noche, es decir, exactamente dentro de veinticuatro horas.

—¿Y qué haremos hasta entonces? —preguntó Iván.

—Yo les sugeriría a todos que fueran a dormir y a recuperar fuerzas para mañana. El día será largo, presiento que Frank Leivoz y sus secuaces también tienen la intención de visitar esas islas.

Todos se retiraron del lugar, a sus aposentos, excepto Pablo y Alicia que primero acompañaron a su padre hasta su habitación y después decidieron dar un paseo antes de dormir por la playa que estaba próxima al complejo donde estaban alojados. Cuando se alejaban, el padre de Alicia se quedó mirando a los dos desde la ventana de su bungalow, conocía la historia que les unía y se sentía complacido viéndolos juntos.

La noche era cálida en aquel lugar y el cielo estaba repleto de estrellas.

Caminaron durante un rato descalzos por la arena, con el ruido de las olas al fondo, mientras contemplaban una hermosa imagen de la Luna reflejándose sobre el agua que llegaba hasta la orilla.

—Me siento extraña —dijo Alicia—. Hace nada me dedicaba a estudiar el universo y la física que lo movía y ahora estoy a punto de adentrarme en él por una puerta que nos conducirá a un planeta del que ni siquiera conocíamos su existencia.

Pablo la miró todavía mas ensimismado que antes. El aire del mar y aquel reflejo hacían aún más destacar su belleza. Desde el día que la había conocido en Londres siempre se había sentido atraído hacia ella, aunque en lo más profundo de su ser hubiera tratado de negar lo que era evidente, como si su otro yo, Gael, hubiera tratado inexorablemente de empujarle hacia aquella mujer, tan familiar para él. Pero ahora no sólo era Gael, también Pablo había sucumbido a los encantos de Alicia.

—A pesar de lo que dijo Doreel, dudo que haya en ese planeta sitios tan bellos como éste.

—Quizás el mar allí sea de cristal y su luna multicolor —dijo bromeando Alicia.

—¿Te has dado cuenta —dijo mirándola a los ojos con ternura —que llevamos varios días juntos y que nos ha ocurrido de todo?

—Sí. Jamás pensé que mi vida se transformaría de esta manera en tan poco tiempo. Hasta hoy siempre me había dedicado a pensar en mi profesión y muy poco en mí. Pero ahora, me siento liberada. No sé qué será de nosotros en Quarabel, ni cómo serán nuestras vidas, pero una vez que recordemos nuestro pasado imagino que todo volverá a ser igual que antes.

Los dos dejaron de hablar un momento y en silencio contemplaron el hermoso paisaje que tenían en frente de ellos, hasta que Alicia rompió nuevamente el silencio.

—A lo mejor he sido un poco egoísta pensando sólo en mí. Tú tienes una familia y seguro que estás pensando en ellos.

Pablo la miró sorprendido porque era la primera vez que Alicia le hablaba de su familia, un tema que de alguna manera había obviado tras conocer el origen de ambos y la relación que existía entre ellos dos.

—No, por raro que parezca no estaba pensando en ellos, estaba pensando en ti. En nuestra relación del pasado y del futuro.

—Es curioso que tengamos un pasado y un futuro pero que seamos dos extraños en el presente.

—Tú no eres una extraña para mí Alicia. Cuando estoy contigo siento algo especial que no sé explicar. Me siento bien a tu lado. Y en los últimos días ese sentimiento se ha hecho cada vez más fuerte dentro de mí. Creo que me estoy enamorando de ti.

Alicia sintió un enorme escalofrío de repente, como cada vez que su cuerpo entraba en contacto con el suyo, ella también había sentido aquella misma sensación de la que él hablaba, y como en su caso, en los últimos días se había hecho más fuerte cada vez.

—Yo también lo he sentido. Al principio pensé que probablemente fuera como consecuencia de todo lo que hemos vivido juntos estos días. Pero no, es algo muy distinto, algo que no había sentido antes, nunca con nadie. Quizás tú lo hayas sentido con tu mujer.

—Ni siquiera con ella —le dijo él muy seguro de su afirmación, mientras cogía sus manos.

Los dos entonces se besaron y un enorme escalofrío, casi eléctrico, recorrió sus cuerpos cuando lo hicieron. Pasado, futuro y ahora presente se fundieron en un solo instante despertando en ellos una pasión que había permanecido oculta con el paso del tiempo y que ahora renacía mucho más fuerte que antes.

Abrazados dejaron caer sus cuerpos sobre la arena hasta que Alicia se incorporó de repente y dirigiéndose a Pablo le dijo:

—Esta vez no quiero que existan distintas posibilidades ni futuros, sólo uno, tenemos que estar muy seguro, de lo que queremos —le dijo mientras se quitaba la pulsera y la dejaba caer en el suelo.

—Yo estoy muy seguro.

Pablo, recostado en la arena, también se quitó su pulsera y la dejó al lado de la de Alicia. Después los dos se abrazaron nuevamente y se fundieron en un solo cuerpo, bajo la noche estrellada, frente al mar, aislados del mundo, a millones de kilómetros del lugar de donde provenían, desatando sobre sus cuerpos una pasión que nunca antes habían conocido. Y además sin sus respectivas pulseras, viviendo la única experiencia real, libre y voluntaria, sin universos paralelos, ni opciones distintas a la que ellos habían elegido.

ALA MAÑANA SIGUIENTE

A la mañana siguiente, cuando Pablo se levantó de la cama, su mente se encontraba muy aturdida. La experiencia vivida con Alicia había sido para él uno de los mejores momentos de toda su vida, pero su conciencia humana le reprochaba que hubiera caído en los brazos de aquella mujer, teniendo a la suya en un hospital y sus hijas ocultas en casa de su exsecretaria.

A pesar de todo y de la lucha interior en la que se encontraba todo su ser, lo cierto es que Pablo no podía dejar de pensar en Alicia y sentirse profundamente atraído por ella y sin embargo lo hacía desde el presente, sin tener ningún recuerdo de lo que fue aquella mujer en su pasado, ni habiendo pensado en ningún momento en que sus vidas estaban destinadas a encontrarse en el futuro. Simplemente se había enamorado irremediablemente de ella sin saber por qué. Y aunque su conciencia le atormentaba por ello, a él lo único que le pedía su cuerpo era volver a verla y tenerla otra vez entre sus brazos.

Por más que lo intentaba no lograba pensar con claridad, así que se vistió rápidamente y decidió salir como una flecha en dirección al pabellón central en busca de Doreel, probablemente la única persona que tal vez fuera capaz de poner un poco de orden en su atormentada mente.

Hacía una hermosa y soleada mañana que convertía aún más aquel entorno paradisiaco en un lugar único, un sitio de esos, donde perderse del resto del mundo, que era exactamente lo que él necesitaba en esos momentos, asimilar el nuevo papel de su existencia y romper con todo recuerdo del pasado, pero no era fácil.

Entró en el pabellón ante la impasividad de los guardianes que había en la puerta, como si por su condición de enviado de Quarabel, tuviera vía libre para ir a cualquier lugar, no en vano, pensó, debía de ser para aquellos hombres una especie de hombre sagrado, el profeta esperado desde siglos atrás.

Una vez dentro se dirigió directamente al jardín exterior donde había estado la mañana anterior, con la esperanza de encontrar allí a Doreel.

Al principio no le vio y centró su mirada unos instantes en la mesa redonda en cuyo centro se encontraba el oráculo de Quarabel, pensando que quizás él, tendría todas las respuestas sobre su futuro que tanta falta le hacían ahora.

De repente escuchó la voz de Doreel desde uno de los lados del jardín levantándose tras unos matorrales con unas tijeras de jardinero.

—Él no te dará las respuestas que necesitas —le dijo como si supiera exactamente lo que estaba pensando—. Las respuestas están dentro de ti.

—¿Dentro de mí? —dijo él sorprendido una vez más porque el hombre supiera siempre más de él que él mismo—¿Pero dentro de quién, de Pablo o de Gael?

—Es lo mismo, el uno no tendría sentido sin el otro, no hay diferencia entre lo que tú piensas y lo que él piensa, entre lo que tú sientes y lo que él siente. No sois dos, sois un único ser.

—Pero yo no recuerdo nada que tenga que ver con él. Es un extraño para mí, que me está pidiendo que viva su vida, una vida de la que no tengo recuerdos, sólo tengo recuerdos de esta vida. Y aquí sé que tengo una familia, que me necesita.

—Y sin embargo te has enamorado de Alicia.

En ese momento no sabía si le estaba haciendo un reproche por lo ocurrido o simplemente haciéndole ver cuál era su auténtico destino.

—No se por qué ha ocurrido, a veces las cosas pasan sin que las planifiquemos, ni pensemos en ellas.

—Es cierto, aquí lo llaman destino, pero en realidad el destino no existe, son nuestros actos y nuestros pensamientos los que escriben nuestro futuro. El camino no nos lleva a la meta, sino los pasos que damos en él.

—Es curioso que me diga que no existe el destino, cuando aquí todo el mundo lleva esperando durante siglos que llegara este momento. Y sí, me he enamorado de Alicia, pero ¿no es eso lo que tenía que ocurrir de cualquier modo? Si no hubiera sido ahora hubiera sido mañana al recuperar mis recuerdos. ¿Y que me dice del oráculo cómo sabe él siempre lo que va a ocurrir si el destino todavía no está escrito?

—Tú puedes lanzar una flecha al aire eligiendo un ángulo y aplicando una tensión a la cuerda, pero dependerá del ángulo que elijas y la tensión que emplees para que la flecha caiga en un lugar o en otro. Incluso podría chocar con algún ave que volara por el cielo en ese momento o ser desviada por el

viento. Aunque al final, de un modo o de otro, acabaría cayendo al suelo. Nosotros en Quarabel pusimos las semillas para que ocurriera algo, pero no sabíamos ni cómo, ni cuándo ocurriría. Apenas hace unas horas que supimos dónde se abrió la puerta y si esta noche fracasamos podría ser el final de Quarabel y de este planeta. El guion de nuestro futuro es una página en blanco que tenemos que escribir y depende cómo lo hagamos será de un modo u otro.

—¿Y entonces el oráculo? ¿Cómo sabe lo que va a pasar? —insistió Pablo al ver que no le había respondido a esta cuestión.

—Digamos que el oráculo, simplemente proyecta la más probable de las posibilidades de acuerdo a la información que recibe de todas nuestras acciones en un momento concreto, pero ni siquiera él tiene la respuesta, en cualquier instante las circunstancias podrían cambiar y el destino con ellas.

—Pero él predijo los atentados de París y Milán. Y al final se cumplieron.

—El proyectó un futuro, pero quizás tú, si hubieras llamado a la policía y hubieras avisado del atentado, éste no se habría producido nunca.

Pablo se sintió mal en ese momento. Aquel hombre le estaba de algún modo responsabilizando de que con su actitud hubiera sido en parte responsable de lo ocurrido.

—¿Quién me hubiera creído? Si ni siquiera yo creía en ello. Y además ocurrió exactamente como estaba escrito en aquella noticia.

—Una vez más te confundes, si hubieras leído la noticia detenidamente habrías visto que la hora no era exactamente la misma, ni el lugar exacto, ni el número de víctimas. Ocurrieron hechos que fueron transformando ese posible futuro. El oráculo nos da una previsión basado en complejos números matemáticos, como hacen los meteorólogos de tu planeta cuando predicen la climatología, pero no siempre aciertan, al final influyen muchos factores que hacen que llueva en un sitio o en otro.

Pablo se quedó sorprendido por aquel razonamiento, probablemente Doreel estuviera diciendo la verdad y todo estaba aún por ocurrir, pero lo que a él le importaba más en ese momento, no era otra cosa que conocer cual sería el futuro de los suyos.

—Yo necesito saber qué será de mi familia, eso es lo único que me importa —le dijo tratando de buscar una respuesta en aquel hombre que de un modo u otro, con más o menos precisión, disponía de una información sobre el futuro a la que él no tenía acceso.

—Digamos que existen muchas posibilidades de que tu mujer se recupere, pero no servirá de nada si no cumplimos con nuestra misión, en esta ocasión el

futuro de todos y de todo incluido el del propio oráculo, pasa por atravesar esa puerta y llegar a ella antes de que lo haga Frank Leivoz.

Una vez más le recordaba por qué estaba allí, aunque a él en ningún momento se le había olvidado.

—Cumpliré con mi obligación, le dijo. Pero si lo consigo ¿qué será de mi mujer y mis hijas?

—El señor Blake es una persona muy influyente, él se encargará de garantizar el futuro de su familia y la de sus compañeros, cuando ustedes abandonen este planeta a ellos no les faltará de nada.

Pablo abandonó el jardín en dirección a la salida tras escuchar aquello, pero antes de llegar a la puerta se dio la vuelta y dijo:

—¿Si el destino no existe por qué le encontré a usted en aquella tienda de Londres?

—No me encontró, en realidad le encontré yo a usted.

Pablo abandonó aquel lugar, más confundido si cabe que antes, ahora sabía que existía una seria posibilidad de que su mujer finalmente se recuperara, lo que le hacía sentirse aún peor por todo lo ocurrido, aunque también era cierto que tampoco importaba mucho, teniendo en cuenta que de un modo u otro, triunfara o fracasara en su misión, no volvería a verla.

Metido en sus pensamientos llegó al lugar donde se encontraban los bungalós y al pasar junto a la gran esfera que había en el centro divisó a lo lejos a Alicia, apoyada en la barandilla del suyo, algo pensativa, por lo que decidió acercarse hasta ella.

El sol del mediodía iluminaba la cara de aquella mujer resaltando aún más su belleza. Pablo la miró sonriente al llegar hasta ella, en un gesto de complicidad tratando de mostrarle de algún modo su conformidad por la experiencia que habían vivido juntos.

—Buenos días —dijo él—¿Qué tal has dormido?

—Mejor que nunca —dijo ella con cierto sonrojo, pero segura de su respuesta—¿Y tú?

—Sin dejar ni un segundo de soñar contigo, dormido y despierto.

A Alicia le agradaron enormemente estas palabras, sabía que Pablo era un hombre con una familia y no quería pensar que lo ocurrido la noche anterior hubiera sido fruto únicamente de un momento de debilidad o de la aceptación involuntaria de un pasado común que ninguno de los dos recordaba.

—Yo también he pensado en ti y en lo difícil que tiene que haber sido dar ese

paso.

—Aunque no te lo creas, no ha sido tan difícil. Enamorarse de una mujer como tú no le resultaría difícil a nadie.

—Pero tú tienes una familia —dijo ella halagada y a la vez sorprendida por sus palabras—. Y un pasado con unos lazos muy fuertes. Aunque Alicia tenía razón, Pablo no quería ni por un momento que aquella mujer pudiera pensar que existía ningún tipo de dudas dentro de él con respecto a sus sentimientos.

—Si hablamos del pasado, aunque no lo recordemos, el más obvio de todos sería el nuestro, hemos esperado siglos para volver a encontrarnos y creo que ha merecido la pena. Estoy seguro que nos hemos tenido que querer mucho.

—¿Has conseguido hablar con tus hijas? —le preguntó Alicia, muy complacida por las hermosas palabras que le había regalado pero todavía preocupada por su situación familiar.

—Aquí es imposible. No podemos y al parecer tampoco debemos usar los teléfonos móviles por motivos de seguridad. Pero he conseguido que me acerquen a la ciudad para tratar de hacerlo desde un locutorio público. ¿Quieres venir conmigo?

—No. Prefiero que vayas solo. Es tu pasado y yo ahora soy tu futuro. Creo que no deberíamos de mezclarlos.

Pablo se fue en dirección hasta el coche que le estaba esperando, acompañado de Alicia, los dos cogidos de la mano conversando alegres, como lo que eran, dos recién enamorados, recorriendo aquel bello lugar entre risas y gestos de complicidad, como si antes de aquello no hubiera existido nada en sus vidas.

Al llegar al vehículo en el que se trasladaría a la ciudad, estaban esperando dos hombres, uniformados y armados, lo que le recordó a ambos la peligrosidad de la misión que tenían que cumplir, que había pasado desapercibida entre tanto momento idílico.

—Ten cuidado —le dijo Alicia mientras él subía al vehículo—. Presiento que ese hombre horrible no tardará en aparecer.

—Pero tenemos la pulsera —dijo él sonriendo y tratando de transmitir un dosis de seguridad—. Y además, ahora estamos entrenados para defendernos.

Alicia sonrió, mientras el vehículo arrancaba y se alejaba rumbo a la ciudad.

LA VISITA A LA CIUDAD

Pablo y sus acompañantes llegaron a la ciudad en el vehículo y se dirigieron hacia el locutorio telefónico, que además de locutorio era una especie de tienda, en la que se vendía prensa y todo tipo de suvenires.

Pararon junto a la puerta y Pablo se bajó del coche mientras sus guardianes vigilaban su recorrido hasta el interior. Ni él ni sus acompañantes se habían percatado de la presencia de otro vehículo que estaba aparcado en la acera de enfrente y dentro del cual se encontraban los dos secuaces de Lu Chang, de tan nefasto recuerdo para Pablo, porque allí donde aparecían siempre ocurría algo malo.

Uno de ellos abandonó el vehículo, mientras el otro arrancaba el coche y se iba de allí, ataviado con ropa de turista con el fin de no llamar la atención, dirigiéndose hacia el interior de la tienda.

Pablo que ya estaba dentro del locutorio, había llamado a Susana, que acababa de coger el teléfono.

—Sí —dijo sin reconocer el número desde el que se producía la llamada.

—Susana, soy Pablo —dijo él.

—¡Pablo! ¿Dónde estás? Estuve esperando que me llamaras todo el día de ayer. Y he llamado a la compañía en la que tenías que volar y me han dicho que no has cogido el avión.

—Tranquila Susana. No te he podido llamar antes, no podía utilizar el teléfono. Y ahora lo estoy haciendo desde un locutorio público.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes por mí. ¿Cómo están las niñas?

—Estupendamente, como si estuvieran viviendo unas vacaciones, pero os echan mucho de menos y siguen preguntando mucho por vosotros.

—¿Sabes algo de Mónica?

—Esta mañana me ha llamado Ana, con buenas noticias, acaban de

despertarla del coma inducido y está bien. Ahora tendrá que recuperarse y pronto podrá volver a casa.

Pablo enmudeció unos instantes. Era la noticia que más había esperado en los últimos días y ahora, aunque con gran alegría, la recibía con un sabor amargo, por todo lo que estaba ocurriendo.

—Es una estupenda noticia. Pronto podrá estar con las niñas.

—¿Y tú? ¿Cuándo estarás tú con las niñas? ¿Dónde estás? —volvió a preguntarle.

—Es muy complicado de explicar, Susana. Esta noche tengo que hacer algo, para evitar que Frank Leivoz se salga con la suya. Es peligroso y no sé qué va a ocurrir. No puedo decirte dónde estoy, es por tu seguridad y la de las niñas.

—Pablo. ¿Qué vas a hacer? Ese hombre es muy peligroso. Ayer registraron tu despacho, probablemente estaban buscando los documentos que me diste. Me preguntaron si sabía de algún dossier que tuviera el nombre de Quarabel.

—¿Qué les dijiste?

—Que no, por supuesto. Pero no sé si acabaron de creérselo. También me ha llamado el inspector al que me pediste que le diera los documentos. Quiere saber donde estás y me ha pedido que le avise si te ponías en contacto conmigo. ¿Qué es lo que está pasando?

—Algo muy serio, que podía poner en peligro a todo el planeta. Es todo lo que te puedo contar, pero con suerte mañana todo habrá terminado.

—¿Y tú? ¿Qué pasara contigo?

—No lo sé Susana —le mintió, porque si algo tenía claro es que de un modo o de otro no iba a volver—. Espero que nada. Pero quiero que sepas y que se lo digas a Mónica y a las niñas que hice lo que creí que era mejor para ellas.

—¿Hice? Por qué hablas en pasado, lo mejor para ellas es que vuelvas, sano y salvo —dijo Susana contrariada y algo enfadada por las palabras de su jefe—. Pero ¿por qué no se lo dices tu a las niñas? Están por aquí.

Pablo esperó unos instantes a que se pusieran sus hijas, pensativo y preocupado, hasta que escuchó la voz de la mayor.

—Hola Papi. ¿Dónde estás? ¿Cuándo vamos a volver a casa? ¿Y por qué no viene mami a recogernos?

—Mami está haciendo un cursillo en el trabajo, pronto irá a buscaros. ¿Qué tal lo estáis pasando?

—Muy bien, esto es muy divertido, hemos visto animales y te hemos hecho un regalo para tu cumpleaños. Tienes que llevarnos al parque de atracciones.

—Os llevaré cariño. Dale un beso a tu hermana.

Pablo le tiró un beso por el teléfono y después colgó, destrozado moralmente por el reencuentro con el pasado que iba a dejar atrás. Sus hijas y su mujer eran parte de su vida, una vida que iba a cambiar por un mundo desconocido y extraño, en el que al menos, pensó, estaba Alicia. Pero se sentía mal, por haber traicionado de alguna manera a todos sus seres queridos.

Metido en sus pensamientos no se percató de que uno de los secuaces de Lu Chang había abierto la puerta de su locutorio, hasta que sintió en su espalda un objeto presionándole y escuchó:

—No se mueva, ni diga una palabra, le estoy apuntando con una pistola, que no dudaré en utilizar si intenta llamar la atención de sus amigos de ahí fuera.

Salió del locutorio acompañado de aquel hombre que no dejaba de apuntarle con su revólver, mirando de reojo el interior de la tienda y observando tendido detrás del mostrador al hombre que le había atendido, al que parecían haber golpeado fuertemente.

A punta de pistola le obligaron a salir por la puerta trasera de la tienda, allí esperaba el inseparable compañero del hombre que le tenía retenido, con el motor en marcha.

Le obligaron a subir al vehículo, pero antes de hacerlo el hombre que le apuntaba con el arma le quitó la pulsera de su muñeca para asegurarse que esta vez no pudiera escapar.

Sentado en la parte de atrás del vehículo, acompañado de aquel siniestro oriental, mientras el coche abandonaba a toda velocidad la pequeña ciudad situada en el centro de la isla, Pablo pensó que esta vez, su destino se había complicado enormemente. Sin la pulsera, esa especie de amuleto que le había salvado en estos días en tantas ocasiones, se sentía realmente desvalido.

Mientras esto ocurría en la ciudad los hombres que esperaban en la puerta a Pablo, extrañados por lo que tardaba en salir entraron en la tienda, donde descubrieron al dueño tendido en el suelo y la puerta trasera abierta, comprendiendo en seguida que se habían llevado a Pablo prácticamente delante de sus narices. Rápidamente subieron al coche y salieron de la ciudad en su busca.

El vehículo en el que viajaba Pablo se había dirigido al norte de la isla y habían llegado a una zona de acantilados. Para evitar sorpresas y cualquier posibilidad de huida, aquellos hombre le habían esposado con las manos en su espalda.

Una vez bajaron del coche le obligaron a aproximarse al acantilado, de espaldas a éste y prácticamente al borde del abismo.

La situación era muy complicada y las intenciones de aquellos siniestros personajes parecían claras, todo apuntaba a que no eran otras que despeñarle por las rocas del acantilado. Pronto sus sospechas se verían confirmadas.

Uno de ellos, el que conducía el coche, cogió su teléfono móvil e hizo una llamada. Se trataba de una videoconferencia y Pablo pudo ver en la pantalla a un viejo conocido, el señor Frank Leivoz.

—Vaya, quién tenemos aquí —le habló por el dispositivo con cara sonriente y según parecía bastante satisfecho por verle en aquella situación—, el señor Pablo Sandoval. He de reconocer que ha sido usted un digno enemigo, lastima que su aventura haya llegado al final.

Pablo, a pesar de su situación y de que esta vez veía muy difícil poder escapar de allí, no estaba dispuesto a parecer rendido y temeroso delante de aquel personaje indeseable que estaba dispuesto a acabar con él y con el resto de la humanidad, incluida su propia familia, por eso sacando fuerzas de flaqueza y algo de orgullo, en una situación angustiosa, decidió responderle como se merecía.

—He conocido en mi vida a muchos seres indeseables, pero he de reconocer que usted está a la altura de las peores ratas de este planeta. Afortunadamente pronto la policía dará con usted. En estos momentos ya deben de saber quién ordenó los atentados.

—Seguro que con su estimable ayuda —le dijo cambiando algo el gesto de satisfacción que había mantenido hasta entonces—, lástima que eso ya no importe mucho, cuando lleve a cabo mis planes, ningún policía, ni ningún gobierno de este planeta podrá hacer nada contra mí. Y usted será la primera pieza de mi triunfo. Cuando se despeñe por ese acantilado dejará de cumplirse la profecía, ya no podrán atravesar los cuatro la puerta, pero antes de que se cierre yo me ocuparé de que no vuelva a abrirse nunca más y acabaré con ese maldito planeta, que desterró a mis antepasados.

—Si lo hace acabará con este planeta también, será un suicidio.

—¿Eso le ha dicho el viejo Doreel? . Siempre fue un estúpido, pero esta vez ni él se salvará, no podrá volver a casa, porque ya no tendrá casa —dijo riéndose compulsivamente.

—Es usted todavía más necio de lo que imaginé. Espero que si Doreel tiene razón el primero en desintegrarse sea usted.

—Lastima que usted no lo vaya a ver. Hasta nunca.

Frank colgó el teléfono y su imagen desapareció del dispositivo y con ella los preámbulos antes de que se cumplieran sus órdenes. Frente a aquellos dos asesinos, sin su pulsera y con un arma apuntándole cerca de su frente Pablo pensó que esta vez había llegado el final, pero por si acaso, por si los milagros existían y a pesar de no contar con su amuleto, cerró los ojos como cuando se había entrenado el día anterior y pensó cuál debía ser el movimiento de defensa que le sacara de aquella situación.

De repente hizo un rápido movimiento de cabeza que evitó la trayectoria de la bala que había disparado su ejecutor, lanzando seguidamente una patada contra la mano que sostenía el arma haciéndola saltar por los aires, para terminar lanzando la otra pierna contra su pecho y haciéndole rodar por el suelo.

Enfurecido y lleno de rabia al ver cómo aquel hombre con las manos esposadas a su espalda se había deshecho de él con tanta facilidad, el oriental se lanzó contra Pablo para empujarle hacia el acantilado.

Este otra vez cerró sus ojos y justo en el momento en el que su desquiciado enemigo se iba a abalanzar sobre él, hizo un movimiento rápido doblando su cuerpo hacia abajo y haciendo que su oponente en su carrera saltara sobre él precipitándose al vacío.

Se incorporó y abrió los ojos, para observar el gesto atónito de su compañero, que no podía creerse la facilidad con la que aquel hombre esposado, se había deshecho de su colega de fechorías.

Retrocedió hacia atrás pensando que lo más seguro después de lo visto, sería mantenerse alejado de aquel hombre. A cierta distancia sacó su arma y apuntó a Pablo con ella, sonriendo en la confianza de que desde esa posición, poco o nada podría hacer para evitar su destino.

De repente, se escuchó un disparo, pero no el de él, que ni siquiera había tenido tiempo de utilizar su arma, sino el de un arma cuya bala impactó en su espalda haciendo desplomarse a su agresor.

Acto seguido Pablo pudo ver a lo lejos a uno de los hombres de Blake, que le había acompañado hasta la ciudad, empuñando su arma junto al vehículo, que se encontraba parado a unos metros de donde él se encontraba.

Aquellos hombres se acercaron después hasta él y le liberaron de sus ataduras. Después y tras registrar el vehículo en el que le habían llevado hasta allí, le dieron su pulsera para que se la pusiera. Una pulsera que misteriosamente no había llevado en ningún momento y sin embargo había sido

capaz de hacer lo mismo que con ella.

No sabía que era exactamente lo que había ocurrido, pero tampoco le importó demasiado. De un modo u otro, por la razón que fuera otra vez se había librado de las garras de su enemigo, cuando ya parecía que estaba todo perdido.

RUMBO A LA ISLA

Tras la experiencia vívida y después de que sus salvadores se deshicieran de los cuerpos de esos dos horribles hombres que tanto daño habían hecho, y con la satisfacción de que ya no iban a atentar contra nadie, Pablo se dirigió acompañado de sus guardianes, hacia el puerto de la isla donde les esperaba un barco listo para zarpar, en el que ya estaban el resto de sus compañeros.

El incidente había retrasado algo los planes que tenían y por eso fue conducido directamente allí. Al llegar vio un lujoso yate de cuarenta y tres metros de eslora, con una altura de tres pisos y junto a la pasarela, en el interior del barco, a Doreel y Blake, que aparentemente estaban esperando su llegada.

Bajó del vehículo y se despidió de sus guardianes, no sin antes darles nuevamente las gracias por su providencial intervención, tras lo cual atravesó la pasarela hasta llegar al lugar donde se encontraban esperándole.

—Nos tenía preocupados —dijo Blake—. Esta vez se ha librado por poco.

—¿Cómo han podido encontrarnos? —preguntó él, extrañado por la presencia de aquellos hombres en la ciudad.

—La casualidad o el destino, una vez más —intervino Doreel—. Era previsible que nos encontraran, pero imprevisible que estuvieran justo en la ciudad en el momento que llegó usted. Como le dije, el futuro nunca está escrito.

—Afortunadamente nuestros hombres llegaron a tiempo, le habíamos instalado un localizador en su ropa, para evitar que se perdiera, por eso no nos costó demasiado dar con usted. Por cierto, creo que se defendió bastante bien de sus enemigos.

Con sus palabras, Blake había dado una explicación a Pablo sobre la duda que tenía sobre cómo habían podido dar con él tan rápido, pero había otra duda que necesitaba aclarar.

—Lo extraño es que pudiera hacerlo, sin tener la pulsera puesta.

—No es tan extraño —le aclaró Doreel—. La pulsera lo único que hace es crear un campo de energía similar al de Quarabel, pero desde que anoche se abrió la puerta, ese campo está muy cerca de nosotros y cada vez se está haciendo más fuerte. La explicación podría estar ahí, aunque también es cierto que la presencia de Gael, su otro yo, siempre ha sido más intensa en usted que en los demás.

—Vamos a zarpar en unos instantes, diríjase a la primera planta y allí le acompañarán a su habitación para que se cambie —dijo Blake.

Pablo así lo hizo, se dirigió hacia el lugar que le habían indicado y allí un hombre le acompañó a su camarote, una lujosa habitación con ventanas al exterior, mobiliario moderno y funcional y una gran cama en frente de una enorme pantalla de televisión.

De repente notó cómo el barco comenzaba a moverse y se dirigió a una de las ventanas para ver cómo se alejaba del puerto, observando que junto a él estaban zarpando también dos fragatas de la marina fuertemente armadas, en lo que parecía ser una especie de escolta oficial. No cabía duda, pensó, que aquellos hombres disponían de todo tipo de medios e influencias en las más altas esferas para llevar a cabo su misión.

Resultaba sin embargo extraño que lo que para él había sido un enorme descubrimiento, para otros fuera en realidad la constatación de algo que llevaban esperando durante siglos.

En ese momento llamaron a la puerta, la abrió y encontró frente a él a Alicia, que se abalanzó sobre sus brazos abrazándole y besándole, con la intensidad de alguien por cuya imaginación hubiera pasado la idea de no volver a verle.

—Creía que esta vez sería el final —le dijo ella con la cabeza recostada sobre su hombro.

—Yo también —le dijo él retirando su cabeza y separándola un poco de la suya, aunque cogido a sus brazos, para poder ver su rostro—. Y ¿sabes lo más curioso? la única persona en la que pude pensar en esos momentos fuiste tú.

Era cierto, a pesar de haber hablado con sus hijas, de la noticia de que su mujer se estaba recuperando, Alicia seguía ocupando sus pensamientos de un modo casi inconsciente, como si una fuerza interior abocara a todo su ser directamente hacia ella. Y a pesar de ello, sí era cierto que ahora, después de las últimas noticias, sí sentía que de algún modo estaba traicionando a sus seres queridos, aunque intentó aliviarse pensando que si estaba haciendo lo que estaba haciendo, era precisamente para salvarles a ellos y al resto de los

habitantes del planeta.

Alicia y Pablo dieron un paseo por la cubierta del barco, después del almuerzo improvisado, para coger fuerzas. Se dirigían rumbo a la isla donde supuestamente se encontraba la puerta de Quarabel, una puerta que representaba para ellos el final de una vida y el comienzo de otra, o mejor dicho el rencuentro con otra.

Desde la proa del barco la inmensidad del océano, mezclada en el horizonte con la línea del cielo al comienzo del atardecer, conformaban un hermoso paisaje, acentuado por la brisa del mar que acariciaba sus cuerpos.

Llevaban un rato en silencio, abrazados, contemplando aquel impresionante paisaje, cuando Alicia rompió el silencio.

—¿Sabes? A veces pienso en Quarabel y no soy capaz de imaginar cómo será allí nuestra vida. Me he pasado la mía investigando sobre física y mundos paralelos y ahora que tengo la posibilidad de vivir una experiencia única, tengo miedo de que al final mi nueva vida me resulte vacía.

—Yo también tengo muchas dudas —dijo Pablo mientras fijaba su vista en el horizonte—. Me gusta este planeta, el sol, las nubes, ese inmenso mar azul. Y sin embargo se supone que debíamos estar muy alegres por volver a casa. Pero ¿cómo se puede estar alegre por volver a un lugar del que no recuerdas nada?

—Al menos estaremos juntos —dijo ella mirándole con ternura.

—Sí —dijo él devolviéndole la mirada—. Si no te hubiera conocido, nunca podría haber dado este paso.

Los dos continuaron en silencio mirando al horizonte, mientras arriba, en la cabina de mando del barco, Doreel y Blake les estaban observando.

—Parece que están enamorados —dijo Blake.

—Lo están —afirmó Doreel—. Siempre lo han estado, aún sin saberlo, su relación es muy fuerte y ha permanecido a través de los siglos esperando que llegara este momento.

—Sin embargo llegué a pensar que su pasado humano podría dar al traste con nuestra misión. Aunque resulte duro decirlo, fue una suerte que se produjera el accidente de su mujer.

—No fue suerte, fue sólo una pieza más en el rompecabezas del futuro.

—¿El destino?

—No exactamente, si hubiera un destino significaría que conoceríamos de antemano la imagen que se formaría al final del puzle, pero no es así. Nosotros formamos la imagen final, el futuro, diseñando y poniendo las piezas del puzle.

—Quedan sólo unas horas para llegar a la isla —dijo Blake mientras consultaba su reloj.

—Sí, es cierto. Deberíamos juntarles a todos en la sala para explicarles su misión.

Así lo hicieron. Blake dio instrucciones a sus hombres para que localizaran a sus distinguidos pasajeros y los juntaran en la sala que había en el piso superior del barco.

Allí se encontraban los cuatro hablando entre ellos, sentados en los sillones que rodeaban una pequeña mesa, Alicia y Pablo en el del centro y los otros dos en los laterales, cuando irrumpieron en el lugar el padre de Alicia, Doreel y Blake. Este último cogió un mando automático e hizo que se desplegara una pantalla de proyección del techo. Después apagó las luces y comenzó a proyectar unas diapositivas sobre ella.

En la primera de las diapositivas apareció un mapa del archipiélago en el que se encontraban que estaba compuesto por numerosas islas, y un trazado en rojo que marcaba la posición de la que habían partido y una X que parecía corresponder al lugar de destino.

—Nos dirigimos al lugar marcado en rojo con una X, es una isla que se formó ayer a las doce en punto de la noche, surgiendo de un meteorito que atravesó el mar justo en ese mismo instante y que desaparecerá exactamente un segundo antes de que salga el sol en la madrugada de mañana, cuando la puerta se cierre definitivamente.

Blake accionó el mando en ese momento para que apareciera la segunda de las diapositivas, en la que se veía un plano de la isla que curiosamente tenía la forma de la estrella doble de Quarabel.

—Como podrán apreciar —continuó Doreel—. La isla tiene la misma forma que una vieja conocida de ustedes, la estrella de Quarabel. La puerta se encuentra justo en el centro de la isla, detrás de una catarata que forma un río de agua que llega hasta el mar. Nuestro objetivo será llegar desde la desembocadura hasta la catarata navegando río arriba. Es el camino más rápido y más seguro para hacerlo.

Una nueva diapositiva apareció en la pantalla con un dibujo de la catarata.

—Una vez lleguen a la catarata deberán atravesarla para dirigirse al interior de una gruta que forma una especie de pasarela, que recorre un camino sobre un río de lava incandescente, con formaciones rocosas de color dorado en el techo y los lados.

Pasó la diapositiva y apareció una imagen de la gruta que les acababa de describir. Tras la cual apareció otra en la que se veía una especie de embarcadero, con una canoa situada en un lago donde confluía el río de lava y al otro lado de éste la Puerta de Quarabel.

—Llegarán a un embarcadero al final del camino, allí cogerán una canoa y remarán hasta el otro lado del lago donde les espera la puerta de Quarabel. No se preocupen, la canoa esta diseñada para navegar sobre la lava, pero recuerden, ustedes no.

En ese momento apareció la dispositiva con la puerta de Quarabel, tal y como Pablo la había visto siempre, pero esta vez sobre el suelo arenoso que formaba una playa al final del lago incandescente.

—Una vez allí deberán colocar los cuatro sus manos derechas sobre la huella que corresponde a cada uno de ustedes y en ese momento se abrirá la puerta que podrán atravesar y que se cerrará definitivamente transcurridos unos instantes.

Si después de eso alguno de ustedes no lograra atravesar la puerta, se desintegrará en el momento en que ésta se cierre.

Las luces se encendieron y la proyección terminó. En ese momento Doreel se dirigió a los cuatro y les preguntó.

—¿Tienen ustedes alguna duda?

—Usted dijo, que si no lográramos atravesar la puerta nos desintegraríamos. ¿Pero qué podría impedirnos atravesarla? —preguntó extrañado Iván.

El resto de ellos clavaron su mirada en Doreel, pensando lo mismo que su compañero y esperando una respuesta.

—Me temo, que a pesar de que haremos todo lo posible por evitarlo —contestó Doreel—, no podemos garantizar que Frank y sus secuaces no puedan llegar hasta la puerta. En estos momentos se dirigen también hacia la isla, que me temo ya han localizado. Nuestra ventaja será, que conocemos la posición exacta de la desembocadura y ellos no. Esto nos suministrará un tiempo extra que deberemos aprovechar.

—Hemos visto que nos escoltan unas fragatas del ejército —dijo Pablo—. ¿No debería ser suficiente para impedir que Frank llegara a la isla?

—En condiciones normales sí —contestó esta vez Blake—. Pero como usted bien sabe, Frank dispone de un arma cuyo poder desconocemos. Quizás el señor Láinez podría contarnos algo más sobre ella.

Todos volvieron sus miradas hacia el padre de Alicia.

—Frank Leivoz —dijo el señor Láinez— dispone de un arma desarrollada a

partir de la información obtenida de las pulseras, que tiene una doble funcionalidad. Por un lado es capaz de neutralizar el efecto que las pulseras tienen sobre todos ustedes y por otro lado, disparado sobre otra persona normal o cualquier otro objeto, podría desintegrarlo, enviándolo a un mundo paralelo, distinto al que nos encontramos nosotros en estos momentos.

—¿Quiere decir que podría desaparecer cualquier cosa? —preguntó sorprendido Pablo.

—De momento sólo cosas de un determinado tamaño, pero si consigue la pieza que le falta a su arma y logra aumentar su potencia podría incluso hacer desaparecer ciudades o naciones enteras, como si nunca hubieran existido.

De repente Pablo pareció entender con total claridad las razones que habían movido a aquel hombre a hacer todas las atrocidades de las que había sido capaz. El arma que había creado le daba un poder absoluto, pero seguía sin comprender su obsesión por llegar hasta la puerta de Quarabel.

—Imagino que esa pieza estará en la isla a la que nos dirigimos —comentó Pablo—. De lo contrario Frank no se hubiera tomado tantas molestias por llegar hasta aquí.

—Efectivamente —intervino Doreel—. La pieza se encuentra en la puerta, si la consigue logrará aumentar el poder de su arma y podrá destruir Quarabel disparando contra la puerta.

—Pero aunque no lo consiga, cuando nosotros nos hayamos ido él seguirá teniendo el arma —dijo Alicia—. Y seguirá siendo muy peligroso.

—En estos momentos —dijo Blake—, la policía tiene pruebas suficientes como para encerrarle de por vida y los servicios secretos de varios países han sido alertados sobre sus planes, si logra salir de la isla antes de que se hunda en el mar, le estaremos esperando para detenerle.

—¿Alguna pregunta más? —dijo Doreel.

—Sí —preguntó Pablo—¿por qué tenemos que surcar el río, en vez de llegar allí por el aire, por ejemplo en un helicóptero? veo que ustedes disponen de todo tipo de medios.

—No es posible sobrevolar la isla —contestó Doreel—. Recuerde que no se trata de una isla normal. El campo gravitatorio que la rodea es similar a la atmósfera de Quarabel, cualquier aeronave que se adentrara en su superficie se estrellaría irremediablemente contra el suelo.

Los cuatro se miraron asumiendo que el momento de actuar había llegado, no había marcha atrás y todo apuntaba a que las próximas horas iban a ser de mucha acción.

—Bien señores —dijo Blake—. Les aconsejaría que ahora vayan a sus camarotes e intenten descansar antes de que empiece la “fiesta”. Si no lo consiguen por medios naturales, tienen una pastilla que les ayudará a dormir unas horas. Es importante que lo hagan, les necesitamos en plena forma. Dentro de unas horas llegaremos a la isla.

Los cuatro se retiraron de la sala y fueron cada uno a su camarote tal y como les había pedido Blake. Pablo entró en el suyo se sentó en la cama y miró la pastilla que había sobre la mesilla. Estaba cansado después del día tan ajetreado que había vivido, pero también lo suficientemente nervioso como para no poder conciliar el sueño, al fin y al cabo si todo salía bien, le quedarían sólo unas pocas horas para abandonar el planeta y con ello, a las personas que durante tanto tiempo habían formado parte de su existencia. Cogió la pastilla, el vaso de agua y cuando iba a tomársela llamaron a la puerta del camarote. Era Alicia.

—Estaba nerviosa —dijo—. Y no quería estar sola.

Pablo la invitó a entrar en su camarote y estrechándola en sus brazos la besó. Definitivamente, ninguno de los dos iba a tomar aquella pastilla.

LA HORA DE LA VERDAD

El barco continuó su camino hasta llegar, transcurridas aproximadamente unas dos horas y ya completamente anochecido, hasta la posición donde supuestamente se encontraba la isla. Los radares avisaron entonces de la presencia de una formación terrestre, a pesar que desde el barco lo único que se observaba enfrente era una intensa niebla que formaba una especie de nebulosa con lo que parecía el contorno de la isla.

La rodearon hasta llegar a la posición en la que, según el plano, debería de encontrarse la desembocadura y una vez allí el barco paró frente a ella, mientras que las embarcaciones que lo acompañaban formaron una especie de cerco apuntando con sus baterías de cañones para impedir que otras embarcaciones intentaran acercarse al lugar.

En la cubierta del barco se encontraban reunidos y vestidos para la ocasión con unos trajes negros en forma de malla forrados de neopreno y el logo de Quarabel impreso en el pecho.

Alicia se encontraba un poco más alejada del resto del grupo junto a su padre, despidiéndose de él.

—Te voy a echar mucho de menos —le dijo ella mientras agarraba sus brazos.

—Yo también. Me hubiera gustado, de haber sido posible, conocer Quarabel, seguro que es un sitio maravilloso, te diría que me enviaras una foto, pero me temo que no va a ser posible.

Los dos sonrieron y se abrazaron, mientras a sus ojos asomaba alguna lágrima motivada por la emoción del momento.

—Cuidate mucho y no descuides tu alimentación ahora que no te voy a poder vigilar.

—Lo hare, no te preocupes. Espero que seas muy feliz y que algún día

volvamos a vernos en algún mundo paralelo o en otra dimensión y que volvamos a ser padre e hija.

Volvieron a sonreír y abrazarse, después Alicia se incorporó al resto del grupo mientras miraba de reojo a su padre y trataba de limpiar sus ojos bañados de lágrimas.

Ya junto al resto de sus compañeros escuchó las últimas instrucciones de Blake.

—Subirán ustedes a la embarcación y serán escoltados por un grupo de mis hombres hasta la catarata, después deberán continuar solos por la gruta hasta llegar a la Puerta de Quarabel. Sus trajes son impermeables y llevan un tratamiento especial que les aislará del calor cuando estén cerca del río de lava.

Pablo tocó su traje como queriendo probar sus cualidades sin notar nada especial y después miró a Alicia sonriéndola para tratar de animarla, sabedor de lo difícil que le resultaba separarse de su padre.

—Esta pulsera que ha fabricado para nosotros el profesor Laínez —continuó Blake mientras sujetaba una pulsera en sus manos—, tiene la facultad de inhibir el efecto del arma de Frank sobre el que la lleve. Lamentablemente sólo tenemos una y creemos que debería de llevarla Pablo, ya que es el más veterano y el que más experiencia tiene.

Se la puso a Pablo junto a la otra pulsera y después, dirigiéndose a él, le dijo:

—Deberá cuidar de sus compañeros y ayudarles en caso de que sean neutralizados. De usted depende en gran parte el éxito de esta misión.

Otra vez, pensó Pablo, le tocaba lidiar con el papel protagonista de esta historia, aunque en el fondo ya estaba empezando a acostumbrarse.

—Por cierto. ¿Dónde está Doreel, no vendrá con nosotros? —preguntó Pablo.

—Partió hace casi una hora hacia su mundo, si todo sale bien se encontrarán con él en Quarabel.

La verdad es que Pablo no entendía bien qué significaba exactamente aquello de que había partido, pero tampoco se preocupó mucho por ello, aquel hombre o lo que fuera, tenía la virtud de desaparecer y aparecer en los lugares más insospechados, quizás una vez en Quarabel entendería por qué.

Los cuatro descendieron por las escaleras del barco hasta uno de los botes fuera borda que había al final de esta. Un grupo de hombres armados, entre los que estaban los que le habían salvado de las garras de los secuaces de Frank,

iban en el otro.

Las embarcaciones arrancaron rumbo al interior de la inmensa niebla que envolvía la isla. Su aspecto, algo tétrico, se hacía más evidente a medida que se aproximaban a ella.

Pablo conducía el bote donde viajaban los cuatro elegidos para atravesar la puerta, no en vano tenía práctica de utilizar este tipo de embarcaciones durante sus vacaciones en la playa. Pero esta vez la playa a la que se acercaba era muy distinta.

La luz de la luna proyectada sobre el agua parecía trazar un camino hacia el interior de aquella densa nube y el silencio, sólo roto por el ruido de los motores, resultaba estremecedor.

Bajo la mirada atenta de Blake, desde la cubierta del barco, las dos embarcaciones se fueron adentrando en la niebla y desapareciendo entre ella.

La embarcación donde viajaban Pablo y sus compañeros se vio entonces de repente inundada por una inmensa luz procedente del cielo, que acostumbrados a la oscuridad les deslumbró. Ante sus ojos atónitos apareció un sol radiante más intenso incluso que al que estaban acostumbrados, brillando en lo alto.

En apenas unos segundos habían pasado como por arte de magia de la noche al día. La luz resaltaba aún más el maravilloso paisaje que les rodeaba.

Navegaban por un río de aguas cristalinas con un color azul intenso, más propio del mar que de un río, provocado por el reflejo de una frondosa vegetación que lo flanqueaba a cada orilla llena de plantas multicolores de una extraña especie que no habían visto nunca antes y árboles de hojas azul celeste y violeta.

Era como si estuvieran contemplando el paisaje de un cuento imaginario, pero era real, estaba allí, delante de sus ojos. Ninguno de ellos dijo una palabra, simplemente se limitaron a contemplar aquel impresionante mundo que los rodeaba, nuevo para ellos.

De repente, saliendo del fondo del agua aparecieron dos peces multicolores que saltaban hacia la superficie para luego volver a sumergirse en el río, una y otra vez delante de sus expectantes miradas. Eran exactamente iguales y lo hacían perfectamente coordinados, como si fueran un único pez.

Pablo pensó entonces en la historia que le contó Doreel la primera vez que habló con él, cuando le explicó la división que experimentaban todos los seres de Quarabel. Quizás aquellos peces fueran habitantes de aquel planeta y el paisaje que estaban contemplando un pequeño trozo de aquel singular mundo.

Mientras esto ocurría, en el centro de mando del barco Blake esperaba expectante a que llegara el momento de recibir noticias sobre los progresos en la misión cuando fue interrumpido por uno de sus hombres.

—Señor. Nos comunican de la fragata, que ha sido detectada la presencia de un submarino acercándose rápidamente hacia aquí.

—¡Frank! —exclamó Blake—. Debí suponerlo. Dígales que intenten interceptarle con cargas de profundidad, debemos de evitar como sea que llegue a la isla.

Dentro del submarino Frank se encontraba reunido en la sala de mandos con Lu Chang y el capitán ultimando sus planes para impedir que Pablo y sus amigos llegaran hasta la Puerta de Quarabel .

—Tenemos delante de nosotros un crucero y dos fragatas bloqueando la entrada a la isla. Ya deben haber advertido nuestra presencia —dijo el capitán.

—Probablemente lancen cargas de profundidad para impedir que atravesemos el cerco —dijo Lu Chang.

—Ya sabe lo que hay que hacer, capitán —ordenó Frank—. Active el escudo y ataque a las fragatas.

El capitán asintió con la cabeza y se dispuso a cumplir las órdenes que le habían dado. Frank y Lu se acercaron a uno de los monitores de la sala y vieron delante de ellos un gran número de cargas de profundidad bloqueando el camino. A pesar de ello el submarino repelió el ataque lanzando varios torpedos contra aquellos barcos a la vez que activaba un escudo que proyectó una intensa luz alrededor del submarino.

—No lo hemos probado nunca —dijo Lu.

—Funcionará —dijo Frank.

El submarino siguió su camino pasando entre las cargas de profundidad haciendo que éstas desviarán su trayectoria cada vez que se acercaban al escudo, mientras uno de los torpedos alcanzó la proa de una de las fragatas.

—Ha funcionado —dijo sorprendido Lu.

—Por supuesto —afirmó Frank—. El escudo utiliza la misma tecnología que extrajimos de las pulseras. En realidad no repele las cargas, sino que modifica su destino actuando sobre los elementos que influyen en su trayectoria, el agua... las corrientes.... en una palabra, cambiando su futuro y de paso el nuestro.

—Es increíble. Con ese poder nada podrá detenernos.

—Sin embargo aun nos falta la fuente de energía más poderosa, que está en esa isla, con ella no serán cargas de profundidad las que repelamos, sino todos los misiles de la OTAN y la Unión Soviética juntos.

Desde el crucero Blake observaba cómo una de las fragatas había sido alcanzada por el fuego enemigo y cómo la tripulación procedía al desalojo del navío rápidamente utilizando botes o directamente lanzándose al agua para llegar hasta la segunda de las embarcaciones. Parecía increíble, pero Frank había pasado por en medio de un cerco plagado de cargas de profundidad sin haber recibido ni un rasguño.

—¿Cómo es posible? —preguntó Blake al capitán de su barco.

—No lo sé —contestó él—. Resulta bastante increíble.

—Llegará a la isla en unos minutos —dijo muy preocupado —espero que la ventaja que le llevamos resulte suficiente.

Como había vaticinado Blake, en apenas unos minutos el submarino de Frank atravesó la densa niebla y llegó hasta la desembocadura del río. En ese momento se dirigió a la superficie saliendo de debajo del agua, tan imponente y amenazante como los siniestros tripulantes que lo habían llevado hasta allí.

De su escotilla salieron un grupo de hombres fuertemente armados entre los que se encontraba Frank con su flamante arma y la pulsera de cuatro colores sobre su muñeca., dirigiéndose a la popa del barco, donde se había abierto una compuerta de la que salió una moderna nave semi—sumergible de más de 35 metros de longitud, armada con pequeños misiles de corto alcance y con un potente motor, a la que subieron aquellos hombres.

Frank colocó su arma en una especie de soporte junto al timón del barco, que le permitía moverla a su antojo con una estremecedora precisión.

La ventaja que Blake creía que llevaban tenía toda la pinta de ser neutralizada en poco tiempo con aquella nave que empezó a surcar el río a gran velocidad, rompiendo el silencio del pacífico y maravilloso lugar con el rugir de sus motores.

Frank observó, como lo habían hecho antes sus perseguidos, aquel paisaje, pero no como el sitio espectacular que era, sino como un fragmento más del planeta que él estaba dispuesto a destruir.

Río arriba, Pablo y sus compañeros,, ajenos a la presencia de Frank y sus hombres en la isla, ya habían recorrido una parte importante del camino,

admirando y disfrutando de todo lo encontrado durante el trayecto, completamente nuevo para ellos: criaturas terrestres resplandecientes, extraños seres anfibios multicolores bajo las aguas cruzándose en su camino y formaciones destellantes y luminosas sustituyendo a las nubes terrestres. Un mundo que bien podría ser una evolución del terrestre o por el contrario corresponder a un pasado que el hombre se hubiera ocupado de destruir y transformar.

Pablo se encontraba pilotando la embarcación y Alicia estaba sentada junto a él, los dos ensimismados por todo aquel derroche de belleza paisajística que estaban contemplando sus ojos.

—Es precioso —dijo ella—. Parece como si alguien hubiera ido por la isla, con una brocha, pintándolo todo de colores.

—Sí, es realmente espectacular, quizás así podría haber sido nuestro planeta al principio de los tiempos.

—¿Crees que Quarabel será igual?

—No lo sé. Puede que incluso sea más bello que esto, pronto lo sabremos.

—Espero que no eches de menos tu vida en la tierra.

—No se si mi vida, pero sí a las personas que dejo aquí. A ti te ocurrirá lo mismo con tu padre.

—No es lo mismo, tú tienes dos hijas y una mujer. ¿La sigues queriendo?

Alicia le estaba preguntando por Mónica, hasta ese momento, no sabía si consciente o inconscientemente, ella parecía haber preferido no hablar de ese tema.

—De un modo distinto a como te quiero a ti —contestó pensativo—. Ella es una parte importantísima de mi vida y la madre de mis hijas.

—¿Y yo qué soy? ¿Se supone que también soy parte de tu vida, de tu pasado más recóndito?

—Es cierto. Y estoy seguro que cuando los dos lo recordemos, todo lo demás pasará a un segundo plano.

—¿Y ahora, Pablo? ¿Qué soy para ti ahora? —le volvió a preguntar, en un intento porque se pronunciara sobre sus verdaderos sentimientos hacia ella.

Pablo la miró con ternura, entendía sus dudas porque él mismo las tenía, pero si algo era cierto era que aquella mujer había irrumpido en su vida, con una fuerza y una intensidad desconocida hasta entonces para él.

—Tú eres como este mundo, un maravilloso descubrimiento que está transformando mi vida y mi existencia. Te quiero Alicia, de una forma diferente a la que antes haya podido querer a nadie y sin embargo si alguien

me preguntara por qué, no sabría explicarlo.

Alicia se sintió complacida por sus palabras, para ella también era difícil de asimilar lo que estaba ocurriendo entre los dos, se sentía como la intrusa que había irrumpido en su vida y en la de su familia, y sin embargo, visto desde la perspectiva de su pasado en común, los que realmente habían irrumpido en sus vidas, separándoles de algún modo habían sido su mujer y sus hijas. Algo muy difícil de entender cuando tus recuerdos parecían haber sido borrados, aunque lo que ninguno de los dos sabía es que en realidad estaban simplemente ocultos en algún lugar de sus subconscientes, esperando a salir de un momento a otro. Llegar a la puerta empezaba a ser una necesidad imperiosa para ambos.

Sin embargo, al final eso no iba a resultar tan fácil como había sido hasta el momento y el idílico viaje que habían vivido hasta entonces, una vez más se vería interrumpido por la presencia de Frank.

Un ruido de motores a lo lejos, les despertó bruscamente de su maravilloso letargo, para descubrir acto seguido la presencia cada vez más cercana de sus perseguidores.

Los tripulantes de la embarcación de escolta, con los hombres de Blake, que se percataron de su presencia, aminoraron su marcha con el fin de hacerles frente e impedirles el paso hacia ellos, mientras cargaban sus armas.

Desde la primera embarcación Pablo y sus compañeros observaban expectantes lo que hacía presagiar un enfrentamiento inminente entre los dos grupos, con la esperanza de que finalmente fueran los miembros de su escolta los que salieran airoso.

Sin embargo los acontecimientos, pronto les enfrentaron con un desenlace muy distinto al que ellos habían imaginado. La embarcación de Frank lanzó un torpedo que impactó directamente sobre la embarcación de la escolta, haciéndola saltar por los aires con todos sus tripulantes dentro. Una vez más la malicia de aquel siniestro personaje teñía de sangre, esta vez, las aguas de un río no acostumbrado a la violencia del hombre.

Pablo, consciente del peligro, intentó acelerar un poco más el motor, sin embargo la presencia de la embarcación de Frank atravesando la nube que había provocado la explosión de la nave de escolta, le hizo comprender que por más que lo intentara, la nave que les perseguía, no tardaría mucho en darles caza.

—Si seguimos en el barco —dijo Pablo —no tendremos ninguna opción. Tenemos que acercarnos a la orilla e intentar seguir por allí hasta el final del

rio.

—No nos dará tiempo —dijo Iván—. Vienen muy rápido hacia nosotros.

—Tenemos que intentarlo —replicó Pablo mientras ponía rumbo hacia la orilla.

—Espero que esta vez las pulseras también nos ayuden —dijo Alicia preocupada por lo comprometido de la situación.

La embarcación se aproximó rápidamente hacia la orilla, mientras sus tripulantes se acercaban a la proa, para intentar saltar cuando llegaran cerca de ella.

A lo lejos, Frank, que se había percatado de la maniobra que estaban intentando, se dispuso a lanzar un segundo torpedo contra ellos.

—Disparadles —ordenó a su tripulación.

El torpedo recorrió rápidamente las aguas en dirección hacia la embarcación de Pablo, que ya se encontraba muy próxima a la orilla. Este, que se había percatado del lanzamiento, gritó a los otros:

—¡Saltad! No tenemos tiempo de llegar.

Los tres saltaron al agua, Alicia no sin antes dirigir su mirada hacia Pablo, pidiéndole con ella que hiciera lo mismo cuanto antes.

Pero antes de hacerlo Pablo colocó una barra de hierro en el timón después de girarlo, con el fin de que la embarcación siguiera unos metros más río arriba alejándose lo suficiente de ellos para que no les alcanzara la explosión.

El misil se acercó inexorablemente hacia la embarcación y una vez más, Pablo se desdobló en distintos Pablos, con distintos destinos posibles, saltando todos excepto uno por los aires.

Alicia, que había asistido horrorizada y muy preocupada por aquella visión, mientras alcanzaba la orilla, junto con el resto de sus compañeros, sintió un tremendo alivio cuando vio que Pablo otra vez se salvaba por los pelos gracias a la pulsera.

Quien no entendía lo que estaba ocurriendo era Frank, que había apuntado con su arma sobre la embarcación de Pablo, con el fin de neutralizar el efecto de la pulsera y acabar definitivamente con él.

—¡Cómo es posible! —Exclamó furioso y contrariado dirigiéndose al jefe de su laboratorio que estaba junto a él—. Le he apuntado con el arma, cómo ha

podido fallar.

—No lo sé. Quizás dispongan de algún tipo de escudo protector. Recuerde que el profesor Láinez está con ellos.

—Ese bastardo, debí haber acabado con él cuando pude hacerlo.

—De todos modos, si se dio cuenta el único que fue capaz de desdoblarse en una situación de peligro fue él. Sus compañeros no lo hicieron.

—Eso quiere decir que el rayo sí ha funcionado y que aunque él tiene una especie de antídoto, sus compañeros no. Eso le hará vulnerable, será su talón de Aquiles y tenemos que aprovecharlo —dijo Frank sonriendo con evidente gesto de satisfacción.

Mientras tanto, Pablo se reunía nuevamente con sus amigos en el interior del frondoso bosque que había junto a la orilla. Alicia se abrazó a él al verle, intentando descargar la tensión vivida durante el desembarco, entre sus brazos.

—Bueno, bueno —dijo él tratando de quitar importancia a lo ocurrido—... que no me ha pasado nada.

—Gracias a la pulsera otra vez —dijo ella.

—Sí, pero con vosotros no ha funcionado, el rayo lanzado por Frank las ha neutralizado. Afortunadamente llegasteis con el tiempo suficiente a la orilla como para no necesitarlas. Pero tenemos que tener mucho cuidado y permanecer unidos.

Los cuatro reanudaron su camino río arriba por el bosque hacia la catarata en el nacimiento de aquel río, mientras Frank, ya en la orilla, mandaba desembarcar a sus hombres armados hasta los dientes, y ordenaba iniciar la persecución.

—¡Adelante! —gritó—. Tenéis que darles caza.

Después, junto al jefe de su laboratorio reanudaba su camino río arriba en su embarcación con el fin de llegar a la puerta antes que Pablo y sus amigos, en el supuesto caso de que éstos no fueran neutralizados antes por sus hombres.

Dentro del bosque Pablo conducía al resto, entre una frondosa vegetación, que no permitía tener una visión demasiado lejana de aquel lugar, hacia la parte alta del río, avanzando rápidamente.

En su camino entraban algunos curiosos seres voladores con cierto parecido a las aves terrestres pero de colores variopintos y como los seres anfibios multicolores del río también en parejas idénticas y con un extraño resplandor exterior que recorría sus cuerpos iluminándoles, mientras se movían

rápidamente de un lugar a otro a una gran velocidad resultando muy difícil poder seguir su trayectoria.

Sin embargo Alicia, que los había estado observando detenidamente, se dio cuenta de que cada vez que se perdían en aquel laberíntico bosque alejándose de la orilla y de la supuesta ruta que debía de conducirles hacia la catarata, aparecían aquellas aves llamando con sus chirriantes sonidos su atención, como si quisieran avisarles de que se estaban desviando del camino y quisieran reconducirles hacia la dirección correcta.

—¿Te has dado cuenta? —le dijo a Pablo—. Es como si nos estuvieran indicando el camino correcto.

Pablo miró hacia arriba y también se dio cuenta de que, efectivamente aquellos seres voladores estaban tratando de llamar su atención, por lo que decidió que lo más inteligente sería tratar de seguir sus indicaciones. Y así lo hicieron, avanzando de este modo más rápido de lo que lo habían venido haciendo hasta ese momento.

Cerca del final del río, en la parte más alta, llegaron a una zona con una gran explanada sin apenas vegetación, tras la cual se suponía debía de estar la catarata. El problema era que al atravesarla, por muy rápido que lo hicieran, se pondrían a tiro de sus perseguidores, que cada vez más cerca, ya casi les pisaban los talones.

—No podremos llegar hasta el otro lado —dijo Pablo observando la explanada—. Nos pondríamos a tiro si lo hiciéramos.

—Podemos luchar contra ellos, nos entrenaron para ello —dijo Silvia.

—Van armados y son muy peligrosos. Y además podrían llevar el neutralizador que impedirá que podamos usar el poder que nos dan las pulseras —dijo Alicia.

Ninguno de ellos sabía que el neutralizador estaba en poder de Frank, que había seguido en la embarcación río arriba, por eso Pablo decidió poner a salvo a sus compañeros y enfrentarse en solitario a sus perseguidores.

—Vosotros cruzaréis la explanada y yo trataré de impedir que lleguen hasta aquí —dijo Pablo.

—Eso es muy peligroso —dijo preocupada por él Alicia.

—Lo sé —le contestó él, decidido a llevar a cabo su plan—, pero yo soy el único que tiene un escudo contra su neutralizador, me lo dieron para protegeros y es exactamente lo que voy hacer.

—Podríamos acompañarte, aunque la pulsera no funcione podremos ayudar de algún modo —dijo Silvia.

—No Silvia, no —contestó categóricamente Pablo—.No somos expertos luchadores, sin las pulseras pondríamos en riesgo nuestra misión y seríamos muy vulnerables. Tenemos que hacerlo de este modo. Empezar a correr sin parar hacia el otro lado.

Los tres se quedaron mirándole un instante dudando si seguir sus instrucciones hasta que él les sacó de su letargo con un grito:

—¡Vamos, qué esperáis, no hay tiempo que perder!

Aunque muy a su pesar, los tres abandonaron a su compañero e iniciaron una frenética carrera hacia el otro lado de la explanada, siendo Alicia la última en partir casi empujada por la mirada suplicante de Pablo pidiéndola que no perdiera ni un segundo.

Cuando Pablo vio que se habían alejado lo suficiente se adentró en el bosque, nuevamente dispuesto a impedir que sus perseguidores llegaran hasta allí. No tenía ni idea de cómo hacerlo, pero decidió confiar una vez más en ser capaz de elegir nuevamente el mejor de los destinos, al fin y al cabo no era la primera vez que se enfrentaba a una situación límite durante los últimos días.

Entre tanto sus perseguidores se encontraban ya cerca de él, separados entre ellos lo suficiente, con el fin de “peinar” la zona, como para que apenas pudieran verse entre tanta vegetación. Eso fue aprovechado por Pablo, que decidió enfrentarse a ellos uno a uno. Así agazapado entre la maleza divisó al primero de sus enemigos, de un total de cuatro.

Cerró los ojos, como lo había hecho durante los entrenamientos, para que el destino le ayudara a tomar su mejor decisión. Como una exhalación apareció multiplicado en varios Pablos rodeando a su enemigo, que sorprendido empezó a disparar a sus copias hasta que finalmente fue noqueado por el verdadero de los Pablos, cayendo al suelo y permitiéndole hacerse con el arma de su enemigo.

Al escuchar los disparos que provenían del bosque, Alicia interrumpió bruscamente su carrera y miró hacia atrás muy preocupada, hasta que la voz de Silvia la hizo reaccionar.

—Tenemos que seguir, seguro que Pablo está bien.

Renqueante pero estimulada por aquellas palabras, Alicia siguió su camino con la esperanza de que como otras veces en el pasado, en esta ocasión Pablo también hubiera evitado el peligro.

Los disparos habían alertado al resto de sus perseguidores, que se dirigieron

rápidamente hacia el lugar de donde provenían. Allí Pablo permanecía inmóvil junto al cuerpo inerte de su adversario. Tenía un arma en sus manos, a sus enemigos cada vez más cerca y a su conciencia debatiéndose entre caer abatido por sus enemigos o hacer uso de ella. Ya en la isla había acabado con la vida de uno de los secuaces de Frank, pero fue en defensa propia y en una situación límite, ahora se trataba de atacar y acabar con aquellos hombres.

Una vez más cerró sus ojos y automáticamente sus dedos rodearon el gatillo, después empezó a correr endiabladamente entre la maleza, empujado por una fuerza que no era capaz de controlar, muy parecida a la que le hizo, en aquella ocasión mientras corría cerca de su casa, levantar sus pies del suelo y dividiéndose en multitud de Pablos, que rodeaban a sus enemigos sin que apenas tuvieran tiempo de reaccionar, disparando y abatiendo finalmente, uno a uno hasta acabar con todos.

El intercambio de disparos recorrió aquella isla en forma de eco, hasta llegar al otro lado de la explanada, donde el resto de sus compañeros ya habían llegado.

El ruido de aquellos disparos estremeció a Alicia, recorriéndola un intenso escalofrío por todo el cuerpo, el resto de sus compañeros también se sintieron afectados por esa misma sensación y todos volvieron sus miradas al otro lado de la explanada, sin saber bien qué hacer, con la esperanza de que Pablo pudiera aparecer a lo lejos.

Aquellos minutos de tensa espera parecieron siglos, los mismos que Alicia había esperado para volver a encontrarse con él, hasta que por fin a lo lejos divisaron la silueta de Pablo corriendo en dirección hacia ellos, invadiéndoles a todos una inusitada alegría, que se manifestó entre abrazos y vítores por lo que parecía una hazaña de su compañero, que una vez más había vuelto a superar otra situación límite.

Pablo corrió a su encuentro todavía bajo los efectos de la experiencia vívida, pero esa sensación se fue diluyendo a medida que se acercaba hacia ellos, hasta desaparecer totalmente de su mente.

Alicia corrió hacia él y ambos se fundieron en un abrazo y un beso, que parecía celebrar el final de la primera parte de su misión. Pero todavía quedaba lo más difícil.

—Frank no estaba con ellos —les explicó Pablo—. Me temo que debe haber seguido río arriba hasta la catarata y debe llevarnos una ventaja importante.

Los cuatro se acercaron al borde del acantilado y miraron hacia abajo, donde vieron la catarata lanzando con fuerza el agua, que formaba una especie de

laguna y amarrada en uno de sus lados la embarcación que había utilizado Frank para llegar hasta allí.

—No tenemos mucho tiempo —dijo Silvia mirando su reloj—. Nos hemos retrasado bastante con todo esto.

—Es cierto, no tenemos tiempo que perder—añadió Pablo—. Hay que bajar hasta la orilla y luego bordearla hasta llegar a la catarata.

Sin más dilación los cuatro comenzaron a descender por la empinada ladera que les conducía hasta el lago. El descenso fue algo accidentado, resbalando y teniendo que valerse, para sujetarse, en varias ocasiones de los troncos de los árboles, con el fin de tratar de frenar la inercia a rodar a la que les obligaba el terreno. Pablo estaba muy pendiente de Alicia para que no resbalara y tuvo que ayudarla en varias ocasiones, lo mismo trató de hacer Iván con Silvia, pero ésta parecía estar más preparada físicamente y rehusó su ayuda.

Finalmente lograron llegar junto a la orilla del lago que formaba la catarata antes de que aquella agua azulada comenzara a descender por el río. El ruido del agua era muy intenso y apenas podían entenderse entre ellos, aunque sí lo suficiente para ponerse de acuerdo en seguir la orilla hasta llegar a la catarata por el lado contrario al que se encontraba amarrada la embarcación de Frank, por si éste hubiera decidido dejarles alguna sorpresa por el camino.

A medida que se acercaban al lugar donde emanaba el agua el ruido era cada vez más ensordecedor, obligándoles a comunicarse prácticamente por señas. Con una de ellas Pablo indicó a sus compañeros que deberían de intentar pasar por uno de los lados de aquel torrente de agua lo más rápido que pudieran para no ser arrastrados por la corriente.

Así lo hicieron los cuatro, primero Alicia que tuvo que ser sujeta por Pablo para evitar ser arrastrada por el agua, después Silvia y finalmente Iván y Pablo.

LA PUERTA DE QUARABEL

Una vez dentro, el ensordecedor rugir del agua pareció atenuarse bastante, apareciendo frente a ellos una espectacular gruta dorada y brillante que casi les deslumbraba con su fulgor, y una especie de arco abovedado y rocoso que les conducía al interior a través de una estrecha caverna por la que apenas cabía una persona.

En fila india fueron atravesándola con Pablo al frente, seguido de Alicia y Silvia y más atrás Iván cubriéndoles las espaldas.

Pablo tocó mientras avanzaba una de las paredes y se quedó sorprendido al comprobar que aquella estructura rocosa, era realmente de metal, un metal muy codiciado en su mundo.

—Es oro —les dijo a sus compañeros.

Todos se quedaron sorprendidos por el hallazgo, mientras que más de uno pensaba que con sólo un trozo de aquello, serían ricos en su mundo, un mundo que dejarían atrás para ir a otro en el que probablemente aquel codiciado metal, no tuviera ningún valor.

Casi al final de la caverna se divisaba una intensa luz que les hizo aminorar su marcha por precaución, no sabían qué se iban a encontrar allí y aunque hasta ahora habían tenido la suerte de no toparse con su enemigo, presentían de algún modo que no tardarían mucho en darse de bruces con él.

Al llegar al lugar de donde procedía la luz apareció ante ellos una espectacular visión de lo que parecía la bóveda central de aquella caverna, con estalactitas doradas colgando del techo reflejándose sobre la superficie de un gran lago incandescente que emitía un fulgor muy parecido al del oro fundido, desprendiendo además un intenso calor del que permanecieron protegidos gracias a los trajes especiales que llevaban. En el centro observaron una gran estalactita de paredes transparentes que atravesaba aquel lago dorado, iluminado por la luz que entraba por el techo de la cueva desde

el exterior, dejando fluir por su interior un líquido hacia arriba que soltaba una descarga vaporosa al llegar a la parte más alta. Algo parecido a cuando el agua del mar por el efecto del calor se evapora y acaba formando las nubes, pero mucho más potente. Probablemente, pensaron, ése fuera el modo en el que esa energía se transformaba en el agua que luego brotaba de la catarata y recorría el río.

Ensimismados por aquel espectáculo continuaron su camino por una pasarela que atravesaba el lago por uno de sus lados comunicando la gruta de la que ellos venían, con otra situada en el extremo opuesto de la bóveda.

El calor era agobiante durante el recorrido, como si estuvieran dentro de una sauna a una temperatura por encima de los cien grados y aunque el traje les aislaba con sus propiedades térmicas de aquellas altas temperaturas, sus desprotegidas cabezas no dejaban de sudar intensamente.

Avanzaron despacio hacia el otro lado, en parte porque el calor no les permitía poder hacerlo más rápido y en parte para evitar tropezar y caer sobre aquel líquido incandescente. Y lo más extraño de todo, seguían sin noticias de Frank. Pablo pensó que con un poco de suerte a lo mejor había tropezado y caído al lago.

Pero lejos de eso Frank y su jefe de laboratorio habían llegado ya junto a la puerta, utilizando la barca que permitía atravesar aquel mar de lava. Sudorosos y exhaustos, sin ninguna protección, se encontraban delante de la puerta de Quarabel, cerrada para ellos. Frank intentaba enfurecido, sin éxito, disparar sobre ella en un intento desesperado por que se abriera, sin conseguir absolutamente nada.

Fue entonces cuando Gerard se acercó a uno de los laterales y observó un rectángulo con lo que parecían los huecos de las huellas de cuatro manos, se quedó un momento observándolas y después se dirigió a su jefe.

—Esta es la llave que abre la puerta.

Frank se acercó como una exhalación hacia él, al escuchar esas palabras.

—Parecen cuatro manos.

—Son cuatro manos. Con toda seguridad las de los cuatro propietarios de las pulseras. Espero que nuestros hombres no hayan acabado con ellos, de lo contrario me temo que nos resultará imposible poder abrirla.

Frank se estremeció al escuchar aquello, después de siglos esperando este momento, todo se podría ir al traste, si sus hombres habían logrado el objetivo.

—Comunica con ellos —dijo Frank.

—No es posible, ningún sistema de comunicación funciona en esta isla.

En un gesto de rabia Frank comenzó a disparar contra el rectángulo y la puerta con su arma, rebotando cada una de las balas una y otra vez sin causar ni un solo rasguño a la estructura de la puerta.

—Es inútil —dijo Gerard—. Ellos son la única forma de abrir la puerta.

—Está bien quiero que regreses al otro lado con la barca y la vuelvas a dejar en su sitio, después escóndete donde no puedan verte, si han sobrevivido no tardarán en llegar hasta aquí.

—¿Y si nuestros hombres han acabado con ellos?

—Entonces haré saltar esta isla en pedazos y la puerta con ella. Aunque antes nos llevaremos algún trozo del oro que abunda por aquí.

El ruido de los disparos del arma de Frank resonó en forma de eco a lo largo de la gruta e hizo pararse bruscamente a Pablo y sus compañeros.

—Ahí le tenemos —dijo Pablo.

—¿Contra qué está disparando? —se preguntó Alicia.

—No lo sé —contestó Pablo—. Pero tendremos que ir con mucho cuidado.

Pablo cogió entonces el arma que colgaba de sus hombros con sus manos, puso su dedo cerca del gatillo y continuó su camino sujetándola delante de él, en prevención de que pudiera encontrarse alguna desagradable sorpresa en su camino.

De este modo llegaron junto a la entrada a la gruta al final de la pasarela que recorría el lago incandescente. Esta gruta, como la anterior, también era estrecha y más oscura todavía al estar alejada de la entrada.

Avanzaron con cuidado y lentamente por ella con el fin de no tropezar, hasta llegar al final. Allí apareció ante ellos, una nueva zona abovedada con otro lago incandescente, esta vez más pequeño, que parecía comunicarse con el anterior. En él, junto a la orilla, estaba la barca de la que les había hablado Doreel y al otro lado se divisaba con un intenso fulgor, rodeándola, la puerta de Quarabel, el final de una larga espera para todos ellos.

Sin decir una sola palabra los cuatro dirigieron su vista hacia ella, contemplándola como el que contempla el trofeo después de haber competido en la más dura de las competiciones, mientras un extraño escalofrío recorría sus cuerpos.

Y lo más extraño de todo, seguían si divisar la presencia de su terrible enemigo.

Desde lo alto de la gruta bajaron hasta la orilla y subieron a la barca dorada,

sin entender bien cómo era capaz de mantenerse sobre aquel lago ardiente sin derretirse.

Lentamente avanzaron por el líquido incandescente que desprendía burbujas ardientes a su paso, introduciendo una y otra vez sus remos y otra vez sorprendiéndose de que no se fundieran con aquel líquido incandescente.

La embarcación finalmente llegó a la otra orilla y uno a uno, los cuatro, fueron bajando de ella y situándose frente a la puerta, en silencio mirándola de arriba abajo y fijando especialmente su atención en la gran esfera con la “Q” impresa, que una vez que se abriera les conduciría a un mundo totalmente nuevo para ellos, al menos en lo que sus mentes actuales eran capaces de recordar.

Pablo, de los cuatro, era al que más difícil le resultaba dejar todo, pero si había llegado hasta allí, era para atravesarla y recuperar sus recuerdos. Unos recuerdos que tendría que compartir en un futuro con sus recuerdos terrestres, en la esperanza de que su nueva vida se impusiera a ellos. Por eso miró a Alicia, porque sin ella no hubiera sido capaz de dar aquel paso tan importante, seguro de que aquéllos que diseñaron cómo sería su regreso a Quarabel, lo tuvieron en cuenta y por eso aquel día en Londres sus vidas se cruzaron en una jugada del destino, que a pesar de las teorías de Doreel, parecía jugar de algún modo con las cartas marcadas.

Alicia le sonrió al darse cuenta de que la miraba y agarró su mano.

—Tenemos que abrirla —dijo Silvia rompiendo aquel mágico silencio.

Los cuatro juntos se dirigieron hacia el lateral de la puerta donde estaban grabadas sus huellas, localizando la que debía de corresponder a cada uno de ellos.

Colocaron sus manos sobre ellas y en ese momento una descarga eléctrica recorrió toda la estructura de aquel impresionante monumento, haciéndole prácticamente temblar de tal modo que incluso les obligó a ellos a retirar precipitadamente sus manos.

Después la esfera redonda se abrió, dejando salir de su interior una luz deslumbrante dorada que lo inundó todo.

—Amigos —dijo Pablo—, creo que ha llegado el momento.

Los cuatro entonces se dispusieron a acercarse a la puerta, para entrar en el mundo de Quarabel, mientras en la mente de Pablo, sin poder evitarlo, desfilaban algunas de las escenas más emotivas de su existencia en la Tierra, su boda con Mónica el nacimiento de sus hijas y tantos y tantos recuerdos, en forma de flashes de lo que había sido su vida.

Hasta que, de repente, una voz conocida que procedía de la parte trasera del monumento interrumpió sus caminos.

—Creo que todavía no es el momento —dijo Frank apareciendo de entre las sombras con su arma apuntándoles a los cuatro.

—Debí imaginar que tú estarías por aquí —dijo Pablo mirándole con desprecio.

—Por supuesto, no pensarías que me iba a perder este momento, después de tanto tiempo y tantos esfuerzos.

—Estás loco —dijo Alicia—. Tienes que dejarnos entrar, es tu única posibilidad de no saltar en pedazos cuando la puerta se vuelva a cerrar.

—Se confunde señorita, una vez más —le dijo mientras les obligaba con su arma a que se alejaran de la puerta—. A partir de ahora yo decidiré qué salta en pedazos y qué no.

Estaba claro que Frank no renunciaría a llevar a cabo su plan, por mucho que insistieran, aunque como les había explicado Doreel significara su propia destrucción.

Pablo, que era el que más retrasado se encontraba de todos ellos en relación a la puerta, dirigió su mirada hacia la embarcación que habían dejado en la orilla, en la cual se encontraba el arma que le había arrebatado a uno de los secuaces de Frank. Su única oportunidad era llegar hasta allí y cogerla, por lo que intentó discretamente retrasarse algo de sus compañeros, hasta que su camino fue interrumpido por las palabras de Frank.

—Estoy apuntando a tus amigos con un arma —le dijo a Pablo a la vez que señalaba con su dedo hacia uno de los laterales de aquella gruta—. Y si observas allí, veras otra arma apuntando hacia aquí. Ese arma está inutilizando las propiedades de vuestras pulseras, aunque ya pude comprobar en el río que no era efectiva contigo, quizás el profesor Láinez ha encontrado un antídoto. Pero no importa, funciona con tus amigos y si intentas cualquier cosa, vaciaré el cargador de mi arma sobre ellos y tendrás que irte solo a tu maravilloso planeta.

—He conocido muchos seres indeseables en mi vida —le recriminó Pablo —, pero creo que todos ellos juntos no te llegan ni a la suela de los zapatos. Sin embargo creo que esta vez no estás midiendo el peligro de tus acciones y te puedes llevar una desagradable sorpresa.

—Otra vez con esa historia —le dijo riendo Frank mientras agarraba del brazo a Alicia y la apuntaba con su arma—. Esta es la única realidad, estoy apuntando a tu chica, quiero que me enseñes despacio tus muñecas, o la

dispararé.

Pablo se arremangó los brazos y dejó al descubierto la pulsera de Quarabel en uno de ellos y la que le había dado el profesor para anular el rayo del arma de Frank en el otro.

—Quiero que te quites las dos y las dejes en el suelo, después aléjate de ellas y retrocede hasta la barca muy despacio.

Obligado a obedecer se las quitó como le había dicho y las dejó en el suelo, mientras sus compañeros, al verle hacerlo, veían también cómo se esfumaban sus únicas posibilidades de salir airosos de aquella situación. Pero Pablo, aunque sin el mágico amuleto que le había protegido en tantas ocasiones hasta ese momento, pensó que aún tenía alguna posibilidad. Frank le había pedido que retrocediera precisamente hasta el lugar al que él pretendía llegar cuando interrumpió su camino, la barca donde se encontraba oculta el arma.

Lentamente Pablo retrocedió hasta la barca, momento en el cual Frank soltó a Alicia e hizo un gesto para que todos se retiraran de las proximidades de la puerta mientras les seguía apuntando con el arma, después retrocedió de espaldas hasta llegar al lugar donde se encontraba el arma que habían desarrollado en su laboratorio, la cogió y se dirigió con un arma en cada mano hasta las proximidades de la puerta.

Al llegar allí, mientras todos le seguían observando atentamente, sacó de su bolsillo una especie de cargador idéntico al que se encontraba bajo el cañón del arma que le permitiría llevar a cabo sus planes y acercándose a la intensa luz que salía de la puerta introdujo su mano con el cargador en ella. Al hacerlo aquella luz pareció atravesar el brazo en el que llevaba la pulsera de cuatro colores que hacía funcionar a su arma, hasta llegar casi a su cabeza, produciendo un intenso y casi doloroso calor que le hizo incluso asustarse durante unos instantes, después la luz desapareció y Frank sacó el cargador rápidamente de ella, contemplado con la mirada propia de un loco, cómo la energía se movía por el interior de aquel artilugio, produciendo una mezcla de colores muy parecida a la de la pulseras que con tanto ahínco había estado años buscando.

Pablo había aprovechado esos momentos en los que Frank había estado ocupándose de rellenar el cargador para sentarse en la barca y llegar a estar lo suficientemente cerca del arma como para poder alcanzarla.

Frank sustituyó entonces el antiguo cargador de su arma por el nuevo y guardó su pistola, como si ya no la necesitara. Después gritó:

—Gerard —para llamar al jefe de su laboratorio que se encontraba en el otro

lado de la orilla.

Todos, incluido Pablo, que se encontraba sentado sobre la barca, giraron sus cabezas en aquella dirección y pudieron ver a Gerard haciendo señas desde el otro lado.

Frank entonces avanzó unos pasos y apuntó con su arma a su colaborador, que desde lejos no pudo adivinar sus verdaderas intenciones, después pulsó uno de los dos gatillos y de su arma salió un rayo de cuatro colores que impactó directamente sobre su jefe de laboratorio, acto seguido su cuerpo empezó a dividirse en pequeños fragmentos luminosos con cada uno de aquellos colores, para después desintegrarse, hasta no quedar ni rastro de aquel hombre.

Todos se quedaron impactados por aquella visión, mientras Frank no dejaba de reír mientras festejaba su hazaña.

—¡Fabuloso! ¡Funciona! Ya nadie podrá detenerme.

Había conseguido dotar a su arma de un poder increíble con el que podría desintegrar cualquier cosa grande o pequeña que se pusiera a su alcance. El paso siguiente era apuntar sobre la puerta de Quarabel, para disparar, sabedor de que si lo hacía sería el final para todos.

Antes de hacerlo se dirigió nuevamente a todos ellos mientras continuaba apuntándoles esta vez con su nueva arma, que por lo visto era mucho más peligrosa que cualquiera de las desarrolladas por el ser humano.

—Antes de acabar con ustedes, quiero que asistan al final de Quarabel. Lástima que se hayan tomado tantas molestias para llegar hasta aquí, pero creo, que por lo menos el espectáculo habrá merecido la pena.

—No lo haga Frank —insistió Alicia sin muchas esperanzas de que atendiera sus súplicas—. Será el final para todos.

—¿Y a ustedes que más les da? de todos modos su final ya ha llegado.

Se giró y apuntó con su arma sobre la puerta. Después cogió el gatillo y se dispuso a apretarlo. En ese momento sonó un disparo certero que impactó sobre Frank, procedente del arma que Pablo había cogido de la barca, haciendo que éste y su terrible arma cayeran al suelo, casi al unísono.

Alicia, Silvia e Iván observaron a Pablo al lado de la barca sujetando el arma desde el que había disparado mientras un silencio tranquilizador se apoderó de todos ellos. El hombre que había estado a punto de destruir dos planetas, yacía por fin inerte en el suelo.

Un ligero temblor que procedía de la puerta de Quarabel rompió de repente y bruscamente aquel silencio, comenzando a recorrer toda su estructura y

haciéndola temblar cada vez con mayor intensidad.

Pablo miró su cronómetro y se dio cuenta de que apenas quedaba un minuto para que se cumpliera el tiempo y la puerta se cerrara definitivamente.

—No queda tiempo, tenemos que entrar —gritó a sus compañeros.

Uno a uno fueron atravesando la puerta rápidamente. Primero lo hizo Silvia, después Iván y acto seguido Alicia, que antes de hacerlo miró hacia el lugar donde se encontraba el cuerpo inerte de Frank, como si no pudiera creerse que por fin se hubieran podido librar de aquel horrible personaje, después miró a Pablo, que estaba detrás y le sonrió, con una sonrisa cómplice que le invitaba a atravesar por fin esa puerta para recuperar su pasado en común, si bien era cierto que incluso en su presente ya se había convertido en una parte importantísima de su existencia.

Finalmente Pablo se dispuso a travesar la puerta, pero antes recogió su pulsera del suelo y se la puso una vez más como si se sintiera más seguro entrando en su nuevo mundo con ella, después miró hacia atrás a la barca con la que habían atravesado aquel lago incandescente, con ella dejaba atrás parte de su vida y aunque estaba dispuesto a hacerlo, no pudo por menos que albergar en su corazón un recuerdo para sus hijas y su mujer.

Ensimismado en sus pensamientos, no se percató de la maniobra de Frank, que aunque herido se encontraba semiconsciente, pero con las fuerzas necesarias como para poder coger el arma que estaba junto a él y disparar a bocajarro contra Pablo justo antes de que atravesara la puerta.

El disparo provocó que el cuerpo de Pablo se dividiera en pequeños trocitos multicolor, pero en vez de desintegrarse inmediatamente, como había ocurrido cuando disparó contra Gerard, primero se dividió en dos imágenes de Pablo, desapareciendo una de ellas y siendo absorbidas cada una de las pequeñas partículas luminosas del otro por la pulsera que llevaba en su muñeca hasta desaparecer finalmente también.

Dentro de la puerta, Alicia flotaba en el aire siendo arrastrada por una especie de nebulosa divisoando por delante a sus otros dos compañeros a lo lejos flotando como ella y por detrás una intensa luz que procedía de la puerta que había atravesado, por la que a pesar de esperarlo no veía llegar a Pablo, hasta que finalmente la intensa luz desapareció, como si se hubiera cerrado la puerta.

Y efectivamente, la puerta se había cerrado, Pablo había desaparecido y Frank, que creía haber acabado por fin con su enemigo, empezó a darse cuenta de que su maquiavélica aventura estaba a punto de concluir, herido y sin

posibilidad de llegar muy lejos, aunque tampoco le hubiera servido de mucho. Observó cómo la estructura que rodeaba la puerta empezó a vibrar con una intensidad propia del más terrible de los terremotos.

Las paredes de la cueva empezaron a romperse, la lava incandescente explosionaba una y otra vez lanzando llamaradas en todas direcciones, el ruido resultaba atronador. Finalmente la puerta de Quarabel desapareció y toda la estructura de la caverna se desmoronó sobre Frank, que ahora sí se daba cuenta de que había llegado su final.

Sobre el submarino que esperaba a Frank en la entrada de la isla comenzaron a caer llamas incandescentes, ante el pánico general de sus ocupantes, convirtiendo en sólo unos segundos aquella estructura metálica en un hierro fundido.

También hasta el barco de Blake y los suyos llegaron los ecos de aquellas explosiones y aunque no sabían muy bien lo que estaba ocurriendo, observaron sorprendidos desde el puesto de mando cómo saltaban por los aires pedazos de aquella isla hasta finalmente contemplar cómo se hundía bajo las aguas hasta desaparecer por completo.

Una vez que desapareció totalmente, el capitán se dirigió a Blake y le dijo:

—Parece que lo logramos.

—No lo sé —contestó—. Lo que es seguro es que Frank Leivoz parece que no se salió con la suya.

Estaba claro que era así, por el desarrollo de los últimos acontecimientos. La duda de Blake, sin embargo, era si todos habían logrado atravesar la puerta y cumplir así la profecía.

Aunque él no lo sabía era evidente que no, Pablo no lo había conseguido, pero el disparo no había logrado acabar con él, una vez más la pulsera y la fuerte presencia dentro de él, de Gael, su gemelo, fueron más fuertes que el arma de Frank, acudiendo en su ayuda otra vez, y en esta ocasión lanzándolo hacia un lugar en el futuro donde estuviera a salvo.

Tendido sobre la misma playa donde había estado con Alicia aquella maravillosa noche, apareció su cuerpo inerte y aturdido, siendo descubierto poco tiempo después por unos buceadores que venían de practicar su afición favorita en aquel paradisiaco archipiélago, que durante unas horas se había convertido en el escenario donde se dieron cita dos universos separados por millones de años luz, pero unidos por una puerta que Pablo debió haber atravesado.

EL DESPERTAR

Los primeros rayos del sol entrando por ventana de aquella habitación, hicieron despertar a Pablo, al principio sintió una sensación molesta, como si estuviera despertando de un largo sueño, pero después incluso agradeció que el sol calentaran su cuerpo frío, probablemente por la inactividad forzada a la que sin saberlo se había visto obligado en los últimos días.

Cuando pudo abrir sus ojos completamente y tomar conciencia de la realidad, se dio cuenta de que estaba en lo que parecía la cama de una habitación de un hospital. Aturdido y sorprendido por ese descubrimiento, trató de forzar y centrar su mente para entender cómo había llegado a esa situación.

Una batería de imágenes en forma de flashes recorrieron rápidamente su cerebro, la isla, la lucha con aquellos hombres, Alicia abrazándole en una explanada, la cueva, la lava, la barca, Frank tendido en el suelo, la puerta de Quarabel y de repente, una sensación de calor y una espesa nube arrastrándole al vacío.

La angustia se apoderó de él, al darse cuenta de que nunca había llegado a atravesar la puerta de Quarabel y la imagen de Alicia haciéndolo contribuyó a agudizar aún más su evidente sensación de frustración.

Se levantó y fue directo a la ventana para comprobar que todavía estaba en la isla de Fernando de Noronha ¿Pero qué hacía allí?

La respuesta apareció por la puerta en forma de enfermera.

—Vaya, está despierto —le dijo como si le conociera—. No debe levantarse hasta que le vea el doctor.

Tras decir aquello le agarró del brazo y le condujo de nuevo a la cama.

—¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó él angustiado todavía.

—Enseguida vendrá el doctor a verle —le dijo ella sin contestar a su

pregunta, tras lo cual salió de la habitación en busca del doctor.

Transcurridos unos minutos llegó el doctor, acompañado de la enfermera.

—Vamos a ver cómo se encuentra —le dijo mientras comenzaba a auscultarle, tomarle la tensión y realizarle otra serie de pruebas protocolarias.

Pablo, que continuaba sin respuestas, se sometió dócilmente a aquellas pruebas esperando el momento de que terminara para volver a hacer la pregunta:

—¿Doctor, cómo he llegado hasta aquí?

—Hace tres días —le dijo mientras se quitaba su fonendo de los oídos—, le encontraron unos buceadores aturdido en la playa. Desde entonces ha estado inconsciente, aunque con sus constantes vitales activas, algo muy raro desde el punto de vista médico.

Pablo, que seguía sin entender cómo había llegado desde la isla hasta allí, recordó entonces la imagen de Frank tendido en el suelo y el rayo multicolor que desde su arma llegó hasta él. Estaba claro que le había disparado, pero lo que no entendía era cómo a pesar de haberlo hecho y de no tener la pulsera que le había dado el profesor Láinez para protegerle, había salido aparentemente ileso de aquella situación.

—¿Estaba solo? —preguntó pensando en Alicia y sus amigos.

—Sí —contestó el doctor, tras lo cual le preguntó—¿Deberíamos de haber encontrado a alguien con usted?

—No lo sé, estaba con unos amigos, pero todavía lo recuerdo todo de un modo muy confuso —le dijo tratando de no dar demasiadas explicaciones.

El doctor le miró con un gesto compasivo como si supiera algo que no quisiera decirle y transcurridos unos segundos se dirigió nuevamente a él.

—Es lógico que aún esté algo aturdido, pero pronto recobraré la normalidad, ahora tiene que descansar.

Pablo estaba tendido en la cama, apenas sin fuerzas, pensativo, sin saber bien lo que había ocurrido y sintiéndose atrapado en aquel lugar sin poder hablar con nadie que supiera realmente lo que había ocurrido. Entonces de repente pensó en Blake, probablemente continuara en la isla.

—Deben de localizar a un tal Blake, es la persona con la que vine a esta isla —le dijo al doctor.

—No se preocupe, la policía de la isla ha averiguado que estuvo alojado en el hotel junto al acantilado y nos ha facilitado sus datos, nos hemos puesto ya en contacto con su familia.

El doctor y la enfermera se fueron de la habitación después de decir aquello.

Se habían puesto en contacto con su familia. ¿Pero que familia si su mujer estaba en la cama de un hospital?

Solo, desesperado, sin nadie, transcurrió aquel día en el hospital, sin ver la televisión, sin prensa, ni información de ningún tipo por orden expresa del doctor. Parecía que todo el mundo se empeñaba en ocultarle algo.

Su deseo era salir cuanto antes de aquel lugar, pero estaba débil, algo aturdido todavía, sin dinero, documentación y lo peor de todo, sin ninguna cara conocida cerca de él.

Así transcurrió el día, recuperándose hasta llegar la noche, momento en el cual cayó rendido y en un profundo sueño que se repitió una y otra vez, en el que viajaba a Quarabel en compañía de Alicia, recorriendo lugares que nunca había visto, ni siquiera imaginado, era como si parte de los recuerdos de Gael, su otro yo, estuvieran dentro de los más profundo de su subconsciente.

Aunque inmerso en aquellos sueños se sentía enormemente feliz, nuevamente los primeros rayos del sol entraron por la ventana, despertándole y devolviéndole a la tozuda realidad.

Se encontraba muchísimo mejor, como si aquel sueño le hubiera devuelto el cien por cien de su energía. Se levantó de la cama dispuesto a hablar con el doctor para abandonar inmediatamente el hospital, aunque pensó que sin dinero y documentación, la verdad, no podría llegar muy lejos. Pero no importaba, necesitaba salir cuanto antes de aquel lugar.

De repente la puerta se abrió, y aunque él esperaba a la enfermera, la que apareció entrando en la habitación fue su fiel secretaria Susana.

—Susana —exclamó aliviado Pablo al ver por fin una cara conocida, corriendo acto seguido a abrazarla.

Ella, sorprendida por aquel derroche de emociones, al que no estaba acostumbrada con él, entendió que aquel hombre se encontraba muy solo y muy lejos de su hogar, y que su presencia era para él un soplo de aire fresco en aquella complicada situación.

—Bueno, bueno —le dijo después de que la soltara—. Que no es para tanto sólo soy tu exsecretaria.

—¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Y Mónica, cómo está? ¿Y las niñas?

—Muchas preguntas a la vez. Vamos por partes. Mónica esta ya muy recuperada en casa y las niñas por supuesto están con ella. Ya sólo faltas tú. Hubiera venido ella a buscarte, pero el médico le aconsejo que no lo hiciera hasta que estuviera totalmente recuperada.

Pablo estaba perplejo, le estaba diciendo que Mónica estaba muy recuperada

y las niñas con ella. Pero ¿cómo era posible? apenas hacía tres días que acababa de despertar del coma.

—¿Cómo es posible que esté bien? —le preguntó muy extrañado—. Hace sólo tres días estaba despertando del coma.

Susana le miró, tomándose un respiro, como si quisiera coger fuerzas antes de decirle algo.

—Pablo. No han pasado tres días. Han pasado tres meses, desde que desapareciste. Ya ninguno pensábamos que te encontraríamos, tus amigos no corrieron la misma suerte.

Pablo, en evidente estado de shock, ahora sí que no entendía absolutamente nada, excepto por qué el doctor se había empeñado el día anterior en negarle cualquier contacto con la realidad. Habían transcurrido tres meses desde aquello.

Susana sacó de su bolso entonces un periódico y se lo dio para que lo leyera, como si estuviera siguiendo un protocolo médico y ahora pasara a la segunda fase.

El cogió el periódico que tenía la fecha del día siguiente al que fueron a la isla y vio en la portada del mismo unas imágenes de él, de Alicia, de Silvia y de Iván, con sus nombre a pie de foto y al fondo imágenes de un fuerte temporal, con un titular que decía: "Un grupo de turistas europeos desaparece mientras practicaban buceo en el centro de un pequeño maremoto de origen desconocido"

—No sé por qué estabas allí en compañía de aquellas personas, ni cómo es posible que hayas aparecido de repente después de tres meses. Ni quiero saberlo. Lo único que importa es que estás a salvo y que tu familia te está esperando.

A Pablo le hubiera gustado en ese momento poder decirle a Susana toda la verdad y explicarle detalle por detalle todo lo ocurrido. Pero sabía que no podía hacerlo, no lo hubiera entendido, ni siquiera le hubiera creído. Lo que estaba claro es que Blake y su grupo habían montado aquella farsa para explicar la extraña desaparición de los cuatro, pero no habían contado con que él nunca hubiera logrado atravesar la puerta y que acabara apareciendo de nuevo en aquellas extrañas circunstancias, aunque eso sí, extrañamente tres meses después de que ocurriera todo aquello.

Había algo más que necesitaba saber, al final parecía que la profecía no se había cumplido y el planeta a pesar de ello permanecía aparentemente a salvo. Pero tenía una duda aún por resolver.

—¿Qué ha ocurrido con Frank Leivoz? —le preguntó.

Ella, como si ya esperara la pregunta, sacó otro periódico de su bolso y se lo dio nuevamente.

Pablo lo cogió entre sus manos y vio la foto de Frank Leivoz en la primera página, con un titular que decía: “Desaparece en extrañas circunstancias Frank Leivoz, el magnate de la comunicación, acusado de estar involucrado en los atentados de Londres, París y Milán. La policía encuentra en las industrias Leivoz, pruebas de la fabricación clandestina de armas nucleares”.

Por fin le habían desenmascarado y aunque no tenía claro qué había sido de él, estaba convencido de que habría desaparecido junto con aquella isla.

—Parece ser que por fin se desenmascaró a Frank —dijo él, con evidente gesto de alivio.

—Sí. Gracias a ti y al informe que me pediste que entregara a la policía. Han detenido también a Alberto y según creo la policía anda buscando a un tal Lu Chang, que de momento se encuentra en paradero desconocido. Debes haberlo pasado muy mal con todo esto. Pero todo ha terminado ya, esta tarde a última hora saldremos en un vuelo que nos llevará a Madrid.

—Antes de partir me gustaría ir hasta el lugar donde me encontraron en la playa.

Así lo hicieron, Susana acompañó a Pablo, en un coche que había alquilado, hasta el hotel donde había estado alojado junto con sus amigos, antes de partir hacia la isla, puesto que había sido justo en la playa que había al lado donde le habían encontrado.

Al llegar allí Susana le esperó junto a la recepción, el hotel estaba casi deshabitado y por supuesto no había ni rastro de la presencia de los “Guardianes de la Puerta”, que parecían haber borrado toda prueba de su estancia allí. Atravesó el camino entre los bungalós como lo había hecho meses antes, pero cuando miró al lugar donde había estado alojada Alicia, se estremeció al pensar que ella ya no estaba allí.

El silencio del lugar resultaba ensordecedor y los recuerdos se clavaban como puñales en su corazón. Descendió por el sendero que llevaba a la playa, el mismo que había recorrido con Alicia aquella noche en la que los dos volvieron a encontrarse después de siglos de espera.

Resultaba curiosa y a la vez una maniobra macabra del destino que hubiera aparecido en el mismo lugar donde había vuelto a enamorarse de la mujer de su vida.

Se sentó en la arena y miró hacia el cielo, como queriendo encontrar la

estrella de Quarabel, al hacerlo observó un extraño brillo destellante a lo lejos, pero pensó que no era posible que fuera lo que él buscaba, que no era otra cosa, que el lugar donde debería de encontrarse, a millones de “años luz”, la persona que más deseaba tener entre sus brazos en ese momento.

El recuerdo de todo lo ocurrido aquella noche junto a Alicia le vino en ese momento a la cabeza, sus ojos se inundaron de lágrimas y tendido sobre la arena de aquella playa sintió un intenso y helador escalofrío.

De repente, la voz familiar de otra mujer le hizo despertar del letargo inducido por sus recuerdos, era Susana que le dijo:

—Se nos hace tarde.

Instintivamente secó sus ojos, para que no notara la presencia de aquellas lágrimas, se levantó y fue tras ella dispuesto a reencontrarse con los seres queridos que había dejado atrás, en la esperanza de intentar recobrar su antigua vida, lejos de Quarabel y lo peor de todo, lejos de Alicia.

EPILOGO

Casi un año más tarde, Pablo seguía tratando de recuperar su vida. Había encontrado un nuevo trabajo en otra multinacional dedicada también a las comunicaciones, llevándose con él a su fiel secretaria Susana. Su mujer estaba ya totalmente recuperada y había vuelto también a su antiguo trabajo.

Nunca le contó toda la verdad a Mónica, sobre todo lo que tenía que ver con su relación con Alicia, ni el verdadero motivo por el que había viajado a aquel archipiélago brasileño.

La versión oficial fue que se encontraba allí acompañado del resto de sus compañeros, tratando de esconderse de Frank Leivoz y que huyendo de éste se vieron sorprendidos por aquel maremoto, en el que también sucumbió su perseguidor.

La versión resultaba creíble para todo el mundo, si exceptuamos las dudas de la policía sobre el origen de aquellas pulseras que llegaron un buen día hasta ellos y que Frank estaba dispuesto a conseguir a cualquier precio, pero que poco más pudieron investigar cuando el asunto pasó a manos de los servicios de inteligencia, que lo convirtieron en materia reservada.

Pero para Mónica nunca fue suficiente, ella conocía una historia que estuvo a punto de costarle la vida, y aunque Pablo le había contado su versión, ella seguía teniendo muchas dudas, si Pablo en realidad era Gael y una de aquellas mujeres Arisa, ¿cómo podía estar segura de que estando juntos no hubiera despertado en ellos nuevamente un sentimiento dormido a través de los siglos? A pesar de ello prefirió por el bien de ella misma y de sus hijas, no volver a preguntar a Pablo sobre el tema, sobre todo teniendo en cuenta que de algún modo desde que ocurrió todo aquello ya no parecía el mismo.

Estaba ausente muchas veces y algunas noches salía al jardín de su casa y se quedaba contemplando las estrellas sin decir nada. Ella presentía que había cambiado y él sentía que se encontraba atrapado en un cuerpo que le resultaba

familiar, pero que ya no era el suyo.

Sin su pulsera, su vida nunca volvió a ser la misma. Lejos de elegir la mejor de las elecciones para su futuro se limitó a vivir. De vez en cuando intentaba someterse a alguna pequeña situación de riesgo para ver si aparecían sus otros yo, pero sin resultado alguno. Hasta el punto de haber tenido incluso un accidente de automóvil, que afortunadamente quedo sólo en un susto mientras trataba de poner a prueba su capacidad de dividirse, una capacidad que muy a su pesar nunca más desde aquel día en el que estuvo a punto de atravesar la puerta de Quarabel había vuelto a manifestarse en él.

Tan sólo durante la noche, mientras soñaba, sentía que visitaba Quarabel, hasta llegar a convertirse en una obsesión la esperada llegada de la hora de dormir.

En todo este tiempo también había intentado sin éxito ponerse en contacto con Blake y sus guardianes de Quarabel, pero todas sus tentativas habían resultado inútiles, era como si de repente se los hubiera tragado la tierra. Nadie sabía nada de ellos, ni si quiera en los registros del hotel de Brasil donde había estado alojado existía ni rastro de ellos y todo a pesar de que en su incursión en la isla habían sido escoltados por dos fragatas del ejército, una de las cuales sucumbió durante la incursión de Frank. A efectos oficiales fue un accidente fatal durante unas maniobras habituales.

Todo lo que había sido su realidad durante aquellos días había desaparecido de la faz de la tierra y con ella lo que el fin y al cabo a él más le importaba, Alicia.

Aquel día se encontraba en su despacho, en su nuevo trabajo, que por cierto todo hay que decirlo, había tenido mucha suerte al encontrar tan rápido después de todo aquello, una oportunidad única que surgió de repente, cuando menos se lo esperaba.

Estaba sentado frente a su mesa, trabajando en el ordenador, cuando de improviso Susana entró y le dejó encima de la mesa, abierto por la primera página, el periódico de ese día, en el que aparecía una noticia que le llamó especialmente la atención: “Edberg Leivoz el heredero del imperio de las telecomunicaciones ha sido ratificado por la junta de accionistas como el nuevo presidente de industrias Leivoz, después de que finalizaran las investigaciones sobre las actividades de su desaparecido progenitor”.

Susana se quedó mirando a Pablo, que estaba sorprendido por la noticia y le dijo:

—Otro Leivoz, continuará la obra de su padre, esperemos que éste sea más

sensato.

—Tuve ocasión de conocerlo en mi visita a casa de Frank, parecía un chico reservado y un tanto ausente, pero ojalá tengas razón.

En ese mismo instante Edberg se encontraba en la mansión de los Leivoz, cenando con su madrastra y con un invitado de excepción, el desaparecido Lu Chang, con un rostro lleno de cicatrices provocadas por las quemaduras que había sufrido, cuando el submarino en el que esperaba el regreso de Frank se había derretido bajo las aguas, a pesar de lo cual había logrado finalmente huir.

—Propongo un brindis por el nuevo presidente de industrias Leivoz —dijo Lu alzando su copa.

Los tres brindaron y bebieron, tras lo cual Edberg se dirigió a Lu y le dijo en un tono serio y algo pensativo:

—Me alegro de que estés otra vez entre nosotros, no ha sido fácil convencer a los jueces de que no tenías nada que ver con todo aquello y además me ha costado mucho dinero, pero lo importante es que hayas podido regresar.

—Para servirle a usted, como serví en su día a su padre —dijo Lu, serio y convencido de sus palabras.

—Me alegra escucharlo, porque tengo muchos planes, en los que tú serás una pieza muy importante.

La madrastra los miró a los dos, convencida y algo asustada, viendo que la historia que su marido había comenzado estaba a punto de ser continuada por su primogénito.

Después de la cena y tras despedirse de Lu Chan, Edberg se dirigió antes de ir a dormir a la sala secreta en la planta superior, donde se encontraba el mausoleo de todos sus antepasados. La abrió y recorrió el pasillo hasta el final, justo al llegar allí giro su mirada hacia la derecha, allí se encontraba el retrato del último de los Leivoz, su padre, Frank.

Se quedó un rato mirándolo, con los ojos enrojecidos de ira y las lágrimas a punto de brotar, después salió del recinto de su padre y se dirigió al final abriendo el compartimento secreto y cogiendo entre sus manos una especie de roca, que emitía un extraño fulgor. Se quedó observándola fijamente con la mirada perdida en su intensa luz y después dijo.

—Tú me ayudarás a terminar la obra de mi padre.

Al día siguiente, Pablo se había cogido el día libre para acompañar a

Mónica y a Ana a hacer unas compras por el centro de la ciudad, estuvieron recorriendo la zona antigua en busca de material para un trabajo de restauración que estaban haciendo las dos en el jardín de su amiga.

Después de patearse multitud de lugares, fueron a parar a la calle donde se encontraba la tienda donde hacía un año Ana había comprado aquella fuente, el lugar donde Pablo volvió a encontrarse con Doreel. Al verla le llamó enormemente la atención.

—Mirad —les dijo—. Es la tienda donde compré la fuente. Hace unos meses viene aquí y estaba cerrada, la deben haber vuelto a abrir.

Pablo y su mujer se miraron extrañados por el descubrimiento, sabedores de lo que había escondido siempre aquel lugar, él con el deseo oculto en su interior de atravesar aquella puerta y encontrar de nuevo a Doreel, el único nexo de unión entre él y el planeta perdido, y Mónica con el temor de que eso pudiera ser posible.

Los tres entraron en la tienda, que permanecía exactamente igual que antaño, pero eso sí sin la estrella de Quarabel colgando sobre su techo y sin Doreel. Ahora había en su lugar una mujer mayor, con el pelo blanco, que al verles entrar se acercó a ellos para atenderles.

—¿En qué puedo ayudarles? —les dijo.

—Estamos buscando una fuente antigua que se parezca a la que compramos aquí hace casi un año.

—A lo mejor puedo ayudarles si me cuenta un poco cómo era.

Ana se adentró en la tienda con la anticuaria y con Mónica, esta última aliviada por no haber encontrado dentro de la tienda al antiguo dependiente, tratando de encontrar una fuente que se asemejara a aquella.

Mientras tanto, Pablo se quedó curioseando por la tienda, tratando de buscar la estrella de Quarabel o algo que le resultara familiar, sin ningún éxito.

Sin embargo, después de un rato curioseando por el lugar, un objeto que se encontraba en el mostrador colgando de un gancho, llamó poderosamente su atención, era una especie de colgante con dos esferas del mismo color que su antigua pulsera, con dos gemelos en cada una de ellas. Al principio sintió una especie de escalofrío, que recorrió todo su cuerpo como si aquello fuera un reencuentro con su pasado, pero después la razón se apoderó de él y se dio cuenta de que era simplemente un símbolo como tantos otros, al fin y al cabo en aquella tienda no estaba Doreel, ni nada que le recordará a Quarabel, por lo que pensó que aquello era más un espejismo propio de su subconsciente atormentado que un símbolo de su planeta perdido.

La anciana, se había acercado a él mientras Mónica y Ana se ponían de acuerdo en elegir una de las fuentes que les había enseñado.

—¿Le gusta? —le preguntó mientras desenganchaba el colgante del soporte y lo sujetaba en sus manos enseñándoselo.

Pablo lo miró y creyó ver en él el extraño fulgor que en su día vio en la pulsera, pero enseguida pensó que era más el deseo de que aquello ocurriera que algo que tuviera que ver con la realidad.

—¿Le interesa? —dijo la mujer—. Puede llevárselo por sesenta euros, es una ganga.

—No gracias, es simplemente que me recordó a una pulsera parecida que me regalaron hace algún tiempo.

Enseguida se acercaron Mónica y Ana, que ya se habían puesto de acuerdo sobre la fuente elegida. La pagaron y le dieron la dirección a la anticuaria donde debían llevarla.

Después de pagar con la tarjeta de crédito, la anticuaria les acompañó hasta la puerta y mientras las mujeres salían, cogió del brazo a Pablo, parándole en su camino y tras sacar el colgante de uno de sus bolsillos se lo dio y le dijo.

—Lléveselo, es un regalo. He visto que le gusta.

—Gracias, pero no puedo aceptarlo.

—Cójalo —dijo metiéndoselo en uno de sus bolsillos—. Me han hecho una buena compra, considérelolo un regalo a un buen cliente.

Pablo se quedó mirando a aquella mujer, había algo en su mirada que le resultaba tremendamente familiar, pero no podía ser, otra vez estaba dejándose llevar por su subconsciente.

Volvieron a casa ya casi anochecido, Pablo subió a su habitación y se puso la ropa para ir a hacer footing, como hacía siempre que podía. Sin saber bien por qué se puso el colgante que le había dado la anciana y al hacerlo sintió un intenso calor sobre su pecho, al principio se asustó un poco, e hizo intención de quitárselo, pero algo se lo impidió. Salió de su casa y se dirigió hacia el pinar que rodeaba la urbanización por el que siempre iba a correr.

Aquella noche corrió con más intensidad que nunca, como si sintiera una fuerza interior que le obligara a hacerlo cada vez más y más rápido. Arrastrado por una desconocida energía comenzó a hacerlo sin control, mientras miraba como cada día hacia el cielo, buscando la luz de Quarabel, y allí de repente apareció esa luz, la misma que había creído ver la noche antes de volver a su hogar, cuando visitó la playa cerca del hotel en la que había

estado con Alicia. La miró fijamente mientras seguía corriendo cada vez más rápido y cada vez más sin control, como si una fuerza le arrastrara hacia ella, escuchando otra vez aquella melodía y sintiendo de repente cómo sus pies se levantaban del suelo y flotaba en el aire, como la noche en la que sintió por primera vez la presencia de Gael dentro de él.